

# POLÍTICA DE LA GLOBALIZACIÓN

Los perfiles complejos de las relaciones internacionales



**FRANCO  
GAMBOA**

**MARCELO  
PERALTA**





Franco Gamboa es sociólogo político, doctor en gestión pública y relaciones internacionales, formado en Duke University, Estados Unidos y London School of Economics and Political Science. Actualmente es miembro de Yale World Fellows Program en Yale University. Fue parte del proyecto Agenda Futuro en el Instituto de Ciencia Política de la Pontificia Universidad Católica de Chile, y jefe del proyecto de Apoyo a la Asamblea Constituyente en Bolivia en el Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD). Su actividad profesional ha combinado el asesoramiento a instituciones públicas y organismos de cooperación al desarrollo como la UNESCO, el BID y USAID, junto con la investigación y el estudio crítico de la democracia en Bolivia. Es catedrático de la Carrera de Ciencias Políticas de la Universidad Mayor de San Andrés. Entre sus libros más destacados figuran: *Una disyuntiva complicada: Bolivia plurinacional y los conflictos de las identidades colectivas frente a la globalización*, (2014); *Dilemas y conflictos sobre la Constitución. Historia política de la Asamblea Constituyente en Bolivia* (2009); *Recorridos profanos del liderazgo. Miradas críticas en torno al líder, poder y carisma* (2007); *Buscando una oportunidad. Reflexiones abiertas sobre el futuro neoliberal* (dos ediciones, 2005 y 2008). franco.gamboa@aya.yale.edu



Marcelo Peralta es cientista político por la Universidad Mayor de San Andrés (UMSA). Cursó una maestría en ciencia política con mención en “estudios bolivianos” en el Centro de Estudios Superiores Universitarios (CESU) de la Universidad Mayor de San Simón (UMSS). Ha sido consultor legislativo en la Asamblea Legislativa Plurinacional de Bolivia y en el Gobierno Autónomo Municipal de La Paz. Docente universitario de la materia de Teorías de la Democracia. Actualmente es director de la Carrera de Ciencias Políticas de la UMSA.

La investigación de Franco Gamboa y Marcelo Peralta contribuye mucho desde América Latina a los estudios de relaciones internacionales, primero, porque aborda las principales teorías en boga y, segundo, porque ambos investigadores discuten una agenda de política exterior, junto con problemas cruciales que van desde el cambio climático hasta la crisis del Estado en el continente. Lo más rico del libro descansa en una muy buena combinación entre aquello que plantea la teoría y una excelente aplicación del análisis político internacional para caracterizar la situación actual de algunos problemas, ligados al fenómeno denominado globalización.

El libro explica los alcances del realismo y el pluralismo, enfoques teóricos que han desarrollado un aparato conceptual muy influyente. Sin embargo, estas perspectivas siguen siendo incompletas. Precisamente aquí yace una de las razones por las cuales las relaciones internacionales mantienen una constante disputa interna, tanto desde el punto de vista político como epistemológico.

Además de las perspectivas teóricas, existe otro aspecto central en el estudio del sistema internacional: los niveles de análisis y, en este ámbito, el libro de Franco y Marcelo enriquece las visiones con una mirada, tanto a la situación política determinada por lo doméstico, como el caso del excelente análisis del Estado anómico en México, las debilidades de Brasil como un actor fundamental en el orbe internacional latinoamericano, y otras temáticas como la educación, los balances de poder, el narcotráfico, el crimen organizado y los contrariedades de la moral en el siglo XXI.

Los aportes del libro son audaces, sobre todo porque intentan integrar algunos elementos del realismo y el pluralismo. Sin duda, Franco y Marcelo se colocan a la altura de los más importantes politólogos que estudian seriamente las relaciones internacionales, debido a que introducen la necesidad de investigar la importancia del Estado y los desafíos de la seguridad internacional dentro de una configuración pluralista.

Robert O. Keohane

**Profesor emérito de Asuntos Internacionales  
Princeton University**



# Política de la globalización

Los perfiles complejos de las relaciones  
internacionales



# Política de la globalización

Los perfiles complejos de las relaciones  
internacionales

---

Franco Gamboa  
Marcelo Peralta



Universidad Mayor de San Andrés  
Facultad de Derecho y Ciencias Políticas  
Carrera de Ciencia Política y Gestión Pública

### **AUTORIDADES**

Dr. Franz Remy Camacho  
**DECANO**

Lic. Katya Velarde Pereira  
**VICEDECANA**

Lic. Marcelo Peralta García  
**DIRECTOR CARRERA DE CIENCIA POLÍTICA Y GESTIÓN PÚBLICA**

Dirección:  
Calle Loayza esquina c. Obispo Cárdenas  
Facultad de Derecho y Ciencias Políticas  
Teléfono 2612706 – 2201376

© Franco Gamboa Rocabado  
© Marcelo Peralta García  
© Carrera de Ciencia Política y Gestión Pública

Iván Miranda Balcázar  
**DIRECTOR PUBLICACIONES**


### **CONSEJO TÉCNICO IINCIP**

Ramiro Bueno Saavedra  
Víctor Camacho Caballero  
Carlos Cordero Carraffa  
Fidel Criales Ticona  
Hipólito Encinas Aldapi  
Juan Carlos Huanca  
Diego Murillo Bernardis  
Franklin Pareja Aliaga  
Alberto Quiroz Mejía  
Gualberto Torrico Canaviri  
Ludwig Valverde Botelo  
Hugo Vega Plaza

Esta publicación es parte de la política de apoyo a la producción intelectual del Instituto de Investigaciones en Ciencia Política

Web: [iincip.umsa](http://iincip.umsa)

Email: [iincip.umsa.bo@gmail.com](mailto:iincip.umsa.bo@gmail.com)

 Instituto de Investigaciones en Ciencia Política – UMSA

Depósito legal: 4-1-2845-17

ISBN: 978-99974-75-09-1

Producción: Beltran Impresiones & Estrategias • Telf: 2200959

La Paz – Bolivia

Primera edición: octubre de 2017



# Contenido

---

<b>Prólogo</b>	<b>9</b>
<b>Introducción</b>	<b>11</b>
<b>1 En busca de una mayor significación: la influencia sistémica en la teoría de las relaciones internacionales</b>	<b>15</b>
<b>2 Las visiones del realismo en la política internacional</b>	<b>57</b>
<b>3 El realismo y la fuerza de la inmoralidad en la teoría política</b>	<b>123</b>
<b>4 La visión del pluralismo o la interdependencia</b>	<b>153</b>
<b>5 Interdependencia y globalización</b>	<b>189</b>
<b>6 Conclusiones: América Latina frente a la Globalización</b>	<b>229</b>
<b>Bibliografía</b>	<b>285</b>



# Política de la globalización

Los perfiles complejos de las relaciones  
internacionales



## Prólogo

Es un grato placer escribir el prólogo para este ensayo que está escrito de una manera sencillamente brillante. Presenta un análisis fluido y muy actual, reflexionando sobre los problemas más acuciantes del sistema internacional, en esta época global que ha encendido tantos debates y críticas desde múltiples enfoques teóricos.

El trabajo de Franco Gamboa y Marcelo Peralta contribuye mucho desde América Latina a los estudios de relaciones internacionales, primero, porque aborda las principales teorías en boga y, segundo, porque ambos investigadores discuten una agenda de política exterior, junto con problemas cruciales que van desde el cambio climático hasta la crisis del Estado en el continente. Lo más rico del libro descansa en una muy buena combinación entre aquello que plantea la teoría y una excelente aplicación del análisis político internacional para caracterizar la situación actual de algunos problemas, ligados al fenómeno denominado globalización.

El libro explica los alcances del realismo y el pluralismo, enfoques teóricos que han desarrollado un aparato conceptual muy influyente. Sin embargo, estas perspectivas siguen siendo incompletas. Precisamente aquí yace una de las razones por las cuales las relaciones internacionales mantienen una constante disputa interna, tanto desde el punto de vista político como epistemológico.

Además de las perspectivas teóricas, existe otro aspecto central en el estudio del sistema internacional: los niveles de análisis y, en este ámbito, el libro de Franco y Marcelo enriquece las visiones con una mirada, tanto a la situación política determinada por lo doméstico, como el caso del excelente análisis del Estado anómico en México, las debilidades de Brasil como un actor fundamental en el orbe internacional latinoamericano, y otras temáticas como la educación, los balances de poder, el narcotráfico, el crimen organizado y los contrariedades de la moral en el siglo XXI.

Los aportes del libro son audaces, sobre todo porque intentan integrar algunos elementos del realismo y el pluralismo. Sin duda, Franco y Marcelo se colocan a la altura de los más importantes politólogos que estudian seriamente las relaciones internacionales, debido a que introducen

la necesidad de investigar la importancia del Estado y los desafíos de la seguridad internacional dentro de una configuración pluralista.

El enfoque de las relaciones internacionales propuesto por este libro, no estudia la globalización desde un lente único y omnicomprensivo, sino a través de múltiples dimensiones y una interesante interpretación del devenir histórico. Lo más impactante del libro, revela que es imposible emprender el estudio del mundo contemporáneo desde una sola perspectiva teórico-política.

Por lo tanto, me llena de alegría saber que en Bolivia, la investigación y el trabajo académico de primer nivel es una realidad palpable. Así lo demuestra Franco Gamboa, un investigador de gran calidad a quien conozco desde sus épocas como destacado estudiante en *Duke University*. Es muy satisfactorio ver el recorrido meritorio de Franco que ahora vuelve a contribuir con este libro. Aunque no conozco personalmente a Marcelo Peralta, estoy seguro de que recibiremos muchos más aportes suyos, los cuales celebraré. Cierro este breve prólogo, felicitando a la Carrera de Ciencias Políticas de la Universidad Mayor de San Andrés (UMSA), por la sabia decisión de publicar este ensayo que dará mucho que hablar en toda Bolivia y en el contexto internacional. En hora buena.

Robert O. Keohane

**Profesor emérito de Asuntos Internacionales  
Princeton University**

# Introducción

Este libro tiene una orientación pedagógica, filosófica y política, con el propósito de reflexionar cuáles son las características contradictorias y estratégicas del escenario internacional, cada vez más caótico, complejo y violento. Asimismo, se propone exponer cuál es la naturaleza de la teoría de las Relaciones Internacionales, sus fines y perspectivas desde las cuales puede estudiarse la globalización y las disputas sobre algunos asuntos teórico-metodológicos relevantes.

Millones de personas se cuestionan sobre los alcances e impactos de la política internacional. Una pregunta muy sencilla podría ser: ¿por qué el mundo se ha empequeñecido y se interrelaciona a un ritmo ni siquiera soñado por las generaciones pasadas? ¿Por qué la globalización afecta directa o indirectamente a todas las naciones, grupos e individuos del planeta? El mundo está envuelto en una red de comunicaciones internacionales terrestres, marítimas, aéreas y electrónicas, cuya densidad crece vertiginosamente. Al mismo tiempo, los conflictos violentos y las crisis humanitarias han regresado con tal impacto, que el mundo entero es capaz de sollozar con la guerra en Siria (2011-2017) y la ola de atentados terroristas en las grandes capitales de Alemania, Francia, España, Bélgica o Suecia. Por esto, es necesario conocer los rasgos y las tendencias básicas de la disciplina conocida como relaciones internacionales, así como la lógica de la globalización que descansa detrás de la teoría.

Una referencia introductoria expresaría que la teoría de las relaciones internacionales se plantea organizar, analizar y explicar las raíces de los hechos fundamentales que ocurren en la política internacional, cuáles son sus resultados y tendencias pero, sobre todo, hacia dónde se dirige el mundo como un conglomerado de decisiones políticas que involucran el porvenir o la desaparición de millones de vidas. Los especialistas intentan predecir algunos hechos, o al menos presentar escenarios probables. Sin embargo, también analizan las estructuras y las funciones de los órganos y los sistemas que operan en la arena internacional.

Los contactos internacionales más conocidos y hasta dramáticos se desarrollan entre gobiernos, pero además las relaciones ocurren masivamente entre agrupaciones no gubernamentales de la más variada

naturaleza, así como entre personas individuales que, frecuentemente, viven en los extremos opuestos de la tierra. Las realidades económicas y financieras, las acciones diplomáticas, los episodios bélicos, las crisis sanitarias y los esfuerzos de cooperación para el desarrollo que inciden sobre un determinado rincón del planeta, afectan crecientemente al resto del mismo, haciendo del orbe mundial, un escenario inhumano y, muchas veces, incierto. Simultáneamente, nuestros conocimientos internacionales nos permitirían también admirarnos de las potencialidades de nuestro planeta tierra y de la raza humana.

La crisis financiera que se inició en Estados Unidos a finales del año 2008, (la cual continúa afectando a casi todas las economías del mundo, como lo atestiguan los gravísimos problemas de la Eurozona), es la más vívida ejemplificación (en el lado de los retos y problemas) de la tupida red de relaciones existentes en el contexto internacional. Las crisis financieras del Asia (1997), Brasil (1999) o Argentina (2001) en su momento, afectaron en mayor o menor medida a las bolsas de mercados internacionales (los *stock exchange*) y a los bolsillos de todo tipo de ciudadanos en el mundo, aunque estén separados físicamente por grandes distancias.

Todo el mundo queda, casi de inmediato, informado de las frecuentes tragedias ocasionadas por terremotos y huracanes. Cientos de miles escuchan los discursos de líderes mundiales. El ataque terrorista contra New York y Washington D.C. en septiembre de 2001, tuvo consecuencias y respuestas de largo plazo que afectaron hondamente al clima político y económico de todo el mundo. El atentado terrorista en Madrid el 11 de marzo de 2004, también causó un impacto mundial y no solamente dentro de España o el resto de la Unión Europea. Millones de personas vieron desde las salas de sus hogares la guerra en Irak, que en abril del 2003 derrocó al régimen de Saddam Hussein. Aquella fue la primera gran guerra del Tercer Milenio, y la primera en ser casi completamente televisada. Si bien la Guerra de Vietnam (1955-1975) también provocó un profundo dolor por televisión a la hora de la cena, nunca como ahora en el siglo XXI, las grandes cadenas de noticias presentan los hechos con diferentes enfoques, intereses y perspectivas que no existían en la década de los años setenta.

En la arena internacional también existen innumerables ejemplos de influencias beneficiosas que se producen en la era de la globalización.



Desde la diseminación de la ciencia y la tecnología, hasta la cooperación que brindan los países económicamente más fuertes hacia las naciones menos prósperas, bajo el manto de relaciones de poder. En temas más triviales, es muy fácil observar la difusión alrededor del mundo de ritmos musicales provenientes de los más variados orígenes. Igualmente, las páginas de Internet establecidas para los grandes eventos deportivos, reciben millones de conexiones desde todos los lugares para indagar acerca de competiciones deportivas, sea la Copa Mundial de Fútbol o las Olimpiadas.

Incontables millones de personas se conectaron por Internet, televisión, radio y teléfono durante las festividades para celebrar el año 2000. La colaboración de los servicios secretos de casi todos los Estados de la tierra, contribuyó a la seguridad de una verdadera fiesta universal (la llegada del siglo XXI), sin que ocurriera ningún atentado terrorista. La posibilidad de actos de esta naturaleza, inicialmente causó temores en las grandes ciudades del mundo que vivió una nueva experiencia: todos los aspectos de la vida humana estaban y están completamente entrelazados.

Aunque la era de la Guerra Fría concluyó hace varios años (1991 con la desaparición de la Unión Soviética), han surgido nuevos retos para la paz y la seguridad mundiales. En el siglo XXI, las acciones de organismos terroristas con nexos internacionales provocan el incremento de la cooperación internacional, a pesar de las diferencias y rivalidades existentes entre muchos Estados. Todas estas realidades afectan profundamente a cualquier rincón de la tierra. El precio que paga por su combustible un ciudadano estadounidense, parisino, berlinés, bonaerense o neoyorquino, dependerá en gran parte del clima político del Medio Oriente, afectado por factores tan diversos y complejos como el fundamentalismo musulmán, o las actitudes de los sectores extremistas de la sociedad palestina, junto a los abusos que genera la incesante expansión de los asentamientos israelitas en Cisjordania.

La compleja interconexión del mundo no puede ser ignorada por ninguna persona educada y alerta a los pronósticos que nos esperan a raíz de los desastres que se encuentran detrás del calentamiento global, o la amenaza de una guerra nuclear que viene desde Corea del Norte. Se trata de una realidad que requiere ser entendida y, además, debe ser inteligible (al menos parcialmente) si se somete al sistema internacional a un

análisis racional. En otras palabras, ese *todo* de la realidad mundial posee características, estructuras y tendencias, las cuales pueden ser identificadas, organizadas y analizadas, no obstante su aparente desborde caótico.

El ordenamiento, análisis y explicación son los propósitos fundamentales de la disciplina de las relaciones internacionales, la más nueva y quizás la más compleja de las ciencias sociales. El presente libro intenta ser una puerta de entrada a dicha disciplina y a uno de sus temas fundamentales: la globalización, sus fantasmas y las dudas respecto a un equilibrio más humano, en una era robotizada y casi perfecta, pero por esto mismo cada vez más endeble porque el sistema internacional parece estar siempre al borde de desastres irrecuperables.

## 1

---

## En busca de una mayor significación teórica: La influencia sistémica en las relaciones internacionales

El primer paso, como es de rutina, gira en torno a indagar cuál sería la mejor teoría o el enfoque teórico más apto para desarrollar y explicar los diferentes objetos de estudio en el terreno de las relaciones internacionales. La búsqueda de un estatus científico para garantizar objetividad y capacidad explicativa, aún es esfuerzo monumental que constantemente realizan las ciencias sociales. Este también es el caso de la *teoría de las relaciones internacionales*, aunque se han generado importantes avances para interpretar cómo se comportan los distintos Estados y las economías en un mundo intensamente globalizado.

Una de las teorías y metodologías de interpretación es la *sistémica*, impulsada por David Easton desde la década de los años sesenta (Easton, *A framework for political analysis*, 1965). Esta concepción considera que existe un “sistema político societario”, el cual puede extenderse hasta incorporar el funcionamiento de todo un Estado debido a la gran capacidad que éste tiene para ejercer varios poderes y movilizar diversos recursos. La unidad básica de análisis es la *interacción*, que surge de la conducta de los miembros del sistema cuando actúan como un conjunto de relaciones integradas.

Asimismo, el sistema político se caracteriza por establecer e imponer *decisiones autoritarias* para todos los miembros de la sociedad; es decir, una decisión es autoritaria cuando las personas orientan su conducta hacia dicha decisión de manera obligatoria. El interés personal, la tradición, la lealtad, un sentido de la legalidad o de la legitimidad, son variables adicionales significativas para explicar por qué un sujeto se siente obligado a aceptar decisiones con carácter de autoritarias.

El concepto de sistema es un recurso flexible que parte del supuesto donde todo funciona como una máquina. Esto significa comprender una articulación de funciones y procesos que permiten observar cómo ingresan demandas (*input*), las cuales son incorporadas a una estructura para la toma de *decisiones* que, a su vez, producirán unos resultados (*output*), los cuales retornarán a la sociedad como un conjunto de valores para ser obedecidos. Este mecanismo incorpora un medio ambiente (*environment*) que abarca la inserción del sistema político en un entorno internacional. Para David Easton, todo sistema es un instrumento metodológico que explica la vida política como un conjunto de interacciones que mantiene sus propias fronteras, estando inserto y rodeado por otros sistemas sociales a cuya influencia está sometido de modo constante. El concepto de “sistema político” mostraría aquellas interacciones importantes donde se manifiestan las *asignaciones autoritarias de valores* dentro de la sociedad, entendida como una *totalidad*. El sistema político puede representar, por lo tanto, al conjunto del Estado (Gunnell, “Political theory: the evolution of a subfield”, 1983).

El mundo del siglo XXI es un mundo globalizado, un mundo internacional y un *sistema* demasiado anárquico (Slaughter, 2011). Por esta razón, la *teoría de las relaciones internacionales* se presenta como la mejor forma de comprender los retos de un sistema transnacional profundamente interconectado y desafiante. Aunque no existe un criterio unificado dentro de esta disciplina, ni en lo relativo a cuál es el enfoque o perspectiva más adecuada para estudiar a los fenómenos internacionales, ni en lo concerniente a cuál es el mejor método para realizar dichos estudios, es posible comprender que las relaciones internacionales han ido construyendo diferentes paradigmas de interpretación.

Unos favorecen la llamada perspectiva del *realismo*, otros la perspectiva de la *interdependencia* o *pluralismo* y otros apuntarán hacia la perspectiva de raigambre marxista conocida como *dominación y dependencia*; a esta perspectiva también la llaman “globalismo” pero es mejor evitar el uso de este término porque puede causar confusiones con el concepto de globalización. Éste se refiere al proceso multidimensional de interrelación económica, política, cultural y militar que el mundo vive hoy en forma crecientemente acelerada, haciendo posible un *enfoque sistémico*, es decir,

explicando la interrelación de los diferentes Estados como un conjunto de redes yuxtapuestas, donde si bien no existe un Estado como *estructura de poder universal*, las grandes potencias tratan de imponer sus agendas de dominación geopolítica por medio de la expansión de valores autoritarios, con el fin de consolidar esferas de influencia y superioridad internacional (Murray, 2013).

Este capítulo tiene el objetivo de explicar, de manera global, todas las perspectivas teóricas de las relaciones internacionales, utilizando los aportes de la teoría de sistemas. Además del realismo, pluralismo y la dependencia, existen otras perspectivas, tales como la escuela histórico-sociológica, la teoría crítica y el feminismo. Todas estas corrientes poseen una considerable diversidad de manifestaciones, esforzándose por abrirse camino dentro del sistema de las relaciones internacionales desde finales del siglo XX.

El hecho de que la teoría de las relaciones internacionales incluya una variedad de enfoques y además diversidad de métodos, indica que esta disciplina todavía está en formación. En consecuencia, unos se inclinarán por cualquiera de las tres primeras perspectivas mencionadas; otros optarán por los métodos de análisis llamados “tradicionales” (propios de la historia, la diplomacia, el derecho y la filosofía); mientras que los seguidores de las ciencias de la conducta o “behavioristas”, utilizarán los métodos cuantitativos, acercándose más hacia el campo empírico, tratando de probar sus hipótesis, trabajando en la creación de modelos teóricos y formulando teorías que, normalmente, requieren detectar tendencias y uniformidades en los fenómenos internacionales.

### **El enfoque sistémico como una orientación totalizadora**

Los aportes teórico-epistemológicos de David Easton intentaron construir una *teoría general* unificada que facilite un análisis uniforme y comparable de la vida política en sus diferentes manifestaciones. Los seguidores de esta tendencia pretenden encontrar *leyes* que rijan el curso de los hechos políticos, los mismos que estarían determinados por factores sociológicos, culturales, económicos e internacionales. El modelo sistémico también trata de lograr predicciones; sin embargo, el descubrimiento de leyes es una meta eternamente elusiva y un ideal insatisfecho en las ciencias sociales (Easton, “Oral history of David Easton: an autobiographical sketch”, 1991).

El desenvolvimiento de los sistemas provoca una mayor complejidad y diferenciación, de tal manera que la ciencia y la epistemología se transforman en sub-sistemas con sus específicas condiciones de desarrollo, contradicción y auto-referencia para la generación de conocimientos, lo cual quiere decir que efectivizan sus capacidades problematizando las variadas dimensiones de la realidad (Luhmann, 1983). Es por esto que las distintas explicaciones sobre las relaciones internacionales tienen diferentes propósitos y modos de análisis. Unas son mayormente descriptivas, otras son explicativas, otras interpretativas, otras son normativas, otras son prescriptivas, y otras procuran no solamente efectuar diagnósticos, sino además predecir resultados, muy a menudo a través del uso de técnicas y modelos estadísticos.

En la teoría de sistemas se busca desarrollar un conjunto lógicamente integrado de categorías con trascendencia empírica, que haga posible el análisis de la vida política como sistema de comportamiento. Por lo tanto, son importantes las distintas formas que explican el funcionamiento de los sistemas políticos y los sistemas internacionales que son capaces de persistir y mantenerse, tanto en un mundo estable como en un mundo en constante cambio. Para el sistema internacional, a pesar de ser enormemente anárquico, las distintas escuelas de pensamiento tratan de identificar un esquema que priorice la *estabilidad* de las relaciones globales (Gunnell, "The reconstitution of political theory: David Easton, behavioralism, and the long road to system", 2013).

Asimismo, los seguidores de los métodos empíricos de investigación han sido o son influenciados por algunos de los postulados que corren a través de las diversas ramas del positivismo y creen (en distintos grados y con diversas tonalidades), que es posible la construcción de una ciencia de las relaciones internacionales inspirada en el modelo de las ciencias naturales. De cualquier manera, la principal aspiración de la teoría de las relaciones internacionales es estar libre de consideraciones axiológicas y de elementos normativos, evitando las reflexiones de tipo metafísico. Los investigadores que adoptaron el positivismo, creyeron que era posible descubrir leyes relativas a la conducta humana, similares a las que rigen al mundo natural. Otros (la mayoría), se conforman hoy con el descubrimiento de tendencias y regularidades de naturaleza más bien estadística.

El modelo analítico inspirado en la teoría de sistemas considera que el sistema internacional ha sido pensado como un *mecanismo* que sea capaz de asignarse fines previamente establecidos, debido a que está constituido por sujetos hábiles de anticipar, juzgar y actuar. Al mismo tiempo, se supone que los sujetos sociales podrían tratar de corregir aquellos disturbios que presumiblemente van a causar tensiones dentro del sistema. Para la teoría sistémica, las demandas y las decisiones que se toman pueden ser modeladas según los objetivos y deseos de los miembros del sistema, siguiendo los límites de los conocimientos, de los recursos y de las preferencias disponibles (Lynn, 1983).

En general, el debate contemporáneo y las investigaciones en las relaciones internacionales, se realizan en dos grandes campos. En el primero están los “realistas”, “pluralistas” y “dependentistas”. Todos estos, desde el punto de vista epistemológico, encajan dentro de la llamada “tradicción modernista”. El segundo campo, mucho más nuevo y, por ende, con una menor trayectoria, es el que se abrió en la disciplina de las relaciones internacionales a fines del siglo XX. Hasta hoy ha tenido menor peso que el primer grupo y está constituido por corrientes de pensamiento como el feminismo y la teoría crítica. Todas estas corrientes, a menudo, son ubicadas bajo el escenario del “post-modernismo”.

Sin embargo, ambos grupos incorporan la visión global de sistema internacional, debido a que este modelo ayuda a identificar el constante aumento de la complejidad en un mundo globalizado. La reproducción del sistema internacional es incorporada por las diferentes teorías de las relaciones internacionales como un proceso que se genera a partir de sus propios elementos (*autopoiesis*), razón por la cual el sistema-mundo aumenta su diferenciación, expandiéndose hacia más mercados, Estados, dimensiones culturales, aspectos militares, problemas de integración y conflictos de dominación (Youn-Soo, 2007).

La teoría de sistemas expande así su comprensión de las variaciones, los mecanismos de selección y estabilización por los cuales transcurre la reproducción del sistema-mundo internacional, fomentando que la epistemología se auto-refiera a sí misma y adquiera especificidad para continuar problematizando sus objetos de reflexión. Esto hace que la teoría de las relaciones internacionales delimite las condiciones de surgimiento

del orden mundial, en la medida en que dicho orden está predeterminado por el sistema que ya existe como una realidad dada (Braumoeller, 2012).

Las perspectivas dominantes en las relaciones internacionales han llegado a construir una mirada *totalizadora* sobre el sistema internacional, de tal manera que sus premisas pueden ser entendidas como un *ejercicio crítico-teórico* que no se moviliza por la búsqueda de regularidades ni fundamentos empíricos a ser medidos dentro de una tendencia hacia la generación de modelos matemáticos o predictivos, sino que con la ayuda de la teoría sistémica, la claridad explicativa estimula una visión donde la efectividad en las interpretaciones compete únicamente a tener *conciencia del sistema* y el reconocimiento de su existencia como una *estructura* que se funda a sí misma, trasladando su lógica de movimiento hacia diferentes mecanismos de comunicación y equilibrios que deben ser transmitidos como explicaciones globales que se manifiestan, de manera real, en el sistema internacional.

La mirada sistémica facilita la comprensión sobre cómo se produce un *orden probable*, orientando la investigación a partir de ambiciones teóricas que permiten entender el funcionamiento de la *totalidad* de las relaciones internacionales o sociales. Esta totalidad no es algo fáctico, sino un abanico de *redes de construcción* y existencias en constante readaptación que expresan un servomecanismo. El escenario internacional crecientemente interdependiente tiene un peso inmenso (y cada día mayor) en la vida de los habitantes de este planeta (Goodman, 1965).

Uno de los autores más relevantes en las relaciones internacionales, Kenneth Waltz, explica que el sistema internacional actúa siempre como una variable independiente. El concepto de sistema explica que los fenómenos globales y los factores de poder no son, ni causalidad, ni tampoco un juego entre oponentes, sino que el poder es un *medio de comunicación* simbólicamente generado y guiado por códigos para ser transmitidos según las necesidades del sistema y la complejidad. El orden político internacional nunca sería alterado porque es dentro del movimiento del poder como código de comunicación que se transmiten mensajes y acciones posibles hacia los sujetos dominados, dando una direccionalidad específica a los deseos de cambio del ámbito internacional (Krasner, 2000).



Las concepciones internacionales sobre el poder se remontan hasta uno de los más grandes internacionalistas como lo fue Tucídides (460-396 a.C.). Este célebre historiador y ex general griego, en su libro *Historia de la Guerra del Peloponeso* trató, tempranamente de explicar el poder como un elemento clave en las relaciones internacionales, el equilibrio y los balances del poder. La forma en que es percibido el poder político, para Tucídides era una forma de comunicación de los Estados fuertes con los débiles, desembocando en el temor como una de las causas de la guerra (Tucídides, 1969).

Por otra parte, Nicolás Maquiavelo (1469-1527) fue un magistral conocedor de la política internacional de su tiempo, siendo uno de los precursores de la perspectiva realista dentro de las relaciones internacionales, en la medida en que el florentino concentró su análisis sobre el Estado y sobre asuntos íntimamente relacionados con éste, tales como la seguridad y el poder, los balances de poder internacional y sus efectos en las relaciones entre los Estados y naciones, iniciando un preliminar esbozo del concepto de sistema como red de amenazas que todo príncipe debería comprender. Estas preocupaciones lo emparentan con Thomas Hobbes (1588-1679), cuya idea sobre la naturaleza humana es mucho más oscura y pesimista que la de Maquiavelo en los enfoques realistas. Para controlar las pasiones e impulsos que fomentan las tendencias anárquicas propias del hombre, cuya ley y meta fundamentales se reducen en última instancia a la supervivencia, Hobbes se inclinó decididamente por el *Estado absolutista* ante el cual el individuo virtualmente no tiene derechos, salvo el de exigir que el Estado gobierne y mantenga el orden y la paz, condiciones necesarias para la subsistencia y el progreso.

En cuanto al nivel internacional, Hobbes pensaba que lo que rige en aquél es, en última instancia, la fuerza como elemento envolvente de un sistema político. Si es cierto que en el ámbito nacional se puede evitar la “guerra de todos contra todos” gracias al poder del soberano, cuya fuerza y autoridad absolutas imponen orden y jerarquía, esto no es posible para el escenario internacional, dada la soberanía de cada Estado y la ausencia de instituciones y autoridades supra-estatales (Burt, 1994). En un cruel panorama internacional de esta naturaleza, la fuerza, las alianzas y el poder

son pilares sistémicos de importancia primordial para que los Estados aspiren a sobrevivir.

Así nace el *realismo estructural* que centra su atención sobre el sistema de Estados, como elemento clave para explicar las conductas estatales en la arena internacional. La perdurabilidad del realismo como perspectiva dentro de las relaciones internacionales es algo verdaderamente asombroso, más aún cuando se considera que sus raíces se remontan hasta Tucídides. Tal perdurabilidad se debe, entre otros factores, a la claridad del marco teórico realista (lo que incluye lucidez al definir sus objetivos y los temas a los que se refiere), junto al hecho de que lo afirmado por los teóricos del realismo, se acerca mucho a lo que hacen los políticos en la vida real, teniendo en mente un sistema que se adapta a una serie de influencias y donde la toma de decisiones es fundamental para producir resultados o prever ciertos efectos en los balances de poder (Viotti & Kauppi, 1993).

Una primera premisa realista, por lo tanto, afirma que los Estados son los actores principales en las relaciones internacionales. Los realistas no niegan, (ni podrían hacerlo en la era actual) la existencia de un número creciente de importantes actores internacionales que no son Estados. La Organización de Estados Americanos, (OEA) la Organización Mundial de Comercio (OMC), la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN), el Fondo Monetario Internacional (FMI), el Banco Mundial (BM), el Banco Interamericano de Desarrollo (BID), etc. Estas instituciones no son sino algunos ejemplos entre miles de organizaciones internacionales de diversa naturaleza que juegan diversos roles en el sistema internacional.

Su importancia no la niegan los realistas pero consideran que la efectividad y la vida misma de los organismos intergubernamentales dependen, en última instancia, de las contribuciones, del apoyo y la cooperación (o de las disputas) entre diferentes estructuras estatales. Asimismo, dentro de las organizaciones internacionales, los Estados más poderosos son los que tienen mayor peso, tal como lo demostró la desaparecida Unión Soviética (URSS) dentro del también desaparecido Pacto de Varsovia, o como lo demuestran los Estados Unidos dentro de la OTAN o el Banco Mundial.

Además de las organizaciones intergubernamentales como las que se han señalado, existe en la arena internacional un enorme número de

empresas transnacionales, dedicadas a actividades legítimas (industrias, servicios, etc.), como las grandes sociedades anónimas (Esso, Shell, ATT, Chrysler, Ford, Daimler-Chrysler, British Petroleum etc.) o dedicadas a actividades espirituales (la Iglesia Católica). Existen también otras organizaciones dedicadas a actividades ilícitas, tales como los cárteles de narcotraficantes, o los grupos considerados narcoterroristas por los Estados Unidos, la Unión Europea y el Estado colombiano, tal es el caso de las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC) y el Ejército de Liberación Nacional (ELN) de Colombia, o las bandas terroristas de Al-Qaeda en el Medio Oriente que se han extendido hacia muchos países. No obstante la importancia de todas estas organizaciones, legales unas e ilegales otras, los realistas subrayan que el Estado moderno continúa siendo mucho más importante que aquéllas. El Estado sería el principal actor sistémico y la unidad de análisis en el estudio de la política internacional.

La segunda premisa realista considera al Estado como un *actor unitario*. Los realistas asumen que dentro del sistema internacional, los Estados funcionan con una compacta y cohesionada unidad. Los visualizan como si fueran sólidas bolas de billar que corren a lo largo de ese enorme campo que es el mundo de la política internacional donde a veces chocan unas con otras en el peligroso y conflictivo escenario de las negociaciones internacionales (Smith, Little, & Shackleton, 1985).

Cuando los asuntos en juego son de vital importancia para el Estado, lo normal es que éste hable con una sola voz a través de los canales específicos del gobierno. Las excepciones a esta realidad son pocas, y según los seguidores de la perspectiva realista, sólo tienden a confirmar la regla. Vale señalar aquí que esta premisa no solamente se basa en la observación de la realidad sino que además, dicha premisa sirve para mantener el análisis a nivel de Estado.

La tercera premisa realista considera al Estado como un actor racional porque el sistema internacional posee un tipo inherente de racionalidad. Las racionalidades simplemente se manifiestan como reordenamientos funcionales del sistema para auto-equilibrarse, de acuerdo con ciertos mecanismos como la modernización y la estabilidad; por lo tanto, la perspectiva realista entiende que en todo acto internacional, el Estado analiza sus objetivos, sus capacidades relativas, las posibilidades

de lograr dichos objetivos, los costos en que va a incurrir y los beneficios que va a obtener. El análisis de costo-beneficio supuestamente conduce a que el Estado escoja opciones que maximicen sus beneficios en la arena internacional. La idea de visualizar y entender a un sistema como sociedad mundial o global, trata de manifestar *concepciones totales* sobre el sistema internacional dotado de racionalidad, la cual se vuelve a reproducir en el Estado como actor racional.

No obstante esta presunción, a los realistas no se les escapa el hecho de que existen ocasiones en que los burócratas del Estado no hacen bien los cálculos y obtienen malos resultados y a veces hasta desastrosos. En realidad, los burócratas y políticos casi nunca tienen el cien por ciento de la información requerida para efectuar una decisión totalmente racional y segura en asuntos complejos e importantes. Esto es así, aún en esta era en la que la información es cada día más rica, dinámica y completa, gracias a los archivos, tanto tradicionales como electrónicos, las bases de datos, la televisión, el Internet, etc.

La limitación citada, además de otras propias de la naturaleza humana (prejuicios, debilidades, apresuramientos, etc.) no es (según los realistas) obstáculo para la validez general de esta tercera premisa pues aquéllos argüirían que si bien existen casos en que un Estado no hizo una elección óptima, al menos habrá procurado hacer una buena decisión, madurada y razonada. Esta presunción sirve de pie para la utilización de la teoría de los juegos, cuyo objetivo es analizar, con modelos matemáticos, las opciones de los Estados frente a determinado problema, tratando de optimizar la decisión que vaya a tomarse.

La cuarta premisa realista entiende a los asuntos de seguridad y poder como los más importantes dentro de la agenda de las relaciones internacionales. Los realistas asumen que los temas militares y político-militares son de crucial importancia en el peligroso mundo de las relaciones internacionales. Este mundo es anárquico, no en el sentido de falta de orden, sino en el sentido de que no existe una autoridad supra-estatal, ante la cual recurrir en la búsqueda de seguridad y justicia.

¿Existe un orden mundial? Desde la teoría de sistemas, sí existe dicho orden pero éste se basa en las relaciones de dominación entre los Estados, donde en última instancia prevalece el poder. Muchos libros de relaciones internacionales ilustran esta última realidad con el dramático

diálogo de Melos, ocurrido, según Tucídides, entre los habitantes de esa isla y los atenienses durante la guerra del Peloponeso, que enfrentó a Atenas (que lideraba la liga de Delos) contra Esparta (con sus aliados agrupados en la Liga del Peloponeso). Vale la pena recordar este famoso evento histórico.

Los atenienses habían invadido la isla de Melos con el fin de forzarla a abandonar su neutralidad y unirse al bando de Atenas. Los dignatarios de Melos expusieron toda suerte de argumentos religiosos, legales, morales y políticos ante la amenazante fuerza ateniense que demandaba la rendición de Melos, y su inmediata alianza con Atenas, so pena de esclavitud para su población y la destrucción total de la ciudad. El diálogo concluyó con el terrible dictamen del comandante de las fuerzas atenienses, que finalmente decidió arrasar, y en efecto arrasó, a Melos: “el débil tiene que hacer lo que le imponen y el fuerte hace lo que tiene que hacer.” Siglos después, el Cardenal Richelieu resumiría buena parte de la historia de la política entre las naciones en otra frase lapidaria: *en asuntos de Estado, el débil nunca tiene la razón* (Mansbach, 2000).

Aleccionados por la cruel y recurrente frialdad de la historia de las relaciones entre pueblos y Estados, los realistas (en forma que sus críticos califican de pesimista y hasta cínica en unos casos), piensan que el principal objetivo de un Estado es sobrevivir y defender sus intereses. De allí que los conceptos de poder, balances de poder, interés nacional y seguridad, tengan prioridad en la agenda internacional. El realismo considera que estos temas pertenecen a lo que ellos llaman alta política, mientras que los asuntos de otra índole (economía, cooperación, etc.) son de baja política o política menor.

El realismo comprende que el poder económico de un Estado es crucial para su capacidad político-militar, es decir, no ignora o menosprecia al tema económico sino que lo coloca como otro sub-sistema subordinado a las realidades de seguridad y poder. De acuerdo con la perspectiva realista se tiene lo siguiente:

- Los actores del sistema internacional (y la principal unidad de análisis) son los Estados. A éstos se les considera unitarios y racionales en sus decisiones.
- El sistema funciona por medio de procesos como la rivalidad y la competencia en un mundo no jerárquico (sin una autoridad supra-

estatal). Aquí, la seguridad y el poder son los objetivos básicos de los Estados.

- Los resultados son un mundo anárquico (sin una autoridad suprema y sin un orden sancionable a nivel internacional). En tal escenario, el orden sistémico se logra por medio del poder, generalmente los balances de poder que pueden ser: unipolar, bipolar, o multipolar.

Aunque el realismo continúa vigente, a partir de los años sesenta, apareció dentro del proceso de desarrollo de la teoría de las relaciones internacionales una perspectiva rival que lo critica seriamente: la perspectiva del *pluralismo* o de la *interdependencia*. Si bien ésta no ha substituido al realismo, tiene en sus filas numerosos adeptos que retoman, sin embargo, una concepción totalizadora del sistema internacional. El pluralismo no considera al Estado como el único actor en la política internacional, sino que incluye a otros protagonistas internacionales. En cuanto a los temas a tratar, la agenda pluralista ya no prioriza las problemáticas del poder y la seguridad, sino que el concepto de *interdependencia* adquiere una mayor importancia en los asuntos económicos, ecológicos y de cooperación internacional (Keohane, 1993). La perspectiva pluralista se basa en cuatro premisas.

La primera premisa afirma que las relaciones internacionales están constituidas por una multiplicidad de actores. La idea fundamental es que en la arena internacional existe también una inmensa red sistémica, una verdadera telaraña de relaciones en las que participan todo tipo de actores: el Estado, organizaciones inter-gubernamentales y actores transnacionales independientes del Estado. Los pluralistas no niegan la importancia del Estado, pero no están dispuestos a concederle el primer lugar y, menos aún, el único lugar en el escenario internacional.

Poca duda queda, dicen los pluralistas, de que las corporaciones multinacionales más grandes tienen mayores recursos financieros y tecnológicos, así como un mayor impacto sobre el escenario mundial que la mayoría de los Estados del Tercer Mundo (tomados individualmente), generalmente poco influyentes por el pequeño peso de sus economías y por la abundancia de sus problemas internos, muchos de ellos basados en la corrupción de sus sistemas y en su acelerado crecimiento demográfico. Además, las organizaciones no gubernamentales (ONG) de toda índole

(religiosas, caritativas, ecológicas, de derechos humanos, etc.) tienen, indiscutiblemente, una presencia impresionante y creciente en el panorama mundial.

La segunda premisa pluralista considera que el Estado tampoco es un actor unitario. Las acciones del Estado son el producto de la interacción (a veces conflictiva) de diversos grupos dentro del mismo. Esta premisa es simple y es una negación directa de uno de los postulados realistas ya conocidos. Los pluralistas no creen que el Estado sea como “una bola de billar”, cubierto por una coraza impenetrable, que lo hace actuar como un entidad monolítica. Por el contrario, el Estado actúa en la arena internacional a través del resultado de todas las contradicciones internas y de toda la competencia y rivalidades existentes dentro de las diversas estructuras y círculos burocráticos que componen a un gobierno, Éste, a su vez, se ve presionado por grupos sociales, económicos y políticos de la más diversa índole.

La premisa del Estado como actor unitario en lo internacional no resiste un análisis, dicen los pluralistas, ni siquiera en el caso de gobiernos altamente centralizados y despóticos. Cuando la ex URSS decidió invadir en 1968 a la hoy desaparecida Checoslovaquia para sofocar la apertura democrática que fuera intentada a través de la llamada “primavera de Praga”, se generó dentro de la URSS una enorme pugna intra-gubernamental, que demoró la decisión final del entonces Secretario General del Partido Comunista (PC), Leonid Brézhnev. Mientras el ejército y el ministerio de defensa soviéticos se inclinaban por la acción militar de la URSS junto con el Pacto de Varsovia, el ministerio de relaciones exteriores y el PC vacilaban, tomando en cuenta los elevados costos políticos internacionales e internos que tal acción le acarrearía dentro del sistema político soviético, tal como en efecto sucedió (Valenta & Potter, 1984). Tal pluralidad de influencias dentro del Estado es más notoria en las democracias liberales u occidentales, en las que el poder se encuentra repartido tanto entre las diferentes estructuras del Estado, como entre los diversos sectores de la sociedad. Esto origina una situación de poliarquía, cuya robustez varía de un Estado específico a otro.

La tercera premisa pluralista supone que el Estado no es un actor racional. Nuevamente, ésta no es sino una negación de otra de las premisas

realistas y está íntimamente ligada a la negación de la unidad del Estado como actor internacional. En efecto, si las decisiones del Estado son tomadas por grupos que hacen coaliciones y alianzas y tienen sus intereses burocráticos específicos y sus propios intereses de grupo, será difícil pensar que una realidad así permita que el Estado tome decisiones basadas en cuidadosas consideraciones de costo-beneficio, tendientes a optimizar cada situación. Las decisiones del Estado son, de acuerdo con el pluralismo, resultantes de diversas fuerzas partícipes del proceso o procesos decisionales. Las decisiones son producto de negociaciones y regateos inter-burocráticos y de grupos de interés, y no el producto de la racionalidad del Estado como actor. Sin embargo, las negociaciones se realizan dentro de un sistema internacional, entendido como realidad totalizadora.

Para la cuarta premisa pluralista, la cooperación e interdependencia es lo que predomina, junto a normas y reglas con que funciona la arena internacional. El pluralismo rechaza la idea de una agenda internacional jerarquizada en la que tienen un sitio privilegiado los llamados asuntos de “alta política” (temas de seguridad y poder), mientras que los temas de cooperación o interdependencia tienen menor categoría por ser de “baja política”. Tal división entre “alta” y “baja” política (estos últimos son para los realistas los temas económicos, sociales, ecológicos, de cooperación e integración) es arbitraria y errónea, arguyen los pluralistas. En realidad, los asuntos más importantes no son los militares, ni los relacionados en general con la seguridad y el poder, sino los mal llamados asuntos de “baja política”.

El mundo tiende a ser regido por normas y reglas, por *regímenes internacionales*; es decir, conjuntos de normas que más bien se han llamado instituciones que regulan un aspecto definido de las relaciones entre los Estados, por ejemplo, el derecho marítimo. En lugar de un mundo anárquico y peligroso como ven los realistas, los pluralistas observan un mundo que tiende a ordenarse y a actuar de acuerdo con normas legales e institucionales. La perspectiva pluralista puede resumirse de la siguiente forma:

- Los actores del sistema son muchos: nacionales y transnacionales, además del Estado. Éste ya no es ni el principal, ni mucho menos el único actor.
- En los procesos del sistema prevalecen la cooperación e interdependencia. (Muchos realistas acusan de utópicos a



los pluralistas en este punto). Tales procesos incluyen temas económicos, ecológicos, etc. y no se limitan a los problemas de poder y seguridad.

- Los resultados: una configuración paulatina donde el escenario internacional está regido por normas y orientado hacia la interdependencia.

Estas perspectivas: realista y pluralista son propias del mundo industrial-occidental. Ambas representan las percepciones de los *más fuertes*. Desde los países del Tercer Mundo o en vías de desarrollo, la perspectiva de la dominación y dependencia ha sido considerada como un aporte importante en la teoría de las relaciones internacionales. En general, la teoría de la dominación y la dependencia tiene una inclinación prescriptiva que sus críticos consideran extremadamente simplista. Su aspecto prescriptivo está ideológicamente determinado y dirigido a proponer ciertos remedios radicales contra los males que denuncia.

Las concepciones sobre la dominación capitalista mundial, estuvieron fundamentadas en el pensamiento de Lenin que sirvió de base para las disquisiciones sobre el *imperialismo*, tema que subyace en la lógica que vertebra a la teoría de la dependencia. Entre otras cosas, Lenin intentó explicar la perdurabilidad del sistema capitalista, cuya longevidad desvirtuaba los pronósticos y las expectativas de Carlos Marx. Éste había pronosticado fallidamente una gran revolución proletaria en los países más industrializados, junto con la instauración del socialismo después de los triunfos insurgentes. Como esto no ocurrió, Lenin intentó explicar la pervivencia supuestamente anómala del capitalismo.

Lenin consideraba que el capitalismo había sobrevivido porque encontró en la expansión imperialista una válvula de escape para aliviar (durante algún tiempo) la presión de las contradicciones internas del sistema. El imperialismo no fue analizado en detalle por Marx, salvo sus críticas contra la barbarie del colonialismo británico en la India. Según Lenin, la explotación de las masas en los países colonizados permitía aliviar un poco la explotación del proletariado en los países industrializados, cuyas clases explotadoras dedicaron entonces a exportar sus excedentes financieros a los *países marginales* del planeta.

Con el imperialismo se ejecutaba la explotación inmisericorde de los países pobres a manos de los países ricos e imperialistas. Este era un

proceso que implicaba la dominación financiera, económica y política de los países más débiles y menos desarrollados. Lenin expuso esta tesis en su libro *El imperialismo, fase superior del capitalismo*, tomando numerosos conceptos del teórico inglés John A. Hobson (1902) (Lenin, 1974).

La teoría de la dominación y la dependencia considera que en las relaciones internacionales, los Estados son, en realidad, instrumentos de las clases sociales que los dominan. Por ello las clases son, en última instancia, los verdaderos actores internacionales. Los procesos internacionales originados por las contradicciones de clase deben estudiarse en su dimensión global, pues las clases dominantes tienen, en el sistema capitalista, una inmensa red internacional de conexiones e intereses comunes. El análisis de la arena internacional debe tomar en consideración temas socio-económicos, una perspectiva global, (el análisis del sistema capitalista en su dimensión internacional), y una base histórica.

El contexto internacional es, para los dependendistas, el escenario de una continua lucha entre los países del *centro*: desarrollados, industriales y capitalistas; en contraposición a los países de la *periferia* o subdesarrollados. El desarrollo del centro, para los seguidores de la teoría de la dependencia como Enzo Faletto, André Gunder Frank o Susan Bodenheimer, se debe a la explotación de los países periféricos. Según estos teóricos, el subdesarrollo de la periferia no es una etapa que eventualmente dejarán atrás en el camino hacia el desarrollo capitalista, sino que es una situación estructural necesaria para la prosperidad de unos pocos países explotadores. Estas condiciones producen un entorno internacional conflictivo y dominado por relaciones de explotación-sumisión que sólo serían superadas con la abolición del sistema capitalista mundial. Las premisas fundamentales del globalismo o dominación y dependencia son las siguientes:

La primera premisa dependentista mira a los actores fundamentales en la arena internacional en términos de clases sociales que dominan a los Estados dentro del sistema capitalista. El concepto de estructura sistémica permanece y se incorporan los siguientes elementos: Estados, clases y sistema global dominante. Éste debe abarcar factores económicos e históricos. No existe realmente un actor unitario en el sentido aceptado por el realismo.

La segunda premisa piensa que en la arena internacional ocurre un fenómeno de explotación y dependencia dentro del sistema capitalista mundial. Esto crea una situación conflictiva que no solamente produce contradicciones entre explotadores y explotados, sino también entre los sectores explotadores o dominantes. Aun cuando existe una lógica del desarrollo y la explotación capitalista, también existen contradicciones intra-clasistas en el seno de las clases dominantes de un mismo Estado y, más aún, entre las clases dominantes de diversos Estados. Desde la teoría de la dependencia no se puede pensar que las relaciones internacionales se originen en actores que actúan en forma unitaria y racional en el sentido realista. Tampoco se acepta que los actores de la arena internacional se encaminen hacia la cooperación y la interdependencia como señalan los pluralistas. Sin embargo, la estructura social capitalista fomenta la explotación y marca un sistema de contradicciones de clase que se transmiten en el orbe internacional, razón por la cual es imprescindible ejecutar una revolución o desarrollar una fuerza política que rompa las redes de dominación de clase.

La tercera premisa dependentista observa a los actores y procesos que rigen al sistema internacional, quienes solamente cambiarán cuando sea reemplazado el sistema capitalista mundial. Los dependentistas piensan que el derrumbe de este sistema será logrado a través de una conflagración revolucionaria. En términos de los actores, procesos y resultados, la perspectiva de la dominación y dependencia puede resumirse así:

- Los actores del sistema son las clases sociales dominantes, los Estados y el sistema capitalista internacional. En oposición a todos ellos están otros actores: las clases dominadas de los pueblos del Tercer Mundo.
- Los procesos del sistema son conflictivos, de acuerdo con relaciones de dominación y explotación. En realidad, se trata de una lucha de clases en el ámbito internacional, donde las clases dominantes del Tercer Mundo son aliadas-subordinadas de las clases dominantes de los países desarrollados.
- Los resultados del capitalismo como sistema-mundo señalan un proceso de empobrecimiento de la periferia y un enriquecimiento de los países ricos. El crecimiento de las contradicciones traerá,

eventualmente, la revolución y el derrumbe del sistema capitalista a nivel global.

Cabe subrayar que aunque las tres perspectivas teóricas de las relaciones internacionales tienen sus propios perfiles y han originado entre sí intensos debates y antagonismos, en realidad es perfectamente posible utilizar algunos de los elementos de cualquiera de ellas de manera complementaria para el análisis. Esto es particularmente posible en el caso del realismo y del pluralismo. Por ejemplo, existen realistas que utilizan estudios económicos que, tradicionalmente, estarían dentro del campo pluralista o dependentista. Además, existen pluralistas como Robert O. Keohane y Joseph Nye que aceptan la enorme importancia del Estado y de los temas de seguridad como piezas centrales del sistema internacional, aunque rechazan que aquéllos estén a la cabeza de la agenda internacional. De cualquier manera, todos miran al orbe global como un sistema de Estados.

### **Retos de las relaciones internacionales en la era de la globalización**

El mayor reto que enfrenta la ciencia de las relaciones internacionales es, por un lado, la gran complejidad del objeto u objetos sobre los que recae su análisis. Por otro lado, lo complicado del propósito de esta disciplina. Qué trata de hacer la teoría de las relaciones internacionales: ¿explicar?, ¿explicar y prescribir?, ¿predecir?, ¿proponer normas? En cuanto al objeto de estudio, de inmediato salta a la vista que la unidad de análisis básica (aunque no la única), es el sistema de Estados, una entidad cuya complejidad política, cultural, social y económica es innecesario resaltar. Esta disciplina tiene que estudiar las relaciones que se dan entre los Estados dentro del dinámico y complejo sistema internacional.

Las relaciones internacionales tienen que considerar a otros actores internacionales no estatales, como las corporaciones transnacionales, las organizaciones laborales, religiosas, científicas, etc. de alcance internacional; es decir, un conjunto de actores cada vez más relevantes en el mundo moderno. Esta es una realidad enérgicamente subrayada por la perspectiva pluralista o interdependencia. Es comprensible, por lo tanto, que una

disciplina que se desenvuelve en un terreno tan desafiante, haya provocado y provoque tremendos debates internos acerca de la perspectiva y métodos más adecuados para enfrentar los desafíos propios de su peregrinaje hacia la explicación de la realidad.

De allí que, a modo de ejemplo, el realismo estructural o neo-realismo, considere válida la teoría que centra su estudio, no sobre la naturaleza ni las características internas de los Estados, (es decir las unidades del sistema internacional), sino que focalice su atención casi totalmente sobre el sistema de Estados porque considera que es el *sistema* (y no la estructura interna de las unidades, ni la naturaleza o tipo de Estado), lo que determina la conducta de éstos en la arena internacional. El propósito de la teoría neo-realista es restringir el número de variables a ser analizadas para construir una teoría más clara y con mayor poder explicativo.

También existen otros debates relativos al objetivo de las relaciones internacionales. En cuanto al propósito de la teoría de las relaciones internacionales, la investigación encontrará varios modos o modalidades para efectuar su trabajo. La selección de un modo o modos para enfrentar una labor teórica es una decisión muy importante que contribuirá decisivamente a la naturaleza de un estudio. Existen los siguientes modos de análisis sistémico para realizar una tarea. Estos modos pueden combinarse y complementarse mutuamente:

- a) Modo descriptivo.
- b) Modo explicativo.
- c) Modo interpretativo.
- d) Modo predictivo.
- e) Modo normativo.
- f) Modo prescriptivo.

Por medio del modo descriptivo se provee una narración que, se supone, debe ser fidedigna y concentrada en los elementos esenciales del objeto o de los sucesos bajo observación. Por ejemplo, la descripción de la Segunda Guerra del Pacífico entre Chile y la coalición peruano-boliviana se limitaría a presentar la secuencia articulada de los acontecimientos que generaron el conflicto, las acciones militares y los resultados de la guerra. En esencia, el modo descriptivo muestra a determinados hechos o realidades, "tal como son o como fueron". Esto puede ser el punto de partida de un estudio más complejo que incluya otros modos totalizadores.

El modo explicativo va más allá del anterior, aunque no lo excluye. El modo explicativo señala por qué ocurre un evento o una realidad. Es el más relevante de todos para la construcción de una teoría científica. La explicación es la función fundamental de una teoría y es la condición sine qua non de la ciencia. Una teoría que no explica no es teoría, una ciencia que no explica, no es ciencia. La explicación requiere previamente el análisis de un asunto dado, su naturaleza, sus elementos, sus causas, los orígenes de éstas, las conexiones existentes entre todos esos elementos, el desarrollo del fenómeno, así como la naturaleza y amplitud de sus consecuencias.

A modo de ejemplo, un análisis explicativo de un fenómeno doméstico que tuvo muchos matices internacionales como lo fue la revolución sandinista en Nicaragua, intentaría cubrir desde los orígenes del movimiento insurgente hasta el día en que éste alcanzó el poder; expondría (sustentado en datos) cuál fue la matriz política de esa revolución, incluidas las condiciones de exclusión política que existían durante la era previa (la era de la dictadura somocista); se referiría a la ideología marxista-leninista de la dirigencia sandinista y a sus diferentes concepciones sobre la estrategia en la lucha por obtener el poder. Posiblemente analizaría por qué razones socio-económicas e ideológicas el campesinado nicaragüense (en su abrumadora mayoría) no apoyó a la insurgencia sandinista en el periodo 1962-1979; expondría la penosa transición desde la estrategia de la *lucha popular* prolongada en el área rural, hasta la estrategia de la insurrección urbana.

La explicación enfrentaría el tema de la naturaleza de los grandes sectores políticos, económicos, religiosos y militares de Nicaragua y las razones por las cuales unos no pudieron lograr el cambio del régimen somocista (y otros lo impidieron). Esas condiciones facilitaron el estallido político-militar que condujo al costoso experimento revolucionario de los años ochenta.

Para ofrecer un panorama más completo, el análisis incluiría una explicación sobre el clima internacional entonces vigente. Esto, probablemente, tomaría en cuenta la influencia de la revolución castrista y la labor de adoctrinamiento y apoyo desde Cuba a los movimientos radicales en Iberoamérica en los años sesenta y setenta. Además, integraría dentro del estudio consideraciones sobre el clima político de entonces en Centroamérica, en los países del Pacto Andino, y (a escala global) el clima

de la Guerra Fría y el optimismo de la izquierda radical ante una serie de triunfos en Asia y África de los llamados “movimientos de liberación”. La explicación tendría que mostrar las relaciones entre todos esos elementos, su desarrollo, y el resultado que en este caso fue la toma del poder por un movimiento armado.

El modo interpretativo muestra un proceso donde la realidad pasa por el tamiz de la mente y del marco teórico e ideológico del investigador. Así, un historiador o un politólogo de formación liberal, probablemente interpretará la Guerra de la Triple Alianza (Paraguay en contra de Argentina, Brasil, y Uruguay en 1865), como el resultado de los reclamos fronterizos de Paraguay contra Brasil, relacionados con la visión estratégica del dictador paraguayo Solano López hijo. También debería incluirse en el conflicto otros factores como la personalidad del gobernante paraguayo y su dominio sobre las instituciones del país (Congreso, Poder Judicial, etc.). Estas instituciones no pudieron más que rubricar las acciones de Solano López, quien lanzó a la nación hacia una heroica pero desastrosa aventura militar.

En contraste, un politólogo marxista, posiblemente interpretará la guerra de la Triple Alianza como producto del capitalismo imperialista. Dirá que el capital inglés quería acceso al Río de la Plata manipulando a Uruguay e involucrándose con Paraguay para destruir “el mal ejemplo” que constituía en la región el modelo alternativo de desarrollo económico autóctono, impulsado por la férrea (y a la vez modernizante) tiranía de los Solano López.

El modo predictivo intenta pronosticar eventos. Las predicciones se basan en datos históricos (militares, económicos, demográficos, etc.) que se extrapolan por medio de técnicas matemáticas. Sin embargo, no se debe sobreestimar, ni el poder de tales herramientas, ni la indudable pero limitada utilidad del modo predictivo, dada la complejidad de la conducta humana y su pertenencia a un mundo que no está necesariamente determinado como el mundo natural, lo que hace difícil la predicción, que en todo caso se reduce a las *probabilidades* con un inevitable margen de error.

El modo normativo señala reglas de cumplimiento obligatorio (ya sea en el terreno legal, moral, o en ambos) porque, según supone quien disemina, defiende o impone determinadas normas, éstas encierran valores

deseables y benéficos. Esas normas se orientan fundamentalmente a la obtención de un determinado objetivo, de contenido ético o legal, más que al logro de un resultado, algo propio de la prescripción.

En el terreno empírico, la prueba de una hipótesis o de una teoría deberá indicar si las mismas son verdaderas o falsas, mientras que en el terreno normativo, una conducta será buena o mala (no verdadera o falsa). Si una norma no está sujeta a la comprobación, entonces, pertenece más al mundo de los valores que a la esfera cognoscitiva propiamente dicha. Básicamente, lo normativo se acerca mucho más a la esfera del derecho, la filosofía y la moral, que al campo de las ciencias sociales. Sin embargo, no puede haber una simple y brutal expulsión (por demás ilusa e impráctica) de lo normativo en las ciencias sociales.

El modo prescriptivo indica los medios o técnicas para lograr un fin determinado. Se refiere a temas que más bien se podrían llamar instrumentales. ¿Qué hacer para lograr una alianza entre los Estados “a” y “b”? ¿Cómo aumentar el poder militar del Estado “x” para frenar al Estado “z”? La prescripción indicaría los pasos para realizar, o al menos para intentar realizar, ciertas metas.

Una prescripción relativa a la conducta humana no tiene necesariamente que referirse a valores morales, aunque siempre encierra alguna implícita o explícita base ética. Nicolás Maquiavelo escribió una pequeña, debatida e inmortal obra (*El Príncipe*) que en gran parte es prescriptiva: cómo obtener el poder político y cómo conservarlo. El modo prescriptivo puede ser de gran utilidad si la prescripción está sólidamente fundamentada. Muchos investigadores de las relaciones internacionales, así como los practicantes de la política, han seguido el método prescriptivo para enfrentar temas como las formas de evitar la guerra o consolidar la paz.

Un reto primario que enfrenta la disciplina de las relaciones internacionales, es la difícil labor de estructurar racionalmente los datos de la realidad: organizarlos y arreglarlos para que tengan valor explicativo que generen respuestas clarificadoras sobre esa realidad compleja, proponiendo también interrogantes sólo contestables a través de una cuidadosa labor interpretativa. Dentro de este panorama, los analistas de las relaciones internacionales tienen que decidir, desde el inicio de sus labores, cuál será



la unidad básica; es decir, el nivel sobre el que enfocarán su atención al efectuar un análisis. Kenneth Waltz, en su clásica obra *Man, the State and war (Hombre, Estado y guerra)*, estudió los distintos tipos de respuestas que a lo largo del tiempo han dado quienes se dedican al estudio de las causas de la guerra, y expuso que en aquélla búsqueda (y en general en el análisis de la política internacional), se pueden distinguir tres niveles analíticos: a) el individuo; b) el Estado; c) el sistema de Estados (en esencia, el sistema internacional) (Waltz, 1959).

El primer nivel para el análisis está constituido por el individuo y los grupos dentro del Estado. ¿Puede afirmarse que las causas de la guerra emanan de la naturaleza del hombre? Estos problemas han sido tratados desde hace mucho por pensadores como San Agustín, Spinoza, Maquiavelo, Rousseau y, muy posteriormente, por psicólogos y antropólogos. ¿O estarán las raíces de la guerra en la personalidad de los líderes? ¿O en la interacción de los individuos organizados dentro del Estado? (dirigentes del gabinete, en el Congreso, o en la estructura militar).

El segundo nivel de análisis lo constituye el Estado. ¿Qué tipo de organización estatal está más inclinada hacia la paz y cuál es más proclive hacia la guerra? ¿Las democracias? ¿Las dictaduras? ¿En qué grado la historia de un Estado influye en su conducta? ¿Cómo operan e interactúan las grandes entidades y sectores económicos, industriales y políticos del Estado y qué influencia ejercen sobre una conducta exterior pro-paz o agresiva?

El tercer nivel lo forma el *sistema de Estados*, ese creciente grupo de Estados independientes, cada uno de los cuales tiene como tarea última la de sobrevivir en una arena en la que no existe una autoridad superior, supraestatal, capaz de hacer cumplir las normas del derecho alrededor del mundo. Aquí cabe preguntarse una vez más *qué es un sistema*. En esencia, un sistema es un ente constituido por partes movibles e interactuantes. En esta entidad dinámica, las interacciones que ocurren dentro del sistema son las que determinan (en la arena internacional) la guerra o la paz, por encima de lo que deseen los individuos (primer nivel de análisis), o la estructura interna de los Estados (segundo nivel de análisis).

A primera vista, la opción más sensata sería la de estudiar detalladamente y con igual énfasis los tres niveles (a, b y c) en la búsqueda

de una clave que permita comprender las raíces de la política internacional. Esta decisión sería, sin embargo, impráctica. Un estudio que incluya con igual detalle los rasgos psicológicos de un líder, sus fortalezas y debilidades intelectuales y morales, las influencias que ejerce sobre sus consejeros y grupos de poder inmediato, y las que recibe de éstos, las características de la personalidad de los miembros del grupo de confianza y la dinámica de éste, las características políticas, económicas, tecnológicas, culturales (incluidas las ideológicas) y geográficas de un Estado, así como la estructura, dinámica y tendencias del sistema de Estados. Un estudio así sería inacabable.

Si una disciplina intenta ser algo más que un catálogo atiborrado de datos, tiene que seleccionar los más relevantes, debiendo discriminar entre las variables menos y más importantes, para luego hacer abstracciones y no simples inventarios. Aquí viene entonces el problema: ¿qué nivel es más importante y con mayor poder explicativo? Si fue escogido un nivel, ¿cuánta atención se le debe dedicar a los otros para no construir un trabajo claramente sesgado y unidimensional? En otras palabras, bien lo dice Waltz, el investigador tendrá que tomar en consideración los tres niveles señalados, pero normalmente deberá concentrar el grueso de sus esfuerzos en uno de ellos, muy probablemente en el nivel que tiene mayor peso durante el período analizado. Para Waltz el *nivel sistémico* es el que encierra el mayor potencial explicativo de la conducta de los Estados en la arena internacional.

Waltz expresa que las guerras tienen, tanto causas inmediatas, como causas permisivas. Las primeras se encuentran en el nivel individual (un tirano ambicioso, un guerrero sin escrúpulos, o un demagogo belicoso); y en el nivel estatal: un Estado irrespetuoso del derecho, acicateado siempre por la idea de expandir sus fronteras, o impulsado por la necesidad supuesta de poseer una extensa periferia para protegerse de posibles agresiones, tal como le pasaba a la Rusia zarista o a la ex Unión Soviética (URSS) en tiempos más recientes, dadas las experiencias sufridas a manos de Napoleón Bonaparte y, más de un siglo después, a manos de la Alemania nazi. Por otro lado, la causa permisiva se encuentra en el nivel del sistema de Estados: este sistema, por su naturaleza, no posee una autoridad jerárquica, y permite que los individuos o los Estados agresivos lleven sus países a la guerra, o a determinados tipos de conducta.

En todo caso, en este asunto de los niveles de análisis basta por ahora indicar que es un tema importante, y si bien diversos autores han optado por el primer nivel, o sea el nivel del individuo (y de grupos intra-estatales) para analizar determinadas realidades o situaciones, la mayoría de los analistas han concentrado su atención sobre el segundo nivel (el Estado u otros actores clave que comparten crecientemente la arena internacional), o por el tercer nivel, es decir, el sistema de Estados.

Cuál nivel es el más importante o el mejor. Esto depende de la decisión del investigador. En realidad, favorecer un nivel sobre cualquiera de los otros dos estará determinado, no sólo por el entrenamiento, las inclinaciones y los propósitos del especialista, sino también por la naturaleza y las circunstancias prevalecientes en la realidad que va a ser estudiada. Cabe subrayar que el hecho de optar por uno de los tres niveles mencionados no significa que deban ser excluidos totalmente del análisis los elementos de otros dos niveles. Éstos siempre pueden, y hasta deben, ser tomados en consideración, aunque en forma menos detallada.

Es clarificadora la explicación de Robert Mansbach, quien dice que la política exterior y las relaciones internacionales son como Jano, el dios bifronte de los romanos, el guardián del universo, quien (siendo una sola deidad) tenía dos caras: con una ofrecía la guerra y con la otra la paz. Así iniciaba su estudio de los diferentes actores y niveles de análisis en la disciplina, los cuales a pesar de su multiplicidad están integrados en una gran y compleja unidad.

Al referirse al nivel interior de los Estados y al estudiar a los individuos y su rol en la política exterior, Mansbach explicaba dos enfoques analíticos: el que estudia el proceso cognoscitivo, y el que estudia el proceso afectivo. El estudio del proceso cognoscitivo se enfoca en los procesos intelectuales por cuyo medio los actores y los líderes analizan y filtran la realidad para así tomar decisiones. Mansbach cita un estudio de Ole R. Holsti sobre el Secretario de Estado estadounidense, John Foster Dulles y su actitud de desconfianza y rechazo ante la URSS. Interesantes podrían ser otros estudios sobre los procesos cognoscitivos de, por ejemplo, Kim Il Sung, de su hijo y sucesor Kim Yong Il (y ahora de su nieto, tercero en la línea de esta dinastía social-absolutista), o de Fidel Castro, o su hermano y sucesor Raúl Castro, para ver de qué forma integran e interpretan el panorama de

la política mundial de acuerdo con sus propios modelos, procesos mentales y marcos intelectuales de referencia.

En múltiples oportunidades, los actores políticos interpretan siempre como hostil, o como una movida táctica, cualquier acción del rival o enemigo (real o percibido como tal). En caso contrario, pueden interpretar como amistosa o inofensiva una acción dañina de un aliado, o de alguien percibido como socio en las negociaciones internacionales. Con esto, muchos líderes mantienen o preservan lo que los expertos en psicología política llaman la consistencia cognoscitiva.

En el caso de los procesos afectivos, los psicólogos señalan que las características afectivas también influyen en la toma de decisiones de los dirigentes de la política exterior de los Estados. Las características de la personalidad (grado de nacionalismo, autoconfianza en la habilidad para controlar eventos, necesidad de poder, necesidad de afiliación, complejidad conceptual y grado de desconfianza hacia otros), influenciarán la orientación de la política exterior, inclinada o no al cambio, hacia la cooperación e interdependencia, o hacia la confrontación.

Mansbach también se refiere a la tradición Estado-céntrica y al análisis a nivel de los Estados, que puede variar desde la perspectiva tradicional que considera al Estado como un actor racional y unitario, que actúa en la arena internacional como una bola de billar en movimiento y en choques con otras bolas de billar (otros Estados), hasta la visión que incorpora factores como el comercio internacional y que mira a la arena global (como lo propone Stephen Krasner), más bien como las placas tectónicas de la corteza terrestre: ésta se mueve, ondula, causa grandes terremotos, todo esto producto de numerosos elementos dinámicos e interconectados dentro del sistema internacional.

Tras examinar también el nivel del sistema de Estados, Mansbach concluye que ningún nivel puede explicar satisfactoriamente por sí mismo el panorama de las relaciones internacionales. Se inclina más por el modelo de la política transnacional, que toma en consideración, no solamente la diversidad de actores (estatales y no-estatales) en el escenario internacional, sino que subraya la borrosa frontera entre lo nacional o interno y lo internacional. Este modelo es mucho más comprensivo pero, a la vez, mucho más complejo. Por ello, se insiste en que si bien lo indicado es que se tomen

en consideración todos los niveles y su interrelación, lo más práctico será que el investigador concentre fundamentalmente su atención en un solo nivel, aquel que más se relacione con el tema principal de su trabajo. He aquí un reto, tanto para la disciplina de los estudios internacionales, como para el investigador.

La explicación es el segundo de los grandes retos generales que confronta la teoría de las relaciones internacionales. Vale reiterar que la dimensión explicativa es la faceta más importante de cualquier ciencia. La explicación presupone buscar, delimitar, definir y ordenar un grupo de variables relevantes de una realidad determinada, discutir sus orígenes o causas, evaluarlas, encontrar las relaciones existentes entre ellas, su desarrollo y efectos, así como exponer todo esto en forma sistemática, coherente e inteligible. Para la ciencia, la labor de explicar es más importante que la labor de predecir, aunque esta última pueda parecer más espectacular, útil y fascinante.

Existen ejemplos históricos de actividades predictivas que no alcanzaron el nivel de quehacer científico porque carecían de una adecuada faceta explicativa, ya que no se había llegado a comprender bien la naturaleza, causa, desarrollo, interrelación y efectos de las variables integrantes de un determinado fenómeno. Tal es, por ejemplo, el caso de los sumerios quienes predecían eclipses, pero no podían explicar la causa de los mismos.

En este ejemplo, los sumerios tenían la capacidad para predecir algunas realidades en astronomía, actividad que mezclaban con elementos mágico-religiosos, pero no ejercían una actividad científica en el correcto sentido del término. La explicación se puede referir a procesos y resultados fatales o necesarios, como los de naturaleza física, o a patrones y tendencias, como ocurre con los fenómenos sociales. La búsqueda de una *mayor significación* en la investigación, permite la explicación y la construcción de conclusiones fructíferas. Todo ello indica que la simple acumulación de datos en una investigación científica es un paso necesario, pero claramente insuficiente para lograr explicaciones relevantes y llegar a conclusiones válidas.

El estudio de las relaciones internacionales (que implica tener que lidiar con un gran número de datos (militares, económicos y políticos), tiene que enfrentar el reto de la selectividad honesta y juiciosa de la

información relevante, así como su organización. Solamente así se puede llegar a la meta de una explicación que ilumine un tema. La labor de *teorizar*, es el tercer reto que enfrenta la teoría de las relaciones internacionales, actividad íntimamente vinculada con el problema de encontrar y aplicar la metodología más adecuada. En este punto, la pregunta básica es si debe la disciplina de las relaciones internacionales dedicarse a hacer teoría y qué tipo de métodos debe usar esta disciplina en la elaboración de aquéllas.

Es importante explicar que una disciplina que carece de teoría o teorías, debe renunciar a ser una ciencia. Una actividad que renuncia a la teoría puede ser algún tipo extraño de arte, especulación, o creación imaginativa refrescante como una novela agradable, o simple charlatanería, pero jamás será ciencia. Por ello, antes de proseguir, resulta útil clarificar la idea de lo que es una *teoría*.

El término teoría tiene al menos dos acepciones de interés para el presente análisis. Para quienes emplean el término en un sentido muy amplio, toda teoría es un tipo de conocimiento sistemático, ordenado, que puede provenir de la razón pura, de la intuición, e incluso de la convicción. En cambio, en un sentido más restringido, la teoría científica nace del razonamiento lógico y de la observación empírica. Por lo tanto, existen sobre este punto dos posiciones divergentes o más bien contrapuestas. Por un lado están los que entienden el concepto de teoría en su sentido más amplio. Ellos piensan que pueden elaborarse teorías sobre temas morales y normativos, es decir, sobre temas no sujetos a prueba empírica. Por otro lado, los que entienden el concepto de teoría en su sentido más estricto niegan tal posibilidad, pues afirman que la teoría debe estar edificada sobre una base empírica.

Desde la década de los sesenta del siglo XX, los investigadores de las relaciones internacionales se trabaron en una dura disputa entre dos campos, que en líneas generales corresponden a las dos formas arriba citadas de entender lo que es una teoría. El primero y más antiguo de los dos campos en pugna favorecía (y favorece) la metodología clásica, apoyándose en los métodos tradicionales de la historia, la diplomacia, el derecho, la filosofía. En el otro campo estaban (y están) los seguidores de una línea más moderna, quienes expresaban que la teoría de las relaciones internacionales debía construirse, fundamentalmente, por medio de la

observación empírica, la comprobación de hipótesis y la formulación de modelos que lleven el trabajo teórico al plano de la teoría científica en su acepción más restringida o rigurosa. Cabe señalar que hay distintos tipos de teorías, cuyas diferencias se basan en la naturaleza de cada uno de estos tipos, incluidos sus propósitos. Las tres categorías de teorías más conocidas son: las teorías abstractas, las teorías empíricas y las teorías normativas.

Es cierto que cualquier teoría es una abstracción, y por lo tanto llamar *teoría abstracta* a un tipo específico de conjeturas puede parecer redundante. Los especialistas llaman teorías abstractas a las que se construyen y existen separadas del mundo de lo factual, de los hechos, de lo tangible. Este tipo de teorías generalmente se construyen mucho antes de que se les pueda, (o se les quiera) encontrar una aplicación práctica. Tal es el caso de algunas teorías matemáticas muy avanzadas. Las *teorías empíricas*, en contraste con las abstractas, se refieren a hechos, a la realidad objetiva. Tienen como finalidad examinarla, comprenderla, explicarla y (si se puede) predecirla. Se dirigen a diferenciar lo verdadero de lo falso.

Las *teorías normativas* se refieren a la construcción, evaluación y explicación de juicios de valor. No se refieren a lo que es, sino a lo que *debe ser*. Una teoría normativa se enfoca hacia la diferenciación entre lo bueno y lo malo. Sus juicios no están sujetos a pruebas empíricas, encaminadas a demostrar la exactitud o el error.

El quehacer dentro de la teoría de las relaciones internacionales favorece actualmente a las teorías empíricas, frente a las abstractas y a las normativas. Sin embargo, no puede decirse que el campo de lo normativo haya quedado (o deba quedar) abandonado. En lo relativo a su alcance o ámbito, hay que distinguir al menos dos tipos de teorías: la teoría general y la teoría media o de alcance medio. La teoría general, engloba en su seno la explicación (y si es posible, la predicción) de un fenómeno amplio y general. Por ejemplo, una teoría sobre las causas de la guerra. En claro contraste, la teoría de alcance medio trata de explicar un asunto restringido, algo inscrito dentro una realidad más general. Por ejemplo, una teoría sobre la toma de decisiones en situaciones de crisis.

A continuación se ofrece una explicación esquemática de cómo se construye una teoría empírica, desde el punto de vista más tradicional. Después se harán referencias a algunos puntos un poco más complejos



relativos a ideas propuestas por teóricos del conocimiento tales como Karl R. Popper, Imre Lakatos y Thomas S. Kuhn.

El primer escalón en la construcción de una teoría empírica, o teoría en el sentido restringido o riguroso, consiste (en el caso de las ciencias sociales) en la observación de la realidad. Como un segundo paso sigue la formulación de una hipótesis. En el caso de las relaciones internacionales, esto presupone el haber elegido un nivel de análisis, haber estudiado previamente una realidad y haber extraído algunas conclusiones preliminares y tentativas. Por ejemplo, el estudio de una serie de guerras entre dos o más Estados podría llevar al investigador a formular en forma tentativa la hipótesis de que en tiempos de guerra, crece la tasa de natalidad de las poblaciones involucradas en el conflicto. Obsérvese que aquí el investigador ha elegido el segundo nivel de análisis, es decir, observará la conducta de uno de los elementos básicos de un Estado, como lo es su población y los recursos para sustentarla.

El segundo paso consiste en comprobar la hipótesis que ha sido formulada. En este caso, se procede (siguiendo el ejemplo del párrafo previo) al estudio detallado de una serie de conflictos internacionales y al análisis comparativo de las tendencias demográficas en tiempos de paz y también en tiempos de guerra. De esta comprobación (que tendrá que incluir una cantidad de datos debidamente organizados) pueden surgir dos distintos escenarios.

En el primer escenario, la hipótesis es descartada si el estudio de treinta guerras internacionales demuestra que durante esas crisis, contrariamente a la hipótesis planteada, la tasa de natalidad descendió. La hipótesis, por lo visto, ha resultado errónea, o puede requerir enmiendas, ajustes y nuevas comprobaciones. En casos así puede suceder que el investigador reoriente su investigación y prosiga en la búsqueda de otras variables que expliquen lo ocurrido. Pero puede suceder que el investigador se decepcione y abandone el proyecto por falta de tiempo, voluntad, interés, o recursos. En el otro escenario, cuando la hipótesis resulta validada o confirmada, el proceso de construcción teórica proseguirá (normalmente) por la ruta de las explicaciones científicas.

El tercer y cuarto pasos consisten en la generalización y después en la formulación de una teoría (tras la comprobación de la hipótesis bajo



una serie de circunstancias que reiteren su validez). Si existen resultados contradictorios, la teoría debe ser reformulada a la luz de los resultados de las comprobaciones empíricas, o el proyecto se descarta.

El cuarto y más difícil paso en la labor de construcción de una teoría empírica, consiste en el descubrimiento y formulación de leyes. Una ley solamente puede ser tal, en el sentido clásico y estricto cuando se descubre una relación causal entre un conjunto de condiciones y el efecto provocado por tales condiciones. Las leyes así entendidas son más propias de las ciencias naturales que de las ciencias sociales. En todo caso, las leyes se formulan cuando empíricamente se comprueba que existe una certeza absoluta (una probabilidad estadística elevadísima o una estrecha correlación), entre la existencia del conjunto de las condiciones “a-b” y la aparición de los resultados “c-d”; es decir, cuando se puede afirmar con al menos elevada certeza estadística que los resultados “c-d”, se derivan de “a-b” y siempre que existan estas condiciones causales, resultarán “c-d”. En esta lógica de razonamiento, la teoría sistémica ha promovido un análisis multicausal y multivariado de gran utilidad para formular probabilidades estadísticas, junto con la identificación de escenarios prospectivos.

El descubrimiento y formulación de tal tipo de leyes ha sido la meta y la ilusión de múltiples científicos sociales, entre ellos algunos dedicados a las relaciones internacionales, enamorados del rigor metodológico y de la robustez teórica de las ciencias naturales, particularmente de la reina de éstas: la física. Sin embargo, tales leyes son muy difíciles de encontrar y formular en el mundo social, en el que todo resulta complicado por la muy difícil predictibilidad de la conducta humana.

Vale aclarar que diversos especialistas en filosofía de la ciencia, así como los estudiosos dedicados a temas básicamente metodológicos, recogen la noción de David Hume respecto a que el concepto de relación causal es innecesario, y en todo caso (dicen) no es demostrable. Lo que se puede decir o ver es una conexión necesaria entre dos fenómenos. Y desde esta realidad se pueden construir generalizaciones (Isaak, 1985).

Si se presenta en una forma todavía más esquemática al proceso de construcción de una teoría empírica, éste puede verse así: 1) Observación; 2) Formación de conceptos; 3) Formulación de hipótesis; 4) Prueba de la hipótesis. En esta etapa, la hipótesis puede ser rechazada, modificada, o

confirmada por la prueba. Si es confirmada, se pasa a la etapa siguiente: 5) Generalización; 6) Formulación de teoría; y 7) Formulación de una ley.

En todo caso, el descubrimiento de ciertas regularidades de la conducta humana, estadísticamente mensurables, ha ayudado a la predictibilidad (relativa y cualificada) de ciertas situaciones. Por otro lado, la búsqueda de leyes en el sentido estricto es un tema que continúa provocando hasta hoy largos debates. Es muy discutido, incluso no solamente lo posible, sino además lo deseable de ese viejo propósito de convertir algún día a las ciencias sociales en un reino similar al de las ciencias exactas o de la naturaleza. Gran parte de esta discusión nace de una circunstancia bastante sencilla, como es el insuficiente énfasis dado por muchos científicos sociales a hechos esenciales como los siguientes.

Primero: el objeto de las disciplinas sociales. Tal objeto es el hombre en su dimensión histórica, cultural, económica, psicológica y política. Ocurre que el hombre más allá de su dimensión estrictamente biológica es irreductiblemente distinto al objeto de cualquier otra ciencia natural. En consecuencia, no pueden utilizarse para el estudio del hombre histórico-social los mismos métodos utilizados en las ciencias naturales. Precisamente, por razones éticas y prácticas, las ciencias sociales se limitan a la simple observación de su objeto de estudio. Por el contrario, las ciencias naturales se dedican a la experimentación, lo que les permite estudiar y manipular las variables bajo estudio en un ambiente controlado, por ejemplo, un laboratorio donde se pueden aislar determinados reactivos, combinarlos en la forma que desee el laboratorista, y observar o medir los resultados.

En segundo lugar: las ciencias sociales, para ser ciencias respetables, no requieren ser construidas sobre leyes al estilo de las ciencias naturales. Basta que detecten tendencias, procesos, explicando la realidad en forma sistemática, ordenada, coherente y lúcida. Si la explicación es la aspiración y la función fundamental de cualquier ciencia, es evidente que las ciencias sociales llenan esta función. Ellas son capaces de proveer explicaciones lúcidas y rigurosas sobre los fenómenos sociales, aunque sus capacidades predictivas sean limitadas, dada la naturaleza de su objeto.

La explicación hasta aquí ofrecida sobre la elaboración de las teorías y de su finalidad, presupone lo siguiente: 1) el conocimiento es una

forma de contacto con la realidad y de interpretación de la misma; 2) es una relación entre un sujeto cognoscente y un objeto por conocer; 3) no es un fin en sí mismo, sino un medio para actuar en el mundo. El sujeto es quien conoce, es el agente activo. Construye la relación de la que surge el conocimiento, asimila y produce una representación interna del objeto.

El objeto es la entidad que el sujeto tiene frente a sí. Le da un contenido específico al conocimiento y además modifica al sujeto. La mente humana nace en blanco y es la experiencia, el contacto del sujeto con los objetos lo que va creando el conocimiento en una relación dinámica e interactuante. Dentro de esta línea de pensamiento, la verdad se basa en la correspondencia fiel entre el concepto y su correlato objetivo, aunque lo que se considera verdad científica, evoluciona a medida que se descubren nuevas facetas de la realidad y nuevos métodos e instrumentos para estudiarla.

Thomas S. Kuhn en su ya clásica obra *The Structure of Scientific Revolutions* (*La estructura de las revoluciones científicas*) expresa que el conocimiento científico no es verdaderamente acumulativo (Kuhn, 1970). En realidad es una sucesión de *paradigmas normales o dominantes* que explican la realidad y, por medio de ellos, la ciencia logra períodos de desarrollo normal de dichos paradigmas, aceptados por la comunidad científica durante algún tiempo. Los paradigmas, según Kuhn, son realizaciones científicas universalmente reconocidas, que durante cierto tiempo proporcionan modelos de problemas y soluciones a una comunidad científica.

Ocurre, por lo tanto, que con el paso del tiempo los paradigmas comienzan a mostrar fallas, anomalías o deficiencias en su capacidad explicativa a medida que se descubren nuevas facetas de la realidad. Finalmente, los viejos paradigmas prevalecientes son reemplazados por otros nuevos, lo que causa una *revolución científica*. Después de cada una de esas revoluciones se instituye una nueva “ciencia normal”, basada durante algún tiempo en nuevos paradigmas o modelos, hasta que surgen nuevas anomalías en los paradigmas dominantes y así sucesivamente.

Karl R. Popper rechazó esta tesis de Kuhn y expresó que el progreso científico no ocurre a manera de saltos discontinuos y revoluciones sino por medio de un proceso constante de conjeturas y refutaciones. Para

Popper, toda proposición científica debe ser refutable o falseable para ser verdadera; es decir, tiene que ser sometida a la prueba y la constatación, lo cual no puede ocurrir, por ejemplo, con dogmas o con juicios de valor. Como consecuencia de ese proceso, la validez de las teorías científicas es o puede ser temporal.

No obstante, Popper, cuya obra *The Logic of Scientific Discovery* (*La lógica de la investigación científica*) (1935), fue un gran aporte en el terreno de la metodología de las ciencias sociales, sin caer ni en el empirismo ingenuo, ni tampoco en el nihilismo del que lo acusan algunos de sus críticos. La tesis popperiana lo llevó a criticar tanto al inductivismo de los empiristas a ultranza, como al criterio de verificabilidad defendido por los neo-positivistas del Círculo de Viena.

El filósofo de la ciencia, Imre Lakatos, explicó la utilidad que posee para el desarrollo de las teorías científicas, lo que él llamó *programa de investigación científica*. Esta concepción metodológica ha atraído a algunos teóricos de las ciencias sociales y, dentro de ellas, a investigadores de las relaciones internacionales. En esencia, la idea consiste en que toda teoría debería apoyarse en un programa de investigación, cuya utilidad fundamental debe ser la de evaluar, comparativamente, las teorías científicas, su validez y su poder explicativo.

Un programa de investigación científica contiene presunciones y condiciones iniciales que definen su alcance o ámbito. Tales presunciones son inviolables. Si fallan, todo el programa se destruye y hay que regresar a la formulación de uno nuevo. Un programa científicamente útil debe, además, contener otros dos elementos de crucial importancia: hipótesis observacionales y una capacidad heurística positiva. Con estos dos elementos el programa de investigación abre el camino a la formulación de una teoría sólida, porque durante la construcción de una teoría, el investigador se encontrará con anomalías, con hechos o tendencias que no encajan adecuadamente dentro del marco general que se viene construyendo.

Entonces, el programa de investigación intentará proteger o defender los presupuestos fundamentales que ya han sido construidos en la elaboración de la teoría. Para efectuar tal defensa por medio del programa, se construyen hipótesis auxiliares, encaminadas a explicar las anomalías con las que ha tropezado la teoría. De esta forma se evitará cuestionar

el marco general ya construido. Hay que añadir que un programa de investigación, si es bueno, no puede limitarse simplemente a explicar con sus hipótesis auxiliares, caso por caso, las anomalías que encuentra, es decir, las desviaciones o contradicciones que surjan respecto de la teoría principal sometida al análisis. Este tipo de explicaciones, llamadas por Lakatos hipótesis degenerativas o regresivas, capaces solamente de proveer explicaciones *ad hoc*, serían como simples parches que no evitarían el hundimiento del programa.

Por lo tanto, es necesario contar con algo más sólido: se requieren hipótesis auxiliares progresistas. Éstas son como defensas periféricas del programa, y para ello deben descubrir hechos nuevos y relevantes para la construcción teórica. En la forma indicada, los programas de investigación científica ayudan a conseguir una comprensión más exacta y lúcida de la realidad, iluminando el camino hacia la edificación de teorías plausibles.

Por otra parte, Robert O. Keohane señala que la concepción de Lakatos se dirigía a las ciencias naturales. Por ello, ninguna ciencia social (incluida la economía y su teoría de los oligopolios, usada en las relaciones internacionales por los realistas estructurales) pasaría la prueba rigurosa de los verdaderos programas de investigación. No obstante, continúa expresando Keohane, las propuestas metodológicas de Lakatos proveen un criterio útil para la evaluación de las tradiciones científicas y ello se aplica también a las relaciones internacionales. Keohane, uno de los críticos más penetrantes del realismo, explicaba que éste no pasaría la prueba si se le aplicara el diseño metodológico desarrollado por Lakatos. Sin embargo, tampoco pasaría tal prueba el enfoque pluralista porque, en rigor, todos los enfoques de la teoría de las relaciones internacionales son solamente recursos mentales heurísticos para explicar, provisoriamente, el comportamiento de los Estados dentro de un sistema internacional que funciona en condiciones de permanente incertidumbre y alta complejidad.

La perspectiva sistémica contribuye a que, desde el punto de vista epistemológico, podamos asumir que la construcción del conocimiento no siempre supone una total comprobación de hipótesis, ni el fomento de críticas racionales sustentadas en la refutación de teorías. Los enfoques sistémicos configuran un nuevo tipo de razón: la aparición de *contingencias*. De esta manera, existen diferentes modos de observar, considerar y diferenciar en

los intentos de dar una mayor significación a las explicaciones sobre cómo se mueve la realidad. Las explicaciones siempre serán contingentes. Tales contingencias representan nociones de posibilidad y probabilidad. En el sistema internacional, todas las acciones llevadas a cabo por aquellos que toman decisiones en materia de política exterior, o los movimientos sociales que tienen un impacto en la globalización son, ineludiblemente, contingentes, y es por esto que los sistemas sociales y el sistema internacional no tienen otra alternativa que *auto-fundarse*, aumentando así su complejidad y una mayor contingencia (Tell, 2007).

Cabe subrayar que en todas las propuestas citadas, (Kuhn, Popper y Lakatos), subyace la conclusión de que no hay ningún tipo de conocimiento científico permanente, ni de verdad científica inmutable, ni invulnerable al tiempo, ni al descubrimiento de nuevas realidades, o de nuevas facetas de aquéllas. Por esto, es necesario subrayar con igual énfasis que debe existir la posibilidad de renunciar a la búsqueda de la verdad científica.

En última instancia, el progreso del pensamiento, el avance de la ciencia y de la técnica de Occidente (en la que se basa la del resto del mundo), se erigen en una actitud, en una cosmovisión y en una ética, que impulsan la búsqueda del conocimiento de la realidad objetiva. Esto es así por más que los instrumentos conceptuales o materiales con los que se intenta estudiar esa realidad (y su evolución) cambien con el transcurso del tiempo.

En contraste con esta actitud existen corrientes que niegan la posibilidad de tal conocimiento. Las corrientes postmodernistas afirman que es imposible el contacto inmediato entre sujeto y objeto, declarando imposible, equivocada y estéril la que históricamente ha sido una interminable e inacabada pero fructífera labor de perseguir la verdad objetiva. Las corrientes contrapuestas al racionalismo y al empirismo que han signado la evolución del mundo occidental, nacieron básicamente dentro del campo de la lingüística y se han aplicado a la teoría literaria y a la construcción imaginativa, desde donde han sido transplantadas al ámbito de las ciencias sociales.

No obstante, no son pocos los que consideran tal trasplante como un hecho de dudosa utilidad, contrario al avance científico, y que (entre otras cosas) ha llevado a las ciencias sociales hacia una pérdida de todo

potencial explicativo con solidez racional. Tal es la opinión que expone Keith Windshuttle en su obra *The killing of history (El homicidio de la historia)* (Windshuttle, 2000).

Estas últimas corrientes están representadas en la teoría de las relaciones internacionales dentro de los llamados paradigmas alternativos, usualmente postmodernistas. Sin embargo, no todas las propuestas alternativas son tan radicales como para desafiar los presupuestos epistemológicos predominantes en las ciencias modernas. Un ejemplo de propuesta alternativa no radical en este sentido, es la escuela histórico-sociológica.

Para concluir, cabe expresar que es fácil sucumbir ante la tentación de hacer trabajos de ciencias políticas y relaciones internacionales, sin un marco teórico definido, para concentrarse en asuntos tales como estudios de casos muy específicos y con aspiraciones muy limitadas, que no van más allá de describir y, quizás, explicar algún tema muy concreto. Pudiera parecer que la renuncia a una base teórica simplificaría el trabajo en las ciencias sociales, pero es necesario aclarar que los trabajos huérfanos de rigor teórico, limitados a la labor descriptiva, o a interpretaciones superficiales de “sentido común”, no pueden tener una naturaleza científica y, difícilmente, pueden llegar a ser contribuciones verdaderamente serias en el desarrollo de las relaciones internacionales.

Los esfuerzos en este campo, cuando no poseen un marco teórico, o una meta teórica, apenas podrán tener valor explicativo rescatable. Quienes renuncian a una base teórica, pueden fácilmente convertirse en obreros que acumulan material de construcción sin tener la menor idea de un plano que defina, que le dé forma y sentido a la obra, sin poder explicar dónde y cómo serán utilizados dichos materiales.

### **Algunas problemáticas abiertas**

La búsqueda de una significación teórica y científica en las relaciones internacionales, ha sido y continúa siendo un desafío de gran magnitud. En consecuencia, la teoría de los sistemas o los enfoques sistémicos, aportaron de manera substancial, tal y como lo mostraron los esfuerzos de David Easton y Niklas Luhmann. Las escuelas más importantes como

el realismo, el pluralismo, la teoría de la dependencia, e incluso algunas teorías postmodernistas en relaciones internacionales, incorporan el modelo sistémico para explicar aquella estructura integrada de múltiples relaciones que es el sistema internacional. Éste constituye un mapa mental que asume plenamente la labor de teorizar.

El conocido internacionalista James N. Rosenau, relataba que en una ocasión una alumna se le acercó diciéndole que le gustaría aprender a pensar teóricamente. Dice Rosenau que no solamente tomó el reto de enseñarle a *pensar* la teoría, sino que diseminó entre sus alumnos y lectores nueve consejos para enfrentar con entusiasmo la construcción de teorías en las relaciones internacionales. Recordemos las más importantes de aquellas recomendaciones (Rosenau, 1993):

- a) Tener una idea clara acerca de si se aspira a teorizar en el terreno de lo normativo o en el campo de lo empírico.
- b) Ser capaz de aceptar que los asuntos humanos se fundan en un orden subyacente. La teoría de sistemas presume la existencia de un orden preexistente que se auto-reproduce en el ámbito global.
- c) Estar predispuesto a preguntar acerca de la forma en que cada evento, cada situación, cada fenómeno observado es una instancia o una parte de un contexto más amplio.
- d) Estar listo para aceptar y apreciar la necesidad de sacrificar las descripciones detalladas en aras de observaciones amplias. Este es un reto que despierta la teoría de sistemas.
- e) Ser tolerante con algunas ambigüedades, focalizarse en probabilidades y desconfiar de concepciones absolutas.
- f) No tratar la teoría con la rigidez con que procedería quien trate de formular una definición apropiada de teoría.

Las relaciones internacionales no fueron creadas para quedarse flotando en el aire, como un cúmulo de esencias intelectuales desvinculadas de la realidad. Su objeto de estudio lo constituyen los actores internacionales, sus tendencias y patrones de conducta; es decir, realidades que tienen efectos tangibles e importantes (a veces de vida o muerte) sobre la existencia de millones de seres humanos.

Por estas razones, la mayoría de quienes se dedican al cultivo de esta disciplina piensan que la misma debe tener (o aspirar a tener) aplicabilidad



práctica: ser capaz de influenciar la realidad, de ayudar a moldearla en un determinado sentido y con un propósito. Las relaciones internacionales no tienen únicamente una dimensión descriptiva y explicativa, sino, además, facetas prescriptivas y normativas, que vinculan este campo teórico con la realidad práctica, pues cada razonamiento político ayuda a modificar los hechos que juzga. El pensamiento político es en sí una forma de acción política. La ciencia política es no sólo la ciencia de lo que es sino también de lo que podría ser (Carr, 1969).

La afirmación precedente indica en forma lúcida que la labor teórica también tiene y debe tener un impacto en la realidad práctica. Lo afirmado aquí es, desde luego, un juicio de valor. No es algo axiológicamente neutro. Y no hay que dar excusas por ello. En efecto, cabe advertir que ni siquiera el cultivo de las ciencias naturales está libre de juicios de valor, a pesar de que la naturaleza de tales ciencias las hace muchísimo menos vulnerables a las consideraciones valorativas. No es difícil ver que cuando un científico decide estudiar cierta área de la física, su preferencia por esa área incluye elementos de subjetividad.

Nada extraño hay, por lo tanto, que en las relaciones internacionales también exista el propósito, basado en juicios de valor, de contribuir a modificar algunos aspectos de la realidad social, persiguiendo determinados fines dentro de la parcela correspondiente a su campo de estudio. Sin embargo, la construcción de un análisis moderno en las relaciones internacionales, como campo derivado de las ciencias políticas, no puede dedicarse simplemente a temas axiológicos ni especulativos, sino (en forma sistemática) al estudio empírico de la realidad.

De esta manera, numerosos teóricos de esta disciplina estudian el complejísimo fenómeno de la guerra con la finalidad de buscar formas de prevenirlo. Otros estudian las redes de cooperación internacional para hacerlas más efectivas en la promoción del desarrollo, la protección del medio ambiente, etc. Los estudiosos de las relaciones internacionales expresan que la relación entre la teoría y la práctica, así como la existencia de elementos valorativos o axiológicos, en nada debe afectar al rigor metodológico, ni a la búsqueda de teorías cada vez más certeras en este campo de estudio.

Se puede argüir que el problema fundamental de las relaciones entre la teoría y la práctica yace en el terreno de la efectividad y de los resultados, más que en el terreno de los propósitos. Esta observación, aunque es indudablemente válida, debe ser cualificada. Es cierto que la efectividad de la teoría de las relaciones internacionales para fomentar (por ejemplo) la cooperación global, ha sido hasta hoy bastante limitada. Sin embargo, hay que recordar que se trata de una disciplina nueva y que no obstante su juventud, ha provisto a los políticos prácticos más ilustrados (y a sus asesores) de una serie de herramientas analíticas, útiles en la labor de todos ellos.

También hay que tener en cuenta que las dificultades en el logro de los objetivos prácticos de una labor teórica-científica no invalidan a una disciplina. ¿El derecho, como disciplina, debe ser abandonado porque no cumple perfectamente su objetivo? ¿O en el terreno de las ciencias biológicas, la inmunología es descartable porque no se han inventado todavía vacunas efectivas para un inmenso número de enfermedades? Poco a poco, las relaciones internacionales van permeando, no solamente en el mundo académico (dentro del cual está ya firmemente establecida y en proceso de crecimiento), sino también en el mundo de quienes toman decisiones políticas en los más diversos niveles, ayudando al análisis y a la comprensión del sistema internacional, sus estructuras, tendencias y posibles escenarios futuros.

Aunque existe un generalizado acuerdo alrededor de la idea de que los resultados de los estudios de política internacional deben tener utilidad práctica, esto no implica orientar la disciplina hacia lo puramente prescriptivo o hacia los actos de los dirigentes políticos. Por el contrario, la teoría de las relaciones internacionales no puede renunciar a su vocación de observación empírica, formulación y prueba de hipótesis, así como a la creación de teorías destinadas a guiar la actividad científica en este campo del conocimiento, a menos que se convierta en un *instrumento* en las manos de los poderosos.

El enfoque sistémico también ha marcado una profunda huella, debido a que los líderes políticos tratan de diseminar una concepción del poder como aspecto medular del sistema internacional. El poder, entendido como un medio de comunicación del sistema, hace que se transforme en un

supuesto inevitable cuyo ejercicio puede ser *instrumentalizado* por algunos actores racionales que buscan sistemáticamente su control.

Para los realistas, pluralistas y revolucionarios de la teoría de la dependencia, aquel que instrumentaliza los criterios del orden-sistema, podría restringir las alternativas de escape o insubordinación hacia el poder. Una lectura luhmanniana del *Leviatán* de Thomas Hobbes, permitiría afirmar que el poder no es nunca una posibilidad, sino todo lo contrario, la excusa para encontrar el momento específico de atraparlo, entenderlo, preservarlo y utilizarlo constantemente, en la medida en que el orden social y político se inter-penetran como un sistema dotado de racionalidad para su organización y dominación.

Las preocupaciones por el *orden* del sistema internacional transpiran un vaho donde los Estados fuertes y débiles se retan mutuamente, desplazando aquellas demandas que reclaman una dosis autoritaria por mayor poder, el cual va a depositarse en pocas manos: las élites que formulan la política internacional, o aquellos caudillos que gobiernan los Estados en un terreno anárquico. El orden del sistema internacional se convierte en una preocupación teórica aunque, paralelamente, denota ciertas inclinaciones neoconservadoras que tratan de entender al sistema de Estados como una máquina programable y alterable únicamente en los términos del mismo orden (Torres Nafarrate, 2004).

En general, quienes se dedican a estudiar las relaciones internacionales, aspiran a que sus construcciones teóricas sean rigurosas, y que dichas construcciones no queden en el aire como esencias intelectuales inertes, sino que sirvan para alumbrar el camino hacia una práctica más edificante de la que, hasta ahora, ha prevalecido en la arena internacional.



## 2

---

# Las visiones del realismo en la política internacional

## Unidad, racionalidad y dinámica de los intereses del Estado como actor internacional

Para el paradigma teórico conocido como *realismo*, lo fundamental son los conceptos de seguridad y poder que constituyen la alta política (*high politics*), el ámbito más determinante en el sistema internacional. En la concepción realista, los asuntos como cooperación, ecología y temas sociales, que vienen a representar la política menor (*low politics*), están subordinados a los problemas de la seguridad y dominación, algo prioritario para la agenda global. Los actores internacionales por excelencia son los *Estados*, a quienes se les debe analizar y entender como actores unitarios pero, sobre todo, dotados de *racionalidad*, entendida ésta como la posibilidad de maximizar todo tipo de utilidades, sobre la base del cálculo estratégico y el dominio de información que tiene el propósito de hacer prevalecer los intereses de Estado. Los criterios racionales sustentan la idea en la que es posible llevar a cabo un conjunto de acciones estratégicas, aunque sean moralmente inadecuadas.

Hans J. Morgenthau fue uno de los teóricos realistas más importantes del siglo XX, y es considerado por muchos politólogos como uno de los fundadores de la teoría de las relaciones internacionales. Sin embargo, el realismo es una perspectiva política que hunde sus raíces en la antigüedad clásica, dos milenios antes de que las relaciones internacionales fueran una disciplina independiente. Por lo tanto, es probable que el padre fundador haya sido Tucídides, mientras que Morgenthau solamente es uno de los campeones del realismo en los debates contra el idealismo que tuvo tantos seguidores en los años inmediatamente posteriores a la Primera Guerra Mundial.

El *interés nacional* es uno de los conceptos primordiales en el pensamiento de Morgenthau y también del realismo como motor de una visión internacional más descarnada y abiertamente impulsora de la lógica del más fuerte en materia militar y económica. Esta perspectiva considera que la sociedad y la política son gobernadas por leyes objetivas apoyadas en la naturaleza humana. Para mejorar la sociedad, primero habría que conocer aquellas leyes sin importar nuestras preferencias. El punto fundamental es el concepto de interés, definido como poder, es decir, una categoría objetiva que sería universalmente válida. Aunque el contenido específico del interés no es fijo ni permanente, el concepto de interés es la esencia de la política y no lo afectan las circunstancias de tiempo o espacio. En el juego calculado de los Estados fuertes, el *interés nacional* es lo que marca las previsiones de la política exterior, sobre todo a partir de la preservación de las condiciones de seguridad estatal.

Bajo la influencia del realismo, los estudios de seguridad internacional plantean una problemática fundamental para las relaciones internacionales, en el sentido de identificar un camino bifurcado que se abre entre la toma de decisiones en materia de políticas específicas, y la esperanza de construir un aparato teórico que satisfaga las previsiones científicas u objetivas para la ciencia de las relaciones internacionales. Es en dicha bifurcación que la seguridad internacional va transformando sus perfiles para ser comprendida a través de otros conceptos como la seguridad humana, el estudio de las fuerzas armadas y el uso de la violencia que representa un recurso estatal, cuyo objetivo es contrarrestar las amenazas del entorno internacional anárquico, así como la siempre presente inclinación por la supervivencia y predominio del pensamiento occidental como eje de las estrategias internacionales para responder a los aspectos prácticos de la seguridad internacional (Katzenstein, Keohane, & Krasner, 1999).

Las discusiones teóricas presentan dilemas que, muchas veces, terminan en la necesidad de tomar una posición ideológica o brindar una respuesta pragmática: a) ¿debe privilegiarse al Estado como el objeto de referencia estratégico para los estudios de seguridad internacional?; b) ¿tienen siempre que articularse las amenazas internas y externas para la protección o ampliación de las condiciones de soberanía estatal?; c) ¿es posible expandir la problemática de seguridad más allá del ámbito militar y

el uso de la fuerza?; d) ¿es imprescindible mirar y comprender la seguridad como un objeto directamente relacionado con la dinámica de amenazas, peligros y el sentido de *urgencia* que suele construirse alrededor de la retórica para salvaguardar los intereses del Estado?

El panorama se complejiza más cuando se amplía el debate en torno a la democracia, los derechos de ciudadanía que ésta implica y el conjunto de reflexiones vinculadas a la consolidación de los sistemas políticos, que intentan adaptar los regímenes democráticos a las condiciones históricas donde aún impera el autoritarismo como en América Latina, África y varios países del Asia.

De hecho, fueron los debates democráticos que introdujeron con fuerza y legitimidad nuevos enfoques como la seguridad humana, los derechos humanos y aquello que intentó reemplazar las visiones sobre la política del poder, por soluciones a otro tipo de problemas como la erradicación de la pobreza, el desarrollo humano, valores de dignidad, limitación institucional de los abusos del poder, y el conflicto que implica el duelo entre la titularidad de derechos y la provisión de resultados o servicios efectivos (realistas) desde el Estado.

Las preocupaciones por la consolidación democrática en América Latina y los ex países comunistas de Europa del Este, también buscaron sustituir el concepto y la idea de *guerra* –tan emblemática en los estudios durante la Guerra Fría– por el concepto de *seguridad*, aunque las implicaciones en el terreno internacional fueron las mismas; es decir, preponderaron un conjunto de enfoques realistas donde el *interés nacional* de los Estados era instrumentalizado en términos de acciones militares y la persistencia de temores respecto a nuevas agresiones externas (Dougherty & Pfaltzgraff, 1997).

El vaivén entre los estudios de seguridad relacionados con la fortaleza militar y soberana del Estado, versus la seguridad humana inspirada en la teoría democrática luego de la Guerra Fría, no cambió la orientación de una *política del poder* que destaca en los estudios de seguridad según el punto de vista realista. En el siglo XXI, las tácticas y estrategias de seguridad todavía son susceptibles de ser empleadas en el diseño y precauciones de largo plazo en la política internacional, cuyo propósito central es reducir las vulnerabilidades que los Estados poseen en medio de un contexto

anárquico. El significado de la seguridad siempre estará imbuido por la retórica política y las decisiones estratégicas que toman los líderes en función de sus expectativas de poder.

Las relaciones entre los regímenes democráticos y los estudios de seguridad internacional o humana, están unidas a la necesidad de emplear alternativas que eviten el uso de la fuerza militar, tratando de impulsar la idea de disuasión (*deterrence*), antes que la coerción y el uso efectivo de la violencia declarada. Supuestamente, los enfoques fuertemente militarizados caracterizarían a los países no occidentales. Sin embargo, esto dista de ser verdad porque las grandes potencias occidentales como Estados Unidos e Inglaterra, retomaron con fuerza la militarización de sus relaciones internacionales con la Guerra Global Contra el Terrorismo, afectando inclusive los derechos mínimos mediante torturas para los acusados de espionaje y terrorismo en el caso de Abu Ghraib y Guantánamo, luego de invasión militar estadounidense a Irak (2003-2011).

Aquellos estudios de seguridad donde aparece una orientación darwinista en los conflictos internacionales, es otro aspecto controversial. En este caso, comprender las dimensiones cambiantes de la seguridad, exige la necesidad de adaptarse a situaciones nuevas y sorpresivas que traen la globalización y los debates sobre una *ciudadanía global*. Sin embargo, el darwinismo también podría ser asumido como la supervivencia de los actores más fuertes, destacándose conductas de discriminación y varios estigmas que consideran inferiores a una serie de grupos humanos y culturas (Huntington, 1997).

Esto es muy notorio en el rechazo a los emigrantes indocumentados en Europa Central y Estados Unidos. Los países industriales consideran que la inmigración ilegal y la aceleración de la diversidad étnica son dos fenómenos que, llevados a un extremo de descontrol, se convertirían en inminentes peligros para la unidad e identidad de dichos países. Esta percepción originó numerosos trabajos sociológicos y políticos sobre discriminación y deshumanización en el siglo XXI, aunque nadie quiere aceptar que se trata de un retroceso donde los supuestos modelos democráticos excluyen abiertamente a los seres humanos de otras culturas. Aquí la globalización saca a relucir un rostro cruel y profundamente medieval.



El papel de la historia en el registro de los cambios conceptuales, teóricos, ideológicos y cómo van transformándose los objetos de análisis para la seguridad internacional, es un aspecto al que debe otorgarse particular atención. El concepto de *path dependence* viene a ser sumamente útil y crucial, específicamente porque condiciona la toma de decisiones en materia de política exterior.

Las relaciones internacionales y los estudios de seguridad están demasiado atravesados por la historia de la Guerra Fría, la polarización en la política del poder y las actitudes militaristas que condicionan intensamente cualquier intento para repensar los estudios de seguridad, más allá de las dimensiones donde dominan los Estados fuertes. Por el peso de la historia, la seguridad humana se somete a los dictámenes de una serie de organizaciones internacionales, en las cuales prevalecen intereses políticos cuya tradición se remonta al conflicto entre viejos poderes, naciones dominantes y naciones subordinadas.

La idea de cambiar el panorama con los estudios de paz como referente político y valor histórico, o el conjunto de símbolos, ideologías y expectativas relacionadas con aquéllos, tampoco es una respuesta teórica satisfactoria. Los estudios de paz constituyen solamente un objeto de estudio contra-factual en el terreno metodológico, antes que un área del conocimiento científico que tenga una identidad particular. La paz, además, está intensamente influenciada por un deber ser, siempre cuestionado y sobrepasado por la realidad dura de la política del poder. Al menos así lo demuestran los conflictos internacionales que fueron permeados por la Guerra Global Contra el Terrorismo después de los ataques del 11 de septiembre de 2001.

Por lo tanto, la discusión no radica en dónde empiezan y terminan las fronteras entre los estudios de seguridad y las relaciones internacionales, sino en qué medida al pensar las diferentes dimensiones de la seguridad somos capaces de aislar las fuertes posiciones ideológicas y valores que fomentan una intensa confrontación política entre Estados fuertes y débiles, soberanías dominantes, neo-colonialismo, dependencia, emancipación, imperialismo, etc. Aquí, las pretensiones científicas de los estudios sobre seguridad continúan siendo un desiderátum, antes que una posibilidad real de ser alcanzada.

Los estudios de seguridad y los argumentos sobre la seguridad humana también están limitados por las enormes demandas que exigen soluciones inmediatas en términos de políticas públicas. Al margen de las disputas sobre la desintegración del viejo concepto de Estado-Nación o el surgimiento de la categoría de Estados fallidos, siempre se tiende a pensar que sea el Estado (cuya soberanía sigue siendo la identidad de cualquier ente estatal) quien provea los servicios y las condiciones de seguridad. En la posibilidad de responder a problemas concretos con soluciones viables, los enfoques teóricos y cánones científicos acaban convirtiéndose en una idealización arrogante y poco útil para enfrentar el tráfico de personas, el contrabando de mercancías, el narcotráfico, la violencia urbana o el uso indebido de tecnologías nucleares y biológicas (Beckman, Peter; et. al., 1990).

Los Estados no pueden dejar de brindar seguridad. Todo sustituto del Estado, en términos de regímenes internacionales o coalición de fuerzas protectoras, siempre dependerá de una instancia superior que condense identidades políticas y, al mismo tiempo, funcione como ordenador de las relaciones sociales, domésticas e internacionales. Los Estados utilizan y manipulan las condiciones de seguridad, supeditándola al poder.

Cualquier perfil epistemológico en los estudios de seguridad y las relaciones internacionales, debe asumir claramente que los supuestos conceptuales nunca se *imponen* a la realidad. Sin embargo, esto parece suceder en muchos casos donde los enfoques sobre seguridad terminaron por crear realidades, en función de prioridades y decisiones político-estratégicas, muchas de éstas tomadas en estados de excepción y urgencia.

Las teorías sobre seguridad humana que tratan de privilegiar a la gente de carne y hueso para superar ciertas condiciones de humillación y pobreza, a partir de la ampliación de derechos democráticos, representan un aporte teórico significativo pero, simultáneamente surgen un conjunto de intereses burocráticos que dejan de lado las implicaciones verdaderamente humanas en una serie de decisiones.

En varios conflictos como las guerras de Bosnia, Kosovo, Ruanda, Somalia, los escándalos de intercambiar comida por petróleo en Irak y los fracasos de una intervención oportuna en Darfur, las Naciones Unidas terminaron por actuar en forma tardía, pragmática y contradictoria,

desprestigiando el discurso de seguridad humana. Así, permanece la brecha entre la búsqueda de una sólida identidad teórica y el peso particular de los intereses que siempre hierven en toda política del poder, favoreciéndose la fortaleza del enfoque realista en la teoría de las relaciones internacionales.

El realismo también considera que la esfera de *lo político* posee una autonomía específica. Si lo político es autónomo y con identidad propia, entonces se pueden estudiar sus consecuencias y fundamentos como una fuerza en sí misma. Para Morgenthau, el interés nacional es un fenómeno autónomo, una realidad y un concepto vital en la política con dos elementos básicos: primero, un elemento constante que es la supervivencia del Estado; es decir, la preservación territorial, física y política, junto con la integridad cultural y la identidad nacional. Segundo, el contenido específico de esos intereses varía con las cambiantes circunstancias históricas por las que atraviesan los Estados. Muchos tipos de interés nacional se modifican con el devenir del tiempo.

Quienes critican el concepto del interés nacional como un elemento central en las relaciones internacionales, alegan que aquél conduce a una justificación del imperialismo y a un nacionalismo extremo. Si bien existe tal peligro, un correcto entendimiento de los alcances del interés nacional, decía Morgenthau, despeja muchas de estas inquietudes debido a que los Estados se expresan fundamentalmente por medio de intereses, aunque al mismo tiempo, éstos son formulados por élites burocráticas, económicas y políticas que hacen al ejercicio práctico y efectivo del poder. En este caso, la posibilidad de hacer uso del poder estatal pasa, necesariamente, por la identificación de intereses nacionales, los cuales aparecen como el patrimonio más claro que un Estado es capaz de mostrar en el contexto internacional. Morgenthau sintetiza las ideas de la siguiente forma:

“Se ha sugerido que este razonamiento [sobre el interés nacional] erige al Estado nacional en la última palabra en política, y al interés nacional en el parámetro absoluto para la acción política. Pero este no es el caso. La idea de interés es realmente la esencia de la política, y como tal, no la afectan ni el tiempo ni las circunstancias. La afirmación de Tucídides, nacida de las experiencias de la antigua Grecia, según la cual, la identidad de los intereses es el más seguro lazo ya sea entre Estados o entre individuos, fue retomada en el

siglo XIX en un comentario de Lord Salisbury, quien expresó que los únicos lazos de unión que perduran entre las naciones, son aquellos en los que hay una ausencia de todo conflicto de intereses” (Morgenthau, 1993, pág. 13).

Morgenthau consideraba que mientras el vínculo entre interés y política es perenne, la conexión entre el interés y el Estado nacional es un producto de la historia; es decir, resultado de una realidad en constante cambio. Se puede añadir que en muchas circunstancias, el interés nacional podría consistir en no practicar políticas de dominación ni expansión y, por lo tanto, no existe una conexión lógica ni histórica necesaria entre interés nacional y agresividad internacional.

Para el realismo, el Estado es la unidad fundamental, tanto en la política internacional práctica, como en el análisis de la misma. Los Estados tienen una serie de atributos que los definen, uno de los cuales es la *soberanía*, debido a que el Estado es la autoridad suprema dentro de sus fronteras, ubicándose por encima de cualquier individuo o grupo. Asimismo, destaca también una *soberanía externa* porque todos los Estados en el concierto mundial son, al menos formalmente, iguales. La soberanía se convierte en el atributo al que muchos consideran la causa principal de la situación de anarquía en la arena internacional, anarquía entendida como ausencia de una autoridad supra-estatal. Esto implica la ausencia de orden, aunque en el mundo globalizado se intenta construir cierto criterio de orden, a partir de las realidades específicas del poder de los Estados más fuertes o las potencias mundiales.

Un segundo elemento constitutivo del Estado es el nacionalismo, entendido como el sentimiento de una colectividad que considera estar unida por un pasado común, percibiendo el futuro como una empresa también compartida. A estos elementos debe sumarse una base territorial, además de patrones económicos comunes e interdependientes. El Estado nacionalista debe complementarse con la existencia de un gobierno, un orden legal, y casi siempre una lengua común.

Asociada al Estado está la realidad del poder. En esta línea de pensamiento, John G. Stoessinger, en su obra, *The might of Nations (El poder de las naciones)*, explica que el poder es la suma de las capacidades estatales, junto a la dimensión psicológica del poder (lo que un pueblo piensa

de sí mismo y cómo lo perciben los demás). Entre los elementos del poder, deben incluirse también a los recursos naturales, población, educación y su capacidad de desarrollo científico, técnico e industrial, la cultura nacional (incluida la cultura política, los valores), así como la naturaleza del gobierno. Todos éstos son elementos que influyen decisivamente sobre la capacidad de una nación para desarrollar su poder. En consecuencia, Stoessinger indicaba que "(...) el poder en las relaciones internacionales es la capacidad de una nación para usar sus recursos tangibles e intangibles, con el fin de afectar el comportamiento de otras naciones" (Stoessinger J. , 1986, pág. 36). El poder de un Estado, en suma, se mide siempre, comparándolo con el de otro.

En lo relativo al poder militar, éste puede definirse como el instrumento para el ejercicio de la violencia, legalmente sancionado y utilizado por los gobiernos en sus relaciones con otros Estados y, en caso necesario, empleado en asuntos de seguridad interna. Sin embargo, es evidente que el poder militar y la guerra se han usado y se usan en innumerables ocasiones fuera de la ley internacional, de manera que puede ser no solamente "una extensión de la política por otros medios" como lo expresaba Carl von Clausewitz, sino que el poder militar es una expresión de locura y desenfreno.

A pesar de varios peligros, el poder militar se emplea como una técnica racional en la elaboración y práctica de la política exterior. Este punto es de relevancia central en el análisis realista porque, además, la adquisición de poder militar significativo tiene costos elevados: exige enormes esfuerzos para cualquier sociedad y las aspiraciones para gozar de éste demandan sacrificios, junto a la priorización de opciones en la asignación de recursos. El poder militar tiene grandes costos políticos de índole doméstica porque las sociedades democráticas lo ven con un alto grado de desconfianza.

Al mismo tiempo, en el siglo XXI se requiere de una elevada capacidad científica y tecnológica, revelando que la racionalidad instrumental subordina el desarrollo de los conocimientos científicos al poder militar, lo cual convierte al Estado en una estructura política predispuesta para la guerra y, por lo tanto, tendiente también al abuso sistemático del poder

que socava las bases de toda democracia, de manera que el enfoque realista reduce la política a un conjunto de acciones estratégicas totalmente alejadas de las posibilidades cooperativas y una solidaridad capaz de apoyar las orientaciones sobre la paz mundial.

No es posible imaginarse al orden internacional tal como es sin el ingrediente del poder militar (Charles, 1995). Sin embargo, tampoco es razonable absolutizar el peso del dominio militar pues el poder político, en el ámbito internacional, no emana simplemente de aquél. La derrota soviética en la Guerra de Afganistán (1979-1989) es un ejemplo de lo dicho, como lo fue también para los Estados Unidos el episodio de Vietnam. Factores como la voluntad política o la unidad nacional, juegan un papel muy importante.

Países sin gran poder militar podrían tener, y tienen, poder en el mundo de hoy. Suecia y Finlandia poseen un gran peso internacional debido a su economía y cultura, sobre todo cuando se habla de sus sistemas educativos como los mejores del mundo. España es un país con notable poder y presencia en la arena internacional, tanto económica como culturalmente (aunque ha sufrido un declive desde el año 2009, como expresión de la aguda crisis en la Eurozona). Esta influencia, que venía en ascenso, no dependía, como sucedió al inicio de la Edad Moderna, de sus glorias militares. Incluso aquellos países poblacionalmente pequeños como Islandia, tienen una considerable presencia internacional a través de su activa participación en la cooperación para el desarrollo, su actividad en organizaciones no gubernamentales, su música, elevada tecnología, y sus exportaciones. Estos son los impactos de llamado poder blando (*soft power*).

No obstante, el poder militar continúa siendo trascendental en la política internacional, al extremo de que una victoria militar aplastante puede incluso aniquilar el impacto o la importancia de determinadas ideas o culturas. El hecho de que el poder militar sea explotado con una sofisticación y habilidad crecientes desde el final de la Segunda Guerra Mundial, no significa que en la mayoría de las ocasiones se llegue a utilizarlo en el campo de batalla. Hay que distinguir, por lo tanto, entre poder militar y fuerza militar.

El poder militar consiste en la utilización político-diplomática de la capacidad militar de un Estado, sin que llegue a ser empleada en los campos de batalla. La fuerza militar consiste en el uso efectivo y real del poder militar por medio de una guerra. Emplear el poder militar está íntimamente

relacionado con la administración o manejo de una crisis, la disuasión y lo que en inglés llaman *brinkmanship* (el arte de jugar al borde del abismo). El presidente de Estados Unidos Ronald Reagan (1981-1988) fue un maestro en el uso del poder militar frente a la Unión Soviética.

En el contexto de la Guerra Fría –lo cual incluía aquello que los soviéticos llamaban “guerras de liberación nacional” y los norteamericanos llamaban “conflictos regionales”– el presidente Reagan utilizó el poder estadounidense de manera muy hábil, contribuyendo al colapso de la Unión Soviética (URSS) y obligándola a aumentar sus gastos en el terreno tecnológico-militar. Por otra parte, la URSS tuvo que apoyar económicamente a varios países pro-soviéticos, asediados por fuerzas antiguerrilleras financiadas por los Estados Unidos, que terminaron revirtiendo lo que con frecuencia había hecho la URSS en el mundo no desarrollado. El sistema económico soviético se anquilosó y no pudo sostener la carrera armamentista. La desaparición de la URSS sucedió sin confrontación militar directa entre soviéticos y estadounidenses, es decir, sin el uso directo de la fuerza militar entre ambas super-potencias.

De acuerdo con Lasswell y Kaplan, una arena es militar cuando las posibilidades de violencia son altas y es cívica cuando las posibilidades son bajas. Durante cientos de años ha sido costumbre ver al sistema internacional como un escenario militar en la cual las guerras inter-estatales eran un fenómeno más o menos normal. En contraste, el interior de los Estados constituiría una arena cívica, caracterizada por la estabilidad y el orden, lo cual mostraba una baja expectativa de violencia.

En el siglo XXI, existen signos sobre cómo la violencia inter-estatal se está haciendo comparativamente rara, mientras que la *violencia interna* (dentro de los países) está incrementándose por medio de diferentes rupturas y conflictos sociales. Ahora bien, sería ir demasiado lejos si se describiera al sistema internacional moderno como una arena cívica, frente al Estado moderno, que únicamente se mueve como una arena militar. Sin embargo, la inestabilidad de muchos Estados afro-asiáticos indudablemente contribuyó a la percepción de que hoy es más común la violencia intra-estatal, mientras se reduce la violencia inter-estatal (Kaplan, 1981).

La arena internacional cambió profundamente con el surgimiento (aunque ya sujeto a muchos desafíos económicos y financieros) de una sola superpotencia a fines del siglo XX: los Estados Unidos, país que por diversas



razones está involucrado en varios conflictos militares inter-estatales. La realidad es que los retos a la seguridad para los Estados Unidos y muchos otros países, ya no emanan solamente del tradicional conflicto inter-estatal, sino de redes transnacionales como las de terroristas y narcotraficantes.

Es cierto que factores como el ascenso de China y, más probablemente, los programas nucleares de países como Corea del Norte e Irán, podrían conducir a conflictos inter-estatales. Sin duda otros agentes internacionales y domésticos no tradicionales están afectando más directamente a la seguridad interna de muchos países. Esto incluye a la inmigración ilegal masiva hacia los Estados Unidos y los Estados miembros de la Unión Europea.

En todo caso, se ha hecho actualmente más común la violencia interna. Pensemos en las rivalidades étnicas y los separatismos que son hoy más notorios que antes, afligiendo incluso (en el tema del separatismo) a Estados tan civilizados y establecidos como España e Inglaterra. Todo esto está afectando el uso del poder, frente a un nuevo entorno. El poder militar continúa siendo un instrumento político clave, íntimamente relacionado con la seguridad y situaciones de crisis, a pesar de la creciente red de instrumentos e instituciones internacionales enfocadas hacia la cooperación y la resolución pacífica de los conflictos.

Hedley Bull, abordó con lucidez otro aspecto fundamental para el realismo: el *balance de poder* en el orden internacional, tema estrechamente vinculado con problemáticas como las condiciones que estimulan la paz, los conflictos y la seguridad. En su libro *The Anarchical Society: a Study of Order in World Ppolitics (La sociedad anárquica: Un estudio del orden en política mundial)*, Bull explicaba que el balance de poderes cumplió los siguientes roles a través de la historia de los Estados modernos (Schlesinger Jr., 1991):

1. El balance de poderes sirvió para evitar que el sistema internacional sea transformado en un imperio universal, a través de la conquista que podría ejercer un país con poder hegemónico sin frenos.
2. El balance de poderes fue utilizado para proteger la independencia de determinados Estados, frente a la presencia de un poder regional hegemónico.



3. Los balances de poder, globales y regionales, crearon las condiciones para la existencia y funcionamiento de otras instituciones de las que depende el orden internacional. Entre ellas cabe mencionar a la diplomacia, el derecho internacional y la guerra (Hsiung, 1997).

Se puede argüir también que la doctrina del balance de poderes es cuestionable, tanto desde el punto de vista histórico, como desde los criterios conceptuales porque tiende a mostrar excesiva ambigüedad. Se basa en generalizaciones históricas que no pueden ser comprobadas porque el supuesto principal considera que todo comportamiento internacional tiene como finalidad la obtención del poder, como si fuera el único horizonte político. Otros añaden que el balance de poderes tiene una enorme carga negativa, debido a que es uno de los factores que tiende a promover guerras. Tomando en consideración que uno de los componentes del balance de poderes es la *alianza entre Estados*, Kenneth Waltz (representante del realismo estructural), no terminó de definir claramente las condiciones en las que dichas alianzas *cambian*. La teoría sólo pronostica que ocurrirán cambios en las alianzas sin una explicación que sea capaz de ser sometida a una prueba rigurosa de falsabilidad en el sentido popperiano y, por ende, no existiría una verdadera teoría.

En lo relativo a la *estabilidad* del balance de poderes, Waltz afirmaba también que éste es más estable cuando dicha estabilidad es bipolar; es decir, más permanente que el balance multipolar. En los sistemas bipolares, los Estados tienen mejores probabilidades de evaluar correctamente, tanto las capacidades de poder propias, como las del Estado antagonista. Además, tienden a juzgar más certeramente las intenciones del rival, en la medida en que se trata únicamente de dos potencias que pugnan en la arena de dominio internacional. Sin embargo, la complejidad de las coaliciones hace más difíciles esas tareas de evaluación cuando la estructura global implica a varios países dominantes. En oposición a lo explicado por Waltz, Robert Keohane indicaba que las dificultades en la evaluación de un sistema multipolar, limita al presupuesto teórico de racionalidad y, por lo tanto, se desvía de uno de los conceptos fundamentales del realismo.

Frente a la teoría del balance de poder, la crítica desde la perspectiva pluralista encuentra otra ambigüedad: la *motivación* de los Estados. Waltz

pensaba que los Estados tienen diferentes motivaciones para participar en el balance de poderes. La motivación más elemental o mínima, es la *supervivencia*. La motivación máxima sería la dominación mundial. Estas motivaciones son muy importantes en la formación y transformación de alianzas interestatales. El problema, desde el punto de vista de la teoría, consiste en que se cambian sin mucho cuidado los niveles de análisis, aún a pesar de que Waltz basa su teoría enteramente en el concepto y en el nivel de sistema.

Bull, defensor del concepto de balance de poder, a su vez indica que la finalidad del balance de poderes no es tanto conseguir la paz universal, sino preservar el sistema internacional en un momento histórico dado. En muchas circunstancias, por doloroso que sea, la preservación del sistema requeriría la guerra. Por lo tanto, el balance de poder tiende a favorecer a las grandes potencias de cada época histórica. Esta fue una situación palpable desde épocas tan distantes como la de los grandes imperios en la Edad de Bronce, o (mucho más próxima en el tiempo), la partición de Polonia entre Austria, Prusia y Rusia<sup>1</sup>.

Un ejemplo donde el balance de poder favorece a las grandes potencias, fue la estructura bipolar entre Estados Unidos y la URSS durante la Guerra Fría (1945-1991). Dentro de este tipo de escenarios ocurrió la ocupación militar de gran parte de Europa del Este por los soviéticos después de la Segunda Guerra Mundial. En el campo opuesto, los Estados Unidos construyeron un paraguas estratégico, militar y económico (iniciado por el Plan Marshall) para detener la expansión soviética en Europa Occidental. Todo fue expresión de la doctrina estadounidense de la contención que, a largo plazo, resultó ser exitosa. En estos casos, el balance de poder tiende a beneficiar al *Estado* o *Estados hegemónicos* en determinadas áreas y en diferentes etapas históricas. Todo parece indicar que el predominio o la influencia de los Estados más poderosos, seguirá prevaleciendo indefinidamente en el futuro (Jervis, *Perception and Misperception in International Politics*, 1976).

---

1 Un caso ilustrativo es el de las tres reparticiones de Polonia. En 1772 Polonia perdió casi el 30% de su territorio. La influencia rusa sobre Polonia creció entonces enormemente. En 1793 ocurrió otra desmembración a manos de Prusia y Rusia, y finalmente en 1795 Polonia desapareció tras una nueva repartición entre Austria, Prusia, y Rusia. Polonia fue sacrificada en aras de la balanza de poder entre los tres principales reinos de la Europa centro-oriental en el siglo XVIII. Los textos generales de historia que incluyen referencias a este episodio son incontables.

El balance de poderes es un asunto de distribución relativa de las capacidades entre los Estados y emana, en parte, de la política exterior creada en forma voluntaria por los estadistas. En este fenómeno existe un elemento de voluntad, o probablemente es mejor hablar de voluntad de poder. Por ejemplo, puede citarse el liderazgo y las visiones políticas de Henry Kissinger. El balance de poderes sería un atributo del sistema de Estados, es decir, algo que ocurrirá, sea o no deseado. En las relaciones internacionales, la libertad de elección de un Estado se ve limitada por las acciones de los otros Estados. El balance de poderes es casi siempre mucho más complejo de lo que aparenta y no se basa únicamente en el poder militar. Por ejemplo, durante la Guerra Fría existía un mundo bipolar (Estados Unidos-URSS) militarmente hablando. Pero en lo político y lo económico, existía un mundo multipolar. Así podía verse la influencia política de varios países como el poder económico de Japón y Alemania.

En los primeros quince años del siglo XXI, el mundo vive una etapa de unipolaridad, es decir, existe una sola gran potencia militar, económica y científico-cultural como son los Estados Unidos. Sin embargo, el peso de esta nación va disminuyendo con el crecimiento económico y militar de otros Estados como China, India, Rusia, Sudáfrica y Brasil. En esta situación de unipolaridad, que bien podría ser breve o extenderse por muchos años, existe un mundo multipolar en lo económico con la Unión Europea, Singapur, Corea del Sur, Japón e Inglaterra.

Existen muchos debates acerca de qué tipo de balance de poderes es más estable. Autores como Kenneth Waltz piensan que la estabilidad es mayor en un mundo bipolar y que los desequilibrios se incrementan cuando existen más actores internacionales. Por otra parte, autores como Karl Deutsch y David Singer consideran que es más estable un sistema multipolar limitado (Legg & Morrison, *Politics, and the International System: An Introduction*, 1971). En consecuencia, una visión liberal, como la propuesta por Emanuel Kant, basada en valores y principios compartidos por la comunidad de naciones, está muy lejos de ajustarse a la visión realista del balance de poderes. En todo caso, aquí surge una vez más la dicotomía existente entre el ser y el deber ser.

Robert Jervis analizó la ironía existente en las relaciones internacionales en lo relativo a la inseguridad que generan los Estados al

buscar como núcleo de su soberanía los beneficios de su propia seguridad. En la medida en que cada Estado se hace más fuerte (o intenta hacerlo) para protegerse en la arena internacional, provoca también la reacción de otros Estados que procurarán defenderse del creciente poderío del rival potencial o actual, intentando incrementar su propio poder militar y político. Este es un fenómeno que ya había sido observado con brillantez por Tucídides. El mutuo temor de Atenas y Esparta junto a sus respectivos aliados en las ligas de Delos y del Peloponeso, originaron una guerra sin precedentes, inaugurando así el dilema de la seguridad que nace de la ausencia de un poder supremo en el sistema internacional, es decir, nace de la anarquía del sistema.

Por lo tanto, el orden internacional se sustenta en realidades de poder e intereses. Afortunadamente, la mayoría de las veces los intereses dan lugar a la cooperación y la negociación, sin la posibilidad de una guerra perpetua. En la espiral de la inseguridad, la psicología juega un rol importante. Esto se refiere a las presiones psicológicas que recaen sobre los líderes y los ciudadanos: las tensiones y respuestas imprevisibles que podrían tener lugar. Por ello Jervis explica lo siguiente:

“Bajo algunas circunstancias, varios Estados pueden simultáneamente aumentar su seguridad. Pero a menudo no es este el caso. Por una variedad de razones, pueden chocar los requerimientos de seguridad de las naciones. Aunque la comprensión del dilema de la seguridad y la dinámica psicológica puede aplacar algunas espirales de armamentismo hostil, esto no cambiará el hecho de que algunas políticas de seguridad se convertirían en una amenaza para otros Estados. Llamar ilusoria a la incompatibilidad resultante de tales políticas, es mal entender la naturaleza del problema y estimular la ilusión de que bastaría con que los Estados se vieran más objetivamente, tanto a sí mismos como a los otros Estados, para que todos alcanzaran su interés común” (Jervis, “The spiral of international insecurity”, 1991, pág. 92).

El dilema del prisionero ayuda a explicar la fragilidad de las bases de la cooperación internacional y la perdurable vigencia de la visión realista, cuando está en juego la seguridad de un Estado. Consiste en lo siguiente. Supongamos que dos individuos (“A” y “B”) son capturados por la policía

por haber cometido un delito sobre el cual no hay prueba, salvo la eventual confesión de uno de los dos prisioneros, o de ambos. La policía los separa, los incomunica y le presenta a cada uno las siguientes opciones o escenarios: 1) Si Ud. confiesa, Ud. recibirá como pena un año de cárcel y el otro recibirá 10 años. 2) Si Ud. no confiesa, pero si lo hiciera el otro, él tendrá un año de cárcel y a Ud. le tocarán diez. 3) Si ambos confiesan les tocarán 15 años. 4) Si nadie confiesa haber cometido el delito, ambos quedarán libres. El problema para ambos prisioneros consiste en la muy probable desconfianza mutua, en gran parte originada por la falta de comunicación entre ellos y por el efecto sorpresa.

Los actores “A” y “B” desconfiarán mutuamente y esta situación de incertidumbre, alimentará la tentación de cada uno para confesar por su lado, y hundir al otro para recibir una sentencia más favorable. “A” puede pensar: ¿Qué tal me irá si “B” se adelanta, confiesa, recibe una pena leve y me perjudica durante 10 años en la cárcel porque yo no actué decidida y rápidamente? “B” pensará lo mismo. Las opciones 1 y 2 son el intermedio entre lo mejor (el número 4, nadie confiesa y ambos van libres), y el peor (el número 3, ambos admiten el delito y reciben 15 años cada uno). Las probabilidades son muy elevadas de que cada prisionero, queriendo obtener la pena mínima a costa del otro, dé un golpe preventivo que terminará sumiendo a los dos en el peor de los resultados posibles.

Dentro de este enfoque racional, la teoría de juegos contiene un fuerte componente cuantitativo, pues destacan los jugadores con sus diferentes recursos y metas, estrategias y previsión de resultados. Existen distintos tipos de juegos, siendo el más simple aquel de dos jugadores en una relación suma-cero. Esto significa que lo que uno gana es, necesariamente, una pérdida absoluta para el otro jugador. Por ejemplo, disputas territoriales o una carrera por la supremacía militar entre dos Estados. También existen juegos en los que la relación es positiva y ambos jugadores (personas o Estados) pueden ganar buenos resultados, como ocurre en las relaciones comerciales internacionales.

Otro ejemplo de esta naturaleza es la situación de los cazadores que persiguen a un venado, pero que de pronto avistan un conejo. Por ejemplo, un grupo de tres cazadores va de caza a buscar un venado. Se separan para batir más terreno y de pronto en el camino aparece un conejo. Es una

presa fácil, pero la carne bastará solo para un cazador y si uno le dispara ahuyentará a cualquier venado que pudiera estar en la zona.

¿El cazador que vio al conejo permanecerá leal al grupo? ¿Estará dispuesto a seguir cooperando con la esperanza de que si cazan un venado habrá carne para todos, y más abundante para cada uno? ¿O romperá las expectativas del grupo y asegurará para sí alguna presa, es decir, la escasa pero fácilmente obtenible carne del conejo, de la cual no participarán los demás? ¿Pensará que cualquiera de los otros dos cazadores puede estar viendo también al conejo, o a otro conejo, y se apresurará a cazarlo para su exclusivo beneficio?

Esto ocurre con frecuencia en el escenario internacional durante los casos de guerras y en las carreras armamentistas. No es posible para un Estado tener completa información, ni completa confianza, en los otros Estados. Tal situación fue una de las causas de procesos bélicos que abarcan desde el conflicto entre la Liga de Delos y la del Peloponeso en la antigüedad clásica, hasta la Primera Guerra Mundial, la carrera armamentista durante la Guerra Fría, o la guerra en Irak donde nunca fueron encontradas las supuestas armas de destrucción masiva que se atribuyeron erróneamente al régimen de Saddam Hussein el año 2003.

Uno de los postulados fundamentales del realismo afirma lo siguiente: existe unidad y racionalidad en todo Estado, razón por la cual éste es el principal actor en la arena internacional. Este tema lo abordan autores como Keith R. Legg y James F. Morrison (Legg & Morrison, *Politics, and the International System: An Introduction*, 1971), quienes consideran que los líderes de cada nación deben identificar las necesidades políticas, económicas y psicológicas de sus países, reconociendo ciertas limitaciones cuando persiguen los objetivos de diferentes políticas estatales de cara hacia el entorno global. Aunque las metas en materia de política exterior rara vez son completamente explícitas, bien definidas, estables, internamente consistentes, u ordenadas de acuerdo con prioridades, un modelo de política exterior *racional* bien definido y ordenado requiere de una autoridad decisional dentro del Estado para establecer un conjunto de objetivos bien sistemáticos.

Es importante recordar que las metas u objetivos de los Estados –e incluso en cada Estado individual en diferentes épocas de su vida– difieren

notoriamente, no sólo en la substancia de dichas metas, sino además en un número considerable de otros aspectos:

- El número, amplitud y mutua compatibilidad de los objetivos deseados.
- La relevancia otorgada a cada meta: su importancia relativa respecto a las metas de los demás, y el costo que el Estado está dispuesto a pagar en términos de gastos y sacrificio para posponer otras metas.
- La urgencia con que cada meta se debe obtener.
- La flexibilidad con que esas metas se persiguen. El grado en el que una meta puede ser reemplazada por otra, o ser modificada, fruto de la necesidad de dar respuestas a diversas presiones que provienen del escenario geopolítico, evitando que las metas de largo plazo sean negativamente afectadas.
- Los riesgos que un Estado está dispuesto a correr en el intento de obtener una meta estratégica.
- Las expectativas del Estado respecto a cómo pueden lograrse distintas metas de manera efectiva.

La premisa realista de la *racionalidad* en la conducta del Estado funciona después de haber evaluado el costo-beneficio de sus acciones, en procura de optimizar los recursos estatales. Este tipo de conducta puede ser analizada desde diferentes enfoques como el llamado “enfoque intencional” para el análisis de la acción política, debido a que ésta tiene un determinado propósito para lograr ciertas metas. Aquí destacan la *teoría de la toma de decisiones* y la *teoría de los juegos*.

La teoría de la toma de decisiones se concentra en aquella autoridad que decide sobre aspectos determinantes para el comportamiento del sistema político: la persona o grupo que efectúa una asignación obligatoria de valores o recursos. La unidad fundamental del análisis político viene a ser el individuo o grupo que toma una decisión clave respecto al curso de las acciones a seguir. Las decisiones no operan en un vacío porque existen muchos factores que las rodean, ayudan o limitan, de manera que al no tomar suficientemente en cuenta múltiples factores, surge con fuerza la incertidumbre y el riesgo. Por lo tanto, las dificultades consisten en identificar los límites entre lo que es necesario y fundamental, en contraposición a aquello que es demasiado o rebasa los esfuerzos para tomar la decisión más acertada.

Esta visión se complementa con un enfoque racional donde todos los actores políticos, o una clase particular de éstos, actúan evaluando la relación costo-beneficio de sus acciones, de manera que los actores formulan hipótesis constantemente. Si algunas de éstas son verificadas, entonces se puede comprobar la existencia de un horizonte racionalista en la política. Los enfoques racionales se convierten en verdaderas herramientas heurísticas con un gran potencial explicativo, al interpretar la política internacional con el propósito de obtener beneficios cruciales o evitar daños políticos demasiado costosos.

### **El realismo estructural**

El mayor exponente del neo-realismo o realismo estructural ha sido Kenneth Waltz, para quien la anarquía y la falta de autoridad en el sistema internacional, agranda las posibilidades de conflicto. Para analizar mejor esta situación, el neo-realismo atribuye a la estructura global el rol de factor determinante en la conducta de los Estados, que son las unidades del sistema transnacional. El sistema en el mundo de la política es como un objeto que tiene partes móviles que interactúan dentro de un ambiente. El sistema político es un conjunto de instituciones dedicadas a la formulación de las metas colectivas de la sociedad o de grupos dentro de ella. Las decisiones del sistema político están respaldadas normalmente por la coerción legítima, es decir, por la obediencia a tales decisiones que pueden ser impuestas a todos (Almond, Gabriel y Bingham Powell, 1996).

Es conveniente recalcar que la definición dada por Almond se refiere al sistema o sistemas políticos nacionales, donde existe la autoridad como elemento esencial. Tal característica nos indica fácilmente un marcado y útil contraste con el sistema internacional. Éste tiene una serie de elementos comunes a cualquier sistema. Tiene partes que interactúan dinámicamente; tiene un determinado ambiente; posee instituciones (la más universal de ellas son las Naciones Unidas, aunque existen muchísimas otras instituciones internacionales). Sin embargo, el sistema internacional tiene una característica muy propia: carece de una autoridad superior, supraestatal y universal. El estudio del *sistema internacional* como la variable más importante en las relaciones internacionales es una característica fundamental del realismo estructural.



Implícito en el neo-realismo está además el concepto de estructura. Éste es muy utilizado en ciencias políticas para analizar sistemas aunque más bien a nivel nacional o interno de los Estados, e inicialmente aplicado al análisis sociológico y antropológico, tal como lo hicieron Levy Strauss (escuela francesa), Radcliffe Brown (escuela inglesa) y Max Weber (escuela alemana).

Hay muchos críticos de los análisis de las estructuras. Los marxistas, en particular, criticaban las metodologías propias del análisis estructuralista y de la teoría funcional-estructuralista por considerarlas conservadoras, estáticas y defensoras del statu quo. A estas críticas han respondido los teóricos estructural-funcionalistas, como Gabriel Almond, quien afirma que es de sentido común referirse, en primer lugar, a la estructura, a la trabazón, a la urdimbre básica de una realidad social perteneciente a un período determinado, describiéndola, comparándola y explicándola, para proceder después a desentrañar sus problemas y sus funciones, para efectuar adecuadamente el estudio de la parte dinámica de una realidad social.

El análisis estructuralista explica cómo es una estructura, pero no explica (y así lo señala Almond) por qué y cómo funciona aquélla. Para esto hace falta una dimensión dinámica complementaria: las funciones. Esto es lo que hace el funcional-estructuralismo, estudiar estructuras y funciones. Quizás podría faltarle a esta teoría un mayor énfasis en los aspectos históricos pero en cualquier caso, aquélla ha originado estudios serios y sólidos en el campo de las ciencias sociales. Por ello no resulta válido el argumento de los críticos del funcional-estructuralismo al que señalan como un arma ideológica de la derecha, e incluso una conspiración de las ciencias políticas burguesas para defender al establishment (statu quo).

El realismo estructural se concentra en el estudio de la estructura del sistema internacional y, a partir de allí, se enfoca en temas tales como la interacción de las unidades en el interior del sistema. Aquí se inscriben temas tales como el análisis de la distribución de capacidades (la balanza de poderes) y la conducta de los Estados, que queda determinada, en última instancia, por las características y la dinámica del sistema.

El realismo estructural dio origen a una teoría elegante, aunque sus críticos señalan algunas debilidades. Vale sin embargo adelantar una

opinión. Al realismo estructural le hace falta una visión histórica más amplia y más detallada para así determinar con mayor precisión la función del sistema en determinado momento histórico, puesto que el realismo estructural considera que el sistema es siempre la variable independiente en el análisis de la política internacional.

En realidad, la historia pareciera indicar que existen épocas en las que el sistema es en efecto el que determina la conducta de los Estados, particularmente en la esfera de la paz y la guerra. La Primera Guerra Mundial sería un ejemplo ilustrativo de cómo el sistema condujo a la confrontación armada entre Estados que participaban de una serie de características comunes, pero que se vieron enfrentados por la dinámica de un sistema fundamentalmente competitivo, movido por las ambiciones del imperialismo en su momento cumbre.

En claro contraste con el caso citado, el colapso de la Unión Soviética en la última década del siglo pasado, podría ser una instancia en la que el desempeño de los Estados resultó ser la variable independiente que determinó la transformación del sistema internacional. Evidentemente, probar esta hipótesis de la transmutación del sistema o de los Estados en variables dependientes o independientes, requeriría un detallado estudio de determinadas épocas. En todo caso, es evidente la interconexión entre el sistema como un todo y las unidades que lo componen.

El rol o papel del sistema en el azaroso campo de la política ya ha sido tratado desde hace mucho tiempo, aunque fue Waltz quien le dio su más refinada expresión. En efecto, desde la época de la Ilustración, pensadores como Rousseau ya señalaban la importancia del sistema de Estados como factor clave en la conducta de los actores internacionales.

La guerra, decía Rousseau, solamente se puede dar entre Estados, los cuales se enmarcan en un sistema donde prevalece la desconfianza mutua. El hecho de que actualmente en la arena internacional se puede dar la guerra entre determinados Estados y grupos no estatales, como los de terroristas, quita mucha actualidad a las palabras de Rousseau acerca de que la guerra solamente puede ser un fenómeno interestatal. Sin embargo, vale recordar su criterio sobre el tema, pues la guerra no sería un asunto entre hombres, sino un asunto entre Estados. Los individuos son enemigos solamente accidentalmente, no como hombres, o ciudadanos, sino como

soldados, no como miembros de un país sino como sus defensores. En suma, los Estados solamente pueden tener como enemigos a otros Estados y no a hombres o individuos porque no puede haber una relación entre cosas de diferente naturaleza.

### **La finalidad de los teóricos realistas**

Algunas personas piensan que los teóricos realistas son apologistas de la guerra. Sin embargo esta opinión, en la mayoría de los casos, no es sustentable. La más superficial observación revela que muchos practicantes de la política, quienes con frecuencia no tuvieron (o no tienen) formación en teoría política, han sido proclives a la guerra desde tiempos inmemoriales. En lo que a teoría se refiere, raro es el teórico realista que promueve o glorifica la guerra. Lo que han hecho es examinar, tanto a la guerra como a la seguridad y al poder, realidades persistentes en política internacional, cuyas causas intentan explicar.

Tucídides (el primer gran realista de la historia) consideraba que la guerra es un maestro violento y, lejos de glorificar los eventos bélicos, él más bien enaltecía la justicia, que consistía, según sus convicciones en: mantener la ley tradicional; resolver las disputas sin violencia y a través de la autoridad debidamente constituida; respetar los acuerdos, incluso si su abrogación beneficiaría solamente a una de las partes; y aplicar el castigo como una retribución que debe alcanzar solamente al culpable. Añadía que el castigo debe ser proporcional a la ofensa o al delito cometido.

La guerra es inevitable para Tucídides, quien no por ello la celebra ni glorifica. Se puede discutir si la fatalidad era para Tucídides una fuerza exógena, impuesta al ser humano, o si era algo intrínseco que determinada sus acciones. Cualquiera que sea la respuesta, Tucídides no recurrió a los dioses, ni a explicaciones religiosas para desentrañar las tendencias y finalidad de las acciones humanas. Un fenómeno puramente histórico, humano, como lo fue el crecimiento del poder ateniense, inspiró temor en Esparta y en forma necesaria o fatal condujo hacia la guerra a todo el mundo griego. Cabe recordar que el temor y el miedo, es una de las causas de la guerra según lo explicaba el gran maestro ateniense.

Algunos realistas, presentan a la guerra como un elemento esencial para la supervivencia y el engrandecimiento del Estado. La guerra es una extensión de la política, si no deseable al menos inevitable, con lo cual han reforzado la tendencias belicistas de algunos Estados en ciertas épocas de su desarrollo. Uno de los casos más famosos es el de Carl von Clausewitz, militar y aristócrata prusiano (1780-1831), veterano de las guerras contra Napoleón Bonaparte y autor de un célebre tratado sobre la guerra.

Incuestionablemente, el corazón de las reflexiones clausewitzianas se centra sobre la seguridad del Estado. No debe olvidarse que para Clausewitz, la guerra está subordinada a la política (tal como ya lo había discutido Maquiavelo) y además tomaba en consideración una serie de elementos como la economía, la población y el tipo de sociedad, como factores claves de la fortaleza de cualquier Estado.

Una de las preocupaciones centrales entre los pensadores realistas es el de las causas de la guerra. Éstos aceptan que las realidades son como son y no como deberían ser. Por lo tanto, hay que abrir muy bien los ojos para explicar al mundo real, al mundo tal como es, y no como desearíamos que fuese. Esta postura no fue obstáculo para que muchísimos realistas hayan desarrollado una labor prescriptiva, encaminada a señalar formas para evitar las guerras después de haber enfocado sus indagaciones sobre la razón de las contiendas bélicas.

Mientras unos buscan la causa de la guerra en la naturaleza humana, otros lo hacen en la estructura de los Estados, y otros en el sistema de Estados. Unos piensan que el hombre es la causa de la guerra: San Agustín, Lutero, Malthus, etc. Dentro de este grupo, unos creen que la naturaleza humana es irreformable (y por lo tanto la guerra acompañará al hombre a lo largo de todo su peregrinaje por la historia). En contraste, otros sostienen que la educación puede transformar al hombre y, por ende, hay esperanzas de alcanzar la paz perpetua en el futuro, como soñaba Kant.

En otro nivel, algunos creen que los Estados, guiados por sus intereses, siempre serán focos de conflictos bélicos internacionales. Otros piensan que la diseminación de la democracia cambiará al panorama de guerras recurrentes, ya que las naciones democráticas son mucho más amantes de la paz que las dictaduras de cualquier signo. Finalmente están los que ven las raíces de la guerra en el sistema de Estados y su naturaleza

anárquica. (Aquí resaltan Tucídides, Rousseau, Hobbes y pensadores modernos como Waltz).

Entre los que enfocan su atención en el sistema, hay quienes creen que una especie de gobierno mundial traerá la paz entre las naciones. Cabe señalar que muchos realistas, desde diversas posiciones, se han planteado en forma punzante y hasta conmovedora el tema de si la guerra es una condición fatal e inevitable, o que si (por el contrario) la guerra es más bien un fenómeno provocado por circunstancias superables. Esta última es la tesis de John G. Stoessinger, politólogo norteamericano quien escapara de la Europa de Hitler. Narra que su primer contacto intelectual con la guerra, lo tuvo al leer *Sin Novedad en el Frente*, la estremecedora novela de Erich María Remarque, acerca de la Primera Guerra Mundial. Remarque dedicó su novela a la generación de jóvenes destruidos por la guerra aun cuando se hubieran salvado de los cañones. Stoessinger en su obra *Why Nations Go to War*. (Por qué van a la guerra las naciones) refuta a quienes atribuyen la guerra a fuerzas impersonales e inevitables, fuerzas que son entendidas de las más diversas maneras, las que abarcan desde la voluntad de Dios, hasta al sistema de alianzas, o al desarrollo de factores económicos. Las guerras serían provocadas por las acciones de los hombres, hombres de carne y hueso en posiciones estratégicas para tomar decisiones cruciales, a menudo inspiradas por percepciones equivocadas más que por la simple maldad (Stoessinger J. G., 1990).

El estudio citado intenta desentrañar la forma y el momento en el que los actores principales dentro de cada Estado tomaron la fatal decisión de ir a la guerra. Estudia las decisiones que causaron Primera Guerra Mundial; la Operación Barba-roja (la invasión nazi contra la URSS estalinista); la guerra de Corea; la Guerra de Vietnam; las tres guerras entre la India y Pakistán (1947, 1965, 1971); las guerras árabe-israelitas, y la guerra Irán-Irak. Más allá de si Stoessinger descartó incorrectamente o no factores que sobrepasan y se imponen a las decisiones voluntarias de los hombres en la génesis de la guerra, queda vibrando su llamado angustioso a evitar esas tragedias. Este es otro notable ejemplo de un realista que está lejos de ser un glorificador de la guerra. A pesar de esto, la importancia de la guerra es uno de los puntos con el que casi siempre tienen que lidiar los realistas en las relaciones internacionales.

### **Algunas críticas al realismo**

El realismo, no obstante su longevidad y vitalidad hasta hoy, vio surgir una serie de críticas en contra suya, provenientes de los pluralistas. A continuación se resumen las críticas más importantes. Primero, se critica al realismo por su falta de capacidad para explicar los cambios pacíficos en la arena internacional. El realismo ofrece excelentes explicaciones sobre el cambio pero más que nada cuando éste es producto de la guerra y la competición por el poder.

Robert Gilpin, por ejemplo, explica cómo un sistema de Estados puede estar en equilibrio por un tiempo pero luego se produce un crecimiento diferencial de poderes entre sus componentes o unidades. Esto lleva al sistema a la redistribución del poder. Luego seguirá la etapa del desequilibrio del sistema y después (continuando el proceso de cambio), se llega a la resolución de la crisis sistémica. El ciclo se cierra con el restablecimiento del equilibrio sistémico, situación que puede ser más o menos duradera pero nunca permanente. Se trata de un equilibrio dinámico. Cabe señalar que los sistemas no solamente cambian por este tipo de competición y conflictos. Los pluralistas expresan que el realismo no explica el cambio producido por factores como los económicos o los políticos no asociados necesariamente al tema de la seguridad y la guerra.

En segundo lugar, se critican las presunciones básicas del realismo: el Estado como centro del análisis, la racionalidad y el poder. Cuando el realismo estructural consagra al Estado como el centro del análisis en las relaciones internacionales, deja por fuera a un enorme, poderoso y creciente conjunto de actores no estatales como las corporaciones multinacionales y los organismos transnacionales. Frente a esta tesis, los teóricos pluralistas hablan de un escenario internacional con muchos actores: organizaciones no estatales, terroristas internacionales, actores tribales y étnicos, actores religiosos, individuales, etc. Esta postura hace que se descoloque al Estado de la historia y de la política, vaticinando prematuramente su funeral. Algunos de los críticos vienen substituyendo al Estado como centro de toda la evolución mundial, por el poderoso empuje de los mercados globales. Con esto intentan demostrar que las instituciones estatales tradicionales son como una suerte de dinosaurios listos para la tumba.

Las posturas de esta naturaleza, subvaloran no solamente las profundas raíces culturales, étnicas y políticas que anclan y prolongaran la vida del Estado nacional, sino que además pasan por alto el enorme papel que (en lo relativo a su dominio territorial y legal) juegan los Estados en el proceso de globalización. Si bien la globalización está debilitando las estructuras estatales, no necesariamente las elimina.

Dentro del proceso de globalización es innegable la transformación paulatina del conjunto de las funciones y responsabilidades del Estado nacional. David Held y Anthony MacGrew se refieren a los cambios estatales como el proceso de *desterritorialización* del Estado. Éste va siendo cada vez menos capaz para defender a sus ciudadanos de la competencia internacional que día a día se intensifica. Nótese, por ejemplo, cómo numerosas industrias de países ricos han ido a la quiebra por la competencia desde el Tercer Mundo. Lo mismo ocurre con un impacto igual o mayor en diversas actividades económicas de los países no-desarrollados, cuando sus capacidades productivas son incapaces de competir en el ámbito económico internacional. En estos casos, el Estado no puede proteger a sus industrias por medio de barreras comerciales impuestas de manera autónoma. El Estado está, prácticamente, obligado a negociar y concertarse con múltiples actores internacionales.

En cuanto a las premisas realistas como la unidad del Estado y la racionalidad de su conducta, el pluralismo también tiene una crítica muy importante, al señalar que los Estados realmente operan a través de complejas burocracias, entre las cuales existen a menudo intereses encontrados y extremadamente disímiles. No solamente no existe la unidad estatal que pretenden explicar los realistas, sino que la política no es el resultado de una elaboración racional.

La política sería el producto de un sistema complejo donde resalta una gran diversidad de perspectivas, difíciles de ser controladas para legitimar la autoridad estatal. Frente a esto, los realistas insisten en que, en última instancia, el Estado actúa como si fuera una sola voz en la arena internacional, a través del Poder Ejecutivo y sus órganos como las fuerzas armadas. Sin embargo, el Estado está perdiendo gran capacidad de legitimidad y confianza porque varios actores sociales y políticos se insubordinan dentro de las fronteras estatales. En el sistema internacional,

el Estado pierde el reconocimiento de su soberanía debido a que la globalización cruza las fronteras y obliga a acomodarse a las exigencias de un comercio mundial demasiado competitivo, desigual e injusto para las economías más débiles.

Cabe añadir que en el realismo estructural de Waltz, la racionalidad es el concepto que enlaza la actuación del Estado con el sistema de Estados. El concepto de racionalidad podría ser aceptado pero en forma cualificada, es decir, siempre y cuando este postulado se limite a asumir que los actores hagan cálculos para maximizar sus recursos en la búsqueda de sus objetivos, ordenados de manera consistente. Sin embargo, sería inadmisibles asumir que existe una información perfecta para la toma de decisiones, o que las preferencias de los actores son inmutables. Por lo tanto, la racionalidad no alcanza a explicar todas las acciones del Estado.

El poder, concepto central en el realismo, es criticado por varias razones. Una de ellas es la variedad y amplitud de contenidos del mismo. En realidad hay muchos tipos de poder: militar, económico, político, ideológico, etc., lo que dificulta una definición unívoca del referido concepto. Por ello decía Wittgenstein que aquél es un *cluster concept* (un concepto-conglomerado). Además, dicen los pluralistas, el realismo considera al poder como algo fungible cuando en realidad no lo es. Por ejemplo, el poder militar no siempre se traduce en poder político, pues no se puede cambiar por cualquier otro tipo de poder o de bien, como si fuera una moneda. Esto último es evidenciado por el hecho de que aquellos Estados militarmente poderosos pueden perder guerras ante otros que son militarmente más débiles, pero que demostraron una mayor solidez política o, por lo menos, una mayor unidad interna (a veces impuesta verticalmente en algunos regímenes).

No está de más indicar que si bien el poder (esencialmente el militar) es un concepto central en el realismo, este enfoque teórico admite crecientemente la pluralidad de manifestaciones del poder, tales como sus facetas económicas. El problema de la amplitud del concepto “poder” también afecta a las otras perspectivas propias de las relaciones internacionales, con la salvedad de que ellas no lo utilizan como un concepto central. Es ilusorio intentar deshacerse por completo del concepto *poder* en el terreno de las ciencias políticas.



El concepto de sistema también es atacado por su supuesta ambigüedad y porque simplifica demasiado la arena internacional. Por ello los críticos del realismo señalan que al utilizarse el concepto de sistema, se desatiende el estudio de las unidades, es decir, el nivel de los Estados y sus realidades internas. Los realistas estructurales utilizan a las realidades del nivel estatal como presunciones y no como variables en el análisis.

El realismo estructural posee, sin embargo, aspectos plenamente rescatables. 1) Los Estados como actores clave de la arena internacional, aunque debe darse mayor énfasis al rol de los actores no estatales. 2) Debe mantenerse la idea de racionalidad porque sin ella serían imposibles las inferencias que relacionan al sistema internacional con el comportamiento de los Estados. 3) Debe ser cuidadosamente asumida la presunción de que los Estados fundamentalmente buscan el poder porque tendría que prestarse más atención al rol de las normas e instituciones en el terreno internacional.

La perspectiva realista es la más antigua de todas las existentes en relaciones internacionales y continúa teniendo gran vitalidad. Sigue siendo la perspectiva dominante. Esto se debe a que es la forma en que muchos Estados practican la política en el mundo. El realismo provee explicaciones lógicas y claras, aunque no necesariamente completas, de la realidad. Además, aborda temas de enorme y vital interés para un Estado, como es su supervivencia.

Si bien es cierto que en un mundo crecientemente interconectado, globalizado, las funciones del Estado tradicional tienden a redefinirse mientras crece el número de actores internacionales no estatales, también es verdad que los nuevos retos a la seguridad tienden a fortalecer algunas funciones estatales. La guerra en Siria y una ola de atentados terroristas en Francia, Bélgica, Alemania, Inglaterra y Francia entre 2006 y 2017, parecen confirmar algunos supuestos básicos del realismo.

Actores transnacionales ilegales, como las redes terroristas y narcotraficantes, las organizaciones de delincuentes cibernéticos, redes financieras delictivas, el problema de las migraciones ilegales masivas desde el Tercer Mundo hacia el mundo industrial, son algunos de los retos a la seguridad de los Estados, debido a que aparecen múltiples amenazas. De aquí que las grandes potencias estén revisando constantemente sus estrategias de desarrollo militar.

## **El realismo y el Estado en América Latina: ¿cerebro de la sociedad o expresión de una crisis de identidad?**

El realismo nos obliga a estudiar en profundidad los orígenes y las proyecciones del Estado. Para el caso de América Latina, el realismo invita a pensar en la trayectoria histórica y las decisiones difíciles que los actores políticos escogieron en distintas épocas, hasta desembocar en lo que significa hoy el Estado, plagado de estructuras institucionales en crisis y ligado a problemas orgánicos desde su fundación.

Si bien no es posible construir una *gran teoría política* sobre el continente, y mucho menos explicar desde un solo perfil teórico la diversidad de situaciones en las que emergió el Estado, académicos estadounidenses como Fernando López-Alves y Miguel Ángel Centeno han hecho un esfuerzo encomiable con dos libros que merecen una detenida reflexión: *State formation and democracy in Latin America, 1810-1900* y *Blood and debt. War and the nation-state in Latin America*.

El libro López-Alves es una contribución importante a la génesis histórica del Estado en Uruguay, Colombia y Argentina, además de utilizar como casos de comparación adicional a Paraguay y Venezuela; sin embargo, el autor extrae conclusiones para el conjunto del continente latinoamericano, sin construir un argumento sólido y convincente que sintetice la heterogeneidad económica, étnica y social de la región; por esta razón, la ilación entre un capítulo y otro se hace bastante confusa, además de no describir una evolución cronológica capaz de especificar el principal objetivo del autor que se centra en las dinámicas estructurales para la construcción estatal llevadas a cabo por los militares, el nacimiento embrionario de los partidos políticos y la movilización proveniente de la sociedad civil que, básicamente, está representada por el campesinado y las particulares condiciones del área rural después de las guerras de independencia entre 1810 y 1900 (López-Alves, 2000).

Las principales condiciones que Fernando López-Alves trata de resaltar son las acciones políticas y la intencionalidad de las élites dirigentes, el ejército o los partidos políticos. Por ejemplo, considera que en Chile, Uruguay y Colombia, los partidos fueron lo suficientemente fuertes como para articular el poder del Estado que necesitaba una centralización

importante después de la ruptura con la conquista española; un caso diferente sería Argentina donde no pudo madurar un sistema de partidos. Asimismo, Chile, México y Argentina tuvieron la capacidad de tener un Estado que concentrara el monopolio de la coerción y centralizara el poder por medio de la violencia de arriba hacia abajo, a diferencia de Colombia, Uruguay y Venezuela donde el Estado por mucho tiempo tuvo una presencia débil en el área rural. El perfil analítico, por lo tanto, tiene dos componentes:

- a) El primero constituye el problema de la centralización del poder, la construcción del Estado y el diseño de las instituciones de gobierno; por esta razón, López-Alves se pregunta (dentro de la tradición sociológica de Max Weber) ¿cómo y en qué grado el Estado pudo ganar el control de los principales mecanismos de coerción dentro de un determinado territorio?, ¿de qué manera el Estado es una entidad que mantiene una estructura autónoma y diferenciada?
- b) El segundo se concentra en la formación de coaliciones que abrieron paso para el surgimiento de regímenes democráticos, ¿cuáles serían los métodos para elegir gobiernos y asambleístas representativos (elecciones o golpes de Estado)? Aquí, el concepto utilizado es *poliarquía*, a partir de Robert Dahl, donde destacan la participación de las bases rurales y las acciones de la oposición en la disputa por el poder.

El libro propone un marco interesante de análisis entre el tiempo que duró el proceso de “centralización del poder estatal” y “qué tipo de régimen” fue tomando forma en términos de gobierno y equilibrios entre los nuevos titulares del poder después de la colonia y los esfuerzos por lograr legitimidad en la sociedad. López-Alves reflexiona en torno a qué relaciones políticas existieron en el nacimiento de los Estados fuertes y una tendencia corporativista y estado-céntrica en el diseño de las políticas públicas, o si tuvo lugar un proceso más lento de centralización del poder que fortalezca más bien el pluralismo, los partidos políticos y los gobiernos locales.

Las respuestas son poco claras; sin embargo, una de las principales hipótesis sugiere que en América Latina, cuando los partidos y el ejército asumieron un papel preponderante en la formación del Estado, el resultado fueron un conjunto de regímenes más o menos democráticos. En medio

estarían las condiciones culturales propias de cada país, junto con el estallido de guerras y la movilización de campesinos pobres que también influyeron en la construcción de las naciones y los Estados.

Para López-Alves, el conflicto, la persistencia de guerras luego de la ruptura con la corona española, y un tipo específico de coaliciones entre los partidos, los movimientos sociales y la acción de los militares, dieron lugar a estructuras institucionales claras que originaron los Estados.

Asimismo, surgió un choque entre los partidos políticos como constructores del Estado y las estructuras de la modernidad, puesto que la experiencia Latinoamericana contradiría las tesis del teórico estadounidense Samuel P. Huntington, para quien los partidos cumplieron un papel central en la creación de los sistemas políticos modernos; sin embargo, López-Alves afirma que los partidos *no* representaron signos claros de modernidad. De cualquier manera, el autor reconoce que Huntington tenía razón al decir que “el orden político” se desarrolla de manera independiente al desarrollo económico; por lo tanto, el orden político y el desarrollo tendrían no solamente objetivos disímiles, sino que seguirían sus propias lógicas autónomas, mostrando que en América Latina, las guerras y los conflictos fueron las principales causas que dieron forma al Estado.

El establecimiento de patrones de dominación construidos por los Estados oligárquicos entre 1810 y 1910, preparó el terreno para las futuras transformaciones radicales a partir de los años treinta. El eje de reflexión se centra en el tiempo y las condiciones en que fue consolidándose la centralización del poder estatal. Siguiendo los argumentos de Charles Tilly en *Coercion, capital, and European States, AD 990-1992*, el capital y la coerción también caracterizarían el desarrollo estatal en América Latina después de las guerras de independencia; empero, mientras la coerción se manifestó con intensidad, el capital fue administrado de manera ineficiente, recurriéndose a los préstamos internacionales y mostrando al mismo tiempo de qué manera el Estado se veía impedido de resolver los conflictos domésticos (Tilly, 1993).

Si bien para Charles Tilly, el crecimiento económico que consolida las estructuras de producción capitalista va de la mano con la coerción, en América Latina, las élites constructoras del Estado intentaron moldear tres objetivos que dieron lugar a resultados contradictorios:

- a) Echar las bases de una economía capitalista pero recurriendo a los préstamos externos de Europa. López-Alves no logra explicar con más detalle este fenómeno.
- b) Intentar construir una “nación”, cuando en la gran mayoría de los casos, ésta no precedió a la fundación del Estado. El libro no incorpora ninguna reflexión sobre la enorme dificultad para “imaginar una nación” en los países andinos.
- c) Las burocracias estatales fueron ineficientes para orientar la modernización capitalista. López-Alves explica superficialmente los déficits de modernización burocrática de los Estados latinoamericanos entre 1810 y 1900.
- d) Los Estados oligárquicos tuvieron que preocuparse por el “manejo del poder” y las estrategias para generar *pactos* durante los conflictos y después de las guerras. Esta es la parte mejor explicada por el libro.

Los conflictos más cruciales surgieron en torno a la propiedad de las tierras; es decir, entre la fuerza de trabajo rural y los terratenientes. Sobre todo, las poblaciones rurales se rebelaron en contra del “poder central”, estimuladas por una serie de caudillos. Las élites gobernantes establecieron por lo tanto, relaciones patrimoniales y clientelares con los caudillos rurales, manteniendo así su poder pero debilitando las nacientes estructuras estatales.

Cuando el autor trata de encontrar razones históricas y características específicas que diferencien a Latinoamérica del resto de otros continentes como Europa y el Imperio Otomano, utiliza una hipótesis en la que afirma que América Latina expresó una especial tensión entre el Estado y la sociedad civil, cuyo rasgo central fue una polarización entre dos tipos de actores débiles porque el Estado nunca pudo penetrar en la sociedad civil, así como ésta también fue incapaz de penetrar al Estado.

Este argumento no parece tan convincente para el área andina de América Latina, sobre todo con la situación de la Real Audiencia de Charcas y la explotación de plata donde la estructura estatal española sí ejerció un total control de la sociedad civil por medio de la *mita*, sometiendo sistemática y violentamente a las poblaciones indígenas de todo el Alto Perú.

Una vez en el poder, las élites políticas desde 1810 trataron de dar forma a las instituciones según sus intereses buscando cierta autonomía en el diseño institucional, o regulando la distribución de recursos y poder; sin embargo, las consecuencias deseadas y no deseadas adoptadas por las decisiones de las élites dependieron de los conflictos extra-estatales que aquellas élites, por lo general, no podían controlar. Al mismo tiempo, según López-Alves, la movilización de las masas rurales pobres también dio forma a las instituciones estatales y al tipo de régimen que fue surgiendo en Colombia, Argentina y Uruguay.

Uruguay logró construir una autonomía estatal por medio de la formación muy temprana de partidos políticos hábiles para los pactos y el manejo calculado del poder; además, las élites económicas dependieron bastante de los liderazgos militares y caudillistas, aunque éstos mantuvieron una total autonomía del mundo de los negocios.

Colombia y Argentina tuvieron menos éxito en lograr la autonomía del Estado porque fruto de los conflictos, las élites penetraron de manera directa en las estructuras estatales por medio de una alianza con los militares. El gobierno argentino utilizó muy bien el poder central del ejército para someter a las regiones de arriba hacia abajo, además que durante la dictadura de Rosas, los partidos fueron proscritos debilitándose su funcionamiento institucional como parte de una democracia recién nacida.

Los conflictos posibilitaron la formación de partidos políticos que se organizaron con estructuras flexibles bajo la forma de partidos de cuadros, en los cuales el liderazgo estaba cimentado en amplias bases sociales, con ideologías borrosas y una burocracia descentralizada. Sin embargo, hacia el final del siglo XIX, el financiamiento, reclutamiento y las campañas políticas mostraban que algunos dirigentes manejaban los partidos de manera altamente institucionalizada. La centralización del poder implicó también centralizar las burocracias de los partidos. Esta explicación está poco aclarada en el libro, de tal manera que López-Alves no logra mostrar un discurso único que caracterice al conjunto de América Latina.

La dinámica de los conflictos tuvo un impacto y desarrollo político que generó resultados diferentes sobre los partidos políticos. En Uruguay, la resolución de los conflictos se materializó por medio de cuotas de poder

que fueron repartidas entre los partidos, consolidándolos. En Colombia, por el contrario, la capital Bogotá se convirtió en el epicentro del poder y la construcción de la nación, mientras que los caudillos políticos amenazaron con una secesión territorial para romper con el federalismo; por lo tanto, la negociación de los conflictos fue mucho más compleja debido a las tensiones entre las regiones y el centro del poder político. En Colombia, aquellos que tenían el poder persiguieron a la oposición pero terminaron por fortalecer las sub-culturas de resistencia ligadas a los adversarios de la oposición en las regiones descentralizadas.

El autor afirma que la capacidad de los constructores del Estado para imponer sus preferencias ideológicas respecto al diseño institucional fue dependiente, más que nada, del tipo de acción colectiva durante los conflictos para lograr apoyo en la sociedad, así como también fue dependiente de la fortaleza de la oposición.

Otras variables como el grado de urbanización, las relaciones de producción, el surgimiento de una agricultura comercial y el peso del campesinado para fomentar procesos revolucionarios como aquellos surgidos en las revoluciones rusa o china, constituyeron influencias que no necesariamente son capaces de pronosticar los resultados políticos en la formación de los Estados en Uruguay, Colombia y Argentina.

En consecuencia, López-Alves considera que no existe un determinismo histórico para explicar el desenvolvimiento de América Latina, sino que es importante pensar en los resultados políticos e históricos utilizando otros argumentos que finalmente falsifiquen sus interpretaciones históricas.

Si bien el surgimiento del Estado en Europa mostró la combinación entre el capital y la coerción, o entre el crecimiento económico y la dominación, en el caso de América Latina, el desarrollo histórico no presentó una lógica lineal porque el Estado emergió ligado a una externalidad de múltiples causas, relacionada con los siguientes factores:

- a) La fuerza del ejército.
- b) Las consecuencias de múltiples guerras para sentar soberanía territorial después de la colonia.
- c) La habilidad de las élites políticas para generar alianzas históricas específicas, mantenerse en el poder y desarrollar un sistema de

partidos políticos, pero al mismo tiempo, imponiendo coerciones para reprimir a la oposición.

López-Alves sugiere mirar los resultados políticos concretos en el nacimiento de los Estados Latinoamericanos; es decir, cómo el Estado permanece como un conjunto de relaciones de poder, relaciones sociales y un conjunto de instituciones pero en ausencia de las causas primigenias que le dieron lugar al final de las guerras de independencia de la corona española desde 1810.

El libro afirma que la eficiencia, lógica económica y el crecimiento por medio del mercado y la emergencia de la sociedad industrial, no constituyen las causas plausibles en el caso del nacimiento del Estado en América Latina, sino que el manejo del poder se ligó, en todo caso, a otros factores de explicación cultural, superestructural y las ideas en torno a la construcción de una “Nación” por parte de las acciones colectivas.

Por último, el actuar específico de las élites, los partidos, el caudillismo local y el ejército que trataban de centralizar el poder en los nuevos Estados, fallaron en la instauración de burocracias eficientes, razón por la cual orientaron todos sus esfuerzos hacia la coerción como el último recurso para mantener un control territorial y administrar negociaciones con las amplias bases rurales pobres que facilite la administración del poder.

El análisis de Miguel Ángel Centeno es muy novedoso en términos de utilizar un marco teórico pensado para la formación de los Estados en Europa, pero aplicándolo a Latinoamérica donde están ausentes la mayor parte de las condiciones históricas, económicas e institucionales sobre la consolidación del Estado como una organización legítima y moderna (Centeno, 2002).

La hipótesis central de libro afirma que la “ausencia de guerras prolongadas” en el continente explican por qué el Estado es, hasta hoy día, tan débil como autoridad política, lo cual desemboca en múltiples limitaciones para acrecentar su legitimidad en las sociedades civiles latinoamericanas, sumamente divididas y reacias a reconocer al Estado el debido señorío y potestad que viabilicen una institucionalidad autónoma pero, sobre todo, efectiva.

Centeno considera que es inadecuado hablar de un *Leviatán en América Latina* para referirse al Estado y, por lo tanto, es preferible explicar



y comprender las fallas que caracterizan a las estructuras estatales al tratar de generar resultados importantes como la integración social; imponer la noción de ciudadanía para convertirse en un Estado que proteja los derechos fundamentales y genere condiciones de equidad; e identidad colectiva que facilite la conexión entre el Estado y el desarrollo de la Nación.

La gran limitación del libro es dejar de lado por completo a los países de América Central, concentrándose solamente en México y el Cono Sur; sin embargo, Centeno tiene interesantes hipótesis adicionales sobre cómo el Estado post-colonial tuvo una estructura burocrática que fue creciendo progresivamente y haciéndose cargo de los retos más importantes del crecimiento económico pero mediante una dudosa capacidad para ser generoso en términos de clientelismo y chocando con una total inefectividad para demandar la cooperación obligatoria de la sociedad; es decir, imponer una autoridad para generar recursos como la simple recaudación de impuestos. En este aspecto, por ejemplo, los problemas de fuga de capitales constituyen una prueba clara de la débil capacidad del Estado latinoamericano para controlar sus funciones económicas básicas.

Inclusive, si se analizan los alcances del autoritarismo estatal y la violencia política, según Centeno, el Estado también habría fracasado porque hay una brecha muy grande entre la visión que se tiene sobre el ejercicio de la violencia utilizando los recursos estatales, y la capacidad en sí misma del Estado como una institución legitimada que haga cumplir sus órdenes en los diferentes segmentos de la sociedad. Esto se relaciona directamente con las hipótesis planteadas por sociólogo alemán Peter Waldmann sobre el *Estado anómico* en América Latina.

La situación que mejor describiría a Latinoamérica es cómo la ausencia del Estado ha promovido la violencia que otros actores ejercen en medio del caos. Al mismo tiempo, la generación de violencia producida externamente; es decir, el surgimiento de guerras prolongadas que involucren a varios Estados, ha estado ausente del continente con pocas excepciones como las acciones expansionistas de Chile y Paraguay. Por lo tanto, América Latina manifiesta un déficit estatal que fue diluyendo el poder político, como aquella posibilidad de estar centralizado y administrado con éxito en la construcción de la institucionalidad de cualquier Estado. Los principales *patrones* planteados por Miguel Ángel Centeno son:

- a) Las pocas guerras que surgieron en América Latina después de lograr su independencia generaron una crisis fiscal y gran deuda porque los Estados no pudieron ajustarse a los gastos provenientes de la guerra.
- b) La formación de un estrato militar profesionalizado tuvo poca participación popular.
- c) Las guerras habrían generado procesos de alienación patriótica; es decir, un desencanto con los resultados objetivos que posteriormente no promovieron el fortalecimiento del Estado.
- d) Las crisis económicas en las situaciones de post-guerra causaron un serio déficit en los recursos que disponían los Estados o generaron rupturas con los mercados globales. Antes y después de las pocas guerras, en América Latina se mantuvo un excesivo *regionalismo* que obstaculizó, una vez más, la formación estatal y limitó las proyecciones de las imágenes de nación.

En consecuencia, según Centeno, las guerras limitadas y sin grandes desastres sociales traumáticos, en lugar de producir Estados de sangre y hierro, terminaron generando Estados con sangre, deudas y constantes conflictos de legitimación. América Latina no refleja las condiciones histórico-políticas donde la guerra determina no solamente la formación de los Estados modernos en Europa, sino también el estímulo para un aparato institucional y administrativo efectivo. Asimismo, las élites latinoamericanas fracasaron al no convencerse de que la expansión de la soberanía estatal y su autoridad era un eje central a sus intereses; finalmente, el núcleo de las élites nunca dio la suficiente importancia a la definición de lo que significa la *nación*, razón por la cual el Estado evolucionó en medio de diferentes conflictos como un aparato burocrático inefectivo y sus tareas inconclusas no construyeron una sociedad identificada con los principales criterios de ciudadanía e identidad nacional.

El autor concluye afirmando que la *violencia organizada* en América Latina es lo que estuvo ausente desde las guerras de independencia, dando lugar a un tipo específico de organización política donde el Estado carecía de una autoridad centralizada que explica, en todo caso, los tipos de violencia política ejercida dentro de las fronteras de cada país y no un conjunto de guerras entre los Estados latinoamericanos. De manera intermitente, los conflictos de carácter político, social, racial y regional, apenas fueron

controlados desde la centralidad estatal pues la función *hobbesiana del Estado* estuvo subdesarrollada y lo que siguió fue un conjunto de violencias de todos contra todos, razón por la cual quedaba poca energía para ejercer la guerra *hacia afuera* con otros Estados.

El ejército fue utilizado para sofocar la violencia y los diferentes conflictos adentro de cada desorden estatal, levantándose como el defensor de un siempre mal definido sentido de nación. Las fuerzas armadas tuvieron que hacerse cargo de la defensa contra un enemigo interno, sin resolver las condiciones de un Estado escuálido como estructura burocrática, violencia organizada y eficiencia institucional; es por esto que éste tampoco tuvo la capacidad de romper con el *statu quo* geopolítico.

Por último, Centeno reconoce que las tesis de Charles Tilly sobre cómo la coerción y violencia representan la identidad específica del Estado moderno, pueden no ser refutadas por la experiencia latinoamericana porque, efectivamente, no sabemos si en el continente existen los Estados en un sentido estricto.

Aquí radican algunas fortalezas metodológicas del libro porque partiendo de las propuestas teóricas de Tilly, Centeno llega a falsificar con datos históricos la fatal combinación entre coerción, violencia y estructura organizacional que se condensan en el Estado moderno. Sin embargo, si se analizan otros continentes que sufrieron guerras internacionales y desequilibrios prolongados como Vietnam, Cambodia, Laos y el sudeste asiático en los años sesenta y setenta, tampoco se observa la emergencia de Estados sólidos sino todo lo contrario. Cuanto más impactaron las guerras internacionales y los conflictos de la Guerra Fría, también mayor fue el subdesarrollo institucional del Estado en aquellos países sometidos a la dinámica intolerante de las esferas de influencia que fueron tensionadas por las relaciones internacionales entre los Estados Unidos y la Unión Soviética.

Así ingresamos en el terreno de la filosofía de la historia; es decir, debemos preguntarnos ¿cuáles son las direcciones peculiares que América Latina tomó durante el siglo XX en materia de desarrollo económico, discontinuidad política, estructura institucional (o configuración estatal) y legados heredados del pasado que seguirán influenciando en los futuros caminos del siglo XXI?

El análisis, por ejemplo, del *Estado burocrático-autoritario* es fundamental. Éste emergió en la década de los años 50 en la mayoría de los países del Cono Sur, como consecuencia del proceso latinoamericano de modernización, donde la crisis económica, así como las demandas de integración y participación en dicha modernización por parte de las clases trabajadoras y las clases medias, provocaron un conflicto que trató de ser resuelto por las élites gobernantes –aliadas tanto con la burguesía como con el capital transnacional– utilizando la represión violenta y la eliminación de la competencia democrática entre las fuerzas políticas, como el principal recurso para mantenerse en el poder. El *Estado burocrático-autoritario* se transformó en un escenario de lucha sobre los rumbos de la modernización y la toma de decisiones política en el largo plazo.

En las décadas de los años 40 y 50, los objetivos del desarrollo económico, como por ejemplo la expansión del mercado y la industrialización, se convirtieron, junto con el nacionalismo, en el pagamento ideológico para el despegue y el logro de una verdadera independencia internacional a través de las bases de una industria doméstica.

Las perspectivas iniciales de una industrialización endógena, en gran medida, dieron resultado pero tropezaron con un obstáculo central: el fracaso en la distribución de los beneficios de la modernización desarrollista, que se mantiene hasta el día de hoy si se analizan los indicadores de pobreza persistente y desigualdad. El sector industrial exportador era el principal generador de divisas y, por lo tanto, tuvo una influencia desproporcionada en el centro del poder gubernamental, sobre todo en Brasil y Argentina.

La estrategias del populismo caudillista que controlaba el poder en aquellos años, llevaron a cabo un proceso de cooptación de los sectores sindicales y, al mismo tiempo, ampliaron el mercado interno con el objetivo de incorporar más consumidores y clases medias para retroalimentar a las industrias domésticas, hasta que explotó la crisis económica a través de la hiperinflación y la excesiva dependencia industrial de los bienes de capital y la tecnología extranjera, sin los cuales el modelo de desarrollo no podía funcionar.

Desde el punto de vista político, las coaliciones populistas realizadas por Juan Domingo Perón en Argentina y Getulio Vargas en Brasil en los años 50, generaron un proceso de *inclusión política* de los grupos urbano-

populares y obreros sindicalizados que a comienzos del siglo XX no existía. Sin embargo, todo terminó en el fracaso del proyecto de desarrollo y la industrialización horizontal. La dependencia, súbitamente, regresó pero esta vez con el rostro del endeudamiento externo. La politización en aquella época, no solamente en términos de organización sindical, sino también en términos de presiones para acceder a ciertas mercancías, fue un resultado histórico del tipo de modernización occidental-industrial que representó el factor determinante durante la vigencia del proyecto desarrollista.

Hacia los años 60, las élites argentinas y brasileñas dominantes reaccionaron con preocupación en medio de la crisis económica, ya que temían un giro radical de las movilizaciones populares, generando un retroceso excluyente y coercitivo mediante el uso instrumental del poder militar para realizar golpes de Estado. En aquel entonces, todos los actores sociales y políticos manifestaron una relación ambigua con el régimen democrático.

Por una parte, las élites consideraron que el desarrollismo era suficiente para tener un equilibrio modernizante y mantener cooptados a los sectores populares. Una vez que el modelo se rompió, las clases populares y los sindicatos organizados, probablemente no buscaron el establecimiento de una democracia como la que ahora nos imaginamos (por ejemplo, una democracia representativa y con instituciones que definen las reglas del juego), sino que ejercieron altos niveles de violencia y resistencia, sobre todo para enfrentar la represión militar.

El centro de los conflictos que la democracia latinoamericana confronta hasta hoy día, es la brecha que existe entre la búsqueda de una *integración política* de los grupos populares y desfavorecidos, junto a la diferenciación económica y los retos del crecimiento económico que la modernización trajo desde la década de los años 50. Un efecto que sintetiza esta tensión, es lo que el cientista político argentino Guillermo O'Donnell denomina como *diferenciación-integración*, que básicamente se expresa en la persistencia del populismo como fenómeno político en América Latina y en las pugnas políticas por el control de los recursos del Estado.

La importante relación entre el crecimiento de la burocracia y el autoritarismo, también es válida inclusive en la actualidad para comprender el funcionamiento de muchas estructuras estatales latinoamericanas. El

*Estado burocrático-autoritario* es una consecuencia muy particular de la modernidad implantada en América Latina, porque implicó el aumento del tamaño del aparato estatal y su tecno-burocracia, con la finalidad de satisfacer las demandas de las clases medias y seguir alimentando las orientaciones del desarrollo industrial protegido desde el Estado.

La inserción del movimiento obrero como una expresión del modelo de desarrollo, es también otro producto histórico junto con la ampliación e inclusión en la estructura socio-histórica de actores sociales que estuvieron marginados a comienzos del siglo XX. Aquí, el concepto de corporativismo es muy relevante para comprender las relaciones entre el Estado y el comienzo de algunas organizaciones obreras durante el periodo de desarrollo industrial y modernizador en América Latina.

El corporativismo involucró la legalización e institucionalización de un movimiento obrero organizado, el cual estaba moldeado y controlado por el Estado. Una vez más, el Estado representó no sólo el eje del proyecto industrializador desde los años 50 en adelante, sino también el escenario de cooptación de otros actores sociales, así como el terreno de disputa entre las clases sociales que se van diferenciando claramente dentro del modelo industrial. Finalmente, el Estado también trató de vertebrar una imagen de nación y unidad que no existía en el nacimiento de las nuevas repúblicas a finales del siglo XIX.

Los procesos históricos de *incorporación* del movimiento obrero como parte activa de la dinámica política, constituyeron factores clave de la democratización y la aceptación de demandas populares para tratar de lograr un beneficio igualitario de los frutos de la modernización. La dinámica de clases (lucha de clases) en el modelo industrial capitalista latinoamericano muestra cómo el movimiento obrero fue uno de los actores primordiales que abrió el camino hacia la democratización, algunas veces en alianza con las clases medias y en otras de manera independiente.

Las respuestas represivas de la burguesía y las élites gobernantes conservadoras, no solamente manifestaron una relación ambigua con los regímenes democráticos, sino que al mismo tiempo prefirieron utilizar las estructuras estatales, tanto para excluir al movimiento obrero del sistema político, como para usufructuar los beneficios materiales de la industrialización, aún a costa del descalabro económico y la crisis que

terminó erosionando las raíces del Estado como fundamento del desarrollo. La expresión más clara de este deterioro fueron los sucesivos golpes militares entre las décadas de los años 60 y 70.

En la reflexión del desarrollo político latinoamericano, la autonomía de lo político adquiere centralidad, no sólo porque la esfera política sigue un patrón propio y un particular ritmo de cambio, sino también porque tiene una forma altamente *discontinua*. En consecuencia, siempre resultará estremecedor o fascinante saber qué se esconde detrás de los ciclos históricos críticos que tiene el continente.

Las interrogantes respecto del funcionamiento y racionalidad histórica podrían incluso aplicarse a una serie de problemáticas surgidas en Centroamérica, cuyo sino está directamente ligado a las intervenciones militares de los Estados Unidos, que marcaron un rumbo específico de dependencia y modernización incompleta. ¿En qué sentido, América Latina se encuentra definitivamente atrapada en una dependencia legada por su pasado histórico, sin poder elegir *racionalmente* otras rutas de desarrollo socio-político?

No hay nada racional y definitivo sobre el esfuerzo por alcanzar la modernización o niveles homogéneos en la estructura capitalista de los países subdesarrollados. Es imposible que la corrupción, el populismo, el caudillismo, las guerras y el pragmatismo político de las élites gubernamentales, por sí solos, expliquen los fracasos y trayectorias históricas de América Latina.

Lo que hoy presenciamos es el paso de un estado de consciencia sobre el desarrollo hacia otro donde imperan el *sin sentido* y fuerzas ocultas. Debemos dejar de confiar en aquellos *modelos* que ofrecen una anatomía completa sobre la conciencia recta para alcanzar el crecimiento y la hipermodernización. No hay tal conciencia recta, solamente impulsos históricos cargados de azar y mezclados con acciones humanas que disparan hacia atrás y hacia delante.

Por otra parte, desde la Caída del Muro de Berlín y la desaparición de la ex Unión Soviética en los años noventa del siglo XX, nada ha sido tan sorprendente y profundamente preocupante como la actual *crisis del Estado*. Éste, dejó de ser el *cerebro de la sociedad* y, al mismo tiempo, tiene grandes dificultades para articular un conjunto de redes institucionales que le permitan solucionar los principales problemas de la ciudadanía.



En el siglo XXI, el Estado ya no es el punto nodal para la construcción del desarrollo económico ni para la generación de sólidas orientaciones en la política. Actualmente está acosado por una *crisis de identidad*, es decir, qué es lo que puede hacer el Estado con efectividad, con plena seguridad para reproducir el orden político y con certeza para garantizar el funcionamiento del orden económico y social. Uno de los retos políticos más trascendentales en el siglo XXI, precisamente radica en la necesidad de repensar al Estado como un sistema de poderes y fuerzas institucionales que le permitan reconvertirse en el *cerebro de la sociedad*; esto implica:

- a) Tener la posibilidad de prever sus acciones en el mediano y largo plazo.
- b) Conocerse por dentro como Estado y conocer sus entornos culturales, sociales, económicos y políticos para intervenir en forma precisa.
- c) Controlar eficazmente sus decisiones para implementar cualquier política pública, oportunamente.

Si esto no es posible, entonces se hace fundamental discutir una vez más cuáles son las principales exigencias para una reforma estatal en las Américas. Como se afirmó, en América Latina, las complejidades del Estado obligan a pensar con cuidado cuál es el papel de la historia y la necesidad de identificar *procesos causales*. Nuestra región, no solamente se caracteriza por una particular trayectoria histórica, sino también por las *problemáticas decisiones* que los actores políticos y los líderes tomaron en un determinado momento para conducirnos hacia senderos específicos, de los cuales dependemos hasta el día de hoy.

Las acciones políticas y la intencionalidad de las élites dirigentes, del ejército o los partidos políticos han marcado el funcionamiento del Estado. Si bien es muy difícil generalizar y extraer una *teoría política universal* para el análisis del Estado en América Latina, es importante pensar que en Chile, Uruguay y Colombia, los partidos son lo suficientemente fuertes como para articular el poder del Estado, logrando una centralización importante en el momento de tomar decisiones y generar políticas públicas.

Los casos diferentes serían Argentina, Perú, Bolivia, Ecuador y algunos países de Centroamérica como El Salvador, Nicaragua y Guatemala, donde hasta ahora no pudo madurar un sistema de partidos estable, con élites dirigentes previsoras y defensoras de un conjunto de reglas



institucionales durables. Asimismo, Chile, México y Argentina tuvieron la capacidad de tener un Estado que concentrara el monopolio de la coerción y el poder por medio de la violencia de arriba hacia abajo, a diferencia de Uruguay, Perú, Colombia, Bolivia y Venezuela donde el Estado, por mucho tiempo, tuvo una presencia débil en las áreas rurales. Sin embargo, las élites políticas, los partidos y las burocracias estatales en el continente chocaron con seis grandes conflictos que, hoy día, están socavando las capacidades del Estado:

- 1) Los Estados latinoamericanos no pueden generar sus propias *fuentes y capacidades de conocimiento político e institucional* para mejorar sus intervenciones. Esto se percibe, sobre todo en las políticas de educación, generación de empleo, seguros de vejez, seguridad pública – reduciendo la terrible violencia urbana – así como el control del contrabando de todo tipo de productos provenientes de las economías emergentes de India y China, junto a las enormes amenazas del narcotráfico que adquirió un inusitado poder, destruyendo casi por completo las posibilidades de control en México y Bolivia.
- 2) Los Estados están perdiendo, cada vez más, la capacidad para monitorear, guiar y hacer cumplir las *decisiones de alta gerencia* en los *mandos inferiores*; es decir, resulta muy difícil controlar a los funcionarios de rango medio que, en gran medida, están adaptados a una lógica de clientelismo estatal, lo cual elimina la eficacia institucional de cualquier ministerio, gobernación o municipio.
- 3) Las *relaciones de poder* que caracterizan a todo Estado, están siendo afectadas por una sociedad civil muy insumisa y reacia para obedecer las directrices políticas del Estado. La sociedad civil, sobre todo en condiciones de democratización, reivindica mayores libertades, más derechos y garantías, rechazando la intervención del Estado autoritario pero restringiendo sus relaciones de poder, lo cual significa que las fuerzas estatales deben recurrir al ejército y a la policía, como el último recurso de poder para obligar a la sociedad a obedecer. El interés por la política se evapora progresivamente y surge así una crisis de ciudadanía junto a las deterioradas relaciones de poder estatal.

- 4) La *crisis de ciudadanía* se manifiesta por medio de un desencanto respecto al potencial del compromiso político. La sociedad civil desconfía en las capacidades del Estado y, si bien ambiciona que éste pueda seguir siendo el cerebro controlador y el faro para mirar en una sola dirección, lo que ahora experimentan los Estados latinoamericanos es una crisis donde las agencias de acción efectiva: los ministerios, y la acción colectiva que viene de la sociedad civil, no pueden visualizar *proyectos conjuntos de largo plazo*. Lo que parece caracterizar a la ciudadanía, a las políticas estatales y al interés por retornar a un Estado como cerebro social es, más bien, la *precariedad*, especialmente cuando se espera un seguro contra el desempleo, la protección del medio ambiente y los resguardos para cuidar a los ciudadanos evitando todo tipo de violencias.
- 5) Los Estados tienen muchas *restricciones para generar los incentivos necesarios* que sirvan a los actores involucrados en el crecimiento económico, en la igualitaria distribución de la riqueza dentro de la sociedad y en las previsiones para modelar un *Estado de Bienestar*. Todavía persiste con mucha fuerza la necesidad de tener amplias redes de protección social, especialmente para los pobres y los grupos vulnerables: indígenas, jóvenes, niños, personas discapacitadas y de la tercera edad. La disponibilidad de recursos tecnológicos, humanos y financieros no es oportuna y, como resultado, los funcionarios medios que implementan o monitorean algunas políticas públicas, tienden a tomar decisiones *discrecionales*, reduciendo los impactos efectivos de toda intervención estatal. La discrecionalidad se abre camino porque la alta gerencia pierde la noción del trabajo de campo en la realidad compleja, y tampoco provee los recursos necesarios.
- 6) La toma de decisiones políticas y gerenciales en las estructuras estatales, va creando *mecanismos informales de delegación de autoridad*, y su uso disperso amplifica la discrecionalidad de los funcionarios de rango medio en la acción real. Por lo tanto, los problemas se resuelven de forma incompleta o, inclusive, las políticas originales se distorsionan por completo, surgiendo problemas de gerencia

pública que debilita la capacidad de tener un *poder institucional eficiente* dentro del Estado. Éste se encuentra desarticulado, es poco profesional y presa fácil de la corrupción como los casos de Haití, Guatemala, República Dominicana, Bolivia, Venezuela, Paraguay y Cuba.

En consecuencia, los Estados de América Latina requieren abordar con mayor determinación las siguientes problemáticas:

- c) La primera constituye el problema de la *centralización del poder* en la construcción del Estado y el diseño de las instituciones de gobierno. ¿Cómo y en qué grado el Estado puede ganar el control de los principales mecanismos de coerción dentro de un determinado territorio? ¿De qué manera el Estado es una entidad que mantiene una estructura autónoma y diferenciada? ¿Fue la descentralización estatal un aspecto favorable para recuperar las funciones de cerebro social?; o ¿son las pugnas entre las regiones descentralizadas y el Estado central lo que profundizó la crisis de identidad política en las capacidades estatales?
- d) La segunda se concentra en la formación de coaliciones político-partidarias que consoliden los regímenes democráticos, como la mejor forma de gobierno estatal. ¿Cuáles serían los métodos para conformar gobiernos fuertes y tener congresistas o instituciones políticas representativas?, ¿elecciones libres, autoritarismo, reelecciones presidenciales, tendencias a la dictadura o golpes de Estado? Aquí, lo que marca la diferencia fundamental es proteger a los gobiernos democráticos en la región, donde destacan la participación de las bases ciudadanas urbanas y rurales, junto con las acciones de la oposición en la disputa por acceder al poder del Estado.

La heterogeneidad de un país a otro en América Latina, obliga a reflexionar qué relaciones políticas caracterizan a los Estados fuertes y eficientes, así como cuáles son las tendencias corporativistas y estado-céntricas en el diseño de las políticas públicas. En otras situaciones, lo que debe evaluarse con detenimiento es si el proceso de centralización del poder estatal para proteger sus funciones de cerebro social es más lento: ¿cómo

se puede fortalecer un Estado eficiente, con poder y autoridad legitimados? pero, al mismo tiempo capaz de estimular el pluralismo, los partidos políticos y los gobiernos locales, mucho más cercanos a las necesidades de la sociedad civil.

Es fundamental comprender los fracasos que caracterizan a las estructuras estatales al tratar de generar resultados importantes como la integración social; el desarrollo de la noción de ciudadanía para convertirse en un Estado que proteja los derechos fundamentales e induzca las condiciones de equidad, impulsando también una identidad colectiva que facilite la conexión entre el Estado y el desarrollo de la naciones en toda América Latina.

Los Estados latinoamericanos tienen estructuras burocráticas que fueron creciendo progresivamente y haciéndose cargo de los retos más importantes del crecimiento económico, pero mediante una dudosa capacidad que es negativamente generosa en términos de clientelismo. Esto dio lugar a una total ineffectividad que va dañando la *cooperación obligatoria* que se espera de la sociedad; es decir, el Estado busca imponer una autoridad para generar recursos o aplicar políticas, pero dilapida esfuerzos con fines electorales, ambiciones políticas de corto plazo y debido a visiones particularistas que pierden de vista el horizonte más amplio de cerebro social. En este aspecto, el impacto de las crisis financieras y los problemas ligados a la fuga de capitales, constituyen una prueba clara de la débil capacidad del Estado latinoamericano para controlar sus funciones económicas básicas. La crisis estatal también es impresionante en el corazón mismo de la Unión Europea y los Estados Unidos, donde el descontrol fiscal y el estancamiento económico parecen ser imposibles de superar.

Por último, los análisis estratégicos quedarían incompletos sin un intento por imaginar algunas soluciones o recomendaciones para la reforma estatal. Una primera aproximación exige lo siguiente:

- a) Hoy, más que nunca, se requiere conocer y renovar los mecanismos eficientes para la toma e implementación de decisiones gerenciales en los ámbitos públicos.
- b) Los líderes políticos y tecnócratas requieren predecir el comportamiento institucional en las estructuras organizativas del Estado.

- c) El desarrollo de organizaciones políticas complejas o demasiado sofisticadas, se convierte en barreras para la implementación de acciones estatales más útiles. Hay que mantener un control político *simple* pero que funcione.
- d) Las relaciones de autoridad deben tener una naturaleza recíproca. Esto significa que hayan autoridades formales con rango político dentro del Estado, pero junto al reconocimiento de otras expresiones de autoridad informal donde destaquen los funcionarios motivados, bien formados, con ética de la responsabilidad y capaces de comprometerse con valores políticos favorables a los intereses de la Nación.
- e) La gerencia pública efectiva tiene que reducir los elevados niveles de discrecionalidad al delegar la autoridad.
- f) Las autoridades políticas formales dependen de las estructuras institucionales inferiores al ejecutar tareas concretas. Sin embargo, debe mantenerse una capacidad para resolver problemas en las instancias inferiores de las estructuras organizativas del Estado, identificando los puntos donde se realizan los trabajos clave, donde se emplean los principales recursos y donde se producen los efectos más importantes.
- g) La implementación de las soluciones que plantea el Estado a una serie de problemas, no siempre debe ser vista como el resultado de relaciones de autoridad, ordenadas jerárquicamente y orientadas a lograr prestigio para los líderes políticos. Debemos pensar en que las soluciones son la recuperación de los retos del Estado para reconquistar el sitio de cerebro o guía institucional para reconducir la política, la sociedad y las instituciones.

El Estado debe *evaluar constantemente* los resultados positivos y negativos de su intervención, impulsando en los líderes políticos y los tecnócratas una capacidad para neutralizar las tendencias a la desobediencia, que se crean tanto en diferentes sectores de la sociedad, como en las pugnas internas de los funcionarios de bajo rango que tratan de resistirse a cualquier transformación institucional.

## **Un dilema para el Estado latinoamericano: anomia en México**

El actual gobierno de Enrique Peña Nieto está enfrentando un terrible escándalo con la desaparición de 43 estudiantes normalistas en octubre de 2014. A un año de su desaparición (octubre de 2015), los pormenores del siniestro hecho van esclareciéndose pero todavía impera la impunidad puesto que no hay nada concluyente sobre dónde se hallan los cuerpos, ni tampoco existe una certeza que permita decir que la calma ha regresado a la sociedad mexicana, donde parece predominar la anomia estatal y democrática. El hecho ha sido espeluznante porque se cree que estos estudiantes fueron quemados vivos. Las decapitaciones, descuartizamientos y cientos de asesinatos horribles superan con creces las acciones violentas del Estado Islámico. Lo que sucede en México es una crisis estatal que está golpeando muy duro en toda América Latina. El Estado mexicano se enmarca dentro de un verdadero proceso anómico, lo cual significa que presenta un conjunto de desequilibrios dentro del orden político, porque las estructuras estatales están dejando de representar el imperio de la ley y la integración social. El *Estado anómico* viola las garantías fundamentales de libertad y protección de derechos que poseen los ciudadanos.

Se trata de una degeneración institucional y política donde es muy difícil recuperar la capacidad para controlar tres ámbitos de suma importancia en el siglo XXI: a) la policía; b) las Fuerzas Armadas; y c) el Poder Judicial. En estas tres esferas, la violencia contra los derechos humanos y la penetración del crimen organizado hicieron que el Estado tropiece con una crisis de legitimidad, sin poder revertir una serie de incentivos a la impunidad y la corrupción. Así, se socavan constantemente las débiles estructuras institucionales que la democracia trató de desarrollar los últimos treinta años.

México arrastra una ola de violencia donde sorprende la existencia de 60 mil muertos, solamente en el gobierno del ex presidente Felipe Calderón (2006-2012), junto a otros 26 mil desaparecidos en los mismos seis años. Todo esto a consecuencia de la guerra contra las drogas y la imposibilidad de brindar seguridad interna a la sociedad civil. La cantidad de asesinatos y desapariciones en diferentes gobiernos democráticos de México va más allá de la cifra de muertos durante las dictaduras más sangrientas en Chile (1973-1988) y Argentina (1976-1982).

Una vez más, las desapariciones en México ponen al descubierto la relación peligrosa entre el poder político y diversas bandas de sicarios en la ciudad de Iguala, relación avalada inclusive por la gobernación del Estado de Guerrero. La sociedad mexicana está fuertemente indignada por estos crímenes y se organizó para afrontar los abusos del crimen organizado; sin embargo, el remedio parece ser peor que la enfermedad, debido a la irrupción incontrolable de anomia estatal. Cuando la sociedad desconoce la autoridad del Estado, aparecen múltiples distorsiones donde algunas personas tratan de hacer justicia por mano propia, lo cual agiganta la violencia por medio de múltiples linchamientos colectivos. Las brigadas de autodefensa provenientes de la sociedad civil también rompen con la estabilidad estatal, llevando hacia otros extremos la descomposición del orden político.

Las preguntas más relevantes para comprender el Estado anómico, podrían ser las siguientes: ¿Cómo puede estimarse la penetración de intereses corporativos y del crimen organizado como el narcotráfico, en las estructuras estatales de México, en medio de la globalización? ¿Cuáles son las características de la crisis de institucionalidad que afecta a la policía, las Fuerzas Armadas y el Poder Judicial, características que destruyen la fortaleza estatal? ¿Cómo contribuyen los factores y actores internacionales a fortalecer (o debilitar) las capacidades estatales mexicanas?

Si concebimos a la estatalidad como un péndulo que se mueve entre *estados anómicos* y *estados fuertes*, es importante agregar otra orientación en la que el Estado sea entendido como un sistema social complejo que cambia constantemente y de forma no necesariamente lineal. Cambia en relación con el contexto internacional y en su conexión con la sociedad.

Existe un aspecto descuidado en las ciencias sociales latinoamericanas: la incapacidad del Estado para reformarse como burocracia (eficiencia) y referente de orden político (principio de autoridad y soberanía). Hasta el momento, algunas instituciones estatales mexicanas no logran tener una identidad democrática para enfrentar a los retos económicos de la globalización, y a la protección interna de los derechos humanos en condiciones de seguridad.

La noción de falla, fragilidad o anomia estatal, generalmente está asociada con la incapacidad del Estado para desarrollar una o varias

funciones que se consideran primordiales. El concepto se vincula con definiciones de tipo funcionalista. Un Estado con alta capacidad sería aquel que cuenta con el *poder infraestructural* para mantener el monopolio de la coerción y, adicionalmente, para proveer a la población de bienes públicos fundamentales. Esta noción, originalmente planteada por Michael Mann, fue recientemente recuperada en el influyente artículo de Soifer y Vom Hau (Mann, 1984). Según estos autores, los estados con altas capacidades se encuentran en mejores condiciones de establecer el monopolio de la fuerza, hacer cumplir los contratos, controlar su población, regular las instituciones, extraer recursos y proveer bienes públicos (Soifer, Hillel, and Matthias vom Hau, 2008).

En México, la aparición del Estado anómico impide la entrega de servicios públicos, agrandando los riesgos de la desigualdad. El crecimiento económico podría contribuir a la reducción de la pobreza extrema; sin embargo, un Estado débil y poco respetado por la sociedad, es arrastrado hacia la reproducción de la desigualdad social, económica y política, sobre todo porque las élites corporativas que tienen conexiones con el poder bloquean las capacidades del Estado para actuar con autonomía. Esto es lo que desata demasiados conflictos y pugnas de élites corporativas dentro de la dinámica del sistema político. Además, la noción del Estado como eficacia de la ley se encuentra en decadencia. El Estado supone la capacidad de hacer cumplir la ley en el territorio. Esto no implica necesariamente la presencia de un régimen legal democrático u occidental, sino simplemente la vigencia e implementación de un sistema legal establecido con anterioridad y que requiere ser obedecido pero no ocurre esto.

De cara hacia el sistema internacional, se trata de mostrar un Estado fuerte, con vocación de autoridad. Es decir, mostrar un Estado como Leviatán seguro de sí mismo porque las redes de interdependencia de la globalización exigen un tipo de actor estatal con plena potestad. Empero, hacia adentro de México, la realidad presenta otro tipo de identidad más frágil y desestructurada, de manera que hay una constante contradicción entre lo que es capaz de ofrecer el Estado hacia el orden interno y otros desafíos por fuera: hacia la globalización que se transforma en una influencia sumamente riesgosa.

El Estado en México es enormemente inseguro debido a la escalada de violencia e impunidad que predomina en el país. La policía, las Fuerzas



Armadas y el Poder Judicial construyeron una *cultura institucional paralela* que es vulnerable a la incursión del crimen organizado en las más altas esferas políticas. Asimismo, existe una peligrosa tendencia en la sociedad civil donde se está naturalizando todo tipo de anomia estatal, lo cual también se complementa con el hecho de que la anomia estatal viene desenvolviéndose en medio de la realización de elecciones periódicas. La sociedad elige gobiernos en las urnas pero no puede encontrar una salida para la violencia y la decadencia de las instituciones estatales.

Son pocas las investigaciones que analizan cómo funcionan los Estados latinoamericanos. Los especialistas en políticas públicas tampoco intentaron comprender cómo el Estado de México se relaciona con otros actores, específicamente las relaciones con grupos empresariales, carteles de narcotraficantes, con la policía, con las redes que ésta tiene en sectores informales de la economía y la política, con las Fuerzas Armadas y con el Poder Judicial que obstaculiza el acceso igualitario a la justicia y los debidos procesos.

El *Estado anómico* de México vende una imagen externa, asumiendo la identidad de Leviatán autoritario con el fin de mostrar que es apto para racionalizar la actividad económica basada en el libre mercado y exponerse así a la globalización. Ésta requiere de seguridad jurídica y previsibilidad estatal que debe ser brindada a todos los agentes económicos. Sin embargo, esta identidad es ficticia porque se producen varios conflictos, los cuales muchas veces no pueden ser resueltos por las instancias judiciales donde está ausente la imparcialidad, debido a que el Estado tiende constantemente a estar corporativizado.

En el orden interno, el Estado mexicano ha desarrollado los llamados *códigos paralelos (o informales)* que rigen la conducta cotidiana de numerosos jueces, empleados del Poder Judicial y fiscales. Estas pautas normativas de comportamiento conforman una compacta *cultura institucional* que no está codificada por escrito pero regula una parte importante de la vida diaria del Poder Judicial, de las Fuerzas Armadas y la policía, donde se violan abiertamente los derechos, deteriorándose la eficacia del Estado como ley.

La ley tiende a ser cumplida, únicamente para quien tiene más dinero, mayor poder o mayor capacidad para amenazar al Estado que va perdiendo el monopolio de la coerción y el uso legítimo de la violencia. El horizonte prospectivo es catastrófico porque demuestra que las reformas

del Estado, y todo tipo de esfuerzo para mejorar la calidad institucional de la democracia, habrían fracasado, precisamente debido a los efectos profundamente negativos que desarrolla aquella cultura de códigos ocultos.

La comprensión del carácter, extensión y profundidad de esta *cultura institucional paralela* también confirma la existencia de una anomia social, lo cual exige la formulación de propuestas de reingeniería gradual para la reforma estatal, junto con la necesidad de diseñar un programa educativo con el propósito de combatir la retardación de justicia y las influencias perversas que reproducen ciertos códigos paralelos en los aparatos policiales y militares.

Los actores corporativos como sindicatos, asociaciones de empresarios, élites policiales, facciones privilegiadas de los partidos (PRI, PRD y PAN), élites militares y burocracias judiciales, están involucrados en una serie de hechos anómicos como cohecho, extorsión, lavado de dinero, secuestros, torturas y asesinatos selectivos. Así se tiran por la ventana las preocupaciones e indicadores de una mayor calidad democrática. Esto tiene consecuencias desestabilizadoras que promueven ciertas acciones y decisiones que refuerzan el carácter antidemocrático, debilitándose la institucionalidad vigente, prácticamente en toda América Latina. El mal ejemplo de México contamina, como reguero de pólvora, a toda la región.

La literatura politológica ha trabajado el concepto de desinstitucionalización para referirse a una acelerada degradación o pérdida de respeto por el derecho y las normas básicas que rigen un sistema democrático (O'Donnell, 1993). Asimismo, el término está directamente ligado con la institucionalización que expresa todo lo contrario. Mientras la desinstitucionalización implica, de hecho, una descomposición de las reglas con que funciona cualquier institución, el proceso de institucionalización muestra un criterio de orden racional, previsibilidad de las conductas y legitimidad del derecho para resolver cualquier conflicto de intereses.

Los horribles hechos del municipio de Igual donde tuvo lugar la desaparición forzada de los estudiantes de Ayotzinapa, confirman que en México se ha destruido todo respeto por las normas. Entonces, la violación y transgresión constante de éstas se transforma en un indicador de deterioro que termina instaurando la arbitrariedad y todo tipo de abusos en la vida cotidiana y el sistema democrático (Covarrubias, 2012). En México del

siglo XXI, nadie puede prever conductas obedientes hacia la ley porque la desinstitucionalización estimula a que los transgresores se aprovechen del desorden y alteren las reglas de convivencia, atacando a los ciudadanos más débiles y resolviendo cualquier conflicto o agresiones de manera unilateral y sesgada. La desinstitucionalización es la prueba más clara de la anomia mexicana y expresión de injusticia donde cualquier persona podría cometer un delito en contra de otra, o también ser afectada por las arbitrariedades de aquellos que son más poderosos o influyentes. La desinstitucionalización en México representa lo socialmente ilegítimo, marcando las pautas para sacar ventaja del incumplimiento de las normas y para manipular las instituciones estatales, con el fin de conseguir intereses estrictamente particulares.

Por lo tanto, el terreno está abonado para observar cómo impera el Estado anómico en México, cuyos objetivos tienden a mostrar un conjunto de desequilibrios dentro del orden político, así como caracterizar la crisis del Estado en América Latina del siglo XXI porque, al parecer, el Estado está dejando de ser la expresión del imperio de la ley y la integración social. El Estado anómico en México viola las garantías fundamentales de libertad y protección de derechos que poseen los ciudadanos. Así, surge una completa debilidad institucional, o lo que equivale a no tener prácticamente instituciones. En consecuencia, aparecen contradicciones muy profundas porque se supone que en un sistema democrático debería primar el respeto por las instituciones y la ley, administrada imparcialmente por el Estado, antes que por la voluntad de quienes poseen el poder.

La impunidad proveniente de Iguala y otros miles de abusos que suceden en México, expresan de qué manera el Estado anómico no es una estructura de regulaciones legitimadas y tampoco garantiza la integración de la sociedad. El Estado mexicano, precisamente está caracterizado por múltiples arbitrariedades donde los partidos y las personas que administran el poder hacen un uso clientelar de las instituciones, apropiándose de sus recursos públicos mediante ilegales conductas patrimoniales que deforman los criterios modernos del derecho; el resultado inmediato es la desaparición de todo tipo de orden equilibrado con racionalidad, emergiendo distintos alicientes para la preponderancia de la injusticia. Ésta desemboca en una sociedad prácticamente anómica puesto que también surgen diversas conductas violentas y criminales, llegándose a convertir en

una manifestación patológica pero aceptada, finalmente, como una realidad inevitable.

La sociedad mexicana anómica aparece como el escenario del fraude, la insolidaridad y el peligroso nacimiento de fuerzas parapoliciales, paramilitares y delincuenciales organizadas que liquidan los derechos humanos. En la sociedad anómica irrumpe la permanente inseguridad ciudadana, razón por la cual, los delitos del crimen organizado en México fomentan constantemente el secuestro bajo una lógica violenta, paramilitar y parapolicial. Así nace el imperio de la tristeza donde todos en México conviven con el peligro. Esta terrible convivencia desata un fenómeno que no sólo acontece en México, sino en toda América Latina: la *violencia estructural* que desarrolla un conjunto de factores culturales, sociales, políticos y simbólicos donde se desbarata todo tipo de vivencias pacíficas.

Los estudiante de Ayotzinapa son el emblema de seres humanos abiertamente humillados que no pudieron subsistir cuando emergieron hechos de violencia permanentes: agresiones que lesionaron la integridad física; secuestros que pusieron en vilo el libre ejercicio de una serie de derechos humanos; discriminación social y racial que aplastó a los ciudadanos; difusión de mensajes, imágenes y prejuicios por medio de los medios de comunicación que difundieron noticias de crónica roja, etc. Las características estructurales de la violencia en México se convierten en un espejo donde, probablemente, también se refleja gran parte de América Latina pues está presente una *ideología de la transgresión* que practica una violencia sin límites. El México de hoy es un lamentable ejemplo en cuyo interior más profundo, el conjunto del sistema social acepta como válidos aquellos comportamientos destructivos de todo orden jurídico o moral.

### **El extremo violento del realismo: Israel y Palestina como un apocalipsis autoimpuesto**

La escuela realista en las relaciones internacionales presenta al sistema internacional como una “estructura anárquica”, sobre todo por la ausencia de un gobierno universal que pueda tomar decisiones vinculantes y homogéneas. Si bien estas consideraciones sobre el orbe mundial son insuficientes y debatibles, es fundamental repensar por qué en tiempos de

globalización una serie de conflictos duran tanto tiempo y son tan costosos desde el punto de vista del sufrimiento humano, como aquellos que tienen lugar en el Medio Oriente. Los atroces ataques israelíes de julio, no sólo despiertan la condena humanitaria sino que desnudan una continuidad apocalíptica: Israel es la punta de lanza del dominio violento de Occidente post-industrial, que junto al apoyo incondicional de los Estados Unidos, trata de mostrar una superioridad sobre el mundo árabe, caracterizada por la lógica del más fuerte. Al igual que el sangriento verano de 2006, los actuales ataques de 2014 prosiguen la dominación israelí, por ahora, incontestable en el Medio Oriente.

Pocas circunstancias mueven las opiniones políticas con tanta vehemencia como el conflicto entre Israel y Palestina. No solamente la percepción de los actores políticos involucrados, sino al mismo tiempo la naturaleza del conflicto, hace que la comunidad internacional se vea profundamente vulnerable frente a la ausencia de soluciones inmediatas. Las discusiones rebasaron y superan constantemente cualquier enfoque diplomático para profundizar las negociaciones conducentes a una estrategia de pacificación.

Los intereses mezclan, en forma constante, aspectos culturales, religiosos, geoestratégicos, político-diplomáticos, territoriales y económicos. Sin embargo, también hace mucho tiempo que dejaron de influir las variables humanitarias y el intento de considerar factores simples como el sufrimiento cotidiano en los campamentos de refugiados palestinos y el miedo a ser víctima de implacables ataques terroristas en Israel. Todos, por igual, están obsesionados por actitudes extremistas, tanto para enfrentar militarmente los conflictos, como para entregarse a fuerzas ciegas, entre éstas la violencia latente y declarada.

La racionalidad parece no existir si se la entiende como aquella conducta donde prevalece la razón en la solución de cualquier problema, junto al logro de objetivos con los menores costos posibles, tanto económicos como humanos. Al mismo tiempo, es posible pensar que la racionalidad se impuso de manera descarnada en el conflicto porque las élites políticas y militares de ambos bandos –palestinas e israelíes– utilizan de modo instrumental medios violentos para conseguir fines de carácter político que faciliten el manejo del poder en sus esferas de influencia, antes que

el hecho de imaginar un conjunto de soluciones duraderas donde emerja la posibilidad de ceder y perdonar, en beneficio de procesos de paz para la mayoría de las poblaciones civiles involucradas.

El conflicto Israel-Palestina debe entenderse como la prolongación de la deshumanización en el terreno de los equilibrios de poder en las relaciones internacionales. Su larga duración representa el triunfo de la racionalidad instrumental que deshumaniza las negociaciones y fomenta las orientaciones afincadas en previsiones de poder, como posibilidades de adelantarse en cálculos políticos para derrotar a quienes se considera enemigos.

Es muy probable que los intereses conflictivos entre Israel y Palestina puedan ser susceptibles de exploración hasta las épocas bíblicas. Las historias contempladas en los libros considerados sagrados son reivindicadas por varios líderes israelíes que defienden la idea de un territorio “prometido por Dios” para que el pueblo judío pueda establecerse de manera definitiva en lo que después se interpreta como un Estado independiente. Por otra parte, Palestina exige su derecho a que lo consideren un Estado soberano con autodeterminación territorial desde 1967, aunque posee explicaciones de carácter histórico que también se enmarcan dentro de reivindicaciones religiosas, junto a un destino de fe para identificarse con el mundo árabe-musulmán.

Las posiciones políticas de los actores en conflicto han llevado a Israel y a Palestina hacia el combate, la demanda y negociación dentro del contexto internacional para conquistar absoluta soberanía territorial como estados autónomos desde 1947, cuando el 20 de noviembre de aquel año la Organización de las Naciones Unidas (ONU) determinó la “partición de Palestina” en dos estados, uno árabe y otro judío, finalizando la colonización británica de aquel entonces.

El conflicto, en el fondo, tiene connotaciones bélicas desde la guerra árabe-israelí en 1948, introduciéndose además aspectos de neorrealismo en las relaciones diplomáticas entre Estados Unidos y los países árabes. En la época de la guerra fría, el duelo entre la democracia de las sociedades libres y el comunismo se expandió también al Medio Oriente, aunque dentro de parámetros vinculados a los procesos de modernización nacionalistas y la revolución comunista. Las relaciones entre Palestina e Israel durante la

guerra fría ingresaron en un proceso de “dejar las cosas tal como están”, mientras adquirirían mayor complejidad la guerra del Vietnam y las nuevas formas de equilibrar las relaciones políticas con China, los movimientos revolucionarios en Cuba y las guerrillas liberacionistas en África.

Luego de la caída del muro de Berlín y casi al finalizar la guerra fría, a principios de la década de los años noventa, los intereses políticos en el Medio Oriente se convirtieron en un aspecto de consolidación geopolítica para la hegemonía estadounidense, que incorporó la protección israelí debido a la necesidad de poseer un país custodio (*gatekeeper*) dentro del mercado árabe del petróleo.

Por lo tanto, el recorrido histórico del conflicto Israel-Palestina podría resumirse identificando algunos hitos importantes a partir de la intervención de los organismos internacionales. Precisamente, desde la óptica de los regímenes internacionales, la ONU ha intentado mediar y sugerir propuestas de solución en el conflicto político-territorial, aprobando algunas resoluciones. En consecuencia, el centro de los intereses en conflicto gira alrededor del concepto de “autonomía, soberanía y seguridad territorial” para dos clases de Estado en el Medio Oriente. Tanto Palestina como Israel se encuentran sumidos en un conflicto armado de carácter étnico-territorial, el cual se expresa a diario en choques armados y demostraciones de violencia que reflejan prácticas de protección territorial mediante una drástica separación y segregación.

El ataque israelí a una flotilla humanitaria en aguas internacionales, el 31 de mayo de 2010, lamentablemente mostró que el conflicto con Palestina es irresoluble desde el punto de vista de la negociación diplomática y el establecimiento de previsiones en el ámbito de los regímenes internacionales. Ambos actores carecen de incentivos para generar confianza y superar cualquier bloqueo a los acercamientos de paz porque están atrapados en estrategias de suma cero, lo cual prolonga la esencia militar del conflicto y reduce las zonas de posibles acuerdos. Palestina exige la autonomía y soberanía territorial en la Franja de Gaza y Cisjordania, el control sobre Jerusalén, derechos de ciudadanía dentro de un Estado soberano, reconocido ante la comunidad mundial, acceso a fuentes de financiamiento para el desarrollo, incorporando en sus estructuras políticas a fuerzas militares insurgentes consideradas altamente peligrosas por



Israel; dichas fuerzas poseen representación parlamentaria, generando un enfoque al mismo tiempo autoritario y democrático en el sistema político de la Autoridad Nacional Palestina, nacida en 1994.

En la perspectiva de Israel predomina una orientación sumamente beligerante que enfatiza los intereses de seguridad militar y territorial para el Estado judío, rechazando las resoluciones de la ONU y fortaleciendo una política de expansión territorial en las áreas palestinas. Estas acciones van acompañadas de un espíritu de segregación que ha ido aumentando las inclinaciones hacia “políticas anti-étnicas” para limitar las demandas palestinas que se rebelan con atentados terroristas.

Entretanto, la Organización de las Naciones Unidas se ven imposibilitadas de implementar políticas de asistencia humanitaria para proteger a los refugiados palestinos o a las víctimas del terrorismo en territorio israelí. El efecto inmediato son un conjunto de acciones y reacciones cargadas de condicionalidades, que dan lugar a soluciones parciales mediante el uso de la violencia y las amenazas de daños muy destructivos, tanto para intimidarse mutuamente como para afectar las capacidades de “imposición de hecho”, que es lo específico en las relaciones políticas entre Israel y Palestina.

Desde luego, los protagonistas son Israel y Palestina; sin embargo, otras naciones árabes se declararon en contra de los intereses y las políticas israelíes en la región, como Egipto, Túnez, Marruecos, Mauritania, Libia, Líbano, Somalia, Siria, Irán, Iraq, Omán, Yemen, y en menor medida, los Emiratos Árabes Unidos, el Reino de Jordania, Arabia Saudita, Kuwait y Bahrein.

Al mismo tiempo, en cada país árabe, especialmente en aquellos de fuerte raigambre musulmana, no hay homogeneidad sino enfoques diferentes sobre el conflicto y cómo escalarlo en medio de pugnas entre facciones étnico-religiosas que buscan involucrar a más naciones, en particular como consecuencia de la guerra global contra el terrorismo que tuvo lugar luego del ataque a las torres del World Trade Center el 11 de septiembre de 2001.

Varios grupos terroristas están involucrados en distintas campañas militares –desde Somalia, pasando por Iraq hasta llegar a Afganistán–, lo cual ha complicado la situación política y diplomática porque Israel



se convierte en un país estratégicamente aliado de Estados Unidos para enfrentar la expansión de redes de comunicación terrorista, venta de armas y amenazas de tráfico de materiales nucleares. Diversos grupos político-religiosos reivindican la necesidad de una solución para el conflicto Israel-Palestina, reproduciendo lógicas fuertemente instrumentales, ambiguas y destructivas.

Israel y Palestina poseen una visión geopolítica de integridad territorial diametralmente opuesta, en razón de la cual toda tensión tiende a definirse como política del poder; es decir, en cuanto a imposición de decisiones, ya sea gracias a la superioridad militar, estrategias de contención para el combate de núcleos terroristas, o debido a la utilización de aliados internacionales que, en gran medida, apoyan también dicha política internacional de poder. En el caso de Israel, Estados Unidos es su aliado más importante, mientras que Palestina ha estado siempre cerca de Irán y agrupaciones consideradas “actores no estatales” o identificadas como parte del terrorismo fundamentalista. La polarización constante representa el epítome de este juego de suma cero.

Probablemente, el aspecto más espinoso que bloquea cualquier negociación es aquella angustiante tensión entre la dinámica interna del sistema político en la Autoridad Nacional Palestina y las estrategias para encarar las relaciones con Israel. Este sistema se desarrolla con la participación de organizaciones como los grupos armados denominados Hamás, Yihad Islámica Palestina, Frente Democrático para la Liberación de Palestina, Frente para la Liberación de Palestina, Frente Popular para la Liberación de Palestina y Septiembre Negro, además de mantener relaciones con organizaciones militares como Hezbolá, consideradas terroristas por Estados Unidos y la Unión Europea; con todo, dentro del mundo árabe se definen como organizaciones nacionalistas, revolucionarias e islámicas, con un fuerte activismo en el Líbano e Irán.

La dinámica democrática palestina de un sistema parlamentario hizo que los grupos armados utilizaran en forma instrumental los mecanismos electorales para legitimar acciones de fuerza, reforzando la idea de destruir cualquier ocupación israelí como la única solución para el conflicto étnico-territorial. A su vez, debido al apoyo electoral se arrastró e involucró a

una parte de la población civil en las campañas paramilitares palestinas, opacando toda alternativa viable tendiente a un acuerdo negociado.

El Estado israelí, por contrapartida, ha demostrado un comportamiento bélico parecido, difundiendo visiones extremistas que colindan con la limpieza étnica en contra de la población palestina, promovidas sobre todo por el exministro de Defensa y antiguo primer ministro, Ariel Sharon, seguido también por el actual primer ministro, Benjamín Netanyahu, quienes rechazaron seguir negociando pacíficamente con las autoridades palestinas en diciembre de 2008. Así mismo, prevalecen las ideologías sionistas, bastante resistentes a viabilizar opciones negociadas por medio de propuestas no militares.

Los principales partidos en Israel tienen una dinámica que tampoco fomenta los acercamientos más flexibles, matizados o con menos confrontación. En general, el multipartidismo estimula la conformación de coaliciones gubernamentales, donde el conflicto con Palestina siempre plantea la continuidad en las políticas de asentamiento, o la negativa respecto a alguna posibilidad de ceder una parte de Jerusalén.

Toda nueva coalición se ve transportada hacia un continuo que recorre entre la seguridad territorial, el rechazo a las negociaciones con Hamás y el control de los espacios aéreos, marítimos y terrestres en la Franja de Gaza y Cisjordania. Cualquier gobierno tendrá que incorporar tales temas en la agenda doméstica, junto a la necesidad de compartir el poder con las tendencias de derecha, bastante preponderantes en Israel, como los partidos Kadima, de Ariel Sharon; Likud, de Benjamín Netanyahu, y Shas (Asociación Internacional de los Sefardíes), que obtuvo una importante votación en febrero de 2009. Las demás organizaciones, como el Partido Laborista, Israel Beytenu, Unión Nacional, Partido Nacional Religioso, Yahadut Ah-Tora, los socialdemócratas Meretz, la izquierda de Jadash, y los partidos árabe-israelíes Lista Árabe Unida y Marad, tienen posiciones aparentemente menos radicales, aunque nadie se arriesgará a cambiar de manera radical las prioridades de integridad territorial y superioridad militar, que son la tendencia desde 1967.

El desenvolvimiento interno de los sistemas políticos palestinos e israelíes cuenta con una estructura que se sostiene sobre cinco ejes problemáticos:

1. Redes sociales que reproducen información, nacional e internacionalmente, destinada a los enfrentamientos.
2. Utilización del poder como infraestructuras y recursos materiales a partir de maquinarias militares y la generación sistemática de amenazas.
3. Brazos armados como la primera opción táctica para imponer posiciones.
4. Un sector político que participa activamente en las dinámicas democráticas en sus respectivos territorios para movilizar a la opinión pública, polarizándola.
5. Existencia de una dimensión dicotómica donde las ideologías religiosas y de agresión mutua predominan hasta el exceso, fomentando una lamentable actitud de limpieza étnica y segregación territorial.

El modelo de negociación que se ha impuesto como estrategia en el conflicto Israel-Palestina es aquel basado en las visiones de Carl von Clausewitz y su Tratado sobre la guerra. Predomina el desarme del enemigo, que es el propósito de las acciones militares. Esta negociación ha sido sumamente riesgosa, ya que conduce a una escalada de posiciones cada vez más polarizadas y de máxima conflictividad. La guerra se convierte en la continuación de la dinámica política, sin el más leve interés por aislar o proteger a la población civil inocente. Las tácticas siempre intentarán doblegar al enemigo para forzar una negociación inclinada hacia la capitulación.

El papel de las mediaciones internacionales resulta clave en estos procesos, sobre todo para proteger de los intereses humanitarios, en la medida en que la comunidad internacional espera reducir los altos costos en vidas humanas, especialmente para los refugiados palestinos en la Franja de Gaza y Cisjordania. Es casi imposible restablecer el diálogo en torno a la autodeterminación territorial y la soberanía del Estado palestino.

La mediación a favor de los refugiados podría llevar adelante una negociación integrativa de carácter humanizador, con el objetivo de bajar la tensión entre ambas partes y redefinir el problema por medio de un intercambio de intereses para ampliar los resultados positivos, sobre la base de los siguientes elementos:

1. Tener presente que no se puede seguir negociando en términos amigo-enemigo, en particular para mejorar las condiciones de ciudadanía, con derechos mínimos para los refugiados y desplazados a causa de los enfrentamientos militares.
2. Considerar que el propósito de la mediación integrativa es tomar en cuenta los intereses humanistas para resolver un problema común: evitar el sufrimiento de los refugiados y de las víctimas de atentados terroristas.
3. Asumir que la integración de valores humanitarios para enfrentar el problema de los refugiados no significa vencer al otro a cualquier precio, sino simplemente cumplir en forma íntegra los términos de la Convención de Viena y las provisiones humanitarias previstas por la ONU.
4. Pensar a largo plazo para integrar los valores humanistas de respeto a los derechos mínimos de los refugiados, tanto desde el punto de vista de los sistemas democráticos de Israel y Palestina, como desde la óptica del involucramiento de las futuras generaciones, que deberán tratar de integrar aspectos de reconciliación, progresivamente.
5. Impulsar campañas internacionales para hacer propuestas humanistas, teniendo presentes los principios democráticos para proteger los derechos a la supervivencia digna de los refugiados, y el derecho a la paz libre de atentados.
6. Determinar cuáles son los puntos incompatibles con la integración de aspectos humanistas en el tratamiento práctico de soluciones para mejorar las condiciones de vida de los refugiados en la Franja de Gaza y Cisjordania.
7. Ampliar la participación de organizaciones juveniles humanistas israelíes en el tratamiento de la reconciliación, procurando enriquecer el resultado de campañas democráticas, utilizando criterios objetivos para facilitar la implementación de planes urbanos y suministros a cargo de la Organización de las Naciones Unidas, e identificando los principales bloqueos durante las negociaciones.
8. Valorar las opciones que se disponen por fuera de la negociación, fijando prioridades y determinando el valor ético-humanitario en las diversas formas existentes para optimizar materialmente

la situación de los refugiados, así como mejorar la protección de civiles en riesgo en territorio israelí.

9. Establecer las diferencias de valores ético-humanitarios entre Israel y Palestina que puedan existir para superar los obstáculos prácticos en la protección de los refugiados.

Se trata de una orientación en la cual la mediación integrativa de carácter humanitario manifieste deseos de ganancias mutuas y cooperación de alcance medio. Esta orientación hacia el respeto de las aspiraciones del ser humano tiene también el propósito de dar importancia a la calidad de la relación entre las partes, conduciendo finalmente a una modificación de los objetivos particulares y de las respectivas prioridades, para viabilizar el respeto a la vida de ciudadanos inocentes que buscan su integración más democrática en un sistema de derechos fundamentales.

Las razones para un enfoque integrativo de valores humanistas podrían, eventualmente, rescatar una negociación menos polarizada, en la que se apoyen relaciones de reciprocidad y credibilidad mutua, siempre y cuando haya mejoras efectivas para los refugiados y civiles inocentes. Al disminuir los riesgos de la población civil en Israel y Palestina, habría una mayor estabilidad para restablecer las negociaciones políticas hacia el futuro.

El sociólogo y filósofo alemán Theodor W. Adorno se preguntó alguna vez si el mundo, sobre todo occidental, era capaz de seguir viviendo después de Auschwitz. Sus respuestas fueron una mezcla de incertidumbre, escepticismo y sutil lamento, tanto por medio de su producción teórica en la Escuela de Frankfurt, como a través de sus memorias personales. El apocalipsis autoimpuesto por la naturaleza humana siempre acechará como un sueño agotador que disuelve los sentidos y las voluntades más firmes, puesto que las amenazas del totalitarismo nunca desaparecen por completo, ni en la política, ni en el pensamiento o en las formas de generar conocimiento.

El conflicto entre Israel y Palestina es un vivo ejemplo de la imposibilidad de vivir juntos después de Auschwitz, aunque lo curioso es que las víctimas judías del Holocausto quedarían impávidas al observar los fuertes paralelismos entre el odio étnico del nazismo y los desastrosos resultados a lo largo de múltiples conflictos árabe-israelíes contemporáneos. La política

del poder en las arenas internacionales reactualiza constantemente los temores de Adorno. Si se puede vivir después de Auschwitz, es porque todos los esfuerzos se enmarcan sólo en una vida ya deteriorada, o al menos así parece sugerirlo el apocalipsis que se han impuesto Israel y Palestina (Adorno, 2003).

# 3

---

## El realismo y la fuerza de la inmoralidad en la teoría política

### Introducción

La lectura contemporánea de los clásicos del pensamiento político siempre representa algo problemático y se relaciona también con las influencias del realismo en la teoría política. Por un lado, existe la probabilidad de sobre-interpretar las ideas a la luz de contextos históricos completamente diferentes, imaginando aspectos, supuestamente no descubiertos todavía por ningún lector; por otro lado, se corre el riesgo de afirmar que las proyecciones del pensamiento de Aristóteles, Platón, Maquiavelo o Hobbes, estarían todavía vigentes como si se tratara de sucumbir frente a la autoridad incuestionable de los grandes pensadores, cayendo en un dogmatismo sutil que viaja a través de la historia porque se cree que los autores clásicos nunca pierden actualidad y frescura. Estos problemas son aparentes porque la investigación en la ciencia política necesita alimentarse de las visiones críticas (la reflexión epistemológica sobre el origen y consecuencias de grandes aportes teóricos), y de los referentes conceptuales que inevitablemente deben remitirse a las contribuciones realizadas por los predecesores más renombrados.

Este capítulo tiene el objetivo de rescatar las lecturas del *Leviatán* escrito por Thomas Hobbes y *El Príncipe*, obra controversial de Nicolás Maquiavelo, para analizar objetos de estudio centrales en la ciencia política como el *poder* y el *liderazgo*, fenómenos centrales para el realismo. Ambos fenómenos pueden surgir en múltiples situaciones que van desde los grupos más pequeños hasta conglomerados más grandes, y si bien no es posible hacer descubrimientos profundos o interpretaciones inéditas, sí permite reflexionar sobre dos aspectos centrales: el primero se relaciona con la naturaleza de lo político donde la autoridad y el poder constituyen una

esencia específica más allá de las consideraciones sobre la moral en una sociedad; el segundo elemento permite analizar los alcances de la acción política donde el uso de la violencia y el mantenimiento del orden político se manifiestan como influencias determinantes y constantes en cualquier estructura social y momento histórico.

### **Liderazgo, historia y experiencia como método**

Los aportes más importantes de Maquiavelo se encuentran en su método y las reflexiones que fue capaz de extraer de la historia y su propia experiencia. En el capítulo XV del *Príncipe*, Maquiavelo afirma que su intención fue:

“(…) escribir algo útil para quien lo lea, me ha parecido más conveniente buscar la verdadera realidad de las cosas que la simple imaginación de las mismas. Y muchos se han imaginado repúblicas y principados que nunca se han visto ni se ha sabido que existieran realmente; porque hay tanta diferencia de cómo se vive a cómo se debe vivir, que quien deja lo que se hace por lo que se debería hacer, aprende más bien su ruina que su salvación: porque un hombre que quiera en todo hacer profesión de bueno fracasará necesariamente entre tantos que no lo son. De donde le es necesario al príncipe que quiera seguir siéndolo aprender a poder no ser bueno y utilizar o no este conocimiento según lo necesite” (pp. 129-130) (Maquiavelo, *El príncipe*, 1999).

La historia, como escenario de acontecimientos donde se expresa la naturaleza humana, reconciliaría un tipo de comprensión de la política con las formas sobre cómo administrar el poder, mantenerlo y atreverse a su conquista por encima de todo tipo de consideraciones morales sobre lo bueno. En consecuencia, la dinámica del poder y la autoridad no serían solamente objetos de estudio particulares, sino que al mismo tiempo representarían áreas de acción donde la historia recomienda a los hombres dividir su conducta en dos partes:

- a) Primero, una actitud para vivir según los datos de la realidad circundante donde lo que “debe hacerse” (ideales en torno a lo bueno y lo mejor) conduciría a la ruina o, mejor dicho, a la ineffectividad política, mientras que el tratar de “no ser bueno”



abriría las perspectivas para liderar y administrar el poder según las circunstancias y la naturaleza humana con mayores probabilidades de obtener victoria en la práctica.

- b) La segunda parte es una actitud que genera conocimiento desde la experiencia real; por lo tanto, el líder y la acción política se alimentan del día a día antes que de otro tipo de conocimientos teóricos; sin embargo, la realidad práctica requiere conocer la historia como un escenario lleno de contradicciones para comprender de qué manera otros líderes y autoridades reforzaron la necesidad de gobernar o actuar al margen de ideales convencionales, normalmente provenientes de ideologías religiosas como el cristianismo.

En este caso, las lecciones de la historia y el azar de la vida cotidiana tendrían que aprenderse de manera objetiva, es decir, entendiendo por objetividad aquella capacidad del líder para mirar todas las dimensiones del poder, sus repercusiones y amenazas, antes que acercarse al territorio político con la predisposición moral y los preceptos de cualquier religión. El método de Maquiavelo es histórico pero simultáneamente objetivo-realista; de aquí se desprende que los conceptos de liderazgo, poder y autoridad no serían elaboraciones mentales, por ejemplo, fruto de la investigación y la reflexión teórica sino todo lo contrario, serían manifestaciones emanadas directamente de la experiencia, reclamando un tratamiento en el mismo nivel porque el poder y la autoridad solamente serían comprendidos si fueran ejercidos en la sociedad (Villacañas, 1999). Maquiavelo afirma específicamente:

“Yo sé que todos admitirán que sería muy encomiable que en un príncipe se reunieran, de todas las cualidades mencionadas, aquellas que se consideran como buenas; pero puesto que no se pueden tener todas ni observarlas plenamente, ya que las cosas de este mundo no lo consienten, tiene que ser tan prudente que sepa evitar la infamia de aquellos vicios que le arrebatarían el estado y guardarse, si le es posible, de aquellos que no se lo quiten; pero si no fuera así que incurra en ellos con pocos miramientos. Y aún más, que no se preocupe de caer en la infamia de aquellos vicios sin los cuales difícilmente podría salvar el estado; porque si consideramos todo cuidadosamente, encontraremos algo que parecerá virtud, pero que si lo siguiese sería su ruina y algo que

parecerá vicio pero que, siguiéndolo, le proporcionará la seguridad y el bienestar propio” (pp.130-131) (Maquiavelo, *El príncipe*, 1999).

Esta mirada descarnada sobre la administración del poder fue retomada por las interpretaciones del sociólogo alemán Max Weber en su libro *El Político y el Científico*. Weber, solía iniciar sus conferencias sobre el poder, la política y el peso del liderazgo afirmando que las religiones más primitivas imaginaban un mundo gobernado por demonios incontrolables, un ámbito embebido por fuerzas casi demenciales y donde todo aquel que se introduce en las arenas de la política, es decir, aquel que accede a utilizar como medios el poder y la violencia, habría sellado definitivamente un pacto con el diablo. Desde ese instante, para la política y el liderazgo dejan de ser posibles que en el desarrollo de sus actividades lo bueno solamente produzca el bien y lo malo, el mal, sino que frecuentemente sucede todo lo contrario. Ya en 1919, Weber retomó plenamente a Maquiavelo para sentenciar que quien no puede ver esto es un niño, políticamente hablando (Weber, 1989).

Estamos acostumbrados a echar la culpa de todos los males sociales a los políticos, sus partidos y al estilo de liderazgo que anida en el centro de la cultura política de nuestros países, ya sea en América Latina o en otros lugares del mundo; sin embargo, al mismo tiempo ansiamos a gritos que un conjunto de nuevos líderes sean capaces de solucionar cualquier problema y apaciguar una extraña sed de felicidad y consuelo para ahorrarnos mayores sacrificios. Preguntémonos entonces: ¿beneficia el liderazgo a la política, los partidos, la democracia y a las principales actividades de la vida diaria donde se requiere el impulso de una nueva dirección? ¿Es el liderazgo un fenómeno impío o un engendro que siempre pacta con el diablo?

Maquiavelo con *El Príncipe* enseñó que todo tipo de liderazgo favorece a la política y a las demandas de dirección que existen en las sociedades porque un líder representa la síntesis más expresiva para el manejo del poder, para el ejercicio del mandato, la transmisión de la obediencia y el incentivo de condiciones democráticas cuando el liderazgo es receptivo a la llegada del pluralismo y al despliegue de múltiples libertades.

Al mismo tiempo, el liderazgo tiene sus propias reglas que rebasan las cualidades morales y todo tipo de idealismos virtuosos que son admirados por los espíritus educados o piadosos; por lo tanto, la diferencia entre un

liderazgo que está dispuesto a practicar aquello que otros jamás harían, y los críticos moralistas que sienten satisfacción con la preservación de imperativos de conducta, marcaría para Maquiavelo un divorcio inevitable pero con la condición de invitar a los moralistas a retirarse del camino, el momento en que los líderes tengan que actuar en medio de situaciones conflictivas o tomar decisiones que involucran el uso de la violencia.

Además, el liderazgo siempre estará dispuesto a hacer más promesas de las que sabría o querría cumplir porque sus seguidores así lo exigen y, en muchos casos, lo que éstos realmente quieren ver son ofertas supremas con la habilidad para estimular esperanzas, aun cuando el líder sepa muy bien la imposibilidad de lograr muchos compromisos (Rost, 1991).

El liderazgo expresa claramente la esencia de las actividades políticas y todos los grandes emprendimientos, especialmente cuando aquél aparece como consecuencia de los conflictos sociales. No es la política quien provoca todas las confrontaciones – malas o buenas, estimulantes o letales – sino que éstas son síntomas que acompañan necesariamente la vida en sociedad; a partir del método histórico y objetivo-realista propuesto por Maquiavelo, podemos definir al liderazgo como el esfuerzo político que se ocupa de canalizar los conflictos y ritualizarlos; es decir, convertir la imagen del líder en un ícono insustituible al cual se lo ame o se le tenga miedo. Por medio del temor y la cabeza de un zorro astuto, el liderazgo sería capaz de impedir que los conflictos crezcan hasta destruir como un cáncer cualquier sociedad.

El liderazgo político se alejaría de las pretensiones morales y religiosas para retomar las ilusiones sobre un futuro posible de ser transformado en beneficio colectivo; sin embargo, el liderazgo también sería capaz de acentuar los perfiles más totalitarios y horrorosos de la vida política, pudiendo convertirse en una amenaza para la paz y los mínimos preceptos de convivencia solidaria.

Para solucionar gran parte de los conflictos sociales o políticos se necesitan personas o instituciones a las que todos obedezcamos y en las cuales confiamos. Una de estas alternativas institucionales y colectivas es el liderazgo que funciona como recurso mediador y rector cuando emergen diversas disputas, articulando o canalizando intereses sociales y brindando un ambiente de arbitraje para que los grupos enfrentados no se destruyan

unos a otros, y para que no trituren a los débiles cuando estemos en medio de condiciones antidemocráticas.

El liderazgo en cualquier esfera de la sociedad tiene la función de convertir las demandas en alternativas de políticas, en soluciones que tengan la posibilidad de combinar diferentes tipos de intereses. Cuando el líder recibe las demandas de sus seguidores, de organizaciones empresariales o de los adherentes a un partido político, debe procurar conciliar y equilibrar los intereses en conflicto para obtener después una resolución política; es decir, una idónea mediación que pueda convencer a la mayoría, marcando una orientación que materialice la combinación de intereses en pugna. Este rasgo del liderazgo para mediar y combinar intereses en conflicto, por lo general es oscurecido en los abordajes gerenciales de la problemática del poder, razón por la cual también se olvida que un líder está unido a su carisma y al uso efectivo del poder para ser obedecido, características que siempre estarán conectadas con la política.

Maquiavelo jamás se preguntó por el valor moral de un acto, ni lo explicó según los métodos de las ciencias naturales como la mecánica o la física. Lo que más le interesaba era su valor político. Esto significa que las cosas, posiblemente son como son y no cambiarán por más que exista una aproximación llena de voluntarismo. El liderazgo capaz de generar valor político exige intervenir en la realidad donde el líder toma determinados caminos, les guste o no a los moralistas. Aquí radica la objetividad en política: hacer y tomar una decisión, muchas veces sin importar el costo humano o económico de la acción, sino pensando en los fines mundanos y estratégicos como la preservación del poder o el control absoluto de la voluntad de las masas.

Las consideraciones morales o religiosas se toman en cuenta en la medida en que son útiles para los fines políticos. Desde este punto de vista, la política podría llegar a convertirse en una ciencia especial, solamente cuando sus fundamentos se asienten en la identidad de la naturaleza humana convertida en una acción política. Es por esto que Maquiavelo introduce variables adicionales como el azar, la virtud y la fortuna porque sintetizarían los contextos histórico-concretos donde el líder siempre va a moverse. El eje de su método y las visiones del liderazgo giran en torno a

prever para prevenir y tener éxito en los fines políticos, así como en la lucha para mantener y lograr el poder.

El liderazgo ejerce la política, solamente en la medida en que ésta llega a convertirse en una técnica. El terreno histórico debe ser asumido con el suficiente ingenio racional donde no hay lugar para los sentimientos ni los deseos. Este es el carácter de la objetividad política como valor para el liderazgo. Si el Estado es una especie de construcción artificial creada por los seres humanos con el objetivo de evitar su extinción y facilitar la convivencia social, Maquiavelo pone el énfasis en la necesidad de dirigir o domesticar dicha construcción por medio de líderes que se preocupen por el funcionamiento real y humano de la vida política, lo cual demanda manejar los valores morales y todo tipo de ideologías según su carácter convencional, transitorio, funcional al momento y, por lo tanto, llega a ser fundamental el hecho de privilegiar la administración del poder. De aquí que la historia se convierte en una escuela para la vida política, mientras que el conocimiento representa un tipo de poder en sí para organizar el Estado capaz de renovarse a sí mismo desde la política y no desde otras esferas de la vida social.

Esta es la originalidad de Maquiavelo: mostrar que el Estado y cualquier organización humana sujeta a la acción política, están guiados por leyes coercitivas a cargo de líderes que saben asumir el peso del mando y las responsabilidades que otros, por miedo o prejuicios morales, no se atreverían a aceptar. Simultáneamente, en el mundo de la política no hay nada tan endeble como el poder que se apoya sobre sí mismo; en consecuencia, el deber moral y profano de todo líder sería la *razón del Estado y su estabilidad*.

Para el liderazgo interpretado desde *El Príncipe*, las sociedades no podrían ejercer plenamente todas sus libertades sino por medio del control de sus pasiones. Maquiavelo contribuyó a entender que el príncipe tiene las siguientes ventajas como líder:

- a) La combinación exitosa entre la virtud y la fortuna.
- b) Es un organizador prudente que sabe pensar en el bien común sin pensar primero en sí mismo, pero aquí surge una contradicción porque el príncipe debe pensar en mantener el poder, apareciendo

una identificación entre sus intereses y la voluntad de hacer lo que otros temen o no pueden.

En la época de Maquiavelo, el gran cambio fue el surgimiento del Estado moderno definido como una división en principados y repúblicas. En el principado aparece la libertad del pueblo al cual hay que gobernar; por lo tanto, el príncipe siempre funda su poder sobre el pueblo. La posibilidad de que el líder tenga la suficiente capacidad para conservar y extender su poder, acontece por medio del uso de armas propias (*virtud*) o por armas ajenas (*fortuna*). Esta sería la descripción del arte de gobernar en forma secular. El príncipe-líder debe ser capaz de mandar, sujeto a la necesidad de controlar e imponerse sobre la naturaleza humana, con la conveniente capacidad para *ejercer el mal*.

La sociedad juega a creer que los líderes tienen poderes sobrehumanos o mágicos y luego no les perdona la decepción inevitable que le causan; sin embargo, lo que se pide es, ante todo, cierta capacidad para tomar decisiones en lugar de permitir que cada persona haga el esfuerzo por decidir libremente. El liderazgo que promete el cielo y la tierra funciona como una especie de terapia colectiva, pues pretende hacer ver que el príncipe es lo suficientemente poderoso como para tomar decisiones, ahorrando cualquier empeño para los ciudadanos de a pie.

En toda sociedad, la vida adulta nos somete al martirio diario de asumir responsabilidades y tomar diferentes decisiones. Este difícil hábito de conducta, muchas veces puede ser omitido y entregado a una entidad superior, a la cual se promete lealtad siempre y cuando se encargue de decidir por nosotros, administrando nuestra libertad.

Entre aquellas entidades supuestamente supremas se encuentran el propio Estado, los partidos políticos y el liderazgo como ilusión ante la cual puede endosarse gran parte de las libertades ciudadanas. Es por esto que las ofertas de distintos líderes hablan de todo, pues prometen a los individuos eximirlos de la responsabilidad que significa el involucrarse directamente en todos y cada uno de los problemas que tienen lugar en una sociedad. La libertad de decidir individualmente podría cancelarse de un momento a otro, pero ¿quién la necesita? La mayor parte de las personas tienen un verdadero pánico a utilizar sus libertades y es por esto que requieren de los líderes, mientras que éstos necesitan de los seguidores para mostrar que

son capaces de domesticar las libertades y, en consecuencia, mediar los intereses en conflicto posibilitando la reproducción de lo político.

Maquiavelo enseñó que el liderazgo beneficia a la sociedad, a pesar de que hoy día los líderes están rodeados por un conjunto de prejuicios que equiparan a la política con el infierno. No, las acciones del liderazgo representan las dimensiones más humanas que puedan existir, en las cuales no hay pacto alguno con demonios o dioses misteriosos pues tales acciones no son más divinas ni más diabólicas que nuestra propia existencia.

### ***El Leviatán como ejercicio del poder***

Cuando se analiza el *Leviatán*, por lo general existen reacciones que atribuyen a Tomás Hobbes una serie de concepciones absolutistas sobre el Estado y los alcances de su poder. Otros identifican algunos paralelismos con Maquiavelo porque Hobbes representaría una especie de autor maldito y amoral debido a sus consideraciones sobre el hombre y el llamado *estado de naturaleza* de donde emergerían varias miradas irracionales en torno a la política.

La noción de estado de naturaleza no tiene un referente histórico real, sino que es una situación hipotética donde la inexistencia del Estado acarrearía consecuencias negativas para la existencia en comunidad. Al mismo tiempo, se asume que si el Estado llegara a destruirse, los hombres se comportarían sin restricciones, provocando una serie de amenazas al no existir las leyes: el estado de naturaleza es la ausencia de orden social y político, pero también la inexistencia de formas superiores como la plena libertad e individualidad humanas.

Para Hobbes, la idea de derecho se relaciona con la libertad que tienen los hombres para hacer lo que les plazca; sin embargo, es una libertad destructiva que colinda con la agresión hacia los otros y la posibilidad de ser también agredido. Si esto se extendiera como el fuego en un barril de pólvora a lo largo de toda la sociedad política, surgiría el temor permanente y anhelo por seguridad, justificándose el nacimiento del Estado para evitar que los hombres lleven al extremo sus deseos de satisfacción sin el control de sus impulsos, orgullo, voluntad de posesión, honor y búsqueda de ambiciones personales (Hobbes, 1999).

El Estado en Hobbes es un *artefacto* inventado por medio de un convenio entre todos los hombres, el cual tiene las atribuciones de definir arbitrariamente los contenidos y significados sobre lo bueno y lo malo. El poder absoluto, en este caso, constituye la característica de cualquier tipo de régimen político, así como la soberanía representaría aquello que sostiene al *Leviatán* porque los seres humanos desean que aquél se instaure.

La multitud (como escenario de ambiciones, miedos y orgullos humanos) tiene una connotación negativa que no puede reconocer intereses comunes, sino sólo intereses individuales los cuales, a su vez, esconden múltiples intimidaciones y chantajes. Dicha multitud debe ser superada para convertirse en el concepto de pueblo, que para Hobbes es una construcción donde finalmente los individuos deciden fundar el Estado.

El pueblo instituye al monarca y éste termina representando al pueblo para regirlo por completo. Si bien el pueblo es productor de la soberanía legítima e inicial que da origen al Estado, inmediatamente transfiere su poder en beneficio de un monarca o del líder representante que se hace con el poder; asimismo, el pueblo termina replegándose (o siendo desplazado) porque no cumple un papel central sino que Hobbes imagina un teatro donde un conjunto de actores se transforman en varios representantes de los individuos quienes renuncian a sus libertades para instaurar, por voluntad colectiva, al *Leviatán*. El poder, desde entonces, se convierte en la esencia de toda relación desigual, social y política.

Además, todo poder contiene un mandato ya enunciado. Hobbes nos sugiere que la capacidad y posibilidad de mandar por sí sola es insuficiente. Aquel que tiene el poder quiere ejercerlo, aspira a ser obedecido y, por lo tanto, no hay poder sin la correspondiente obediencia. Dicha obediencia es otro elemento de las relaciones desiguales y ayuda a describir, junto con los mandatos del *Leviatán*, un contexto concreto en el cual se desenvuelve el poder dentro del orden político (Lukes, 1985).

Cuando se habla de poder surge de inmediato el problema de la graduación del mismo; es decir, tener poder y utilizar el máximo poder posible. Hobbes explicó claramente que en el poder hay una tendencia que conduce a su constante aumento. Esto existe en las relaciones que se catalogan fácilmente como interindividuales y también en las relaciones que se establecen entre los líderes y las masas. Al interior de la sociedad, el



poder se va construyendo a través de las interconexiones de diversos códigos de significaciones que dan sentido a la dominación; en consecuencia, un complemento substancial para el poder son las formas hegemónicas de éste, cuyo propósito central es establecer un equilibrio entre la dictadura-coerción y otros mecanismos de persuasión que podrían desembocar en un aparato de hegemonía, el cual busca instaurarse en la educación, religión, cultura y en la vida cotidiana.

Al tener poder existe el deseo de que crezca en intensidad abarcando cada vez más aspectos, alimentándose insistentemente de un mayor número de personas sometidas, a las cuales se gobierna y regula. Desde Hobbes y Maquiavelo podemos comprender que el poder es una función social delegada por la sociedad en personas concretas o en un número variable de ellas pero siempre inferior al gran cuerpo que es la colectividad. Sin embargo, se tiende a olvidar este aspecto y se acentúa, en cambio, el carácter de la desigualdad entre los poseedores del poder y aquellos que están sometidos a él.

El poder como función social delegada incorpora también el concepto de hegemonía, que es entendido como una cadena total capaz de abarcar muchas dimensiones de la vida colectiva; la hegemonía es otra dimensión del poder que no llega a constituirse como tal por sí misma, es decir, por la acción omnipotente de las estructuras políticas, ideológicas o económicas. La hegemonía está alimentada por las prácticas concretas de sujetos sociales concretos; estos sujetos son un conjunto de líderes específicos.

La apropiación de la noción de liderazgo dentro de la hegemonía sufre una ampliación cuando ésta se extiende hacia una red de ordenadores funcionales del poder en el sistema social. No se podrá considerar entonces como líder al individuo aislado sino que, cuando se privilegia la función hegemónica de los líderes, se encuentran otros elementos de cohesión social como aquel bloque de fuerzas donde el partido político, las instituciones y los medios de comunicación tienen la función de organizar la hegemonía y otras estructuras de dominación.

Las relaciones de poder pueden encontrarse en cualquier faceta de la actividad humana. Siempre que nos encontremos con una relación *desigual* marcada por los aspectos del mandato y la obediencia estamos

examinando un determinado poder. Siempre que los designios de alguien sean seguidos por un número mayoritario de personas estamos ante una situación de poder, ya sea desde la religión hasta los terrenos del arte y la literatura, desde el deporte hasta la política, desde las organizaciones burocráticas hasta los ámbitos de los medios de comunicación. Este es el trayecto del *Leviatán* y sus estructuras de poder imaginados por Hobbes desde el siglo XVII.

Por otro lado, el problema del poder en Hobbes tiene una visión subjetiva. Nunca se sabe cómo el monarca toma una decisión pero éste es capaz de leer en sí mismo a la humanidad y la multitud. La sociedad, en algún momento, toma la decisión política de renunciar a una parte de sus libertades, razón por la cual el *Leviatán* no permitirá el nacimiento de equilibrios entre la sociedad y el poder porque el Estado (o el monarca y el Príncipe) se erige como la fuerza que logra efectivamente poner límites al caos de la multitud en el estado de naturaleza. Los límites se establecen a partir de la administración del poder como la verdadera identidad de lo político.

Hobbes, además, es un filósofo nominalista y escéptico que construye su aparato teórico cuestionando la escolástica aristotélica (perfecta identificación entre el intelectual y la cosa). Para Hobbes, un principio epistemológico central descansa en la imposibilidad de conocer la esencia de las cosas. El nominalismo postula que los objetos externos se manifiestan como entes separados; existe la posibilidad de designarlos y nombrarlos pero poniendo entre paréntesis la existencia de la esencia; por lo tanto, no se podría saber nada sobre la existencia de Dios. Lo que se puede conocer de manera específica son las consecuencias del poder y el peso del *Leviatán*, que se despliegan en la sociedad como una realidad funcional y determinante para el desarrollo de la dominación.

En este caso, Hobbes habría intentado fundar una teología política cimentada en el poder omnipotente de lo político, operando en la realidad colectiva para domesticar a los hombres que se desbocarían en la búsqueda de sus apetitos personales, de no ser por la presencia del *Leviatán* o el poder como fenómeno secular y profano, cuya cara realista emerge de la voluntad colectiva con el propósito de restringir la voluntad disoluta de los seres individuales.

De cualquier manera, los argumentos son hipotéticos, es decir, criterios provisionales. Aquí hay una puerta importante que se abre a la posibilidad del error, pues la teoría de Hobbes es una gran conjetura sobre el mundo político. Empero, Hobbes también es un filósofo materialista que postulaba la materia como cuerpos en movimiento; la libertad era entendida como el desplazamiento de un cuerpo sin roces y límites, dando lugar al estado de naturaleza. Asimismo, su visión del Estado como una máquina se liga con concepciones mecanicistas: el orden político sería un artificio mecánico necesario para el manejo del poder, el cual se transforma en una función primordial que los hombres han aceptado al establecer un contrato que deje atrás el estado de naturaleza.

Al criticar la filosofía aristotélico-tomista, Hobbes niega la idea de que la sociabilidad humana sea un fenómeno natural. El hombre no constituiría un animal político porque la sociabilidad también es otro artificio de la razón. Si el Estado es un artificio y los hombres construyen ficciones que simulan la naturaleza, el único vínculo entre lo natural y lo artificial es la construcción de la sociedad de manera *arbitraria*. El pacto entre los hombres para instituir el *Leviatán* y un poder por encima de las pasiones humanas es el precio a pagar con el propósito de abandonar la soledad del individuo y el temor de ser agredido por otros en una situación de caos donde no existe el orden social.

Cuando Hobbes aplica el método naturalista en la redacción del *Leviatán*, sugiere imaginar que si el mundo social y físico desaparecieran, sobreviviría el individuo al lado de un conjunto de nombres de las cosas que permanecen en la inteligencia; sin embargo, no sería posible dar cuenta de la realidad exterior porque no sabemos qué significa dicha realidad. En el *Leviatán* es posible llegar a la aniquilación de la sociedad, pues para Hobbes el hombre es capaz de existir fuera de las relaciones sociales que regulan su conducta.

Si desaparecen las leyes y descendemos al estatus del puro individualismo sin ningún tipo de reciprocidad y alteridad con *los otros*, encontramos que lo más primario en todo individuo es la conservación de su vida porque cualquiera se reconoce solamente a sí mismo que quiere persistir en su existencia. En consecuencia, el individuo se imagina con

derecho a todo, incluyendo la probabilidad de poseer por completo el cuerpo del otro. Si todos los individuos actuaran en este terreno hipotético, el resultado es una guerra abierta y la destrucción plena.

En esta guerra hipotética, los hombres tienden a buscar la certeza de ganar e imponerse sobre los demás. El resultado inmediato es la *libido dominandi* (energía, fuerza y pulsión psíquica profunda para dominar), un deseo de dominación que posteriormente se expresa en el poder del soberano como voluntad colectiva para establecer un pacto y la entrega del poder hacia un teatro de representantes o al monarca y el líder. De aquí que una de las dimensiones del poder sea su carácter anticipatorio. El poder debe ser ejercido, acumulado y proyectado hacia el futuro dentro de una dinámica de la acción que exige tres caminos:

- a) Evitar el regreso al estado de naturaleza en guerra.
- b) Dominar al pueblo, domesticando las pasiones humanas donde el hombre es considerado como el lobo de sus congéneres.
- c) La *libido dominandi* se impone en el orden político y la paz solamente es posible, siempre y cuando los individuos renuncian al “derecho a todo”, inventando artificialmente la sociabilidad y el consentimiento que da lugar a un principio de reciprocidad en el contractualismo hobbesiano.

El poder se transforma en la posibilidad individualista del soberano que se atreve a convertirse en un actor con la capacidad de representar a los demás. Ejerce la violencia organizada con el fin de eliminar el estado de guerra y la arbitrariedad se convierte en un costo que debe ser asumido para evitar la autodestrucción de la vida social. El *Leviatán* de Hobbes invita a considerar que la *razón de Estado* es la transferencia de la voluntad soberana del pueblo y de los hombres, hacia la *razón de una élite* de actores que practican el poder como resultado de la acción política en todo tiempo y lugar.

## Conclusiones

¿El liderazgo, el poder y la política tienen, entonces, alguna relación con la responsabilidad? Si se hace un recuento de varias encuestas de opinión política durante los últimos años, puede verificarse que los

análisis fácilmente dejan de lado un elemento imprescindible: la variable *responsabilidad*. ¿Cómo medir este concepto que, al mismo tiempo, se convierte en valor ético? Una reflexión sobre la responsabilidad nos conduce incluso a preguntar ¿cuál es el compromiso de los líderes con la función pública y el Estado?

La combinación entre responsabilidad y la mejor forma de gobierno también exige revisar las teorías sobre la soberanía del pueblo. Desde Platón hasta nuestros días, el problema fundamental era y sigue siendo el siguiente: ¿quién debe gobernar un Estado? ¿Los mejores, el mejor de todos, es decir, un sabio carismático? ¿Unos cuantos de los mejores, o sea, los aristócratas, o todo el pueblo encarnado en juicio final y razón última de toda legitimidad? ¿Dónde encaja la responsabilidad de los líderes políticos y del propio pueblo si se cometieran errores tremendos y se pusiera en riesgo la existencia misma de un Estado? En la actualidad, no deberíamos preguntar solamente quién debe gobernar, sino cómo debe estar constituido un Estado para que sea posible deshacerse de los malos gobernantes sin violencia, sin derramamiento de sangre y con amplios márgenes de responsabilidad social e individual.

La democracia no es sólo una alternativa contra toda tiranía del poder arbitrario, sino un método para evitar que un líder elegido por el voto del mismo pueblo sea investido con poderes tiránicos. Es este elemento que reduce las consecuencias nefastas de una práctica desquiciada de la política y de las ideas contenidas en Maquiavelo y Hobbes, como dos expresiones todavía vivas del realismo. Hoy día, no es suficiente emitir el voto y hablar de la voluntad popular, sino también de valores éticos como la responsabilidad para proteger todo mecanismo pacífico de resolución de conflictos y actuar con el máximo de racionalidad.

Muchos discursos políticos están plagados de ficciones con el objetivo de convencer pero sin mostrar un serio interés para comprometerse con la responsabilidad de hacer lo que se dice, o expresar lo que honestamente se piensa sobre una serie de problemas. Otros intentan esclarecer a la opinión pública con diagnósticos y críticas en torno a los alcances de la corrupción política pero, finalmente, todos evitamos descorder la cortina, mirar de frente a la verdad o a las mentiras porque hemos llegado a un extremo donde tenemos miedo de la responsabilidad. Ser responsable con la democracia y

la ética personal demanda sacrificios para renunciar a nuestras vanidades o incluso perder el poder, contradiciendo en la vida real las hipótesis, después de todo teóricas, del *maquiavelismo* y del *Leviatán* hobbesiano.

La contradicción de la democracia contemporánea es apelar a reformas y legitimidad popular pero escondiendo nuestras verdaderas intenciones cuando se trata de opciones de poder. Ser responsable significa dejar de lado el cálculo maquiavélico de los operadores políticos, los intereses estrechos y la distribución indiscriminada de cuotas de poder.

Es fundamental redefinir las prácticas concretas de una *cultura política de la responsabilidad* y, en consecuencia, también debería desterrarse aquel razonamiento donde se afirma que muchos políticos están convencidos de que al interior del manejo del poder, sucede lo mismo que con los toros para el público de un circo: cuanto más perversos y bestiales – al estilo de las visiones de Maquiavelo y Hobbes – mejores.

*El Príncipe* y el *Leviatán*, siempre revitalizarán la tensión entre ética y política desde el terreno *realista*, que no es otra cosa que discutir cómo introducir la responsabilidad como valor central para el desarrollo de la sociedad política. La distancia entre ética y política nace porque la conducta de cualquier líder está dominada por una regla: *el fin justifica los medios*. Sin embargo, no todos los fines son tan altos y absolutos como para justificar el uso de cualquier medio, sobre todo al interior de una sociedad democrática donde los gobernantes deben estar controlados por el consenso popular y demostrar una responsabilidad horizontal respecto de las decisiones que toman.

La violencia estatal y el abuso del poder visualizado por Maquiavelo y Hobbes, muestran una contraposición que debe ser asumida por la práctica política: *la ética de los principios*, donde el moralista se pregunta: ¿qué principios debo observar? Y *la ética de los resultados*, en la que los operadores políticos se cuestionan: ¿qué consecuencias se derivan de mi acción durante el ejercicio del juego político? En uno u otro caso, la responsabilidad surge como un desafío inseparable. Hay que ser responsable con las consecuencias que provienen de observar ciertos principios, así como con los resultados de una decisión política que involucra el destino de una sociedad.

Este problemático equilibrio entre la ética de los principios y la ética de la responsabilidad, señala que cuando juzgamos nuestras acciones

para aprobarlas o repudiarlas, nuestras opiniones se desdoblán dando lugar a dos sistemas morales diferentes, cuyos juicios no necesariamente coinciden porque desde Maquiavelo, sabemos que la observancia de un principio moral no siempre produce buenos resultados políticos, ni tampoco los buenos resultados se alcanzan única y exclusivamente respetando los principios morales.

De cualquier manera, toda acción y resultado político que se busca en la democracia implica observar una ética responsable con aquellos que van a sufrir las consecuencias de toda decisión política. Solamente así el poder podrá sujetarse a un conjunto de reglas y controles que le imponen límites sensatos.

Cualquiera sea el sistema de valores que los líderes políticos acepten, la renuncia al abuso del poder y a los beneficios ilícitos asociados con él son lo mínimo responsable que los poderosos tienen que otorgar para hacerse aceptar como líderes y representantes, es decir, para hacerse perdonar, finalmente, el poder que detentan y emplean (Bonete Perales, Enrique (coord.), 1998).

La posibilidad de vivir en una sociedad libre y democrática deberá estar orientada por una visión del mundo menos maquiavélica y hobbesiana, abriendo nuevas perspectivas donde pueda combinarse la justicia social sin prebendalismo, con la inteligencia y responsabilidad sin estar ciegas a las tensiones entre ética y política en la vida diaria.

La preocupación por una argumentación sólida y coherente en torno a la moral y sus consecuencias para dotar de mejor organización al Estado dentro de la política, tampoco está bien lograda por las pretensiones científicas de aquellas aproximaciones teóricas que tratan de reducir la ciencia política a un conjunto de modelos matemáticos y predictivos. Hobbes y Maquiavelo, si bien simplifican el ámbito de lo político, deciden concentrarse claramente en la victoria del poder identificado con la fuerza, y en las contradicciones insuperables detrás de la moral. Las aspiraciones éticas en el manejo del poder constituyen solamente un conjunto de opciones personales, agazapadas en el fondo la consciencia.

La moral tampoco sería connatural a los seres humanos, ya que ésta aparece en la sociedad como códigos de significación convenidos y, asimismo, variables, arbitrarios y no siempre inmanentes. Por medio de

la moral se hace posible reconocer a los otros como seres humanos, pero simultáneamente como competidores y adversarios susceptibles de ser derrotados o controlados a través de la acción política. Por esta razón, la moral se aleja de la política, dimensión que antepone la necesidad de dominación y control, antes que el reconocimiento ético de la humanidad en los hombres.

En Jean Jacques Rousseau, la virtud es un tipo de acción ligado al sacrificio del interés personal en beneficio del bien público. En Hobbes y Maquiavelo, dicho sacrificio, en los hechos, lleva a fortalecer el poder político dentro de la sociedad por medio de la acción de los líderes que ponen al margen la moral y reproducen las razones de Estado. Éstas se revelan como una radicalidad para divorciar premeditadamente la moral de la política, conservando así la idea del sacrificio de los seres humanos a favor del poder.

El *Leviatán* es un mecanismo instrumental que funciona más allá de la moral. La racionalidad instrumental del poder contemporáneo repliega la moral al ámbito íntimo de la individualidad y el amor propio. Hoy día, esta idea siempre es atractiva para los medios de comunicación y los jóvenes en la postmodernidad, donde todo se hace posible sin apelar a ningún referente paradigmático universal. Desde el punto de vista del realismo, el poder se muestra, entonces, como la única opción práctica para que el Estado y la política puedan actuar como las fuentes preponderantes donde se manifiesten el orden, la autoridad y la supervivencia de la dominación, inclusive más allá de sus bases de legitimación. Para las fuerzas profanas de la *inmoralidad política* no existe escapatoria ni emancipación.

En el sistema internacional, las horripilantes historias de la guerra en Siria parecen reducir al ser humano a las condiciones de una escabrosa animalidad donde las terribles contradicciones entre el *Leviatán*, el derecho internacional, la lógica del poder hegemónico de las potencias neo-imperialistas y la inmoralidad en la *política maquiavélica*, como una forma de tomar decisiones para que el más fuerte imponga su dominación, elevan la pregunta: ¿es inexistente la conciencia moral en el siglo XXI y en la globalización?

Precisamente, cuando el hombre se ve confrontado con diferentes actos de violencia, surge de inmediato la pregunta sobre cómo explicar



racionalmente una serie de excesos, reivindicando lo que se denomina una conciencia moral e histórica. Asimismo, ésta se ha convertido en un objeto de reflexión para cuestionar situaciones específicas como los grandes genocidios y, sobre todo, las injusticias a lo largo de la historia donde un elevado costo humano no podría justificar de ninguna manera las tragedias de dos guerras mundiales en el siglo XX, ni mucho menos excusar a varios regímenes políticos que llevan al extremo una razón de Estado donde la conciencia moral se desvanece.

El abuso del poder, la dominación desbocada que sojuzga a los más débiles y la imposición ciega de una voluntad política defensora del dolor profundo de miles, plantea nuevamente en qué condiciones se encuentra nuestra conciencia sobre el bien y el mal. Actualmente, las fuerzas del mercado, la publicidad y la modernidad del placer inagotable, transmiten de manera permanente distintos mensajes donde fácilmente se transmutan las fronteras que van de la maldad a la benevolencia y viceversa.

¿Cuál es la genealogía de la conciencia moral que cuestiona el maquiavelismo pero retoma una orientación realista como ejercicio del poder a cargo de los más fuertes? El filósofo alemán de la desconfianza permanente, Friedrich Nietzsche, apunta respuestas que hasta el día de hoy promueven el debate. Las críticas se concentran en establecer la “verdad” sobre la psicología del cristianismo que predomina en nuestra cultura occidental. Nietzsche considera al cristianismo como la fuente del resentimiento donde se transfiguraron los valores en torno al bien y el mal. Así, este filósofo confronta la moral de los nobles o los más fuertes, versus la moral de los esclavos y débiles.

Desde este punto de vista, el ideal del bien estaría identificado con la voluntad de los poderosos y su comportamiento en la sociedad. Sus aspiraciones, acciones, pulsiones de conquista y ejercicio pleno del poder demostrarían claramente la energía vital del bien, de aquella vocación excelsa que va elevándose sin restricciones por encima de los prejuicios calculados que pretenden destruir la voluntad creadora del poder.

En la medida en que los esclavos se encontraron imposibilitados de enfrentar a los señores poderosos, recurrieron al desarrollo de un espíritu alternativo construido alrededor del resentimiento, generando los valores del anti-egoísmo, las bienaventuranzas y el sacrificio relacionado con el

amor al prójimo que condena la conducta malvada de los señores con poder. Los débiles encontraron un mecanismo de defensa atacando los valores nobles para actuar con un espíritu de cuerpo; es decir, asociarse y sancionar los valores de las mayorías donde se ensalce el bien, entendido como el rechazo a la voluntad de poder para posteriormente asumir otro mundo donde la bondad, el dolor, y la auto-negación de uno mismo se transformen en un conjunto de virtudes.

Nietzsche analiza precisamente la psicología de la conciencia que no es la voz de Dios en el hombre, sino todo lo contrario, "(...) el instinto de crueldad, que revierta hacia atrás cuando ya no puede seguir desahogándose hacia afuera". La voluntad de poder es una energía humana vital, llena de ánimos fundacionales y capaces de impulsar en el hombre las fuerzas esenciales que liberen su espíritu de creación en diferentes dimensiones. En los nobles, esta energía vital se manifestaría por medio de la violencia, la cacería sanguinaria y la destrucción de los más débiles que, en un momento de la historia era considerado como algo natural.

Posteriormente, el espíritu humano dudaría de sus energías vitales, reprimiendo las posibilidades de exteriorizar su voluntad creadora y generando una *conciencia de los límites*, de la culpa y finalmente, del bien donde las fuerzas de la voluntad de poder se circunscribieron a un interior encarcelado, que con la ayuda de la religión y el juicio sacerdotal, terminaron por desarrollar la conciencia moral como ahora la conocemos: escrúpulos de la conducta, restricciones, represiones, renunciaciones y una domesticación funcional a la sociedad de masas.

La moral de los nobles y la posibilidad de entender el bien a través de sus conductas imponentes en las cuales triunfe su voluntad de hierro, fue vencida finalmente por la moral de los esclavos. La lucha entre estos dos horizontes morales tuvo el objetivo de ejecutar una trans-valoración de todos los valores. Esto significó ir más allá, avanzar por encima y atravesar la moral de los nobles para dar paso al nacimiento de la conciencia como deuda, culpa y miedo ante los desbordes de la voluntad de poder ejercitada por los nobles.

Al mismo tiempo, los sacerdotes inventaron un "otro mundo" como remedio suplementario a la moral de los poderosos. Sin embargo, según Nietzsche, este remedio fue peor que la enfermedad porque un más allá

del bien como ideal de perfección, facilitó la invención de la religión y una metafísica hostiles a los sentidos. Así aparece el ideal ascético como una figura sacerdotal pero decadente y nociva para el establecimiento del superhombre: aquel ser donde debe expresarse una vez más el dinamismo de la voluntad del poder.

La genealogía de la moral señala de qué manera el resentimiento se convierte en la fuente de los valores del bien. Dicha fuente es sólo la sed de venganza del sacerdote. El fin último es abandonar las cualidades naturales que existían en un principio histórico, época en la que el hombre fuerte y poderoso constituía lo bueno, mientras que las peculiaridades del hombre simple representaban lo malo. La trans-valoración fue la organización de la venganza para llamar malvado a lo bueno, al poderoso y lleno de vida. La bondad de la debilidad y la impotencia fue trasladada hacia una supuesta nobleza del hombre de estratos bajos, indigente y enfermo.

En consecuencia, la trans-valoración fue una auténtica rebelión de los esclavos en la moral y el cristianismo surgió como la religión del odio más profundo contra los buenos, nobles y fuertes al condenar valores como el egoísmo y la autodeterminación para imponer las decisiones que podrían llevar a humillar a los más débiles. El cristianismo logra que a lo largo de la historia de la moral se haya derrotado a los nobles, venciendo los plebeyos.

Estas visiones sobre la ambigüedad de la conducta moral, llevan también a mostrar las posiciones anti-políticas de Nietzsche que se expresan por medio de una crítica a la democracia, puesto que la moral religiosa se adhiere a una estrategia de defensa de los más débiles para resistir al embate de las élites. Hoy podríamos decir que la sociedad de masas y del consumo a escala global han destruido los sueños del superhombre que imaginó Nietzsche. El resentimiento que defiende la moral del bien, emparentado con los de "abajo" y el espíritu de amor al prójimo que reclama una virtud al margen del personalismo y la audacia para satisfacer el interés propio, representa ahora un conformismo democrático, mientras pueda accederse a las mercancías de consumo, al voto universal y a la era de la confusión gracias a los medios de comunicación y la propaganda. La rebelión de los esclavos tiene una expresión moderna en la defensa de los valores de igualdad y logro de los servicios básicos, bienes de supervivencia y un conjunto de creencias religiosas que siempre cuestionan los privilegios de las élites y de los más fuertes en la sociedad democrática.

En este caso, la envidia no sería otra cosa que una actitud despreciable de los débiles, cuyo fondo es un rencoroso deseo para arrancarle más derechos a los poderosos. La moral de los débiles en los argumentos de Nietzsche busca el reconocimiento al mérito, pero ligado a los valores como la bondad y el sentido de sacrificio para compartir. Como el ácido que carcome las superficies blandas e irrita la piel más fina, el envidioso de Nietzsche intenta menospreciar los esfuerzos ajenos de la voluntad productiva del más fuerte, a fuerza de resentimiento. Reclama el mérito y otros criterios relacionados con derechos y oportunidades, sin haber demostrado en ningún momento que la moral de los fuertes esté equivocada.

El imperio de los celos arrastra a cualquier ser humano hacia la aceptación de la moral de los esclavos, al extremo de provocar la insidia. Las clases bajas, y en general el conjunto de las masas, quieren constantemente ser consideradas víctimas, despuntando la política de la envidia como una especie de rencor para usurpar a los nobles aquello que las masas no pueden tener por su propio esfuerzo. El objetivo es lograr el fracaso de las élites, de los competidores o individuos que van más allá de la conciencia moral.

Para Nietzsche, es más fácil hacer escarnio de los poderosos con tal de evitar que los más capaces y los más aptos puedan obtener soluciones por medio de un juego de dominación en la sociedad que siempre será desigual. Nietzsche se refiere al *pathos de la distancia* para expresar su gran escepticismo respecto a la posibilidad de lograr alguna vez una equiparación o acercamiento moral entre los nobles y los esclavos. Según Nietzsche, siempre seremos desiguales porque los valores respecto al bien y el mal refuerzan constantemente una distancia insalvable entre los seres humanos.

Estas ideas, sin duda llevan a ciertos extremos la valoración que se tiene de los poderosos y de la energía vital, que para Nietzsche representaba las grandes posibilidades del superhombre. Esta idea nietzscheana, relaciona muy bien algunos postulados del *realismo* con las aspiraciones del *superhombre*. Hoy día, no solamente es fundamental cuestionar todo tipo de represiones –abiertas o soterradas– en las sociedades libres y totalitarias, sino también dejar de pensar que la vida es una especie de “guerra latente” o de competencias frenéticas por más dinero, prestigio, influencia, placeres, etc. Hoy, como en otras épocas, también es posible edificar un sentimiento

válido alrededor de la solidaridad porque la vida humana no está hecha únicamente para someterse a las relaciones de poder. Una relectura de Nietzsche, de todas maneras, reactualiza varias dudas: ¿hasta dónde es posible abandonar la conciencia moral para privilegiar nuestra autonomía individual y plena autodeterminación? ¿Debemos aprender y enseñar, a los niños o jóvenes en las escuelas, un horizonte de valores para que desarrollen sus instintos más creativos pero, al mismo tiempo, más destructivos y agresivos?

La discusión está planteada porque Nietzsche no siempre tiene la razón, aunque un aspecto que él mostró sin temor, fue cómo la conciencia moral es capaz de exacerbar los sentimientos de culpa. Entonces, es aquí cuando los seres humanos no aprecian los valores, ni tampoco tienen la capacidad para discernir qué es lo más conveniente. En Nietzsche, el sentimiento de culpa impulsado por el cristianismo, sirve para fundar una injusta auto-flagelación. En realidad, toda pesadilla que trata de hacer sentir culpables y pecaminosos a los seres humanos, no hace sino romper con las libertades para, sutilmente, edificar controles, sanciones y penalidades que son, tanto el fin de las democracias como de cualquier individualidad libre.

Nietzsche podría ser tranquilamente otra vertiente teórica del *realismo*, debido a que hace una relación muy importante entre la genealogía de la moral y el conflicto entre la moral de los esclavos versus la moral de los señores, así como establece una tensión entre el resentimiento y la culpabilidad estimulada por la religiosidad del cristianismo. Simultáneamente, sugiere que la trans-valoración de los valores no habría tenido lugar sin un enfrentamiento entre los resentidos –identificados con los mediocres– y los espíritus que encarnan al superhombre, cuyas fuerzas agresivas se apartan de la conciencia moral de los débiles. La guerra entre los superhombres y mediocres no siempre termina en una concertación entre ambos tipos de moral y conciencias (la del superhombre y la del sentido de culpa).

Los débiles elaboran una estructura de valores gracias a la religión edificando, según Nietzsche, simples mentiras. Quienes aceptan la religión, sobre todo el cristianismo y las enseñanzas de los Evangelios, solamente envidian a los fuertes. Las masas y el común de individuos prejuiciosos carecen de la valentía para ir más allá de la conciencia moral. Los verdaderos

traidores para Nietzsche, son aquellos que, por la espalda, difunden cobardemente todo tipo de infamias para echar a la basura el impulso liberador de la voluntad de poder. La envidia se convierte, de esta manera, en el sentimiento más irresponsable de aquellos que se ven aplastados por la sombra de grandes obras o personajes.

Es más, la envidia de los fuertes es una obsesión para estar pendiente de sus victorias y éxitos contundentes, desvalorando la propia personalidad y sometiéndola a la esclavitud de los valores de la renuncia y la autoflagelación. Mientras que los instintos primigenios del ser humano podrían conducir a la realización de hazañas y a establecer actos de dominación. Los débiles atacan a dichos instintos para despreciarlos y tenerles miedo porque nos llevarían a una especie de auto-destrucción.

En Nietzsche, la trans-valoración opera también por medio de la memoria y el demoleedor sentimiento de culpa. “Al sentimiento de poder disponer del futuro, el hombre lo llama *memoria*”, afirma el filósofo alemán porque las lecciones aprendidas deben ser transmitidas desde la moral para ser siempre recordadas. Si bien el fin es tratar de disciplinar a los seres humanos sometidos a las normas sociales, las lecciones aprendidas se transforman en dolor y represión para dejarse vencer por las imposiciones y reglas de la sociedad, la autoridad y la fuerza de las mayorías en la democracia. Al mismo tiempo, el olvido es un dolor latente que solamente favorece al auto-control y la auto-anulación del instinto vital de la voluntad de poder. El sentimiento de mala conciencia proviene del sentimiento de culpa que en el fondo se originó como si fuera una *deuda* (Nietzsche, 2005).

La envidia junto con el sentimiento de mala conciencia, son una amenaza para la sociedad cuando se expanden como el veneno de los mediocres que solamente quieren satisfacer sus intereses personales, aunque sin llegar a conquistar la *altivez moral* de los señores. Las clases bajas, al ver que alguna situación no las favorece o al reconocer que tienen baja calidad como personas y funcionarios, sacan el cuchillo de la venganza para destruirlo todo, antes que ver felices a aquellos que cultivan la fuerza de sus instintos creadores y a los verdaderos líderes.

Al retomar los argumentos de Nietzsche, es muy posible que la lucha entre los superhombres y la envidia de los mediocres, constituya una oportunidad para develar los esfuerzos que hacen las sociedades

para lograr un equilibrio transitorio y momentáneo. Al mismo tiempo, la improductividad de la moral cristiana que reivindica la igualdad, la pobreza y la lógica de dar la otra mejilla, chocará siempre con la meritocracia y el honor liderado por los más fuertes y los más capaces. Esto hará que sea muy difícil establecer un equilibrio democrático y racional para alcanzar, eficazmente, el desarrollo de una sociedad democrática y pacífica sin ningún tipo de costos. Será muy costoso lograr la altura moral del superhombre y también demasiado costoso tener la posibilidad de construir una moral igualitaria y justiciera al estilo de las enseñanzas del cristianismo. El único antídoto para rehacer los valores radicaría en el combate a cualquier forma de mala conciencia que se expande en la colectividad gracias a los prejuicios religiosos y las falsas lecciones de los sacerdotes, muchos de los cuales explotan la memoria colectiva como estrategia para intimidar y reproducir el sentido de culpabilidad.

Las estrategias del envidioso representan una coartada para no superar sus propias limitaciones o para rechazar la posibilidad de abrirse hacia nuevos rumbos. Tal como lo ha explicado Nietzsche, los mediocres no son del todo tontos. Dándose cuenta de sus debilidades y envidiando a los hombres meritorios, son lo suficientemente astutos como para ascender, solamente poniendo en práctica la confabulación en contra de los otros mediante la trans-valoración. En este caso, la mentira sobre la buena consciencia busca desprestigiar al individuo talentoso minusvalorando sus acciones porque, además, es un pretexto fácil para convertir al envidioso en un personaje sin el más mínimo esfuerzo por cualificarse y competir en una arena donde haya que demostrar hasta dónde uno puede salir adelante, por medio de sus aptitudes personales y el ejercicio de la voluntad de poder.

El ataque de Nietzsche apunta también hacia el concepto de Dios porque en él tendrían su origen los sentimientos de culpa y deuda. Para los creyentes religiosos, cuanto más grande sea el sacrificio, más omnipotentes se vuelven los dioses. La opción por el ascetismo, por ejemplo, es visto como una compensación impotente, debido a que el asceta es incapaz de acceder a los placeres y a las dimensiones abiertas por la voluntad de poder. Para Nietzsche, el ascetismo es una táctica de crueldad contra uno mismo primero, y luego el ejercicio de la crueldad contra los demás.

En palabras de Nietzsche, “¿cómo valoran los ascetas y sacerdotes



a la realidad? Por medio de la negación de ésta”, una contradicción o auto-contradicción. Aquí surge la trans-valoración de las verdades. La realidad es inventada porque se llama verdadero al mundo del ascetismo, cuando es un mundo inexistente, totalmente inventado para cerrar las puertas al superhombre y sus instintos creadores sin ningún cargo de conciencia.

El ascetismo ofrece una verdad y la revelación del ser donde está excluida la razón que, supuestamente, no puede comprender otras formas de supuesta perfección trascendental. El ascetismo es ofrecido a los enfermos del espíritu y a los débiles como opción para enfrentar el dolor. Por lo tanto, los sacerdotes se erigen como médicos que estarían envenenando las heridas de los enfermos al curarlas. La religión, el ascetismo como conducta contradictoria que niega la realidad y la deuda como cargos de culpabilidad, se transforman en verdaderos procesos de iatrogenia espiritual. La iatrogenia es toda enfermedad que proviene de la cura o de la misma intervención terapéutica. En este caso, Nietzsche considera a la religión y la trans-valoración que ejerce la moral de los esclavos como un intento por curar a los espíritus enfermos, aunque logrando un resultado totalmente contrario: enfermar más a la gente, distorsionar la realidad y, finalmente, reprimir lo más valioso: la voluntad de poder.

El temor del asceta y la enfermedad de los doloridos por su propia conciencia, termina mostrando un grupo de personas aptas para la domesticación de sus voluntades. El temor de los mediocres y débiles, para Nietzsche, los priva de aprender de los otros más superiores. La competencia es entendida como una ofensa personal donde los méritos, habilidades y logros objetivos son vistos como agresiones para quitar los valores y las virtudes del bien que cultiva el mediocre. Así se apela a un falso sentimentalismo donde los envidiosos y los débiles, recurren a la religión para menoscabar las consecuciones del talentoso, bajo el pretexto de una familia pobre, numerosa o algún problema personal que enaltece el sufrimiento y sacrificio en pro de un Dios redentor. El resultado inmediato, en opinión de Nietzsche, es el bloqueo de toda predisposición para aprender de las contribuciones que ofrecen los más fuertes y verdaderos cultores de las grandes obras humanas.

La iatrogenia religiosa –que significa curar el espíritu con el bálsamo de los valores sobre el bien– junto con el avance de la sociedad de masas, ha



terminado por combatir a la filosofía nietzscheana hoy por hoy. Los valores de la solidaridad, al margen de la idea del superhombre propuesta por Nietzsche, lograron metas y objetivos importantes. Si bien la sociedad es un contrato asfixiante de traiciones, hipocresías y desigualdades disimuladas, tampoco es posible negar que en cierta medida la democracia y las libertades políticas intenten preparar el terreno, tanto para el desarrollo de una conciencia con energía vital que demandaba Nietzsche, así como para el impulso de lazos más humanos donde los poderosos eviten la humillación de los débiles, que por razones humanas reclaman también su propio lugar en el mundo.

*La genealogía de la moral* reintroduce una preocupación, en cierto modo, socrática, cuando Nietzsche afirma que “nosotros los que conocemos somos desconocidos para nosotros, nosotros mismos somos desconocidos para nosotros mismos”. La posibilidad de un conocimiento interior se conecta inmediatamente con toda escala de valores vigente en una sociedad determinada, es decir, con la carga histórica de aquello que se considera *bueno* o *malo*, y luego sirve para juzgar nuestras intenciones, estimular o limitar nuestras voluntades donde, finalmente, descansa aquel concepto que hemos construido sobre nosotros mismos como un destino bueno-malo, satisfactorio-insatisfactorio, feliz o infeliz. El conocimiento de la ruta interior reclamado por Nietzsche, debe convertirse en una profunda discusión sobre la moralidad del presente y la crítica implacable en torno a los mitos y temores transmitidos por el pasado.

Asimismo, el desconocimiento interior haría que sucumbamos ante las trampas del complejo de culpa, dando paso al funcionamiento de un conjunto de mecanismos sustitutivos como la religión que disemina el *espíritu de rebaño*, atrapando la conducta en la sumisión y un conjunto de formas para entender la realidad, semejantes a una falsa conciencia. Lo que se agrega a la sumisión es el sufrimiento ligado a los prejuicios sobre el bien y el mal. La ignorancia sobre uno mismo es reemplazada por la religión como institución que toma control de nuestras vivencias y valores.

Para Nietzsche, la moral es atacada por representar una máscara, una enfermedad y un sinnúmero de malentendidos que sintonizan únicamente con las proclamas sacerdotales y la religión. El cristianismo condensa las enseñanzas morales, al mismo tiempo que fomenta el conflicto entre los

nobles y los esclavos. El cristianismo como religión del rebaño atiza el fuego para la degeneración de la consciencia atormentada por la culpa. Ésta, en su esfuerzo por superar sus dolores recurre a la medicina moralista y a los estímulos sacerdotales que se convierten progresivamente en frenos de la autonomía personal y en ponzoñas para la individualidad.

Desde esta perspectiva, la racionalidad no existe, sino que se asume a la existencia humana como una comedia. Por lo tanto, Nietzsche rastrea en la genealogía de los conceptos sobre el bien y el mal, varios enredos, confusiones, distorsiones y cuáles son las posibilidades que existen para el drama dionisiaco sobre el “destino del alma”. En realidad, la moral se presenta como el conjunto de significaciones que terminan transformándose en el eje de las religiones, y en la preocupación por encontrar un designio y aspiración espiritual que operan dentro de la consciencia humana.

Los conceptos *bueno* y *malo* son analizados de manera genealógica en el sentido de un recorrido histórico para develar las trayectorias de significado desde el terreno de los enfrentamientos o luchas entre los más fuertes (nobles) y los débiles (esclavos), a partir de una posición anti-política y, por lo tanto, en contra de las aspiraciones de una colectividad, teóricamente protectora. En Nietzsche, el “juicio ‘bueno’ no procede de aquellos a quienes se dispensa ‘bondad’. Antes bien, fueron ‘los buenos’ mismos, es decir, los nobles, los poderosos, los hombres de posición superior y elevados sentimientos quienes se sintieron y se valoraron a sí mismos y a su obrar como buenos, o sea como algo de primer rango, en contraposición a todo lo bajo, abyecto, vulgar y plebeyo”.

Estas visiones expresan una posición antidemocrática en Nietzsche que rechaza todo abuso de las masas respecto a sus privilegios donde se plasman las condenas a cualquier acto de los más fuertes. Las consecuencias de este abuso manifiestan un escenario difuso que deforma los valores y el carácter de la energía vital. El valor no es la utilidad de las cosas, ni tampoco un adjetivo para identificar o calificar alguna acción humana. El valor se concentra en una situación de hecho donde surge la diferenciación y el choque de posiciones irreconciliables dando lugar al *pathos de la distancia* que, finalmente, establece la escala de los valores.

“El pathos de la nobleza y de la distancia –afirma Nietzsche– (...) el duradero y dominante sentimiento global y radical de una especie superior

dominadora en su relación con una especie inferior, con un abajo, éste es el origen de la síntesis de lo bueno”. Para el realismo, el *Leviatán*, Maquiavelo y Nietzsche, los poderosos inventan el lenguaje apropiándose de las cualidades del mundo. De esto podría deducirse que en la contemporaneidad, los fuertes también fomentan la creación y reproducción de la religión como un mecanismo para legitimar su posición privilegiada y, simultáneamente, como alternativa que abre canales de expresión de los débiles y estratos bajos de la sociedad.

El poder y los poderosos no solamente son todo lo contrario de las masas, sino que carecen de las búsquedas compensatorias que caracteriza a los plebeyos. Las masas vulgares son las únicas que poseen preocupaciones por un *más allá* en el cual puedan repararse sus sufrimientos e incapacidades enfrentándose en mejores condiciones a los más fuertes. Para el mundo de los fuertes, la palabra *bueno* no está ligada a las acciones no-egoístas. En todo caso, el instinto de rebaño inventa la antítesis egoísta-no egoísta llegando a convertirse en una enfermedad mental.

El conflicto central de la genealogía moral identificada por Nietzsche consiste en la lucha de la *casta de los sacerdotes* contra la *casta de los guerreros* que se enfrentan a causa de los celos. Las consecuencias de esta moralidad en pugna desembocan en los impulsos del resentimiento que crea los valores del bien contra el mal, del egoísmo contra la solidaridad, y de las bienaventuranzas del cristianismo contra el imperio del placer de los sentidos y la vocación enérgica de la voluntad de poder. El cristianismo como religión se expresaría a través de los judíos que comenzaron a diseminar la “(...) moral de los esclavos: esa rebelión que –para Nietzsche– tiene tras sí una historia bimilenaria y que hoy nosotros hemos perdido de vista sólo porque ha resultado vencedora”.

Por último, la moral nietzscheana piensa que el poder estaría siempre identificado con la *salud floreciente* y la constitución física, lo desbordante, la guerra y la aventura. Lo contrario se manifiesta en la impotencia, lo espiritual y lo venenoso que encarna a los odiadores de la historia universal. Estos odiadores son ricos en espíritu pero tendientes a una degeneración que instituye un peligroso espíritu de venganza.



# 4

---

## La visión del pluralismo o la interdependencia

### Introducción

Este capítulo expondrá el pensamiento de los más prominentes representantes del pluralismo y los ángulos desde los cuales enfocan la arena internacional. El pluralismo está profundamente relacionado con algunos aspectos clave de la globalización. La perspectiva pluralista se basa en las siguientes premisas:

- 1) Las relaciones internacionales incluyen a una multiplicidad de actores y, por esta razón, hay una gran probabilidad de llevar adelante diferentes esfuerzos de cooperación. Con esto, los pluralistas rechazan la hipótesis realista de la centralidad total del Estado en el sistema internacional. Además, la agenda mundial no estaría determinada por temas de seguridad y poder, ni restringida a éstos. Los asuntos económicos, sociales y ecológicos son de enorme importancia. Por lo tanto, el pluralismo impugna la división sostenida por los realistas entre *alta política* (problemas de seguridad y poder) y *baja política* (problemas económicos y sociales).
- 2) Las actuaciones del Estado son el resultado de diversas burocracias e individuos con intereses y visiones no solamente diversos, sino además a menudo contrapuestos. Las decisiones políticas son el producto de un verdadero tira y afloja: negociaciones y regateos entre distintos órganos, intereses y percepciones. Por lo tanto, el Estado no es un actor unitario, sino una entidad compleja y entrelazada por múltiples estructuras institucionales. Además, el pluralismo sostiene que las decisiones, al ser tomadas por una diversidad de actores al interior de cada Estado, influenciados también por factores externos, difícilmente responden a cálculos

estrictamente racionales destinados a optimizar los recursos estatales en el contexto internacional.

- 3) Los pluralistas suponen también que las normas y las instituciones legales (regímenes) juegan un papel central en la política internacional. Dichas instituciones posibilitan que sobre los conflictos inter-estatales predomine la colaboración. En esencia, piensan que la ayuda mutua es más relevante y constructiva que los antagonismos.

El pluralismo está relacionado con la ideología liberal. Entre los pensadores clásicos que impactaron profundamente al liberalismo en su dimensión internacional pueden citarse a John Locke, Emmanuel Kant (*Paz Perpetua*, 1795), Adam Smith, y Richard Cobden. Para alcanzar la paz, Kant proponía una *ciudadanía global* (no basada en el Estado nacional), defendiendo la instauración de una federación de naciones democráticas junto con el libre mercado. En esta misma orientación, Richard Cobden proponía el comercio internacional abierto, la comunicación entre los pueblos y la interdependencia, como los recursos más efectivos para lograr la paz internacional (Cobden, 2017).

El pensamiento liberal atribuye los conflictos a las condiciones socio-económicas en que viven los pueblos y a las instituciones defectuosas. No cree que existan impulsos agresivos y guerreristas innatos e irrefrenables en el hombre, ni tampoco que los Estados tengan siempre una insaciable sed de poder y supremacía. Por el contrario, el liberalismo sostiene que las democracias pueden prevenir las guerras. De hecho, los conflictos armados entre regímenes democráticos son muy raros o, simplemente, inexistentes. Para el pluralismo, existen varias razones que explican la inclinación hacia la paz entre los Estados democráticos:

- a) Las decisiones no las toma una sola persona, pues el pueblo está involucrado en aquéllas.
- b) Las guerras son costosas en términos humanos y materiales, lo cual obstruye los flujos comerciales en los que interactúan poderosos sectores nacionales y transnacionales. Esto hace que los Estados democráticos compartan valores, perspectivas e intereses comunes que los inclinan hacia la resolución legal y pacífica de las controversias.

La visión liberal incluye consideraciones éticas, tales como la vigencia de los derechos humanos que debe regir por encima, inclusive, de la soberanía estatal. Aunque la soberanía es vital para los realistas, entre los liberales está condicionada por valores superiores. Tales consideraciones fueron la base de acciones de una parte de la comunidad internacional (la Organización del Tratado del Atlántico Norte, OTAN), para intervenir en la guerra de la antigua Yugoslavia, o en el caso de la intervención humanitaria de los Estados Unidos en Somalia. Lamentablemente, dicha intervención resultó ineficaz para terminar la brutal guerra tribal que destruyó a ese país africano, un triste caso de Estado fallido después de su independencia en 1960.

La convicción liberal está convencida de que los valores éticos deben prevalecer sobre otras consideraciones. Por esta razón, los liberales cuestionan el fenómeno del imperialismo. Éste, además de ser dañino, tendría que representar a un proceso transitorio para dar paso a otras formas más justas de interconexión económica. El imperialismo tuvo múltiples expresiones a lo largo de la historia, desde Asiria, Macedonia y Roma, hasta España, Francia, Inglaterra, Estados Unidos y la misma Unión Soviética. Sin embargo, el tipo de imperialismo que recibió mayor atención fue el que expresa las relaciones de dominación-sujeción, impulsadas por las naciones industrializadas más poderosas que practicaban la economía de mercado a finales del siglo XIX y comienzos del XX.

Entre los teóricos democrático-liberales que criticaron el imperialismo, se encuentra el célebre economista, Joseph Schumpeter, quien señalaba que el capitalismo hace al individuo más racional debido a la búsqueda del mayor beneficio dentro de un marco de legalidad. Esta tendencia del capitalismo habría de extinguir al imperialismo, fenómeno que se basaba en el peso de las industrias de la guerra, en los instintos agresivos y naturales (pero irracionales) del hombre y en el monopolio de los exportadores. Todos estos factores eran, o son, obstáculos para el desarrollo de las sociedades prósperas. El imperialismo tendría que ser desmantelado para poder progresar en el mundo moderno. Schumpeter llegó a una conclusión diametralmente opuesta a la que sostuvo Lenin. Mientras éste consideraba que el imperialismo era una fase necesaria y una enfermedad terminal del capitalismo (lo cual resultó ser un cálculo

erróneo), Schumpeter pensó que el capitalismo acabaría con el flagelo del imperialismo para proseguir con un desarrollo más acelerado, dentro de la democracia y la economía de mercado (Schumpeter, 2015).

Las características esenciales del liberalismo como inspirador del pluralismo, en confrontación con el realismo, serían las siguientes:

1. Enfoque filosófico pesimista en el realismo; optimista en el liberalismo.
2. Visión de la naturaleza humana competitiva en el realismo; cooperativa en el liberalismo.
3. Unidades políticas claves: los Estados en el realismo; los actores estatales y no estatales en el liberalismo.
4. Preocupaciones centrales: incrementar el poder militar (temas de seguridad) en el realismo. Promoción de la coordinación de políticas y el fomento de regímenes internacionales (derecho internacional) en el liberalismo.
5. Estructura del sistema global: anarquía en el realismo, (ausencia de una autoridad supra-estatal). La anarquía entre los Estados también es reconocida por el liberalismo, pero acompañada de una gran red de instituciones no estatales y abundantes nexos transnacionales.
6. Enfoques sobre la paz: el balance de poderes en el realismo. Seguridad colectiva por medio de organismos y acciones multilaterales en el liberalismo.
7. Visión del futuro: el realismo prevé una continuidad en las condiciones generales que han prevalecido en la arena internacional (competición por el poder entre las grandes potencias y cambios basados en las variaciones del poder relativo entre los Estados más poderosos). El liberalismo y la visión pluralista consideran que en la arena internacional irrumpirán muchos cambios, junto con una mayor cooperación internacional al diseminarse los regímenes democráticos, la libertad de los mercados y la prevalencia de las normas e instituciones internacionales.

Muchos de los proyectos e ideales del liberalismo y la interdependencia sufrieron duros reveses en los períodos de las dos Guerras Mundiales. De esta manera, la Sociedad de Naciones fracasó al no poder evitar las agresiones de Japón e Italia contra Manchuria y Etiopía en la primera mitad



del siglo XX. La Corte Permanente Internacional de Justicia, aunque fue un experimento que tendría continuación en la Corte Internacional de Justicia de La Haya, no pudo funcionar como el organismo destinado a imponer el Derecho Internacional para combatir la arbitrariedad y la fuerza. A medida que se ennegrecían los nubarrones de la Segunda Guerra Mundial, la visión realista recobró enorme fuerza. Los realistas calificaron peyorativamente a los liberales e interdependentistas como *idealistas*.

Sin embargo, la visión pluralista estaba lejos de haber muerto. Resurgió con renovado vigor tras la Segunda Guerra Mundial, en vista de la creación de toda una red de normas e instituciones internacionales orientadas hacia el entendimiento y la cooperación con diversos alcances geográficos, estructuras y naturaleza funcional. Así nacieron las Naciones Unidas (NNUU), la Organización de Estados Americanos (OEA), y desde Breton Woods, el Fondo Monetario Internacional (FMI), el Banco Mundial (BM), o el Acuerdo General sobre Tarifas y Comercio (GATT). Además, desde entonces han aparecido miles de organizaciones no gubernamentales (ONG), multiplicándose los nexos globales de naturaleza comercial, cultural, científica, militar, demográfica y profesional.

### **Los principales impulsos teóricos**

Un interesante desarrollo teórico pluralista fue impulsado por el evidente crecimiento de los vínculos no solamente inter-estatales (es decir, los nexos tradicionales al más alto nivel de los representantes de los Estados), sino también de los nexos trans-gubernamentales entre agencias o funcionarios de niveles menos elevados. Surgió el desarrollo exponencial de los vínculos transnacionales en los sectores económicos, sociales y culturales. Dentro de esta tendencia caben instituciones como las corporaciones multinacionales y las organizaciones internacionales de naturaleza laboral, religiosa, cultural, política y caritativa con presencia en todo el mundo. A continuación se expondrán las principales ideas aportadas por los más reconocidos teóricos de la interdependencia.

Autores como Robert Keohane y Joseph Nye encuentran varios canales que interconectan a las sociedades. Estos nexos pueden ser formales o informales y se establecen tanto entre las élites de cada Estado

nacional, como entre funcionarios gubernamentales. Igualmente se crean vínculos entre funcionarios no gubernamentales o entre organizaciones transnacionales como las corporaciones multinacionales de bancos, industrias y cadenas de tiendas con afamadas marcas. La agenda de las relaciones inter-estatales consiste en una variedad de temas que no están ordenados u organizados en forma jerárquica. Además, en tales agendas no se puede separar rígidamente (como se ha hecho en forma tradicional) la política doméstica de la internacional (Keohane, Robert O. and Nye Jr., Joseph S., 2001).

Muchas acciones de política nacional pueden tener impacto en la arena internacional. Inversamente, los eventos internacionales pueden impactar profundamente la política interna y la economía de los Estados. Los problemas transnacionales ya no son la preocupación ni el quehacer exclusivo de los ministerios de relaciones exteriores. Al contrario, esos problemas afectan a casi todas las ramas internas de los gobiernos y estas ramas, a su vez, participan en estudios y decisiones que producen consecuencias internacionales.

Las ideas de Wolfram Hanrieder, señalan, asimismo, la existencia de dos movimientos o tendencias en los Estados modernos: actividades independientes y crecientes en lo interno, e interdependencia en lo externo. El Estado nacional creció casi incesantemente en términos de poder interno: más regulaciones, impuestos, educación, seguridad social, etc., hasta cubrir y envolver cada aspecto de la vida de cada persona. Sin embargo, los Estados se hicieron cada vez más interdependientes a nivel mundial (Hanrieder, 1974).

El nuevo nacionalismo que retomó fuerza después de la Segunda Guerra Mundial tuvo como resultado, no sólo el nacimiento de numerosos Estados, sino además el surgimiento de barreras que impidieron a las naciones más poderosas imponer fácilmente su voluntad sobre las más débiles. Este fenómeno creó, por una parte, una comunidad internacional más amplia y, por otra, obstaculizó la cooperación. Sin embargo, las crecientes exigencias de la población de cada Estado, sus mayores demandas de salud, educación y protección imposibilitaron a muchos Estados poder satisfacer aquellas demandas. Esta situación forzó la búsqueda de cooperación e interacción con otros Estados, conduciendo a la gradual eliminación de las esferas entre

lo doméstico y lo internacional. Las posibilidades de colaboración parecen mostrar los siguientes tipos de interacciones:

- Interacciones horizontales: son las tradicionales relaciones entre los órganos oficiales de los Estados. Pueden ser bilaterales o multilaterales.
- Interacciones laterales, que ocurren entre sociedades de distintos Estados. Son conocidas también como relaciones transnacionales.
- Interacciones integradoras: son propias de los procesos supranacionales; probablemente el máximo ejemplo contemporáneo de este tipo de interacciones son las que llevaron a la formación de la Unión Europea.
- Un contexto permisivo, es decir, muchos canales y contactos, pocas barreras junto con un comercio internacional fluido.
- El desarrollo del nacionalismo, fenómeno posible a pesar de que existe una intensa participación en actividades trans-gubernamentales y transnacionales.
- Posibilidad de que los conflictos internos, originados en la distribución de recursos dentro de un Estado, puedan extenderse más fácilmente al sistema internacional (cada vez más interdependiente, ya sea en los ámbitos regionales o globales).
- Un proceso de convergencia entre los asuntos políticos internos y los externos. Este proceso es especialmente vigoroso en el mundo industrial.
- Pérdida de preeminencia de los temas de seguridad en las relaciones entre los países desarrollados. Los conflictos territoriales habrían desaparecido casi totalmente. Por esta razón, la distinción entre *alta* y *baja* política perdería relevancia.

Según Hanrieder, el poder y la seguridad (y los bienes relativos a la defensa) son indivisibles, pero ocurre lo contrario con lo relativo al bienestar y la cooperación. Cuanto mayor sea la importancia de las actividades distributivas de riqueza, tecnología e información, menores serán las actividades relativas a la política del poder y la seguridad. Todo ello ha contribuido a la política internacional como actividad de intenso intercambio. El flujo de materias primas estratégicas, la producción de alimentos en un mundo superpoblado y la intensa producción de bienes

con alto valor tecnológico, convirtieron al mercado mundial en un escenario interdependiente, casi imposible de romper.

A esta situación debe agregarse la creciente presencia de los países del Tercer Mundo en el comercio transnacional, lo cual hace que el mundo contemporáneo sea mucho más complejo, tanto en temas distributivos como en las preocupaciones por la seguridad. Éstas, sin duda, se han agrandado debido a realidades vinculadas con el narcotráfico, terrorismo y la proliferación nuclear, obligando también a los Estados a ceder grandes partes de su soberanía doméstica para enfrentar aspectos importantes del crimen organizado a escala universal.

Otro concepto importante para el pluralismo se refiere a la *política burocrática* que es el proceso por el cual las personas dentro de cualquier gobierno negocian entre sí diferentes asuntos políticos complejos. La discusión se deriva de dos hechos básicos: primero, no existe un solo funcionario que tenga la habilidad, el conocimiento, ni el poder como para resolver por sí solo todos los temas y problemas de su función y cargo. Segundo, los funcionarios tienen diferentes puntos de vista sobre cómo resolver o enfrentar temas específicos de la política exterior o política interna. La política exterior como resultado de la política burocrática, muchas veces no corresponde a las expectativas previstas por una planificación racional, sino que va configurándose en medio de una gran incertidumbre y frente a la cual es necesario actuar con cautela y de forma colaborativa.

Diferentes burocracias pueden tener, y a menudo tienen, disímiles y hasta opuestas perspectivas sobre un mismo tema. En la historia mundial, es conocido el ejemplo de la invasión soviética a Checoslovaquia en 1968, acción que generó el rechazo hacia la URSS de varios partidos comunistas euro-occidentales. Esto era algo que temía el Ministerio de Relaciones Exteriores soviético, mucho más cauto en este episodio que el Ministerio de Defensa o las Fuerzas Armadas. Existen burocracias que pueden filtrar información para defender su posición, tal como ocurre con frecuencia en los países democráticos donde la prensa tiene, normalmente, un gran poder.

Dentro de las burocracias existen, además, individuos con diferentes perspectivas e inclinaciones. Unos están más orientados a la confrontación, otros a la negociación. Además, existen subculturas organizativas, temas de jurisdicción y diversas preferencias. Características de casi toda burocracia,

es su resistencia al cambio (su apego a las rutinas operativas), y su negativa aceptar diferentes formas de control. Cuanto más grande sea un grupo burocrático, mayor independencia tendrá y actuará con mayor discreción o arbitrariedad, influyendo negativamente en la toma de decisiones de la política exterior. Uno de los ejemplos lamentables se encuentra en las burocracias civiles y militares que impulsan las pruebas de armas nucleares o la formación de comandos especiales para llevar a cabo operaciones que desestabilizan una serie de países como en el Medio Oriente.

Por lo tanto, la formación de la política burocrática contradice los postulados realistas de la unidad y la racionalidad en las estructuras estatales. Es por esto que el perfil teórico pluralista prefiere analizar los problemas de política exterior desde aspectos múltiples, fomentando la investigación de una serie de detalles y promoviendo el diálogo, muchas veces, contradictorio, pero sustentado en varios puntos de vista antes de tomar una decisión. La cooperación puede hacerse dificultosa, aunque en el mediano y largo plazo suele traer beneficios más democráticos. Las burocracias podrían, eventualmente, volcarse en contra de un régimen democrático donde prima la transparencia y rendición de cuentas frente a la soberanía del pueblo; sin embargo, el pluralismo enfatiza en las diferencias de acción y orientaciones ideológicas que poseen las burocracias cuando tratan de construir una política, sea exterior o doméstica. De cualquier manera, la interdependencia obliga a muchos funcionarios de gobierno e instituciones no gubernamentales, a buscar relaciones de amistad y ayuda, en lugar de congelarse únicamente en cálculos de poder.

El pluralismo explica también las diversas formas en que la política exterior es influenciada por la política doméstica, a través de una multiplicidad de actores. En los países democráticos, la existencia de una sociedad civil ampliamente desarrollada, hace que se debilite constantemente la visión del actor racional y unitario. Sería erróneo considerar al Estado como una entidad parecida a un cuerpo monolítico, cuyas decisiones en política exterior son impenetrables y distantes de la comunidad y de los individuos. En realidad existen muchos niveles y grupos que desde dentro del Estado influyen sus relaciones internacionales. Los distintos niveles que aglutinan varios actores políticos, serían: a) el público informado o atento; y b) las élites no gubernamentales que, a su vez, se subdividen en

élites de intereses, élites de la comunicación, élites gubernamentales, élites administrativas y élites políticas.

En lo relativo al público informado o educado, no se trata de identificar un tipo de élite. Este tipo de público es un sector con conocimientos que sigue los temas políticos a través de diarios, televisión, radio, Internet y, en muchos casos, se une a diversos debates por medio de lecturas de mayor nivel tales como libros y revistas especializadas. El público informado, o más bien una parte del mismo, puede ejercer presión sobre las políticas gubernamentales, pero se trata normalmente de una acción dispersa y difuminada. Sin embargo, desde allí se pueden extender las corrientes de opinión y diversas posiciones políticas hacia otros segmentos de la población.

Las élites de interés son también diversas e incluyen a los grupos dirigentes de sectores como el mundo del trabajo, la dirigencia sindical, comercial, agrícola, industrial, religiosa, étnica, femenina y hasta veteranos de guerra. Las élites de la comunicación poseen o controlan los medios independientes de comunicación de masas (diarios, TV, etc.). Influyen, sin duda alguna, en el público atento, en las élites no gubernamentales y en las gubernamentales.

En cuanto a las élites políticas, quizás sea conveniente apuntar que éstas no son necesariamente gubernamentales. Los dirigentes de partidos y otras organizaciones de naturaleza política son parte de la élite política, aunque no sean un segmento del gobierno. Ciertamente, en el caso específico de Estados Unidos, dada la naturaleza bi-partidista del sistema, los miembros más importantes de cada partido usualmente llegan al gobierno, o al menos a los aparatos del Estado, como el Congreso, ya sea federal o estatal. Pero en otros países hay partidos que aunque no lleguen al gobierno en un momento o período dado, cuentan con dirigentes de gran influencia y por ello son parte de la élite política. Por ejemplo, esto es lo que ocurría con la dirigencia del Partido de Acción Nacional de México (PAN), que tenía peso político, aunque pasó décadas antes de tomar posiciones de poder dentro del aparato administrativo, legislativo o judicial en el Estado mexicano.

Las élites ejercen influencia sobre las relaciones exteriores de un país, en uno u otro momento. Los sindicatos industriales pueden enfrentar

a los tratados de libre comercio en distintas partes del mundo. Los grupos religiosos pueden oponerse a una guerra o proteger a los inmigrantes irregulares, presionando por leyes migratorias todavía más amplias, con lo cual coinciden con las peticiones de muchos de los países de origen de los emigrantes ilegales. Las élites de distintos países también juegan un importante papel en las relaciones transnacionales. Son grupos relacionados entre sí por diversos nexos y por actividades que practican cruzando las fronteras nacionales.

Además, resalta la importancia del impacto de la modernización en las relaciones internacionales de las sociedades modernas, no obstante las diferencias geográficas o ideológicas. La modernización constituiría un proceso liderado por las naciones atlánticas o euro-occidentales y sus descendientes directos. Este proceso posee las siguientes características:

1. Crecimiento del conocimiento y del control del medioambiente físico.
2. Creciente centralización política.
3. Crecimiento de organizaciones burocráticas especializadas, tema relacionado con la centralización.
4. Producción de superávits económicos y riqueza generalizada entre poblaciones enteras.
5. Urbanización acelerada en todo el mundo.
6. Politización de las masas.
7. Ajuste psicológico al cambio. Aceptación de lo fugaz sobre lo permanente.

La modernización ha modificado mucho las diferencias que en política exterior imponían (e imponen todavía) los asuntos ideológicos (democracias versus dictaduras totalitarias), o los temas de capacidad y poder (el caso de grandes potencias versus Estados menores o débiles). El proceso de modernización creó una red densa y muy nutrida de interdependencias. Esta realidad ha alterado la distinción clásica entre política interna y externa, a pesar de que la soberanía es un tema que continúa generando varias controversias. Si bien los Estados tienden a priorizar los aspectos relativos al bienestar de sus ciudadanos, las capacidades estatales han decrecido no obstante un evidente aumento de la centralización de las funciones ejercidas hoy por algunos Estados.

La separación entre política doméstica e internacional es la distinción tradicional más básica que se está rompiendo bajo el proceso de modernización. Dicha distinción es mucho más clara en las sociedades no modernizadas, es decir, sociedades menos interconectadas e interdependientes en la esfera internacional. En el caso de las naciones desarrolladas, la existencia de armas nucleares y de los sistemas de ataque transcontinentales han cambiado la forma en que se resuelven las disputas, dado el elevado costo humano y material que conllevaría un conflicto nuclear.

La incorporación de nuevos territorios es un tema totalmente excluido por las naciones modernas. De allí que las disputas territoriales aparezcan entre países no modernos. Estos son algunos factores que han contribuido al cambio de los objetivos estratégicos internacionales de las sociedades modernas. Hoy día, lo prioritario es la creación de riqueza y bienestar, sobre todo en la esfera doméstica, y el predominio de la cooperación sobre el conflicto.

En términos de teoría, lo que está ocurriendo en las relaciones internacionales con el proceso de modernización es el paulatino declive de la percepción realista de poder y seguridad, junto con el debilitamiento del paradigma de la unidad y racionalidad, en tanto que va surgiendo con mayor fuerza el modelo de la política burocrática. Las crecientes necesidades y demandas de la población, la naturaleza de las complejas burocracias enfocadas en temas domésticos, son condiciones que socavan gravemente el rol y el poder de los ministerios de relaciones exteriores, al menos en cuanto a las funciones que se les asignaron en consonancia con las realidades del siglo XIX.

Importante en el panorama hasta aquí delineado es la existencia de entidades financieras internacionales como el FMI (Fondo Monetario Internacional), el GATT (General Agreement on Tariffs and Trade, o Acuerdo General sobre Tarifas y Comercio) (hoy WTO u Organización Mundial de Comercio, OMC), o experimentos como el de la creciente integración de Europa Occidental. Estos organismos son actores importantes en el proceso de globalización. Muchas veces fomentan la cooperación, en otros imponen políticas comerciales y monetarias pero se alejan de un escenario donde predomine únicamente la lógica del poder



militar. Estos organismos internacionales se caracterizan también por llevar a cabo foros internacionales para debatir el futuro de una serie de políticas. De hecho, la producción de conocimientos e información es abundante en aquellas instituciones, estimulándose un escenario internacional abierto a la investigación y el análisis que se encuentra a disposición de todos, gracias al intenso intercambio de ideas generado por el mundo virtual de Internet.

### **Negociaciones entre múltiples actores y vocación por el poder: la Revolución Naranja en Ucrania**

La dinámica para administrar el poder no siempre se resuelve por medio de reglas electorales y la definición de instituciones democráticas. En muchos casos, el hecho de ejecutar elecciones libres con la participación de varios partidos políticos tampoco es la garantía que asegure plena legitimidad, ni queden resueltas por completo las contradicciones de un sistema político donde imperan las inclinaciones autoritarias. Esto hace necesario volver a evaluar las condiciones de surgimiento y desenlace de la Revolución Naranja en el año 2004. El pluralismo se presenta como un perfil teórico que permite el análisis internacional, concentrando las preocupaciones en un abanico de actores desiguales y contradictorios como todos aquellos que participaron en la resolución de los conflictos durante la Revolución Naranja en Ucrania.

Fue muy extraño que los medios de comunicación internacionales bautizaran como revolución a un proceso de negociaciones políticas que terminó con la definición del poder a manos de un conjunto de élites partidarias. Las elecciones del 31 de octubre de 2004 en Ucrania marcaron un proceso de pugnas entre los candidatos de entonces donde destacaban Viktor Yushchenko, líder de la coalición de partidos “Nuestra Ucrania” y Viktor Yanukovych, cabeza del Partido de las Regiones del este y del sur, además de ser el favorito del entonces presidente Leonid Kuchma.

¿Cuáles fueron las condiciones políticas que dieron lugar a un conflicto de carácter político, electoral y social complejo entre noviembre y diciembre de 2004? Básicamente, cinco elementos: primero, las intenciones de reelección que Kuchma tenía, para lo cual ejerció un control del parlamento donde intentaba aumentar las facultades presidenciales.

Asimismo, Kuchma tropezó con un rechazo popular por las denuncias de corrupción, abuso de poder y su involucramiento en la desaparición y asesinato del periodista Georgiy Gongadze (nunca resuelto hasta el día de hoy). Los intentos de Kuchma por controlar los hilos del poder, hicieron que armara la candidatura de Yanukovych y posicionara un recambio calculado frente a cualquier otra alternativa más democrática y pluralista.

El segundo elemento fue el sorpresivo empate en las elecciones de octubre entre los dos candidatos más votados, Yushchenko y Yanukovych. Ninguno de ellos obtuvo la mayoría del 51 por ciento, de tal forma que se realizó una segunda vuelta el 21 de noviembre de 2004. La Comisión Electoral declaró vencedor a Yanukovych en medio de sendas denuncias de fraude donde se evidenció una serie de ventajas a favor del líder protegido del presidente Kuchma. Los observadores internacionales detectaron intimidación, uso indebido de influencias y recursos del Estado, así como incompatibilidades entre el conteo de la Comisión Electoral y otros mecanismos de control. Es más, varios integrantes de algunas comisiones electorales locales fueron impedidos de asumir sus funciones, denotando una clara manipulación en todo el proceso.

El tercer elemento fue la movilización de la sociedad civil que tomó las principales calles y plazas de la capital Kyiv. El distintivo colorido fue el uso de bufandas, gorras y chaquetas de color naranja, un símbolo electoral que rápidamente se transformó en una señal política de protesta pacífica para desafiar al orden político imperante, con el fin de promover el cambio de gobierno y forzar reformas políticas más democráticas.

El cuarto elemento de carácter trascendental fueron las amenazas y presiones internacionales que atenazaron las negociaciones políticas. Por un lado, los Estados Unidos emitieron un comunicado público por medio del mismo Secretario de Estado Collin Powell, que afirmó rechazar los resultados electorales a favor de Yanukovych, al no cumplir con los “estándares internacionales” en materia de elecciones democráticas. Al mismo tiempo, Vladimir Putin, presidente ruso en aquel tiempo se expresó públicamente en contra de cualquier “intervencionismo extranjero en la agenda política de Ucrania”. Este conflicto, sutilmente internacional, transmitía una realidad evidente: por un lado, la candidatura de Yanukovych

y el presidente Kuchma eligieron el apoyo ruso debido a sus relaciones comerciales y alianzas tradicionales con Moscú. Por otro lado, los Estados Unidos recomendaron la ejecución de nuevas elecciones, favoreciendo directamente la candidatura de Yushchenko.

Este tipo de tensiones dibujaban un panorama estratégico donde la Revolución Naranja luchaba por establecer su propia voluntad de autodeterminación democrática, frente a estructuras internacionales en las cuales Rusia buscaba conexiones incondicionales con regímenes afines que son considerados “estratégicos para su seguridad territorial” chocando, por lo tanto, con las previsiones estadounidenses que trataban de expandir los lazos de Ucrania con la Unión Europea, la OTAN y una proyección más occidental. Esta agenda internacional expresaba, a su vez, cuán delicadas eran las condiciones de Rusia y las ex repúblicas soviéticas luego de la desaparición del comunismo en 1991. La agenda de Yanukovych, Kuchma y Putin consistía en desarrollar proyectos y relaciones lejos de la OTAN y los Estados Unidos, mientras que Yushchenko y sus bases nacionalistas tuvieron que aprovechar los signos de apoyo político estadounidense, junto a la eventual apertura hacia una agenda pro-europea.

En un lado de la medalla estaban en juego los intereses plenamente democráticos para una consolidación pluralista del sistema político y una legitimidad que valore en su correcta dimensión el voto ciudadano como eje de cualquier democracia y agenda pública. Mientras que al otro lado de la moneda estaban las previsiones de aquellos líderes que harían cualquier cosa para controlar el poder, instrumentalizando para eso el apoyo internacional y los equilibrios de influencia en un contexto geo-estratégico.

El quinto elemento gravitante para las negociaciones políticas fue la institucionalidad doméstica; es decir, el funcionamiento del sistema político democrático en sí mismo. Ucrania debía consolidar sus instituciones políticas o correr el riesgo de un reflujo anti-democrático. Este dilema fue resuelto por la Corte Suprema de Ucrania que intervino para anular los resultados de la segunda vuelta electoral de noviembre de 2004, tratando de preservar un equilibrio entre los postulados constitucionales y las elecciones que debían solucionar los problemas sobre la titularidad del poder por medio de mecanismos con legitimidad. Las movilizaciones

sociales rechazaron directamente la cuestionada victoria de Yanukovych y se aprestaron a enfrentar una posible represión por parte del presidente Kuchma.

Si entendemos por interés aquel conjunto de acciones estratégicas destinadas al logro de un fin específico, debemos incorporar simultáneamente el concepto de conflicto como un enfrentamiento de intereses disímiles, ligados a grupos de poder e instituciones. En el caso de los conflictos en la Revolución Naranja, los intereses se ordenaron de la siguiente forma:

- a) Candidatura de Viktor Yanukovych: sus intereses giraban en torno a imponer los resultados electorales de la segunda vuelta en el proceso del 21 de noviembre, desoyendo las críticas sociales y las denuncias de fraude. Esto consolidaba el poder del presidente Leonid Kuchma y se proseguía con la agenda política ligada a una orientación que favorecía la alineación internacional con Rusia, la subordinación a ésta para la compra del gas y una órbita de influencias en Eurasia al margen de la Unión Europea, posibilitando que el liderazgo ruso retome posiciones de poder. En el ámbito interno, la elección de Yanukovych protegería de manera más clara los intereses de los “oligarcas” que eran la nueva élite empresarial nacida después del hundimiento de la Unión Soviética. Los intereses político-económicos en este caso, giraban claramente alrededor del uso arbitrario del poder y una visión instrumental que funcione más allá de un sistema democrático con la participación de la oposición.
- b) Candidatura de Viktor Yushchenko: sus intereses se expresaban en la demanda democrática por buscar plena legitimidad para el ejercicio del poder. Al impugnar las elecciones de octubre de 2004 y movilizar a la sociedad civil para promover un cambio de gobierno, la coalición Nuestra Ucrania se dio cuenta perfectamente de que la sociedad civil iba a legitimar la titularidad del poder mediante una sucesión de líderes y un conjunto de reformas donde las atribuciones del presidente estén limitadas por el parlamento. En el ámbito internacional, el liderazgo de Yushchenko apareció como benevolente a los intereses estadounidenses y europeo-occidentales, surgiendo una alternativa de soporte político desde la arena internacional para fomentar el cambio pacífico de régimen.

El problema, sin embargo, descansaba en la heterogeneidad de la coalición porque si bien el objetivo era ganar elecciones limpias y remover del poder a Kuchma junto con Yanukovych, los intereses de largo plazo giraban alrededor de tácticas de poder personalista y proyecciones políticas de permanente influencia en el sistema como las pretensiones de Yulia Tymoshenko, que llegó a ser Primera Ministra, rompiendo su alianza con Yushchenko y sembrando la inestabilidad que duró hasta las elecciones de febrero de 2010.

- c) El papel y la influencia de Rusia: donde destacan básicamente las relaciones comerciales y energéticas. Rusia abastece de gas a Ucrania sobre la base de previsiones geopolíticas para mantener un dique de contención frente al avance del mercado y la homogenización financiera de la Unión Europea y el euro. Rusia tiene el interés de controlar a Ucrania, casi en la misma tendencia del pasado soviético.
- d) Los intereses de la Unión Europea: básicamente apoyando un sistema de varios partidos competitivos y con reglas electorales imparciales. Los estándares de democracia representativa junto con el libre mercado impulsado por la OECD, apuntan a incorporar dentro de su área de influencia a toda la órbita de ex repúblicas soviéticas. La Unión Europea trasluce, asimismo, la presencia de los Estados Unidos en el orbe financiero y político post-Guerra Fría.
- e) Los intereses de la sociedad civil: este es un ámbito importante pero al mismo tiempo contradictorio. Por un lado, la movilización de masas que precisamente dio nacimiento a la denominada Revolución Naranja, promovió una participación para que el voto popular sea respetado en las urnas, exigiendo a las élites políticas la necesidad de negociaciones que eviten un estancamiento y el surgimiento de la violencia, en beneficio de los intereses nacionales. Sin embargo, esto limitó el accionar de la sociedad civil y su participación efectiva en la esfera democrática porque las negociaciones sobre la titularidad del poder fueron transferidas hacia las resoluciones de la Corte Suprema, el Parlamento y la Comisión Electoral que luego promovieron los acuerdos sobre la base de cálculos partidarios. Por otro lado, las élites siguieron siendo las mismas, el poder fue

entregado a Viktor Yushchenko que finalmente ganó el proceso electoral luego de ser repetida la segunda vuelta en diciembre de 2004, aunque tanto Yanukovych, los oligarcas, como otros líderes que aparecen como independientes, permanecieron en sus ejes de influencia. Todos responden a las élites dominantes, inclusive las supuestas novedades como Sergei Tigipko, ex presidente del Banco Central y ex asesor de campaña de Yanukovych en el año 2004. Tigipko fue una revelación en las elecciones de 2010 al obtener un tercer lugar y participar en las negociaciones para resolver la crisis de un Primer Ministro y la conformación de un gobierno de mayoría relativa.

Las negociaciones políticas se realizaron en dos escenarios. Primero, por medio de acercamientos oficiales con la presencia de las partes en conflicto; es decir, el partido de Yanukovych y los negociadores de la alianza que apoyaba a Yushchenko. Las discusiones giraban en torno a la presión de la sociedad civil que había bloqueado los edificios gubernamentales colocando una serie de amenazas sobre el orden político e impugnando totalmente la autoridad del presidente Kuchma. El oficialismo, por su parte, exigía la suspensión de cualquier medida de presión, barajando la alternativa de una intervención violenta con las fuerzas policiales y el mismo ejército hasta retomar las condiciones de orden.

En segundo lugar, las negociaciones por “fuera de la mesa”, tuvieron lugar para asegurar que las élites políticas conserven sus dominios más allá de las expectativas de reforma y cambio democrático que aparecían en los medios de comunicación. Estas negociaciones resultaron efectivas porque se trataba de satisfacer aspectos neurálgicos que podían ser difícilmente aceptados por la opinión pública, específicamente: evitar aquellas reformas políticas donde el voto de censura en el Parlamento se transforme en un boomerang para la estabilidad de cualquier futuro gobierno. Reducir el antagonismo anti-ruso debido a la fragilidad económica y la enorme dependencia energética de Ucrania.

Las negociaciones de la Revolución Naranja finalmente terminaron en la convocatoria a nuevas elecciones nacionales para el 26 de diciembre de 2004. La sociedad civil participó activa y emotivamente porque triunfó Viktor Yushchenko. Su presidencia no pudo impulsar nuevas

transformaciones como inicialmente se esperaba, mientras la crisis política se reprodujo al romperse por dentro la coalición Nuestra Ucrania.

La Primera Ministra que emergía triunfante de la Revolución Naranja, Yulia Tymoshenko, acompañó por poco tiempo al presidente Viktor Yushchenko hasta el año 2006, siendo removida de su cargo, lo cual promovió la realización adelantada de elecciones parlamentarias. Yushchenko tuvo que nominar a su anterior rival político, Yanukovych como primer ministro para conseguir estabilidad por medio de acuerdos de gobernabilidad.

Este final pragmático y realista mostró que la democracia de coaliciones electorales en un sistema multipartidista, mezclado con un régimen presidencial-parlamentario, exige que las negociaciones sean el centro para la definición del poder. Los acuerdos pueden moverse muy bien dentro de intercambios sobre ofertas de espacios de poder, al margen de la legitimidad y la opinión pública. El denominativo de Revolución Naranja fue un momento de ilusión vendible ante la prensa internacional y el mercado de aspiraciones postmodernas donde todo se confunde con todo.

La negociación, más allá de sus virtudes para resolver conflictos, transmite claras oportunidades políticas donde es posible tomar lo que se pueda en el momento oportuno. Ganar, en el fondo, implica negociar con Dios y con el Diablo, con la izquierda o la derecha, con buenos y malos, feos, sucios y locos. La negociación es el arte de lo posible y, en el fondo, el escenario donde la política se desplaza con sus verdaderos rostros y facultades. Todo es negociable mientras sirva para validar alternativas y vocaciones de poder.

Las elecciones presidenciales de febrero de 2010 dieron la victoria al Partido de las Regiones de Yanukovych aunque sin obtener la mayoría absoluta, pues las fuerzas de Yulia Tymoshenko se posicionaron como la segunda alternativa de poder, resistiéndose a reconocer su derrota. El futuro gobierno nuevamente tuvo que pactar para controlar el Parlamento y el nombramiento del primer ministro, llegando a aliarse Viktor Yanukovych (Presidente electo) con Mykola Azarov (Primer ministro) y los líderes del Partido Comunista y el Partido del Pueblo. La historia se repitió y todo guardó el silencio de las negociaciones pragmáticas. Entretanto, el ex presidente Viktor Yushchenko perdió popularidad y la sociedad lo removió

del cargo, profundamente decepcionada. Su liderazgo durante la Revolución Naranja se eclipsó, o simplemente dicha revolución nunca existió.

### **Un caso abierto para el pluralismo: cambio climático, entre el pesimismo de la voluntad y el optimismo incierto**

Las espeluznantes inundaciones en Perú durante el mes de marzo de este año 2017 fueron súbitas, devastadoras y difíciles de enfrentar. Todo está directamente relacionado con el cambio climático. Este fenómeno es un hecho y requiere de un enorme esfuerzo de cooperación pluralista para enfrentarlo con éxito. El cambio climático está frente a nosotros y va a cobrar muchas vidas, destrozando las ilusiones de supervivencia. Prácticamente en toda América Latina se han incrementado los desastres naturales, sobre todo cuando vemos el péndulo que va de lluvias tormentosas hacia sequías desesperantes. Así se acrecienta la desaparición de la diversidad ecológica de plantas, insectos y animales. El género humano está cada vez más indefenso ante la madre tierra, al mismo tiempo que pagará un alto precio por su intervención corrosiva al explotar irracionalmente los recursos de la misma naturaleza.

Las catástrofes naturales siempre estuvieron presentes en la historia de la humanidad. Inundaciones, sequías, tormentas, terremotos, epidemias y plagas de enormes proporciones. El desarrollo de la vida humana y animal está sometido a las poderosas fuerzas de la naturaleza. Sin embargo, los fenómenos actuales como el calentamiento global, el cambio climático y los desequilibrios ecológicos se convirtieron en las nuevas amenazas que replantean el problema de la extinción de la raza humana y la destrucción irreversible de la propia naturaleza, justamente fruto de las acciones depredadoras del hombre.

Entonces, bienvenidos seamos al Antropoceno (Albaeco, 2017). Esta es la nueva época geológica que representa un cambio planetario donde el ser humano ha causado y sigue causando un profundo y demoledor impacto sobre los equilibrios sistémicos del planeta tierra: armas nucleares, sobrepoblación y sobreexplotación de los recursos naturales son algunos de los intimidantes ejemplos que marcarán las posibilidades e imposibilidades de vida para las nuevas generaciones. ¿Podemos revertir las consecuencias devastadoras de la depredación medioambiental?



En la vida cotidiana de millones de personas, el cambio climático está generando una serie de supuestos equivocados y desconfianzas sobre sus impactos a largo plazo. Al mismo tiempo, este fenómeno está asociado a dos causas antropogénicas estructurales; es decir, las acciones humanas que rompen con los equilibrios ecológicos desencadenan los siguientes efectos.

El primero se relaciona con el consumo excesivo de petróleo, gas, gasolina, combustóleo, carbón mineral, etc. Estos combustibles son utilizados en cantidades gigantescas por los sectores industriales y el transporte de bienes, movilidad de personas, producción de energía, contratación de servicios y el funcionamiento de los hogares, gobiernos y ciudades superpobladas. El espacio fundamental de este efecto son las grandes metrópolis, el punto de encuentro de múltiples contradicciones: lujo y desperdicio, pobreza y riqueza descomunal, sobrealimentación y marginalidad, comodidad y explotación irracional de todas las fuentes de energía. La ciudad puede ser el principio y el fin del capitalismo postindustrial, así como los patrones de conducta de millones que, incluso sabiendo cuáles son las terribles consecuencias del cambio climático, no podrán cambiar sus costumbres y expectativas. Gran paradoja: anhelar vivir según las comodidades del siglo XXI para luego periclitar con la desgracia de todo el planeta.

El segundo efecto está ligado con la deforestación de los bosques, selvas, matorrales y manglares, ya sea para emplear técnicas de tala y quema con el fin de reemplazarlos por cultivos, áreas de ganadería, o para promover asentamientos humanos, la urbanización de éstos y el desarrollo turístico. Cada año, en los países menos desarrollados se pierden millones de hectáreas de masas boscosas. Detrás de esto se oculta el sueño de ser un país industrializado a costa de provocar una crisis ecológica irreparable, resultante de la ambición del hombre que fomenta serios desequilibrios dentro de la naturaleza e incide en la misma reproducción del género humano. La raza humana perdió el respeto por el planeta y pone en duda su aprecio por todo tipo de formas de vida.

Por lo tanto, el cambio climático es uno de los problemas más graves de carácter social, político, ético y económico en el siglo XXI porque de éste depende la calidad de vida de las generaciones futuras, en un mundo

incapaz de regresar a un punto cero para reconstruir los ecosistemas (Peters, G.P. et.al., 2012).

En América Latina se están incrementando los desastres naturales, sobre todo las inundaciones y sequías que causan la desaparición de la diversidad ecológica de plantas, insectos y animales. Estos fenómenos se incorporarán, además, al surgimiento de pandemias y situaciones dramáticas de desnutrición infantil, problemas que van a necesitar políticas públicas mucho más complejas en su diseño e implementación, exigiendo demasiado a los Estados, los cuales, por lo general, todavía no han imaginado otras formas de desarrollo más allá del mercado, la sobreexplotación de la tierra y la acumulación ilógica de riqueza. ¿Todos están preparados por igual para controlar debidamente los efectos del cambio climático en la región? No todos, pues el mundo desarrollado tiene más recursos económicos y tecnológicos que el mundo pobre y desaventajado para enfrentar los problemas. El cambio climático muestra nuevamente cómo la desigualdad entre países se añade a las futuras dificultades, aumentando las condiciones de conflicto y crisis humanitarias.

El bienestar de la población mundial se ve sobresaltado por los fenómenos climáticos que están por venir, especialmente cuando se habla de la escasez de agua, disponibilidad de alimentos y la desaparición de los nevados. Diferentes encuestas han mostrado que en las percepciones de la sociedad existe un desconocimiento sobre el cambio climático, pues éste tiende a ser entendido únicamente como la contaminación medioambiental debido al estilo de vida moderno en las grandes metrópolis.

Sin embargo, eso no es todo. Hoy día, el cambio climático comienza a ser visto como un tema de seguridad global porque constituye un enorme reto para el mantenimiento de la paz y la seguridad en el ámbito internacional. Así emerge la necesidad de una mayor cooperación a nivel multilateral, regional y mundial con el objetivo de enfrentar las imprevisibles derivaciones del deterioro ambiental.

El análisis del cambio climático es un factor que detona varias emergencias en todo continente, además de las contradicciones que afectan a todo el mundo como efecto de las migraciones internacionales, la superpoblación, la urbanización contaminante, el aumento de los conflictos sociales y la ingobernabilidad de aquellos sistemas políticos débiles que

no poseen una institucionalidad con la capacidad de fomentar políticas públicas que, de alguna manera, ofrezcan soluciones para los terribles daños en el futuro próximo (Pierce, D.W. et. al., 2008).

La definición establecida en la Convención Marco de las Naciones Unidas, explica que el cambio climático se refiere a un conjunto de transformaciones del clima, atribuido, principalmente, a las actividades humanas que alteran la composición de la atmósfera mundial, sumándose a la variabilidad climática natural observada entre los años noventa y comienzos del siglo XXI. Son las acciones del hombre que directamente están matando el medio ambiente y generando las peores condiciones para que cambie el clima, sobre todo porque el aparato industrial a escala universal y la dinámica del desarrollo económico colisionan, indefectiblemente, con la protección de los recursos naturales y la preservación de los ecosistemas alrededor del mundo.

Si bien existe un consenso internacional sobre lo que significa el cambio climático, esto no es suficiente. Actualmente, Naciones Unidas impulsa una serie de esfuerzos para financiar varias iniciativas tendientes a prever políticas efectivas, pero no ha logrado conseguir un consenso político entre algunas potencias mundiales porque Estados Unidos, China, Rusia y la Unión Europea, todavía mantienen serias diferencias para articular una voluntad común y decidida.

En el terreno político, el cambio climático es analizado como si fuera un problema de seguridad y emergencia global, con la capacidad de afectar nuestra vida diaria en cualquier momento. La crisis climática pone de relieve tres tipos de conflicto que demandarán la construcción de una sólida voluntad política para cambiar una serie de tendencias negativas.

Primero; el incremento de las temperaturas por encima de dos grados en todo el planeta está conduciendo a una modificación del clima cuyas consecuencias son, potencialmente, irreversibles. Esto ya altera los ciclos agrícolas y está destruyendo los medios de subsistencia de millones de campesinos y comunidades indígenas pobres, ingresando a una crisis alimentaria permanente que representa un alto costo humano y económico para cualquier país de América Latina.

Segundo; en el periodo que va de 2008 a 2016, los costos de los alimentos básicos aumentaron a más del doble en todo el continente y

la combinación entre cambio climático, escasez, precios altos y crisis económica genera una situación sumamente volátil. Esto significa que la desaceleración en la producción de cereales en países pobres y con déficit de alimentos, unido al incremento en los precios de los alimentos importados debido a los combustibles caros, hará que América Latina enfrente una crisis alimentaria con impactos negativos en la estabilidad política y económica de todos los regímenes democráticos. Según las Naciones Unidas, ya en el año 2007 la producción de alimentos en el mundo se hallaba por debajo del crecimiento demográfico (Miller, M. et al., 2013).

Tercero; las alteraciones climáticas provocarán una fuerte desestabilización social y política en amplias regiones del mundo, lo cual incidirá en los difíciles equilibrios de la paz y seguridad internacionales. Las sequías e intensas lluvias también impactan en el problema. Países como Guatemala, Bolivia, México, Ecuador, Argentina, Colombia, Brasil y Perú, han sido azotados por sequías e inundaciones extremas que reportaron grandes daños en la economía desde el año 2007. En la gran mayoría de los casos, las reacciones gubernamentales son tardías, lentas, demasiado burocráticas e ineficientes, específicamente en los Estados que carecen de instituciones sólidas y están sujetos a la improvisación o la retórica sin intervenciones substanciales y duraderas que realmente beneficien a la gente.

El clima juega un papel determinante en la producción de alimentos y repercute, por lo tanto, en las condiciones de paz social. Sin embargo, con platos vacíos, cualquier Estado ingresa en un proceso de vulnerabilidad creciente e ingobernabilidad. Además, América Latina tiene un registro de conflictos políticos que fueron deteriorando la confianza de los ciudadanos en la democracia por diferentes motivos, entre estos la ineficacia estatal. La gente ya no confía en que el Estado la proteja y tiende a desechar la democracia, junto con su disgusto cuando ver de cerca diferentes catástrofes medioambientales. Si a esto agregamos los graves problemas del cambio climático como emergencia global, entonces la inestabilidad socio-política se transforma en la causa de futuras rupturas violentas por razones de sobrevivencia, especialmente cuando hablamos de la escasez de agua.

La amenaza es de tal magnitud que todos estos problemas llegan a los más altos niveles en las Naciones Unidas y de cualquier organismo

multilateral de cooperación para el desarrollo. A finales de noviembre de 2011, el ex secretario General, Ban Ki-moon, dirigiéndose al Consejo de Seguridad de la ONU en un debate sobre la paz y la seguridad internacionales, tomó en cuenta los efectos del cambio climático como uno de los enormes retos para resguardar los equilibrios de la seguridad política, en similar preocupación que los conflictos causados por el crimen organizado y las pandemias.

Ban Ki-moon subrayó la necesidad de tener compromisos interregionales para mitigar los efectos perversos del cambio climático, así como imaginar previsiones de largo aliento con la finalidad de cambiar las actitudes hacia la madre naturaleza de millones de personas, un reto sin lugar a dudas demasiado grande. Si bien muchos sectores de la población tienen información y buscan propagar conciencia sobre la necesidad de proteger el medio ambiente, al mismo tiempo no quieren renunciar a las comodidades de la vida moderna y prefieren llevar las crisis ecológicas hasta sus últimas consecuencias.

Así surge una paradoja difícil de solucionar. Por una parte, la gente de a pie está consciente de los grandes desastres que se avecinan con el cambio climático, pero por otra, no está dispuesta a cambiar, de inmediato, sus patrones de conducta relacionados con el consumo de todo tipo de mercancías, ni tampoco busca ahorrar energías o economizar agua. Nadie quiere dejar de lado sus áreas de confort dentro de un estilo de vida caracterizado por el derroche. La paradoja parece resolverse, solamente en el momento en que una tragedia ambiental o el calentamiento global ponen en peligro su propia vida o la de sus seres queridos.

Si fracasan los esquemas de cooperación internacional, no se sabría cómo abordar el desplazamiento masivo de personas, el crecimiento demográfico y los procesos de urbanización con creciente desabastecimiento hídrico y energético. El cambio climático es un problema multidimensional pero, sobre todo, se trata de un factor que lentamente destruirá las estructuras de gobernabilidad política y estabilidad económica en toda América Latina.

En la Decimoséptima Conferencia de las Naciones Unidas sobre el Cambio Climático realizada en Durban a finales del 2011, cerca de doscientos delegados del mundo se reunieron para avanzar en una respuesta

mundial a este fenómeno. Y aunque es indudable que una de las cuestiones a resolver continúa siendo el debilitamiento del Protocolo de Kioto, los gobiernos signatarios de los países industrializados, paulatinamente están ejecutando medidas para reducir las emisiones contaminantes de los Gases de Efecto Invernadero (GEI) en un 5% entre 2008 y 2016. De cualquier manera, tanto el Protocolo de Kioto como otro tipo de precauciones para paliar las consecuencias negativas del cambio climático, no pueden imponer mandatos, ni a los países ricos, ni a los países en desarrollo, incluidas las potencias emergentes como Brasil, China, India y Sudáfrica.

La conferencia sobre el cambio climático de París, celebrada entre el 30 de noviembre y el 12 de diciembre de 2015 alcanzó vitales acuerdos, reconocidos por 195 países. Por ejemplo, fue trascendental reconocer que debe limitarse el calentamiento del planeta tierra por debajo de 2° C a partir del año 2020, redoblando los esfuerzos para colocarlo en 1,5° C. Los países industrializados deben implementar planes de actuación con el fin de mitigar el cambio climático por medio de la reducción drástica de sus emisiones de dióxido de carbono.

Además, la Unión Europea y otros países desarrollados tendrán que seguir financiando la lucha contra los efectos devastadores del cambio climático, ayudando al mismo tiempo a los países en vías de desarrollo a reducir sus emisiones y aumentando sus posibilidades de resiliencia ante los efectos del deshielo del Polo Norte. Sin embargo, se presenta como algo imposible el hecho de detener la máquina del desarrollo, con el objetivo de reducir los efectos demoleedores del aparato industrial y la racionalidad instrumental del capitalismo global. ¿Cómo se podría generar un pacto sostenible entre los intereses económicos de las grandes potencias del mundo, la supervivencia de las futuras generaciones y la preservación de los equilibrios medioambientales en el mundo? ¿Se puede pactar con la madre naturaleza para evitar desastres ecológicos masivos? Estas preguntas no tienen respuestas inmediatas en los debates sobre el cambio climático como emergencia universal.

El poder de la economía siempre se impone por encima del medio ambiente y los desastres naturales causados por el cambio climático. Asimismo, la política tampoco es capaz de regular por completo las alteraciones y posibles efectos devastadores provenientes de la explotación

irracional de los recursos naturales, donde el consumo de fuentes de energía limpias y contaminantes, por igual, responden a los intereses económicos y a la industrialización constante, antes que a la protección de los ecosistemas.

El optimismo está a punto de terminar mal porque las economías de las potencias industrializadas, junto con los países en vías de desarrollo, no pueden comprometerse a trabajar en un tratado único y global, con el propósito de establecer nuevos fondos para afrontar el cambio climático y estimular transformaciones en los patrones de conducta de millones de ciudadanos, acostumbrados a no prever posibles catástrofes medioambientales.

De acuerdo con la Decimoséptima Conferencia de Durban, el nuevo acuerdo climático mundial con fuerza legal, apunta a la necesidad de asegurar los mayores esfuerzos posibles de mitigación para que los países reduzcan drásticamente sus emisiones de Gases de Efecto Invernadero o, por lo menos, bajar las tasas de crecimiento de sus emisiones, evitando que el ascenso de la temperatura global llegue a más de 2 grados centígrados, junto con la creación de un Fondo Verde para que los países más pobres sobrelleven los efectos negativos de los desequilibrios ecológicos (Payne, J. T. et al., 2004).

Este acuerdo deberá entrar en vigencia a partir del año 2020, pero fue duramente criticado por organizaciones como Greenpeace que sembró la desconfianza porque, supuestamente, los acuerdos de Durban fueron intentos tímidos, únicamente para satisfacer las prioridades de las grandes potencias industriales. Para Greenpeace, los contaminadores siempre ganan la ronda de las negociaciones, y hacen ver al mundo que pueden apropiarse de una discusión global sin tomar en cuenta un conjunto de medidas más honestas y verdaderamente humanitarias. En el fondo, las potencias no comparten sus privilegios ni su riqueza para que el mundo esté mejor. Deben entender que es vital proteger el planeta, más allá de intereses políticos o económicos unilaterales, de manera que el cambio climático es un motivo para lograr realmente una paz perpetua.

Los acuerdos de París del año 2015 entraron en vigencia en marzo de 2016 y se espera que 195 países firmen sus compromisos hasta el 23 de abril de 2017. Sin embargo, el nuevo presidente de los Estados Unidos, Donald Trump fue enfático al considerar que el cambio climático es una retórica

improbada y se negó a reconocer los acuerdos apoyados por Barack Obama en París. Si Estados Unidos no se une fervientemente para proteger los compromisos de París, otras potencias como China, India, Rusia y algunos países árabes seguirán por su lado, desbaratando un esfuerzo global para combatir el cambio climático como un hecho que, necesariamente, debe restringir los procesos de industrialización y crecimiento económico. Al retirarse de los acuerdos de París, el presidente Trump dio un golpe duro a una década de estudios que tratan de generar conciencia en torno al cambio climático, fomentando simultáneamente un enorme retroceso en términos de cooperación y voluntad política a nivel universal. De un momento a otro, Estados Unidos se convirtió en un enemigo ideológico y político del cambio climático.

Si combináramos los informes más discutidos en Durban, el trabajo del Grupo Intergubernamental de Expertos sobre el Cambio Climático (IPCC), los estudios de la Organización Meteorológica Mundial (OMM), del Programa de las Naciones Unidas para el Medio Ambiente (PNUMA), y los acuerdos de París COP 21 de 2015-2016, obtendríamos las siguientes conclusiones reveladoras:

- La atmósfera terrestre se ha ido calentando significativamente desde el comienzo de la era industrial; en consecuencia, el modelo de desarrollo industrializado es una de las raíces profundas para provocar el cambio climático y las graves alteraciones en el medio ambiente.
- Los glaciares se están derritiendo aceleradamente y este fenómeno acompaña directamente el calentamiento global, cuyas consecuencias serán desastrosas para la supervivencia de millones de seres humanos.
- Como resultado global se tiene una mayor frecuencia de fenómenos meteorológicos extremos que se distinguen por intolerables lluvias o sequías, las cuales deterioran la calidad de vida de todo el planeta.
- Los Gases de Efecto Invernadero representan una tendencia del desarrollo que irá en permanente aumento a lo largo del siglo XXI, si no se toman las previsiones para reducirlos. ¿Se podrá parar la máquina del desarrollo, o por lo menos, hacerla más lenta? Si esto



se lograra, ¿cuántos millones de seres humanos ingresarán en la pobreza? A mayor desarrollo, mayores posibilidades de combatir la pobreza, pero cuanto más se refuerce la maquinaria del desarrollo, mayores son las amenazas para desatar una tormenta perfecta de cambio climático que devaste nuestro planeta.

- El mundo en su conjunto debe desarrollar una visión solidaria y de cooperación global para evitar el sufrimiento de los más pobres y marginados que sufrirán los efectos del cambio climático (Yamin, Farhana and Depledge, Joanna, 2004).

América Latina y el Caribe se enfrentan al cambio climático porque poseen características ambientales peculiares, pues en nuestra región se localizan algunos de los países con mayor disponibilidad de agua dulce y más biodiversidad del planeta. Muchas naciones como Bolivia, Ecuador, Colombia, Brasil, Honduras, Nicaragua, El Salvador, Cuba y México presentan altos niveles de vulnerabilidad cuando surgen fenómenos climáticos gigantescos, pues así se desencadenan desastres que comprometen sus procesos de desarrollo. Por ejemplo, es importante observar el caso de los pequeños Estados insulares del Caribe, cuyas características les confieren una gran vulnerabilidad. Estas condiciones particulares contribuyen a explicar por qué América Latina ha desempeñado –y seguirá desempeñando– un papel destacado en las negociaciones multilaterales sobre el cambio climático.

América Latina comenzó a analizar seriamente el problema, enmarcándose dentro de las preocupaciones mundiales, pero el obstáculo principal descansa en la existencia de una brecha muy grande entre las buenas intenciones y las acciones concretas para lograr resultados satisfactorios que reduzcan las principales amenazas. Las políticas públicas que abordan este flagelo se concentran, especialmente, en la recuperación después de los azotes de cualquier desastre natural o contingencia climática.

Todas las acciones gubernamentales responden –antes que a previsiones de largo plazo–, al concepto de resiliencia, utilizado para referirse a los procesos naturales de restitución ecológica o de auto-regeneración eco-sistémica, es decir, intentar reconstruir algunos atributos y funciones dañadas, alteradas o perdidas por diversas causas (sobre todo las antropogénicas). La resiliencia también alude a las capacidades sociales

e institucionales que recuperen los niveles de vida de supervivencia, empleo y patrimonio, después de experimentar graves perjuicios fruto de las inundaciones, sequías, huracanes, etc.

La resiliencia es fundamental para entender las vulnerabilidades urbanas y regionales ante las consecuencias del cambio climático. Un diseño de las políticas públicas con resiliencia tendrá que mostrar la habilidad de América Latina para adaptarse al riesgo, mediante la construcción de cimientos institucionales que le permitan anticiparse y resistir los impactos de eventos extremos, así como reconstruirse como continente cuando padezca desastres durante largos periodos de tiempo. De cualquier manera, junto con las políticas de resiliencia, es mejor tener capacidades previsoras que se adelanten al surgimiento de los desastres.

Las políticas de cambio climático en América Latina deberán proponerse como meta esencial, la posibilidad de auto-organizarse y reajustar sus rutinas para afrontar los imprevistos y recuperar la normalidad. El cambio climático no es algo pasajero ni una eventualidad fácil de controlar. Todo lo contrario, exige que las sociedades latinoamericanas incrementen sus capacidades para aprender y cambiar con miras a una nueva forma de vida que reorienta los efectos perversos del actual patrón de desarrollo (Cohen, Marc J. et. al., 2008).

Hasta ahora, varios son los intentos de los gobiernos latinoamericanos que están impulsando políticas locales para enfrentar los efectos del cambio climático. Al mismo tiempo, se están difundiendo medidas de información y prevención, por medio de proyectos que parten de una lógica de ocho puntos de análisis y acción:

- 1) Ubicación de las zonas y poblaciones más vulnerables junto con la investigación de cuáles son las condiciones geo-climáticas.
- 2) Diagnóstico permanente del territorio y los rasgos demográficos.
- 3) Capacidad para tener gobiernos locales y/o metropolitanos con plena institucionalidad.
- 4) Posibilidades de acceder a presupuestos y mecanismos de financiamiento disponibles.
- 5) Posibilidades de tener especialización e inserción económica porque los gobiernos tienen que aprovechar sus mejores ventajas en las distintas actividades económicas, ya sea en el ámbito

local como regional, precautelando los excesos que reduzcan las amenazas provenientes de la explotación irracional de los recursos naturales.

- 6) Estudiar la historia de los desastres naturales y monitorear las situaciones extremas asociadas al cambio climático.
- 7) Analizar la historia de las respuestas e impactos de tales desastres y eventos extremos.
- 8) Promover la correcta administración local de riesgos, evitando todo tipo de ineficiencias, retardación de decisiones y la corrupción.

Cualquier mitigación y adaptación al cambio climático puede sintetizarse en tres políticas cruciales: a) reducir el uso excesivo de combustibles fósiles; b) disminuir substancialmente la deforestación; y c) incrementar el bienestar social, con el objetivo de cambiar de conducta e incentivar una mayor cohesión y cooperación de todos los países para reducir los grados de marginación, pauperización, desorganización y erosión social (Bryan, Elizabeth et. al., 2008).

El cambio climático golpeará con mayor inclemencia a los pobres y la gente sencilla de América Latina. Según la organización internacional no gubernamental, *Save The Children*, prácticamente 175 millones de niños en el mundo morirán al año por desastres naturales y como consecuencia del cambio climático. Debemos luchar por la supervivencia infantil previendo muchas acciones. A veces, se pueden realizar cambios simples, por ejemplo, dejar de comer carne vacuna. Está comprobado que el consumo de carne es una forma de desperdiciar el uso del agua y, además, crea muchos Gases de Efecto Invernadero, poniendo una enorme presión sobre los recursos de la tierra.

Una dieta vegetariana será mejor. La efectividad, entonces, no pasa necesariamente por esperar que las potencias industriales y los organismos internacionales hagan algo. Aquí hay mucha incertidumbre. Parte de la solución está en la sociedad civil y en los patrones de consumo: ser vegetariano, utilizar bicicletas, negarse a comprar tecnología computacional y telefónica. Ser más austero y volver, en gran medida, a las conductas frugales del siglo XIX, podría ayudar enormemente. ¿Es esto posible? Probablemente no.

Los problemas descritos no alcanzan a explicar todos los retos y problemas que el cambio climático plantea al pluralismo y al futuro de las relaciones internacionales, pero dejan claro cómo se interconectan los asuntos medioambientales con la seguridad nacional y global. Existe una evidencia irrefutable acerca de las fluctuaciones climáticas profundas originadas en factores tales como las variaciones en la órbita de la tierra y cambios en la inclinación del eje terráqueo, frente a los cuales la humanidad está desamparada y en los que no tiene (ni jamás tuvo) participación alguna.

El cambio climático cambiará los balances de poder. Por esta razón es vital preguntarse ¿cuáles serán los efectos sociales más relevantes del cambio climático? ¿Qué tipo de conflictos graves podrían ser los más probables? Tenemos siete problemas ambientales básicos: el efecto invernadero; el deterioro de la capa de ozono; la lluvia ácida; la deforestación; el empobrecimiento de las tierras agrícolas; la contaminación de las fuentes de agua y la explotación irracional de los recursos pesqueros. Mientras los dos primeros son de orden físico y global, los cinco siguientes son de orden regional, con manifestaciones específicas según los países que serán afectados. Los principales efectos sociales son: impacto sobre la producción agrícola; declive económico; desplazamientos demográficos; y alteración de las instituciones que no pueden intervenir a tiempo ante los desastres naturales. Todos estos factores provocarán conflictos que son, al mismo tiempo, enormes amenazas a la seguridad. Una tipología básica de los conflictos sería la siguiente:

- 1) Conflictos por simple escasez. Tales conflictos caen dentro del paradigma realista. Ocurrirán dentro de una relación sumacero y pueden ser explicados a través de teorías estructurales generales. Estos conflictos surgirán, o están surgiendo, a partir de la competición por recursos tales como las aguas de los ríos, las tierras agrícolas, y los recursos minerales. El objetivo para controlar este tipo de conflictos es remediar la escasez. La esfera o alcance del conflicto será internacional; por ejemplo cuando se habla del uso de biocombustibles y cómo muchas potencias industrializadas prefieren hacer caso omiso de las impresionantes hambrunas y crisis de desnutrición en países pobres como Haití, Sudán del sur, Palestina, Afganistán y las naciones del África subsahariana.

- 2) Conflictos por privación (o carencia) relativa. Este escenario surgiría, a medida que una gran parte de habitantes del Tercer Mundo vean que sus condiciones de vida se alejan de los niveles de vida de sus conciudadanos más prósperos, o cuando su nivel de vida sea comparativamente mucho más bajo que el de los habitantes del primer mundo. Las razones del conflicto descansarían en la redistribución de la riqueza o la justicia distributiva. Los alcances del conflicto podrían ser de carácter nacional o internacional.
- 3) Conflictos por identidad grupal. Estos conflictos se generan por la inmigración masiva desde África hacia Europa, o por la masiva emigración ilegal desde México, Centroamérica y El Caribe hacia Estados Unidos. Los grupos que llegan a un entorno cultural o étnico distinto, enfrentan una crisis de identidad, que puede desembocar en condiciones hostiles y hasta en crisis humanitarias como lo que comienza a manifestarse en varios países desarrollados.

El pluralismo explica los procesos de cambio y las transformaciones políticas en las relaciones internacionales, de una manera más amplia que el realismo. Éste, entiende al cambio, fundamentalmente en función de los conflictos y del crecimiento diferencial del poder entre las naciones. En contraste, el pluralismo examina una variedad muy extensa de factores para explicar la dinámica de las relaciones internacionales, donde ahora destaca la problemática del cambio climático que exige, en forma imprescindible, la necesidad de fomentar amplios esfuerzos de cooperación transnacional.

Si bien es cierto que el mundo está constituido por un creciente número de Estados y organizaciones internacionales. Estos actores son insuficientes para desempeñar las funciones necesarias que permitan satisfacer las demandas de las sociedades. Por ello, y como solución, el mundo del futuro estará signado por la cooperación. Estos cambios ocurrirán impulsados por dos procesos: adaptación y aprendizaje. Ambos procesos también estarán integrados en un mundo donde el conocimiento y la técnica jugarán un papel cada vez más importante.

En el proceso de adaptación existen transformaciones en el comportamiento de los individuos y las sociedades. La globalización es un fenómeno tan penetrante que intimida a millones de personas. Éstas se ven a sí mismas desprotegidas o expuestas a varias amenazas. Muchos

reaccionan tratando de ocultarse en las fronteras de los Estados nacionales y otros buscan el reforzamiento de sus tradiciones y costumbres. Sin embargo, las relaciones internacionales ahora contribuyen a mirar el nacimiento de los ciudadanos mundiales, el comienzo de una *ciudadanía global*. Para algunos esto es solamente una retórica, en vista del rechazo discriminatorio a los inmigrantes africanos, árabes y latinoamericanos en Europa y Estados Unidos. Pero para otros, es una oportunidad donde se abren varias alternativas económicas, profesionales, científicas y culturales de integración.

Aparecen nuevas actividades como los intensos flujos mundiales de la fuerza trabajo, mientras otras desaparecen como la organización de sindicatos de obreros donde se defendía la conciencia de clase. El cambio es incremental pero constante. Todas las teorías para comprender la globalización y las relaciones transnacionales, están en permanente revisión, así como la reformulación de los propósitos de organizaciones internacionales como las Naciones Unidas, Unión Europea, Banco Mundial y varios regímenes de integración en los cinco continentes. En la globalización actual, las sociedades adoptan nuevos valores transculturales sin cuestionar si son coherentes con los valores pre-existentes. La racionalidad técnica se impone.

En el proceso de aprendizaje global, igualmente existen cambios de comportamiento y la incertidumbre sobre dónde está el futuro para la humanidad y los individuos, es una característica que adquiere tonalidades de ansiedad, molestia y preocupación. Al mismo tiempo, hoy es viable la construcción de un nuevo conocimiento consensual provisto por comunidades epistémicas en diferentes partes del mundo, y triunfa la posibilidad de un conjunto de conocimientos pluralistas, con el acceso a fuentes de información inmediata y numerosa.

En este panorama los individuos no son prisioneros de las estructuras y el poder se usa de acuerdo a intereses bien informados, basados en el conocimiento. Los valores juegan un papel muy importante. La dinámica de los cambios políticos turbulentos proviene del nivel micro y del nivel macro; de las tensiones entre las fuerzas del pasado versus las ilusiones del futuro; de las contradicciones entre la continuidad y el cambio, y de los choques entre la interdependencia y el deseo de independencia.

Las causas de los cambios políticos (nacionales e internacionales) podrían ser las siguientes: el paso hacia el mundo post-industrial; el surgimiento de nuevos temas (el Sida, los cambios ecológicos, etc.); el poder limitado de los Estados para ofrecer soluciones a los nuevos retos; el debilitamiento de un determinado sistema, y la interacción entre todos esos elementos, en lo cual influye el hecho de tener la mejor información y la mayor capacidad de análisis que posee hoy el hombre común. Este modelo explicativo del pluralismo puede efectuar estudios sobre el cambio, bastante más amplios que los del realismo.

Los críticos del pluralismo son fundamentalmente los realistas. Las críticas más comunes son las siguientes. Los realistas explican que el pluralismo no considera adecuadamente la importancia de la *anarquía* en el orden internacional, ni el papel que juega el dilema de la seguridad. No es posible considerar adecuadamente las posibilidades de cooperación internacional, si no se toma en cuenta que la misma ocurre en un ambiente anárquico. Ignorar esta situación, argumentan los realistas, es pensar en términos utópicos. Por su parte, los pluralistas arguyen que priorizar temas como el dilema de la seguridad implica contribuir al mantenimiento del estatus quo y ayudar al cumplimiento de negras profecías de dominio y hegemonías con imágenes imperialistas.

Los realistas estiman que el énfasis en la no racionalidad de las decisiones en política internacional y el descansar en el estudio detallado de organizaciones y burocracias, atiborra con detalles los intentos de construir teorías, debilitando al mismo tiempo la capacidad explicativa de la teoría en relaciones internacionales. El realismo considera de gran importancia la simplicidad y la generalidad de las teorías que explican tendencias y procesos, más que detenerse en detalles. Los pluralistas replican, indicando que un examen minucioso de la realidad es necesario para la construcción de teorías sobre la globalización.

Los realistas consideran que los pluralistas otorgan excesiva importancia a las acciones voluntaristas de los Estados y de otras organizaciones para construir un mundo en el que predominará la cooperación y no el conflicto. Esta actitud voluntarista olvida los límites impuestos a la voluntad que emergen de las fuerzas impersonales como la situación de *anarquía* internacional. El realismo añade que desde el punto

de vista psicológico, los seres humanos tienen una innata orientación hacia el conflicto.

La perspectiva pluralista provee una visión detallada de diversos actores y procesos en las relaciones internacionales, subraya la cooperación internacional, pero descuida los aspectos de seguridad y poder que, para bien o para mal, también continúan siendo elementos de gran importancia en el mundo de la política internacional. Algunos pluralistas llegan a calificar la existencia del Estado como un verdadero absurdo y consideran que el sistema de Estados ha fracasado. Sin embargo no han sido formuladas (hasta hoy) alternativas factibles o prácticas, ni existen todavía opciones viables para substituir al Estado. Esto tampoco implica afirmar que el Estado moderno es la última y definitiva forma de organización política creada en la historia.

Los Estados no pueden enfrentar por sí solos los problemas, los retos ni las oportunidades que ofrecen, por ejemplo, los procesos como la globalización, la interdependencia, ni la erosión de la soberanía estatal asociada a las tendencias antes señaladas. La existencia de problemas globales apunta a la utilidad de un paradigma que, como el pluralista, sea incluyente.

Vale añadir, sin embargo, que el surgimiento de actores no estatales que amenazan la seguridad nacional de muchos Estados, y también al sistema internacional (fenómenos tales como el terrorismo, el narcotráfico o la trata de personas) presenta nuevas oportunidades al pensamiento realista. Estas nuevas realidades plantean la necesidad de que los aspectos fundamentales del realismo se complementen con elementos importantes del pluralismo. En esencia, la evolución de la realidad mundial está presionando por la flexibilización de las presunciones del realismo y también del pluralismo.



## 5

---

## Interdependencia y Globalización

Cuando escuchamos decir que el mundo es un pañuelo, nos asombramos por las diferentes formas en que estamos interconectados y podemos acercarnos unos a otros. Si el pañuelo se desdobra para caber en una mano, entonces da la impresión de que todo está a pleno alcance. Esta misma forma de ver las cosas puede, tranquilamente, hacernos pensar en lo que significa la globalización. Hoy día es más fácil para millones de personas saber detalles acerca de la vida de Michael Jackson, quién es Plácido Domingo, Lionel Messi, Antonio Berlusconi, Barack Obama, Nelson Mandela u Osama Bin Laden. Sin embargo, paradójicamente, muchas veces no tenemos mucha idea sobre los nombres de nuestros vecinos. El mundo parece haberse transformado en un pañuelo porque todos estamos cortados con la misma tijera al encontrar los mismos gustos, modas y formas de actuar en la sociedad de masas global.

La globalización es un fenómeno cultural, político, económico, social y tecnológico donde no hay casi ningún rincón del planeta que no use computadoras, teléfonos inteligentes, Internet, vehículos Ford, GMC o Toyota. Los antibióticos, medicamentos contra la malaria y otros fármacos que se emplean en el mundo, han prolongado la esperanza de vida de los campesinos del Tercer Mundo (con todo y su pobreza), mucho más allá de lo que fue la esperanza de vida en promedio a inicios del siglo XX en los países ricos de Europa y Estados Unidos. Los tremendos problemas financieros de *Wall Street* o la crisis de la euro-zona, son realidades que impactan a multitudes en el orbe internacional. Esto refleja la globalización, cargada de virtudes y defectos, de beneficios y costos. El proceso globalizador articula cientos de países y millones de ciudadanos, aunque al mismo tiempo daña las posibilidades de subsistencia debido a que se incrementó la concentración de la riqueza en muy pocas manos, haciendo que la cultural global sea profundamente inhumana.

Por otra parte, la globalización expresa la interdependencia entre varias sociedades y economías. El vocablo evoca también, en la mayoría de las personas, a un proceso muy reciente que involucra la multiplicación de las inversiones, exportaciones e importaciones, así como los movimientos de capital sin restricciones alrededor del mundo. Pero la globalización no es solamente económica, no es un fenómeno reciente, ni tampoco se desarrolla o va desarrollándose en línea ascendente, sin conflictos que aminoren o hasta detengan por un tiempo su marcha envolvente.

Asimismo, la globalización podría ser entendida como un síndrome de larga data que, probablemente, comenzó desde el siglo XV en Europa con exploraciones y conquistas de tierras y culturas distintas del mundo occidental. La diseminación e imposición de las formas de vida e intereses de Occidente fueron iniciadas por los Estados nacionales europeos, encabezados originalmente por Portugal y España. Otros países les seguirían notoriamente como Francia e Inglaterra.

Las expediciones que antecedieron a las europeas de los siglos XV y XVI (de los vikingos desde el norte de Europa hacia Norteamérica o los chinos en el Pacífico e Índico), no tuvieron consecuencias duraderas. Representaron simples episodios sin seguimiento. Se suspendieron, fueron esfuerzos perdidos que se recuerdan hoy como curiosidades históricas. En contraste, la Europa renacentista partió con un ánimo conquistador donde Occidente dejó una huella imborrable hasta la actualidad. Esto es irreversible, así como la globalización constituye un fenómeno objetivo que debe ser asumido como tal. Cuando se habla de los distintos tipos de crisis del capitalismo, es absurdo predecir el final de éste y de la misma globalización.

La era de las colonizaciones incorporó remotas regiones del mundo a la economía europea, a las luchas de poder entre los Estados de Europa Occidental y a las diversas expresiones religiosas del cristianismo. Del mismo modo se expandieron las lenguas como el español e inglés. Lo curioso es que los residuos de la colonización en diferentes partes de la tierra se mantienen sutilmente hasta el presente. Durante los albores de la globalización, en lo económico prevaleció la tesis mercantilista, es decir, una forma temprana del capitalismo en la que el Estado jugó un papel muy importante.

La doctrina mercantilista, incluso hoy impulsa la noción de prosperidad que descansa en la capacidad de crear y mantener una balanza comercial favorable: vender mucho a otros Estados, comprar estratégicamente y subordinar otras economías débiles, razón por la cual, el sentido de la racionalidad occidental sigue cultivando un propósito colonizador de forma tenue y persistente. Las consecuencias neocoloniales todavía están vigentes y, simultáneamente, son una gran fuerza descubridora que dio lugar al sistema internacional que conocemos. El mundo es un pañuelo colonial donde nuestras vidas son marcadas sin mucha resistencia. Por obra de la colonización desde el siglo XVI, la tierra dejó de ser una esfera desintegrada en compartimentos separados y mutuamente desconocidos: gentes y mercancías, ideas y ambiciones dieron la vuelta al mundo y lo cambiaron en un viaje sin retorno.

La globalización se inició, por tanto, desde hace más de 500 años. En la etapa inicial (finales del siglo XV y en los siglos XVI y XVII), aquélla fue sobre todo extensa (abarcaba virtualmente a todo el planeta), pero no era una tendencia ni intensa, ni veloz. A medida que transcurría el tiempo, la globalización no solamente cubría más áreas sino que, además, se hacía crecientemente vertiginosa. En esto jugaría un papel fundamental el desarrollo tecnológico, legal e institucional de los grandes actores o líderes de este proceso en diferentes momentos históricos.

En el terreno legal e institucional, tuvieron una gran influencia las sociedades anónimas, los bancos y los tratados de comercio internacional. Aunque la globalización está lejos de ser simplemente económica, uno de los índices de la amplitud e intensidad de este proceso, es el porcentaje del comercio internacional respecto del producto mundial de bienes y servicios. Las estadísticas revelan que el porcentaje del comercio internacional (como parte del producto mundial) tiende a crecer, a pesar de las turbulencias del año 2008. La experiencia histórica indica que tras épocas difíciles, el proceso de globalización ha retomado su avance.

Entre 1870 y 1914 (Guerra Franco-prusiana e inicio de la Primera Guerra Mundial respectivamente), el proceso de globalización económica fue tan acelerado que la relación producto global/comercio internacional no sería alcanzada nuevamente sino hasta en los años 70 del siglo XX. Lo que obstaculizó la globalización en el período 1918-1945 (entre la Primera

Guerra Mundial y el final de la Segunda), fue la carrera proteccionista que se desató entre los Estados más importantes del orbe. Dicha carrera redujo seriamente los índices del comercio internacional.

A partir de 1945, la comunidad internacional se embarcó en una nueva etapa de globalización más fulminante, liderada por Estados Unidos. En este período han tomado un nivel hasta entonces desconocido otros aspectos o facetas de la globalización: la faceta cultural, la política y la demográfica. Cabe recordar que no todos los grandes actores internacionales han tenido igual participación en el período de la globalización que empezó en 1945. Por ejemplo, el bloque socialista desaparecido desde 1990, fue durante su existencia menos activo y menos productivo que las naciones industrializadas de Occidente, que incluyen a Japón.

El desaparecido gran bloque socialista también fue parte de la globalización en campos como el tecnológico, militar e ideológico. Dada la serie de factores que multiplicaron desde 1945 el ímpetu del intercambio económico, comunicacional, cultural y demográfico, el proceso globalizador creó una tupida red de conexiones financieras y económicas internacionales alrededor de instituciones poderosas de alcance global tales como el Fondo Monetario Internacional (FMI), el Banco Mundial (BM) y la Organización Mundial del Comercio (OMS).

El propósito inmediato de la nueva arquitectura económico-financiera fue reconstruir a la Europa de la post-guerra. Estados Unidos estuvo dispuesto a incluir en este esfuerzo a la misma URSS y hacerla partícipe del célebre Plan Marshall. Sin embargo, el dictador soviético José Stalin rehusó la ayuda. Aquellas organizaciones prosiguieron y prosiguen sus operaciones para reforzar una estructura económica global, construida alrededor de la idea del libre mercado. Igualmente, en ese entorno institucional se promueven políticas promotoras de una disciplina fiscal. Las mismas instituciones colaboran para que los Estados mantengan estabilidad en las tasas de cambio de sus respectivas monedas, y otorgan préstamos a los Estados miembros en casos de iliquidez y de problemas en sus balanzas de pago.

Actualmente (sobre todo después de la grave recesión mundial iniciada en 2008-2009 y que se ha prolongado por varios años sin una solución clara a la vista), existe un creciente movimiento para re-evaluar

la función de esas instituciones internacionales. Además, se aboga por un mayor y más activo rol regulador del Estado en la esfera financiera. En países en desarrollo está fortaleciéndose la idea exigirle al Estado una mayor presencia en el circuito de las políticas sociales. En contraste, en la eurozona impera (al menos hasta mediados del 2012) la austeridad fiscal y los recortes de los gastos sociales en medio del cuasi-estancamiento económico y del creciente desempleo. Gran parte del debate en la Europa de hoy se centra sobre el tremendo dilema de cómo solucionar la crisis actual. ¿Siguiendo el modelo impulsado por Alemania de austeridad y recortes, o buscando estímulos para reactivar la economía, aunque esto acarrearía más endeudamiento para los países de la eurozona?

En el panorama global interconectado, el aspecto económico es el más estudiado, el rostro más claramente cuantificable de la globalización. Los adversarios de la globalización, desde la posición de las culturas no occidentales, señalan que Occidente está “uniformando” al mundo entero, imponiendo su cultura hegemónica y colonialista, destruyendo la diversidad. La cultura de un pueblo es la base de su identidad y muchos países alrededor del mundo estarían cayendo en la anomia, alienación, carencia de identidad y perfil propios, todo esto en la medida en que sus culturas se diluyen ante la expansión cultural occidental.

Sin embargo, una tesis similar es esgrimida por muchos ciudadanos de países occidentales, pero desde la posición opuesta a la anterior, es decir, en defensa de la identidad cultural de sus países, sujetos a los flujos migratorios incontrolados del Tercer Mundo. Estos grupos consideran que la globalización está desfigurando sus culturas, tanto por contactos a distancia (por ejemplo la música o la penetración del islamismo), como por la masiva inmigración legal e ilegal que está inundando a los países desarrollados, particularmente a Estados Unidos y a Europa Occidental. Múltiples argumentos occidentales presentan una clara aversión a la globalización cultural.

Otros observadores señalan que, culturalmente, la globalización es una calle de doble vía, de intercambios mutuos y que en ciertos casos aquélla ha reafirmado a ciertas culturas. Se toma como ejemplo al crecimiento del fundamentalismo, que en gran parte se origina como reacción contra Occidente. Cabe puntualizar que toda cultura es una entidad viva, sujeta

a transformaciones. Por esta razón, las culturas pueden rejuvenecer y fortalecerse desde su interior, o pueden dinamizarse desde su exterior, a través de contactos con otras culturas, incorporando elementos nuevos. Es importante para la evolución de una cultura (para su fortalecimiento o para su decadencia y hasta para determinar o no su muerte), la forma en que asimila esos estímulos externos.

Existen culturas de gran dinamismo y otras que son relativamente estáticas, aunque ninguna cultura es inmóvil. Hay culturas complejas y las hay comparativamente simples. El imparable aumento en la cantidad y la calidad de las comunicaciones hace, virtualmente, imposible el aislamiento cultural y por ende, inevitable el crecimiento exponencial de los contactos interculturales. Quiérase o no, esta realidad tangible acarrea profundos efectos sobre todas las culturas que existen en el planeta.

Un aspecto a destacar de multiculturalidad y globalización es el caso de Japón. Conocer el continente asiático es una oportunidad sin igual, especialmente por la rica cultura y el impresionante despegue económico de varios países como China, Singapur, India, Taiwán, Malasia o Corea del Sur. Es muy enriquecedor el diálogo intercultural al estar en Tokio, Osaka, Hiroshima y ciudades muy antiguas como Nara, que en algún momento fue capital del Japón medieval. Impresiona mucho la forma en la que hay una simbiosis entre la tradición budista y la modernidad contemporánea que convierte a Nara en un destino turístico muy hermoso por la gran cantidad de templos antiguos, los cuales están preservados de manera impecable. Es por esto que las pagodas y ruinas de Nara representan un verdadero patrimonio transcultural de la humanidad reconocido por la Unesco.

La espiritualidad de un país dice mucho acerca de la fuerza interior que puede expresarse también en la cultura. Japón tiene tradición budista y sintoísta, lo cual construyó una identidad muy particular, abierta al politeísmo, a la posibilidad de corregir errores y, finalmente, la identidad japonesa parece edificarse sobre la base de una filosofía en plena armonía con la naturaleza y la perennidad de los seres humanos que debemos hacer el bien, a fin de cultivar una ética de convivencia pacífica entre todos y de aceptación de la falibilidad.

Quizás este ímpetu espiritual no dogmático es lo que alimenta una hospitalidad muy apreciable. En Japón, como nación abierta a la

globalización y la preservación de su identidad cultural propia, es muy atractiva la conexión entre el budismo-sintoísmo y la modernización occidental de hoy. Nada se desperdicia, sino que se aprovecha para el bien de uno mismo y de todos, en una sociedad fuertemente pragmática para impulsar el capitalismo industrial hasta sus mejores expresiones.

Por otra parte, no es posible imaginar otro país que haya sufrido en carne propia los impactos destructivos de dos bombas atómicas y luego se haya recuperado por completo hasta convertirse en una potencia económica. Actualmente se puede caminar respirando aire normal en Hiroshima, tomar fotos de lugares que prácticamente fueron pulverizados y apreciar las opiniones de algunos sobrevivientes del desastre. La pregunta que aflora es: ¿profesan el resentimiento hacia los Estados Unidos por semejante agresión en 1945? La respuesta es única, práctica y muy sabia en los tiempos de globalización: ¿qué se ganaría con permanecer resentidos y obsesionarse con la venganza? Quienes piensan así, tienen toda la razón. No se puede salir adelante pensado únicamente en algún tipo de revancha histórica o reivindicativa. La globalización advierte que es inútil respirar por las heridas de las épocas coloniales. Esta podría ser una lección fundamental si entendemos la historia japonesa.

Japón es el ejemplo más importante sobre cómo la fuerza de la solidaridad y el temple interior, terminan en una disciplina moral que se transforma en carácter resiliente para remontar lo peor. Dos bombas atómicas son ahora parte de la historia universal, testimonios de la barbarie bélica y paradigma del perdón. Los japoneses abogan por la erradicación completa de las armas nucleares en el mundo. Es más, después de la tragedia de Fukushima el año 2011, dejaron de ser partidarios de la energía nuclear, optando por otro tipo de tecnologías y energías alternativas. Los damnificados del tsunami en marzo de 2011 fueron rescatados con aprecio y pleno respaldo. No hubo saqueos ni caos social.

A diferencia de Japón, América Latina es el continente más violento del mundo, y uno de los más desiguales donde pervive el autoritarismo, mezclado con una exuberancia discursiva que, llegado el momento, no cumple nada de aquello que predica con efusividad enfermiza en contra de la globalización y la interconexión multicultural que proviene de la fuerza occidental. Es posible aprender mucho de Japón, sobre todo de su tolerancia,

resiliencia y apertura filosófica, espiritual y transcultural para encontrar beneficios concretos. Gracias a la globalización, podemos acercarnos a un país y una cultura como la japonesa, que ofrece importantes perspectivas sobre el progreso económico, social o personal.

En los múltiples intercambios globales, las culturas dinámicas ejercen mucha mayor influencia sobre las más estáticas. Las culturas más modernas y complejas producen y envían hacia otras, un número de impulsos y signos mucho mayores y más poderosos de lo que las culturas menos complejas y menos modernas son capaces de producir y enviar. La transformación de ciertas culturas por su contacto con Occidente a través de la globalización, las obliga a transformarse y, en algunos casos, a desaparecer. Esto se relaciona con lo siguiente: toda cultura está formada por un gran número de elementos que se interconectan en forma más o menos coherente. Los rasgos extraños, incoherentes e inútiles, tienden a desaparecer y a introducirse como cuñas que agrietan ciertos aspectos o áreas de una formación cultural.

Por ejemplo, la cura por medio de la magia en las culturas más sencillas, es parte de toda una cosmovisión mucho más amplia: un mundo esotérico, poblado por espíritus, donde la ciencia tiene muy poco espacio para su desarrollo. Ahora bien, si un alejado grupo selvático llega a tener contacto con quienes curan ciertas infecciones por medio de antibióticos, en lugar de sahumeros y ceremonias religiosas, y si ese grupo selvático adopta los antibióticos como medio de cura, este hecho no solamente altera sus prácticas medicinales, sino que además inicia un proceso de modificación de su visión del mundo, aparentemente dominado por espíritus. Un hecho, en apariencia sencillo como las vacunas o la cura de la gripe, puede provocar profundos cambios en las culturas más simples. Tal realidad hace virtualmente insostenible a largo plazo la supervivencia de las culturas más elementales, o al menos muchos de sus rasgos esenciales.

Se puede añadir que la integración exitosa de muchas culturas distintas es posible, y ello tiene una serie de ejemplos en países como Japón, Corea del Sur, Taiwán, India y Singapur. Iberoamérica es un ejemplo de mestizaje cultural y racial, en el que se mantienen muchos rasgos de las culturas indígenas, aunque éstas juegan un rol secundario, dada la profunda penetración (religiosa, lingüística y política) de la cultura dominante, traída



desde Europa. En Hawái ocurre un caso mucho más agudo de debilitamiento de la cultura nativa porque ésta sobrevive de forma casi completamente coreográfico-turística.

En resumen, los pueblos pueden adoptar rasgos de muchas otras culturas y preservar la propia, o pueden ser sujetos del reemplazo de su cultura, adaptándose o introduciendo otras referencias culturales. Existen también naciones que, tras haber experimentado un profundo proceso de transculturación, (inicialmente traumático pero renovador), resurgieron en la historia con un nuevo rostro, adoptando nuevos roles en el concierto de las naciones. Esto ocurrió durante la romanización y la posterior evolución de los celtas, iberos, visigodos, galos, etc.

Los aspectos económicos y culturales de la globalización son los más importantes y los que más controversias generan. Puede afirmarse que la globalización es un proceso producido, por una parte, por acciones conscientes y planificadas, como la creación de instituciones; y, por otra, también es producto de fuerzas que van allende lo previsible y mucho más allá de lo controlable o deseable. Por lo tanto, concebir a la globalización como una conspiración occidental, es analizar los terrenos de la política y de la economía internacional, con una disposición exclusivamente política, adecuada a la lucha ideológica pero poco apta para estudios equilibrados y útiles.

En contradicción con las tesis conspirativas, puede entenderse la globalización como un proceso *indomable*, sin rutas planificadas, con rumbos inciertos y dejando, tanto beneficios como daños, ganadores y perdedores, incluyendo profundas crisis económicas como la de 2008 que ha golpeado más duro a las economías desarrolladas y occidentales. Anthony Giddens expresaba que una de las consecuencias más profundas, derivadas de la naturaleza de la globalización, es la incertidumbre porque la humanidad va navegando por aguas desconocidas.

La globalización, por lo tanto, implica explorar realidades nunca antes experimentadas, tomar riesgos ante lo desconocido, correr peligros, buscar oportunidades y enfrentar consecuencias imprevistas que puedan surgir por aventurarse hasta los lugares más remotos, por medio de acciones políticas con un fuerte liderazgo, adelantos tecnológicos, campañas militares, decisiones financieras y pretensiones hegemónicas vinculadas con grandes estrategias de alcance global.

La globalización ha creado un ambiente en el que, como nunca antes en la historia, se corren múltiples peligros. Como consecuencia, hay millones de personas que se arriesgan y benefician, otros millones que pierden y muchos más que son expuestos a diversos peligros. En efecto, la globalización genera condiciones en las que miles de ciudadanos pueden salir afectados a causa de decisiones tomadas en lugares remotos, decisiones en las que la gente común no tiene, absolutamente, ninguna participación.

Existen cuatro categorías espacio-temporales que caracterizan a los impactos de la globalización: a) la extensión de las redes globales; b) la intensidad de la interconexión global; c) la velocidad de los flujos globales, y d) el impacto de la interconexión global. Estas categorías se han combinado históricamente de tal forma que, por ejemplo, al inicio de la Edad Moderna la globalización tuvo gran extensión pero con poca intensidad y velocidad. Actualmente la globalización es extensa, intensa y sumamente veloz, particularmente en el mundo desarrollado. Sin embargo, las llamadas economías emergentes también son fenómenos que vieron surgir a países, que en la década de los años setenta del siglo XX, eran considerados pobres o de mediano desarrollo, pero hoy son vistos como ejemplos positivos de la globalización. Estamos hablando de Brasil y China, ambos países tienen grandes diferencias y contradicciones que expresan muy claramente de qué manera los impactos de las interconexiones globales colocan a ambos países como referentes importantes de la globalización económica y financiera.

### **Brasil y China, entre los espejismos y el sub-imperialismo**

Toda América Latina se pregunta cuál es el verdadero rol que juega la economía brasileña en el siglo XXI. Para algunos se trata de la emergencia de una nueva hegemonía y un nuevo tipo de imperialismo, aunque para otros solamente representa la preponderancia de un país que ha ganado un espacio en la globalización, demostrando que podría adaptarse a los cambios contemporáneos de manera imaginativa. En este sentido, el nuevo liderazgo de Brasil como la sexta economía del mundo, marca un motivo de oportunidades y al mismo tiempo despierta algunas dudas para el conjunto de América Latina. Entonces, ¿cuál es el sitio ideal de Brasil: convertirse en un referente de desarrollo y éxito para el continente, o solamente es una

economía de mercado que aún no ha resuelto la desigualdad, ni tampoco ha mostrado resultados contundentes en torno a la erradicación de la pobreza para una población de 200 millones de habitantes?

Parece estar claro que no es lo mismo someterse a las esferas de influencia de los Estados Unidos, que vincularse a un liderazgo brasileño donde posiblemente fructifiquen oportunidades de integración y mejoramiento, libres de toda amenaza de explotación y fríos balances de poder que ahonden las desigualdades entre los países latinoamericanos. Los nuevos rumbos abiertos por Brasil no deben cometer viejos errores como la experiencia de los procesos económicos en Argentina.

Recordemos que cuando la fortuna sonríe más de dos veces y es vista como éxito calculado, entonces, es de esperarse que la capacidad de previsión y aprendizaje histórico permita a Brasil evitar lo ocurrido en la crisis financiera argentina del año 2001. En aquel momento, Juan Domingo Cavallo, (ex Ministro de Economía en los gobiernos de los ex presidentes Carlos Saúl Menem y Fernando de la Rúa), pasaba de ser un especialista de la economía de mercado, a convertirse en un verdugo de las clases medias y reproductor de la miseria en un abrir y cerrar de ojos.

Las clases dominantes en el poder han mostrado que pueden entremezclar las demandas de inversión extranjera directa, con la dinámica peligrosa de aumentar los niveles de deuda externa y el déficit fiscal en las estructuras estatales. Es importante analizar de qué manera Brasil está administrando la intervención del Estado con las acciones del empresariado privado. Por un lado, se puede observar el predominio del Banco Nacional de Desarrollo Económico y Social (BNDES), y por otro, las ventajas otorgadas por los sucesivos gobiernos de Fernando Henrique Cardoso, Inácio Lula Da Silva y Dilma Rousseff al fortalecimiento de las élites empresariales que buscan aumentar su poder por medio de nuevas transnacionales brasileñas. Brasil es una economía abierta pensada desde el impulso del sector privado, convertido en el eje central que es alimentado por la lógica externa de la globalización.

Por otra parte, el coloso brasileño tiene un dato a destacar: sus políticas de mercado se articulan con la carrera de préstamos, es decir, con la obsesión de tener dinero fresco de donde sea y a como dé lugar, conseguir créditos, acceso libre a recursos para comprar armas, impulsando proyectos

de seguridad y aumentando los gastos militares y policiales. Los problemas de seguridad adquieren una dinámica estratégica al mostrar que el liderazgo económico se une directamente al poderío militar. Según el Instituto de Investigación para la Paz de Estocolmo (Stockholm International Peace Research Institute, SIPRI), el gasto militar de Brasil encabeza la lista en América del Sur, con un incremento de 5,8% del total de su presupuesto en el año 2010.

Si revisamos los datos del 2008, no debería sorprendernos el desorbitante flujo de recursos que fueron destinados al armamentismo con 15.477 millones de dólares, cifra que ningún otro país latinoamericano podría alcanzar. La consecuencia internacional del aumento en el gasto militar de Brasil es la lenta y firme preparación de un *proyecto emparentado con una estrategia hegemónica y política* en las Américas. Por ejemplo, en caso de la existencia de un conflicto bélico en el continente, sería inevitable recurrir a la alianza, mediación y arbitraje de Brasil como un referente de negociación en materia de seguridad internacional para el siglo XXI.

De cualquier manera, el posible proyecto hegemónico carioca no tiene semejanzas directas con las políticas intervencionistas del sistema americano, por el contrario, la fortaleza militar brasileña se abre terreno en medio de los sentimientos antiamericanos y el lento declive de la hegemonía estadounidense en el mundo. El problema principal radica en una pregunta: ¿podrá Brasil alentar la *confianza* en el continente para que el resto de los países se acerquen a un nuevo aliado leal, en función de construir inéditas estructuras de integración que favorezcan, por igual, al conjunto de los latinoamericanos?

El despegue económico y el ímpetu militar esbozan la ruta de una ambición hegemónica que va a debilitar la competitividad de otros países más débiles en la región, aunque también depende de Brasil la posibilidad de impulsar otras alternativas para alcanzar *desarrollo sostenible y equidad* sin crear conflictos, como los que ya han aparecido en la construcción de una carretera en la Amazonía boliviana y algunas plantas hidroeléctricas en Paraguay y Perú.

El desarrollo económico brasileño prevé un crecimiento entre 5,3% y 6% para el periodo 2012-2014, aunque las contradicciones reaparecen cuando persisten los datos que no pueden superar la desigualdad y la marginación socio-económica en la cotidianidad de millones de personas

de clases medias y populares que viven al día y en medio de la inseguridad como en el mundo de las favelas; asimismo, se mantienen los riesgos del incremento de la deuda externa.

El crecimiento económico de Brasil podría constituir la envidia de muchos países del ISur pero está teñido de una misteriosa ola de espejismos porque permanece incierto un *nuevo estilo de desarrollo* que se caracterice por patrones totalmente novedosos en materia de políticas sociales, protección del medio ambiente, distribución igualitaria de los recursos y armonía en el transcurso de la vida diaria con certeras esperanzas sobre el futuro.

No es que Brasil esté libre de un empresariado que podría fracasar a la hora de sostener el crecimiento económico con equidad, ni tampoco debería confiarse en el discurso que quiere hacernos ver la imagen de eficiencia en la administración de la cosa pública, porque el aumento de la deuda externa carioca es un indicador de probables futuros conflictos. Al mismo tiempo, la transferencia de recursos públicos hacia manos privadas no garantiza, de hecho, un éxito definitivo para vencer la pobreza y mostrarse como ejemplo para el conjunto de otros países que tratan de modernizar sus políticas públicas.

Y no es casual que el posicionamiento económico de Brasil en la globalización esté unido a los siguientes elementos: a) apertura total a la inversión extranjera; b) privatización en sectores estratégicos; c) diseño de políticas públicas en función de los resultados de la economía de mercado y el desempeño de las inversiones externas; d) mecanismos de control gubernamentales que tratan de mostrar resultados para sus financiadores; y e) compromisos estatales de endeudamiento progresivo. El resultado inmediato es un modelo de desarrollo articulado hacia las prioridades del orbe internacional y los estándares de competitividad que reducen la posibilidad de pensar en un liderazgo brasileño que pueda generar directrices desde *adentro* de la sociedad, la cultura y la nación.

Hablar de Brasil es pensar en el Carnaval, el fútbol y la alegría de Río de Janeiro. Todo es un negocio y completamente mediado por la lógica empresarial donde destacan también los medios de comunicación como la todopoderosa red de televisión O' Globo, que en algún momento se permitió afirmar que fue capaz de hacer presidente a Fernando Collor de Mello, así como haberlo depuesto con sólo haber movido un dedo.

Esta simulada alegría carnavalera genera, aproximadamente, unos 850.000 turistas, quienes gastan alrededor de 640 millones de dólares, los cuales producen 250.000 empleos, de acuerdo con el departamento municipal de desarrollo económico. Pero la popular fiesta suele dejar una resaca de peor magnitud con un saldo de 850 toneladas de basura por las calles, un alto índice de criminalidad y el aumento del contagio de VIH Sida, entre otras consecuencias que no se las quiere revelar, deteriorando constantemente la calidad de vida. Lo más alarmante es que los recursos obtenidos, o la mayor parte de ellos, van a parar a pocas manos y fugan hacia los bancos extranjeros. Cabe preguntarnos: ¿a costa de quiénes se enriquecen algunos, favoreciéndose de la tradición y de un falso espíritu de alegría? Este es el espejismo que se vende, se lo ve, se lo admira y envidia.

Una de las manifestaciones de este espejismo nos revela cómo los organizadores del Carnaval recurren al patrocinio de empresas y gobiernos del exterior, quienes lucran de las *Escolas do Samba*, que por el impacto de la crisis económica redujeron drásticamente en la gestión 2012 lo exuberante de la fascinación de los trajes y vestuarios, construcción de carros alegóricos y otros insumos que no podían ser costeados, por lo que quedaron sometidos a la venta y alquiler de la cultura de este país. Brasil se internacionaliza bajo el influjo de los *euros* que benefician a quienes patrocinan dicho Carnaval. La agrupación *Grande Rio* recibió dinero proveniente del Gobierno francés para divulgar el *Año de Francia en Brasil* en el Sambódromo carioca de Río.

América Latina está observando la consolidación de Brasil como la economía que está buscando *expandir sus mercados*, a partir de una estrategia geopolítica caracterizada por múltiples *capacidades de exportación*, compra de insumos y venta de productos refinados a los países del continente, Estados Unidos y Europa. La economía brasileña posee una ventaja fundamental: la gran diversidad de su aparato productivo, así como de sus mercados de exportación. Los más importantes son: Europa, con 24% de las exportaciones; Estados Unidos con 15%; Argentina con 9%; y China con 7%.

La dinámica de la economía brasileña nos muestra que 34 de sus compañías se encuentran entre las 2.000 más grandes del mundo, con un valor en la Bolsa de Nueva York de 795.000 millones de dólares; entre las compañías figuran el fabricante de aviones Embraer, las empresas

mineras Vale do Rio y Votorantim, así como Petrobras. En el sistema financiero destaca la unión de dos entes: los bancos Itaú y Unibanco, como una respuesta a la crisis desatada en los Estados Unidos que traerá como ganancia el aumento considerable de la Bolsa de valores de Sao Paulo y una mayor confianza en el sistema financiero de ese país, con la perspectiva de convertirse en lo que será el banco más grande de toda América Latina, el sexto más grande de las Américas y uno de los 20 más grandes del mundo.

La consecuencia inmediata de este escenario convierte a Brasil en el **líder regional más importante**. Sin embargo, es posible que también sea solamente un *oasis económico* que no constituya una fuerza autónoma de competición, sino que más bien dependa de un sistema global, específicamente de los mercados de Europa, Estados Unidos y China. Queda claro, entonces, que las estructuras brasileñas, imprescindiblemente, necesitan del intercambio de experiencias y conocimientos en los rubros económicos, motivo por el cual reaparecería una *dependencia del sistema mundial de mercados*, otorgando prioridad al conjunto de estándares y fuerzas externas de la globalización.

¿Qué representa Brasil para el conjunto de los países en vías de desarrollo o menos aventajados de América Latina? No es la garantía ni el paradigma de triunfo asegurado, sino sencillamente un aliado útil. Lo que está por verse es si el oasis brasileño podrá marcar nuevas pautas contestatarias a las políticas del Acuerdo de Libre Comercio para las Américas (ALCA), fomentando una verdadera transferencia de conocimientos hacia los países que realmente lo necesitan y que, a su vez, transmita experiencias de socorro y solidaridad con nuevas formas de integración y multilateralismo que impacten de manera justa en el sistema económico latinoamericano.

Finalmente, la estrategia estatal en la conducción de la economía brasileña y su proyecto de progreso ambicioso, se encuentran directamente conectados con la iniciativa privada. Al mismo tiempo, la economía de mercado y las acciones del sector privado han intentado obtener ganancias colaterales por medio de estratégicas políticas sociales, impulsadas por el Gobierno del Partido de los Trabajadores (PT).

Las reformas al *sistema previsional* y el proyecto *Hambre Cero* fueron propuestas ideales en materia de política social pero muy difíciles de implementar al carecer de diagnósticos precisos sobre otras políticas



universales como educación básica, salud y saneamiento, que pudieran servir de base para la definición de directrices y prioridades de acción, a la misma altura de las políticas de impulso al sector privado y transnacional.

En este contexto, también se están generando mecanismos de integración con los países exportadores de materias primas que Brasil requiere para sus industrias; de esta forma podrían existir un equilibrio de justo pago y solidaridad con los países vecinos porque tanto Brasil como el conjunto del orbe sudamericano necesitan de estas relaciones instrumentales; sin embargo, es fundamental incorporar un aspecto adicional: el apoyo a los sectores sociales más excluidos junto con metodologías regionales y propuestas de políticas efectivas para erradicar la pobreza.

De aquí que el Estado brasileño requiere mayores inversiones en las distintas áreas sociales que satisfagan mínimamente el acceso a la salud, educación, empleo y otros ámbitos de protección social. Si no se logra un equilibrio entre la inversión y satisfacción de necesidades para combatir la pobreza y construir equidad, junto con un plan económico rentable y sustentable, entonces el liderazgo brasileño será una experiencia más de entrega de su economía a la dependencia casi exclusiva del sistema internacional. Brasil, por ahora, se debate en un vaivén de espejismos, ambiciones y esperanzadoras señales que atraen a todos como un oasis, el cual queda pequeño frente a los grandes dilemas que la globalización presenta a América Latina.

En el caso de China, aparecen otras características. ¿Resulta siempre odiosa cualquier comparación? Todo el tiempo estamos comparándonos con los demás, ya sea los grandes éxitos alcanzados o lo poco que tenemos, para después felicitarnos en silencio cuando creemos haber encarnado la envidia de aquellos que nos rodean. La comparación puede convertirse en una cárcel de la cual no pueden escapar los que se consideran fracasados, porque el hecho de comparar aplasta de alguna forma el ego, inhabilitándolo cuando todo lo que se hace tiende a reflejarse exclusivamente en función de aquel otro, idealizado como triunfador.

Sin embargo, la comparación representa también un método para mirar más allá de nuestras narices, dejar de contemplar nuestro ombligo como un infante narcisista que erróneamente cree ser el centro del mundo. Mirar más allá del horizonte es lo que impulsa la ambición, al mismo tiempo



que obliga el cambio y mejoramiento permanentes. Cambio, ambición sabiendo lo que se quiere y perfeccionamiento del conocimiento es lo que caracteriza al predominio de China en el mercado mundial de zapatos deportivos, electrodomésticos, ropa, automóviles y el impresionante despegue que logró sacar a 200 millones de personas de la pobreza hasta llegar a una prosperidad sin precedentes. China creció económicamente cerca del 10% anual en los últimos 20 años, sobre todo desde el comienzo de las reformas introducidas en 1978. Hoy día, el ingreso personal de la mayoría de sus habitantes es cinco veces más alto que en 1980. El país más poblado del mundo no solamente está derrotando la miseria, sino que también representa la transición económica más exitosa de un régimen comunista hacia la economía de mercado, hábil amalgama entre partido único, ausencia de democracia representativa y beneficios capitalistas.

Si se comparan los resultados económicos obtenidos por América Latina, los países de Europa del Este y China, puede observarse que ésta representa la verdadera nueva hegemonía después de la caída del Muro de Berlín y la desaparición histórica del poder soviético. China fomentó una transformación donde no importaron para nada discusiones bizantinas sobre la “tercera vía” socialdemócrata, ni tampoco el mantenimiento indiscutible del poder estatal sobre la economía. A comienzos del siglo XXI, el Banco Mundial considera que tan sólo un tercio de la estructura económica está bajo el control gubernamental, además de haber impulsado un extenso proceso de descentralización en villas rurales que permitió liberalizar los mercados agropecuarios, posibilitando que más del 90% de las familias campesinas tengan acceso a educación básica de calidad, posean televisión y produzcan localmente maquinarias para aumentar su eficiencia.

Quienes en América Latina todavía cuestionan la validez de la economía de mercado, tratan de comparar los viejos indicadores de crecimiento durante el auge del modelo de sustitución de importaciones con los lentos y desastrosos resultados de hoy día. No ven el futuro sino que se enceldan en una angustia con el pasado, cultivan viejas prácticas como el caudillismo y patrimonialismo, reclamando democracia pero reproduciendo después desigualdad e incertidumbre sobre el futuro.

China es todo lo contrario, no reventó por dentro como la Unión Soviética pero tampoco sacrificó el bienestar de su población en función

de principios ideológicos marxistas o maoístas. La nueva hegemonía china se fortificó, comparando sus potenciales con lo conseguido por países más pequeños pero igualmente eficientes y atrevidos como Malasia, Corea del Sur y Japón.

China nunca tuvo en cuenta a Europa del Este como modelo de transición, se mantuvo autoritaria en 1990 cuando los tanques aplastaron las demandas universitarias por una democracia multipartidista, y finalmente desarrolló su propio proyecto que liberalizó la economía a través de zonas estratégicas como Shanghai donde cada día se mueven más de mil millones de dólares en el mercado de valores.

Analistas en Washington D.C. miran a China con vigilante recelo porque después de los Estados Unidos, es el país con similar número de efectivos militares, infraestructura y tecnología para la guerra. Voceros del Departamento de Estado declararon que la bomba atómica obtenida por Pakistán era tecnología china, dejando ver que la hegemonía china en lo económico y militar es una incursión amenazante.

China todavía no se declara públicamente como nueva hegemonía. Sus líderes afirman que el reto inmediato es mantener el ritmo de transformaciones colosales, financiar la seguridad social para la tercera edad, reducir los desastres ecológicos y arrancar a otros 270 millones de la pobreza que aún subsisten con un dólar al día. China es un seductor caso de desarrollo que va consolidando su poder donde otros continentes como América Latina y África tienen muy poca intervención.

La estructura de la globalización muestra un escenario internacional donde destaca con mucha intensidad la desigualdad y una enorme asimetría entre diferentes países. Por lo tanto, es imposible dejar de pensar en relaciones de dominación, tanto imperialistas como sub-imperialistas. Esto es lo que sucede actualmente con el ascendente poder chino, cuya preponderancia económica marca el trayecto de una forma *sub-imperial* que intenta subordinar a otros países débiles, así como acaparar espacios comerciales y financieros. Estas acciones no se diferencian mucho de otros ejemplos imperialistas provenientes de Europa y Estados Unidos.

China representa un poder sub-imperialista en el sistema internacional del siglo XXI. Son cuatro las categorías espacio-temporales desde donde se propagan los vectores chinos de la globalización: a) la

extensión de redes mercantiles que buscan capturar materias primas estratégicas; b) la intensidad de la interconexión global por medio de tecnologías de comunicación, pues China concentra grandes empresas de teléfonos inteligentes; c) la velocidad de los flujos financieros internacionales por medio del Banco Asiático de Inversión en Infraestructura; y d) el impacto de la interconexión cultural y política donde China quiere transmitir la imagen de una fuerza que sea un ejemplo de despegue desde la pobreza, hasta alcanzar un éxito transnacional, en contra de Occidente y de la supremacía estadounidense.

La globalización envolvente constituye una vorágine donde China impulsa un tipo de monopolio exportador, influencia el control monetario con su banco de desarrollo y tiene amplios beneficios en su balanza comercial. Las relaciones entre China y una serie de países subdesarrollados en América Latina o África, expresan claramente un sub-imperialismo, donde el poder económico y militar chino busca ampliar su autoridad por medio de la presión financiera-industrial que domina a las economías más frágiles a través de la tecnología, inversión de capital y venta de mercancías con alto valor agregado, destinadas a todo tipo de países pero que destruyen la competitividad de las economías más pobres como Bolivia, muchas veces incapaces de enfrentar las formas neo-imperiales, debido a sus condiciones de marginalidad en el mercado mundial.

Los criterios ideológicos sobre el comunismo chino, han perdido total relevancia. Desde la masacre de Tianamen en 1989, el Partido Comunista (PC) consolidó un tipo de régimen dictatorial que no podrá democratizarse. Si bien existen elecciones para municipios pequeños en ciertas comunidades rurales superpobladas, en el ámbito nacional, todo sigue controlado por el PC. Al mismo tiempo, las reformas económicas desde 1980, ejecutadas para abrir la economía hacia el mercado global, la inversión extranjera y la fuerza competitiva de su capacidad industrial, demostró ser un verdadero triunfo. China tiene un crecimiento económico de, por lo menos, 9% anual y esta capacidad demanda enormes cantidades de materias primas, acercándose a Bolivia, en la medida en que tenemos lo que necesitan: *commodities* estratégicas, débil institucionalidad, bajo rendimiento industrial y mano de obra barata.

A esto se agrega la dinámica de sujeción financiera por intermedio de préstamos millonarios a ciertos países, considerados históricamente dependientes. El préstamo a naciones pequeñas, como por ejemplo los 5 mil millones de dólares entregados a Bolivia el año 2016, coloca a varios países pobres en gran desventaja. Primero: China está acostumbrada a subordinar, no a compartir capacidades científicas, industriales y tecnológicas. Segundo: no saben cómo lidiar con países democráticos y sugieren abusar a la fuerza de trabajo o maniobrar las licitaciones como el caso CAMC (empresa que hace de todo, cultivando relaciones políticas que lindan con la corrupción) y otras empresas chinas de dudosa confiabilidad, en términos de cooperación y relaciones horizontales porque prevalece una visión expansionista con intereses políticos para asegurar monopolios en ciertos mercados y condicionalidades donde el poder chino sea incuestionable. Tercero: China impone un tipo de cultura comercial verticalista que está vacía de la lucha contra el capitalismo global. Cuarto: en las naciones pobres, los empréstitos están condicionados por razones de dominación geopolítica. Por esto extienden sus redes sub-imperiales, con una clara tendencia que rompe la institucionalidad de los países sometidos a la dinámica china absorbente.

En los nuevos mercados y economías emergentes que constituyen los BRICS (Brasil, Rusia, India, China y Sudáfrica), se acentúa un rasgo muy importante: China promueve la sobre-explotación de los trabajadores, en desmedro del desarrollo de sus capacidades productivas. Asimismo, en los conflictos como la guerra en Siria, la hegemonía china optó por apoyar a Rusia y aquellos planes de comercio de gas con Irán, desentendiéndose completamente para apoyar la pacificación y ayudar en una crisis humanitaria donde han fracasado también Estados Unidos y toda Europa. El sub-imperialismo chino está determinado por un poder económico que acrecentó el intercambio desigual y las jerarquías despreciables entre países dominantes y naciones pobres dentro del comercio internacional.

## **Otro perfil: mestizaje, globalización e indianismo en el caso de Bolivia**

¿Quiénes somos? Esta pregunta surge con relevancia frente a la globalización ¿Qué significa nuestra identidad individual? Alrededor de estas interrogantes se han levantado singulares edificios filosóficos, pero al mismo tiempo, son preguntas que cualquier sujeto puede formularse a lo largo de su vida. La persona que encarnamos esconde y muestra muchas cartas, o es mejor decir, muchos perfiles, rostros y facetas, de las cuales pocas son la verdadera esencia de nuestro espíritu y corazón. Lo fundamental es aquel momento en el que nos reconocemos por medio de la tranquilidad de nuestro lenguaje. Nos hablamos y respondemos con una verdad genuina. Por lo menos, eso intentamos. Redescubrir nuestro ser implica una tarea difícil, y cientos de veces un acertijo doloroso pero liberador. Estoy aquí, soy yo. Un tiempo y una época, un ser y una identidad.

Es el tesoro más hermoso que nos impulsa hacia el amor y hacia una necesaria fortaleza para combatir las contradicciones éticas que nos afectan cada día. Las identidades individuales se entrelazan, a su vez, con las identidades colectivas. El espacio social al que pertenecemos nos brinda un factor adicional a la búsqueda de nuestro yo interior, como parte de una sociedad más abarcadora.

Vislumbrar las alternativas que tenemos para reformar nuestras instituciones políticas y las diferentes dimensiones de la sociedad en América Latina, siempre nos confronta con el tipo de identidad que representamos y la cultura adonde pertenecemos. Es, precisamente, en la cultura donde se condensa todo el pasado, las herencias históricas pero también donde podemos encontrar un mundo de posibilidades, o descubrir que probablemente no podamos romper con el peso de la historia que viene de profundidades legendarias.

A principios del siglo XXI, América Latina, África y el mundo árabe, están encontrando tendencias de cambio cultural y de transformación de sus identidades muy importantes. Por ejemplo, si analizamos el nuevo liderazgo económico de Brasil, observamos que existe una mayor apertura comercial con el Asia, abriéndose la puerta para la influencia cultural de China, Corea del Sur, Indonesia e India. Por lo tanto, la actual “cultura

de la globalización” está replanteando viejas temáticas a la luz de nuevas y contemporáneas exigencias como el impacto determinante que ejercen los cambios tecnológicos en las potencias industriales como Estados Unidos y Europa. Tales cambios expanden constantemente sus influencias hasta afectar las estructuras productivas de la región y la vida cotidiana de millones de ciudadanos.

¿Estos cambios tecnológicos están haciendo a la cultura más equitativa, o por el contrario, erosionan los patrones históricos de identidad tradicional porque estimulan nuevos conflictos y tendencias hacia el caos, junto con la uniformidad de las actitudes y una especie de americanización en las costumbres?

Esta ponencia tiene el objetivo de plantear un conjunto de reflexiones sobre los conflictos de identidades colectivas y los problemas del mestizaje en la Bolivia Plurinacional del siglo XXI. Las influencias provenientes de la globalización occidental, chocan con las demandas de sectores sociales que buscarían la instauración de un Estado indígena. Sin embargo, una de las hipótesis de este trabajo afirma que Bolivia es un país donde existe una conjunción entre el mestizaje cosmopolita y la colocación de diferentes máscaras político-ideológicas donde se manifiestan diferentes identidades culturales particularistas.

Esto significa que en el contexto internacional se ha vendido la idea de una revolución socio-cultural y política, que bien pudo haber sido una alternativa eficaz para el Movimiento Al Socialismo (MAS) que detenta el poder actualmente (2006-2016), aunque en los hechos no fue así. La idea de un Estado indígena, por el hecho de haber diseminado la idea de un Estado Plurinacional en la Constitución Política, jamás podría materializarse. La razón descansa en que el caudillismo de Evo Morales, ha orientado todas sus estrategias hacia una típica reelección para reproducirse en el poder, lo cual identifica al proyecto hegemónico de Morales con lo hecho por viejas élites, sobre todo a partir de la Revolución de Abril de 1952 con el MNR. El nacimiento de un supuesto Estado Plurinacional se caracteriza por ser una máscara ideológica que difunde un tipo de discurso indianista, el cual propugna un radicalismo al servicio de ortodoxias autoritarias.

La discusión queda abierta para estimular una serie de visiones y propuestas de cambio pluralista en Bolivia; sin embargo, uno de los

aspectos relevantes parece consistir en la necesidad de revalorizar nuestra cultura hispana, mestiza, indígena y negra como ámbitos de crítica constructiva hacia la globalización de carácter occidental. Las posibilidades de transformación, búsqueda de identidad, cambio o reformas políticas, culturales y económicas, están ligadas a la necesidad de responder con claridad desde nuestros “derechos a ser diferentes”, y desde la perspectiva de lo que reconocemos como el potencial de nuestra identidad múltiple – tanto individual, colectiva – abierta hacia diferentes alternativas para ser mejor, pero siendo uno mismo.

Es la heterogeneidad que hará brotar soluciones viables para erradicar la pobreza y fortalecer las democracias en América Latina. La cultura y nuestras identidades, en consecuencia, abren el panorama para mirar lo más hondo de cada país, reconociendo nuestras limitaciones, dilemas de futuro y, simultáneamente, nuestros modos de ser distintos en el mundo.

En las sociedades andinas, los conflictos y las búsquedas incesantes por construir una identidad cultural son el pan de cada día. Por una parte, todavía es muy fuerte en pleno siglo XXI que Bolivia, Perú, Ecuador e inclusive Colombia, continúen rastreando los conflictos con la Colonia española desde hace quinientos años. Por otra parte, surge siempre una ambigüedad sobre quiénes son los indios para el actual milenio. Este trabajo analiza y cuestiona las actitudes que pretenden encontrar identidades inamovibles y, supuestamente, originales de parte de los movimientos indígenas en Bolivia, así como reflexiona sobre la inevitable mezcla y sincretismos infinitos a los cuales nos expone la globalización económica y cultural de hoy día. ¿Los conflictos en torno a las identidades colectivas en Bolivia, expresan un caso único, o es solamente una obsesión particular? ¿Puede el mestizaje que actualmente caracteriza a las sociedades indígenas en la región Andina, ser una expresión común en el conjunto de las culturas del siglo XXI?

La globalización ha dejado de ser un concepto ambiguo, pues fue ampliamente debatido desde finales de los años noventa, sobre todo para comprender la nueva “era”, una vez desaparecidos, tanto el bloque de países socialistas de Europa del Este como la Unión Soviética. El autor más estudiado en la discusión teórica es David Held, para quien pensar en

la globalización es comprender las grandes transformaciones abiertas por una red mundial de integración comercial y mercados interdependientes, aunque asumiendo el triunfo de un “nuevo orden internacional” bajo la dominación de las principales economías y potencias del Occidente liberal como Estados Unidos, Reino Unido y el conjunto de los países de la Unión Europea (Held, David, et. al., 2003).

La integración comercial constituiría el dato más llamativo y empíricamente comprobable de un proceso “envolvente de articulación global”. Sin embargo, también es la economía de mercado la que se convertiría en el único y privilegiado motor del desarrollo económico a escala mundial. Held acepta un perfil eurocéntrico que pone en la cúspide de una pirámide jerárquica a todos los países capitalistas industriales anglosajones, los cuales generan diversos efectos políticos que van a trasladarse hacia regiones específicas del planeta, desencadenando múltiples conflictos con los grupos denominados “antiglobalización”.

La globalización significa –en el intento de hacer una síntesis teórica de la vasta bibliografía producida– una configuración del mundo que está caracterizada por la interconexión de mercados en el sistema internacional y la integración comercial, así como por el constante deterioro de las soberanías estatales tradicionales que ceden el terreno para el avance de fronteras movibles, transformaciones tecnológicas que poseen un impacto planetario y el fortalecimiento sin precedentes de la racionalidad instrumental y la modernidad capitalistas como estructura económica transnacional. Por lo tanto, los acontecimientos locales de una región o país, estarán moldeados por eventos que ocurren en otros puntos del mundo a miles de kilómetros, acortándose las distancias cartográficas por medio de revoluciones de comunicación como la red virtual de Internet, e intensificándose las consecuencias o choques políticos y socio-culturales entre diferentes subsistemas internacionales.

El influjo de la globalización ha sancionado nuevamente una estructura jerárquica de todos los Estados, colocando en la cima no solamente a los más aptos y ricos, sino enfatizando las características del poder militar y político, razón por la cual adquiere inusitada vigencia un enfoque realista de la globalización centrado en la lógica de balances de poder y la dominación de los Estados más fuertes.



En Bolivia, pocos autores se preocuparon por estudiar los impactos profundos de la globalización sobre el conjunto de las estructuras económicas, sociales, políticas y culturales. Es crucial destacar cómo el proceso de modernización boliviana siempre estuvo tensionado por las fuerzas internacionales que se remontan a la Revolución Nacional de 1952 donde afloraron las contradicciones entre las necesidades de crecimiento económico desarrollista, superación de la pobreza, creación de una burguesía nacional y pugnas por otro tipo de desarrollo autónomo que responda legítimamente a la diversidad étnico-regional del país.

Los entrecruzamientos entre las influencias continentales del entorno boliviano y sus búsquedas por afrontar una identidad nacional propia, tienen como razón de ser el logro de un Estado controlador, junto con indicadores aceptables de desarrollo económico. Todo el avance de la democracia representativa desde 1982 hasta el presente (2017), mostraría también un ensamblaje entre la fuerza del Consenso de Washington, como conglomerado de reformas liberales y ajustes estructurales en el ámbito universal, junto a la progresiva construcción de una racionalidad política de gobernabilidad, un sistema de partidos políticos y todas las preocupaciones por integrar a los grupos marginales de Bolivia dentro de nuevas lógicas pluralistas de representación y decisión.

Las tensiones afloraron en relación con la necesidad de liquidar al Estado benefactor como centro del desarrollo, versus el Estado liberal, reducido a un conjunto de funciones mínimas, sobre todo reguladoras de las prioritarias políticas económicas abiertas hacia el libre mercado. Esto afectó la discusión de las identidades colectivas porque se transitó del Estado Nacional, patrocinador de una sola identidad mestizo-homogénea-modernizante, hacia la irrupción de diversas identidades étnicas-indígenas-particularistas, de alguna manera, funcionales a un Estado que perdía protagonismo al estar perforado por los vientos de la globalización. Bolivia nunca estuvo lejos, ni tampoco se puso por fuera de la globalización.

Todo lo contrario, siempre transmitió un espíritu particular de identidad propia andino-amazónica y un aire de cosmopolitismo ligado a la modernidad capitalista globalizadora. La vinculación primordial del país con la globalización es la venta de sus materias primas (minerales, petróleo y gas natural), el desarrollo de su deuda externa, así como la

inversión extranjera directa junto con la ola democratizadora de gobiernos elegidos en las urnas y el reconocimiento explícito de una democracia política, opuesta a toda forma de dictadura. Este contexto convierte a las identidades colectivas bolivianas en un tipo de mestizaje como forma de cosmopolitismo influenciado por la globalización.

Lo que podría implicar un aislacionismo del país debido a su enclaustramiento marítimo o sus indicadores de desarrollo humano relativamente bajos respecto a otros países de Sudamérica como Argentina, Perú, Colombia o Brasil, más bien da lugar a una inserción específica en la dinámica global. Bolivia desempeñó un papel central en la economía mundial del estaño, no ha sufrido nunca una guerra civil prolongada y los clivajes interétnicos tampoco desembocaron en una balcanización que haya desestabilizado al continente.

A lo largo de los años noventa y en el siglo XXI, Bolivia pisa fuerte en el mercado gasífero de las Américas, mostrando al mundo que a pesar de existir obstáculos estructurales para un crecimiento económico donde se erradique por completo la pobreza, es un país líder en intentos de reformas sociopolíticas y en esfuerzos de consolidación democrática desde 1982. A diferencia de Paraguay, Perú, Venezuela, Ecuador y Honduras, en Bolivia nunca resurgieron los golpes de Estado de corte militar, lo cual expresa una exposición positiva – aunque sin haber superado los indicadores de autoritarismo – hacia la estabilidad democrática como impacto global al interior de la Organización de Estados Americanos (OEA), de donde Bolivia es un integrante activo.

El impulso de la identidad colectiva nacional y la fuerza de la diversidad étnico-indígena en Bolivia, están marcados profundamente por la legitimación del Estado y el presidencialismo caudillista que siempre insistieron en conformar una nación cultural y económicamente homogénea pero tratando de no sucumbir a un divisionismo fruto de los embates de grupos corporativos y de los mismos movimientos indígenas. Es por esto que las élites político-dominantes habrían apelado siempre a un discurso que buscaba rescatar la unidad del Estado, la fusión política y el centralismo.

Esta tendencia se mantiene en el siglo XXI donde la amenaza adicional a la unidad, no estaría representada por la homogeneización forzada desde el Estado, sino por la globalización como fenómeno universalista que

borraría las identidades particulares o locales. La globalización fomenta el mestizaje y éste fomenta la globalización, dando como resultado una nueva forma de cosmopolitismo: la identidad abierta a las tendencias globales de una ciudadanía cívico-universal contemporánea. Las ideologías en torno a la Nación boliviana se han ido forjando como los mitos, es decir, como un intento por explicar algunos fundamentos, idealizar hechos o personajes y esforzarse por desfigurar la realidad a través de visiones donde no importan tanto las argumentaciones sino un conjunto de narraciones ideológicas (búsquedas de legitimación), cuyos sujetos, clases sociales o grupos étnicos se presentan con diferentes máscaras. En Bolivia, son representativos los textos con un enorme contenido ideológico-mítico como Jaime Mendoza, *El macizo boliviano*; Fausto Reinaga, *La intelligentsia del cholaje boliviano*; René Zavaleta, *Bolivia: El desarrollo de la conciencia nacional*; Carlos Montenegro, *Nacionalismo y coloniaje*; Fernando Diez de Medina, *Thunupa*.

Si bien los problemas de la Nación y las identidades se construyen al igual que los mitos, éstos tienden a funcionar en la lógica social como verdaderas estrategias de simulación. La simulación sería un tratamiento especial y conducta colectiva que permitirá sobrevivir a los grupos marginales o dominados, mientras buscan aumentar sus fuerzas políticas para tomar el poder, posicionándose mejor en la estructura social, de manera que la lucha entre diferentes mitos se transforma en un sinfín de razones para el conflicto, al mismo tiempo que expresa la añoranza para integrarnos con un sentido de pertenencia y con el interés por observar desde adentro nuestras potencialidades como cultura. La simulación es un medio fraudulento de luchar en diferentes situaciones de la vida, hipótesis que se vincula con la estrategia de fachadas y máscaras que abre un capítulo inédito de investigación sobre el problema de las identidades colectivas.

La construcción de la Nación con mayúsculas vendría a ser la razón de ser de la integración pero, al mismo tiempo, el núcleo de incertidumbres que desencadena irreverencias o disputas con el ejercicio de diferentes estrategias de simulación que impulsan la formación de fachadas específicas en las batallas socio-políticas. El conflicto más llamativo de identidades sociales y procesos políticos donde el Estado es el principal protagonista, surge con la celebración en 1964 del “pacto militar-campesino” entre el ex presidente René Barrientos y el sindicalismo campesino que habría sido

cooptado y encerrado dentro de los criterios limitados de ciudadanía de segunda clase para legitimar al Estado burocrático-militar de la época. Si bien los campesinos poseían tierras después de la reforma agraria de 1953, también estarían cercenados en su verdadera identidad étnica: el mundo indígena que representa un conjunto de naciones diferentes y, en gran magnitud, opuestas al Estado Nacional o republicano.

La ruptura del pacto militar-campesino otorgará la posibilidad de destruir al Estado Nacional homogeneizante y artificialmente mestizo. La mayoría de edad de los indígenas está cimentada en el nacimiento del katarismo (germen de ideología indianista) y el *Manifiesto de Tiwanaku*, declaración que se convierte en la epistemología política de nuevas identidades que se resisten a ser subalternas porque se declaran como una nueva fuerza más allá del Estado boliviano. Sin embargo, entre la pugna por reivindicar lo auténticamente indio, en contraposición a lo nacional, el enfrentamiento da lugar a una crisis del mismo Estado y de las mismas identidades colectivas.

Toda crisis de identidad colectiva señala la erupción de dudas y cuestionamientos que aparecen cuando la idea de Nación boliviana es sometida a diversas críticas desde la insubordinación hacia el Estado que realizan los movimientos indígenas, grupos de bajos niveles de ingreso y educación, y diversos sectores marginados. Una crisis de identidad tiene lugar en un momento de incertidumbre sobre cómo protegerse frente a los avatares del entorno social, económico y político, con el fin de buscar, al mismo tiempo, seguridades ideológico-psicológicas que hagan más soportable la convivencia de los grupos dominados que se colocan siempre a la defensiva respecto a las clases más privilegiadas y en relación con los mensajes de la modernidad globalizada donde predomina una identificación con los patrones del consumo y la información de carácter multicultural.

Eso es lo que da sentido al gran debate de los años ochenta respecto a por qué en Bolivia se habría manifestado un “nacionalismo sin Nación”. Por un lado, el nacionalismo implicaba el fortalecimiento del Estado, sobre todo desde la Revolución Nacional de 1952, época en la que se confió en el poder transformador de las instituciones estatales para lograr una república de ciudadanos porque, supuestamente, sólo el Estado sería capaz de eliminar las distinciones de castas, las jerarquías desiguales, los odiosos

privilegios, las barreras culturales y las deficiencias en materia de educación.

Este es el basamento de la equivalencia Estado-Nación como un resultado empíricamente valioso de la modernización. La ideología de desprecio al mestizaje para superponer el indianismo o el katarismo como fuentes de las identidades indígenas, ingresa en la escena con el ánimo de conseguir mayor participación política, aunque expresando también un carácter sesgado e innecesariamente conflictivo. El énfasis dogmático para reivindicar lo étnico-regional como particularismo secante donde reinarían naciones diferentes al Estado boliviano opresor, da lugar a otro tipo de ideario nacionalista que intenta convertirse en hegemónico, desencadenando un oleaje de interpelaciones ideológicas donde se supone que lo indio representaría tranquilamente a la bolivianidad genuina. El mundo internacional se mueve en sentido contrario. Lo indio solamente funciona como ideología de legitimación para algunos sectores excluidos, mientras que las fuerzas envolventes de la actualidad, posicionan al mestizaje como un cosmopolitismo de mezclas constantes y redefinición de las identidades colectivas en forma constante.

La búsqueda de una identidad nacional en Bolivia siempre ha confrontado las ambiciones de poder de las élites dominantes y las pugnas por visibilizar los esfuerzos del pluralismo étnico-cultural del país. Esta lucha tuvo un interregno de relativa estabilidad entre 1982 y 2003 donde el sistema de partidos de la democracia representativa logró substituir los viejos debates en relación con la existencia de un Estado Nación homogéneos y sus limitaciones, con una excesiva confianza en el liberalismo de mercado. Esto dio lugar a la marginación política de otras identidades colectivas, sobre todo aquellas que enarbolaron las ideologías indianistas junto a sus propuestas de autonomía y autogobierno.

En el periodo denominado pactos de gobernabilidad 1982-2005, el sistema de partidos fue negligente al no reconocer la incorporación de otro tipo de representaciones políticas: gobiernos autónomos municipales y concejales indígenas que abrieron las puertas a la participación directa de realidades étnicas como un conjunto aparentemente fuerte de aspiraciones de poder, pese a que la promulgación de la Ley de Participación Popular de 1993 suponía un equilibrio entre el Estado central y sus reformas institucionales descentralizadoras. La súbita elección de autoridades

indígenas catapultó las exigencias por el reconocimiento de las culturas subalternas como nuevas identidades sociales. Éstas fueron ideológicamente descuidadas, sobre todo a partir de las sesiones del Congreso en junio del año 2002, cuando una enorme marcha de pueblos indígenas demandó la realización de una Asamblea Constituyente.

Los presidentes del Senado y de la Cámara de Diputados de entonces cerraron abruptamente la posibilidad de discutir una Constituyente al argüir que la propia Constitución Política no incorporaba un mecanismo de convocatoria para una Asamblea de esa naturaleza. Fue esta clausura mental y política la que destapó una animadversión y un sentimiento de profundo fracaso que en los luctuosos hechos de octubre 2003 salieron a relucir bajo la égida del pensamiento indianista, la demanda por reconstruir varias identidades étnicas discriminadas y la presión por reconvertir al Estado en una estructura de integración multicultural que, en cierta medida, renegaba del mestizaje.

El indianismo utilizó la crisis del sistema de partidos en la democracia representativa durante el periodo 2000 (Guerra del Agua en Cochabamba), 2003 (renuncia del ex presidente Gonzalo Sánchez de Lozada) para denostar a la Nación boliviana, fomentar el conflicto y revitalizar la fragmentación étnica-cultural. El resultado paradójico de esta expresión democrática es, hasta el día de hoy, el cuestionamiento constante sobre la existencia de una Nación boliviana, frente a lo cual ni las élites, ni las clases medias urbanas plantearon alguna solución factible y duradera de unidad. Esto es lo que hace pensar en la Nación como una búsqueda o aspiración evanescente.

Por un lado, se espera que todos los bolivianos puedan encontrar un sentido y cultura de pertenencia o seguridad psicológica e ideológica; mientras que, por otro lado, las críticas sobre la descolonización (romper con un supuesto apartheid de discriminación racial y dominación cultural occidental de larga data) intentan borrar la posibilidad de tener una sola Nación, rescatando un espíritu sutil de fragmentación multicultural que reivindica sus propias particularidades. Así se plantea el advenimiento de las identidades indígenas como la única manera de hacer justicia con la historia y la mejor forma de promover una democracia directa que esté inspirada en el particularismo ancestral: múltiples identidades étnicas, muchas culturas

que se oponen al poder de un Estado republicano y el resurgimiento de una utopía indígena para reconstruir el Tawantinsuyo.

El intento de edificar una democracia multicultural y un Estado Plurinacional como puerta de ingreso hacia un Estado indígena, tropieza con la ausencia de verdaderas acciones para transformar institucionalmente el aparato estatal y la economía de mercado en las circunstancias actuales de una globalización financiera, comercial, cultural y occidental que también se manifiesta con mucho ímpetu.

Bolivia, hoy en día es un país de identidades divididas con la necesidad de beneficiarse de un Estado moderno y una democracia pluralista que logre instituciones adecuadas para convivir con las exigencias de la globalización. La excesiva retórica en cuanto a la refundación estatal descolonizadora y el retorno a una democracia auténtica desde los pueblos originarios en el periodo 2006-2017 con la llegada a la presidencia de Evo Morales, se concatena con otro discurso únicamente ideológico que no puede instaurar un Estado indígena porque, sencillamente, no se sabe qué implica este esfuerzo ni qué contenidos inéditos podría traer una institucionalidad como heredera de los particularismos culturales multiétnicos.

La posibilidad de una aparente solución al derrumbe del sistema de partidos luego de la caída del ex presidente Gonzalo Sánchez de Lozada en octubre de 2003, parecía ser el ejercicio democrático mediante la renovación de los liderazgos en el poder. De ahí que la toma del poder por parte de Evo Morales en diciembre de 2005, dio paso a múltiples esperanzas y dudas, simultáneamente.

En este contexto, el indianismo parecía haber triunfado cuando el ascenso de Evo Morales implementó algunos postulados considerados como expresión revolucionaria: la refundación del país con la denominación de Estado Plurinacional, la convocatoria a la Asamblea Constituyente (2006-2007), la nacionalización (parcial) de los hidrocarburos y un nuevo discurso vinculado con el resarcimiento de la dignidad nacional. Sin embargo, el pensamiento indianista que se declaró enemigo del mestizaje, no logró compatibilizar ni resolver sus principales demandas con las presiones provenientes del proceso de la globalización. De hecho, la refundación estatal atravesó un largo camino donde resurgió la figura del Estado como el supremo hacedor del desarrollo. La nacionalización recuperó el



control operativo y gerencial de las empresas estatales pero, discretamente, reconoció la necesidad de la inversión extranjera directa y la globalización financiera.

En la minería cooperativista y estatal, los proyectos desarrollistas rápidamente rearticulaban la vinculación del país como exportador y economía únicamente extractivista, sometiéndose a las reglas internacionales de los mercados globales. Entretanto, el indianismo tuvo que concentrarse en la reivindicación de todo tipo de particularismos culturales, abriendo el escenario para la satisfacción local de los pueblos indígenas y tropezando con los problemas acuciantes relacionados con la construcción de un Estado-Nación fuerte, razón por la cual perdura un dilema en las identidades colectivas en el país, como la existencia de una constante escisión entre el derecho a pertenecer a una soberanía territorial como Bolivia, frente al avance ideológico de lo indígena-originario, concentrado en lo aymara, quechua, guaraní, etc.

Las luchas sociales se mezclaron con la añoranza por rescatar las tradiciones ancestrales, aunque actualmente la fuerza primordial radica en el deseo de aprovechar las ventajas del mundo moderno: tener un ayllu con computadoras, mejorar el ingreso per cápita, lograr un título universitario y un alto nivel de vida. El Plan General de Desarrollo formulado por el Movimiento Al Socialismo (MAS) en su primera gestión gubernamental 2006-2009, destacaba una supuesta novedad: el “vivir bien” (sumaj qamaña), como la principal transformación en el modelo de desarrollo; sin embargo, esto no es así puesto que se trata de un ardid discursivo que reinserta los conceptos tradicionales del crecimiento económico y la globalización inescapable. Por ejemplo, la política monetaria del Banco Central de Bolivia es la expresión de una realidad clara en materia de mercado e institucionalidad económica moderna y globalizada.

Asimismo, la realización de megaproyectos de electrificación y provisión de servicios masivos para las áreas rurales, junto a la construcción de carreteras con elevados costos ambientales, marcan el rumbo de una voluntad convencional respecto al desarrollo. Paralelamente, las identidades indígenas y originarias recuperan las visiones de las “masas de abajo”, propugnando la ampliación de sus derechos y subdividiendo el Estado-



Nación cuando en los hechos, las fuerzas contemporáneas se orientan hacia el cosmopolitismo y la incitación al excesivo consumo.

La Nación boliviana es, en consecuencia, una pretensión evanescente, tanto para los pueblos indígenas como para los sectores urbanos de clase media. En gran medida, los problemas del Estado-Nación y las identidades colectivas perecen ante la influencia de los valores derivados de la globalización (las normativas tecnológicas, por un lado, los efectos provenientes de la incorporación de Bolivia a los grandes circuitos internacionales del comercio mundial, a través de la adquisición de bienes materiales por otro y, finalmente, las tendencias provenientes de la cultura moderna del entretenimiento y el placer: televisión, cine y espectáculos de todo tipo con carácter masivo).

Las corrientes indianistas no han podido prescindir de toda esta fuerza modernizante, mestiza, occidentalizada y globalizada al mismo tiempo. Más al contrario, ha surgido un proceso de adaptación de la misma con tintes autóctonos en los aspectos superficiales: entradas folclóricas y la preservación de ritos o creencias que suponen la esencia de una Bolivia profunda. Como en muchos lugares del mundo, existe una cultura sincretista donde la modernización se impone paulatinamente sobre los valores ancestrales; es decir, las normativas que provienen de la herencia cultural propia: los idiomas nativos, las costumbres de la vida rural, o la familia extendida, así como el convencimiento de que la moralidad de los pueblos originarios es el verdadero lugar de una sinceridad legítima, capaz de convertirse en una razón superior frente a la escala de valores del mundo occidental.

El indianismo tempranamente formulado por el pensador Fausto Reinaga (1906-1994), destaca sobre todo el rescate de una memoria de abusos hacia la población indígena, hasta lograr su pleno reconocimiento e integración en la Nación Boliviana. El análisis exhaustivo del esfuerzo teórico de Reinaga y el indianismo nos aproxima al modo de pensar y sentir de amplios sectores bolivianos. El reinaguismo ofrece un acercamiento adecuado al problema sobre cómo comprender un mundo altamente complejo e insolidario (como es toda sociedad urbanizada) mediante imágenes provenientes de un ámbito rural mucho más sencillo. La

confrontación entre la globalización moderna y una sociedad relativamente poco desarrollada como la boliviana, expresa las insuficiencias de una integración socio-política en igualdad de condiciones que deberían tener extendidos sectores de la población: indígenas y pobres.

De igual manera, la realización de una Asamblea Constituyente difundió la idea del ingreso en otra época más democrática y verdaderamente boliviana. Sin embargo, todo fue un anhelo inconcluso pues la Constituyente ahondó los conflictos étnicos y la lucha de clases, reforzando cierta fragmentación de visiones ideológicas en torno al futuro como país. Las ideologías indianistas y la propia democracia política presentan un divorcio respecto a la realidad donde persisten la pobreza y las desigualdades económicas. En el fondo, los problemas ideológicos de la nacionalidad o del Estado Nacional no significan una real preocupación para la existencia diaria de las grandes mayorías que solamente pretenden subsistir humanamente.

El planteamiento de un Estado Plurinacional es una nueva "máscara" que opera como instrumento de legitimación de un partido (MAS) y un líder (Evo Morales), orientados hacia presunciones hegemónicas. La sociedad boliviana aún transita hacia la modernidad y va dejando atrás las tradiciones indígenas, para lo cual la disyuntiva entre ser boliviano o adoptar otras identidades originarias, termina siendo algo progresivamente superfluo. El crecimiento económico junto con el mejoramiento de las condiciones de vida, podrían ir apagando la disyuntiva, en la medida en que Bolivia se encuentra confrontada con los requerimientos específicos para lograr un lugar en el mundo globalizado del siglo XXI.

Con el ánimo de contribuir al debate de algunos escenarios prospectivos, este trabajo considera que vale la pena tomar en cuenta la reforma substancial del Viceministerio de Descolonización, por considerarlo inefectivo para con lo que fue creado. El concepto de descolonización del Estado y la gestión pública no ha generado ninguna propuesta clara. En esta misma dirección, es importante modificar la política educacional del gobierno, mostrando que la ley educativa Avelino Siñani-Elizardo Perez, no contribuye, ni a comprender el mundo moderno, ni tampoco a valorar los deseos profundos de la población o una buena calidad del sistema educativo.

Resultará muy relevante formular verdaderas políticas públicas destinadas a proteger a los sectores más vulnerables de la población (mujeres, niños y ancianos) que sufren los efectos de una cultura tradicional machista y discriminatoria, tan arraigada en capas profundas de la sociedad civil. La violencia doméstica ha recrudecido y aparentemente parecen no existir soluciones eficaces ni efectivas que detengan esta transgresión. Es por esto que se requiere de una acción estatal destinada a mejorar la enseñanza de las ciencias sociales históricas y jurídicas en el sistema boliviano universitario, con el objetivo de impulsar el estudio de los problemas vinculados a las mentalidades autoritarias y violentas que son muy recurrentes en la cultura boliviana.

El escenario prospectivo más llamativo parece ser la necesidad de atenuar o erradicar los valores normativos y las pautas de comportamiento autoritario-machistas, donde se necesita una modificación de las políticas educativas a largo plazo. El concepto de Nación boliviana quedaría difuso, si no se logra una integración paulatina de los sectores sociales más excluidos: pobres extremos, mujeres y grupos étnicos sin decisión política. Es por esta razón que debe desarrollarse una atmosfera pública donde las teorías que no han sido tomadas en serio como el indianismo, por lo menos hagan escuchar su voz, no como solución a los problemas estructurales de Bolivia, pero sí como una muestra de la memoria de ultrajes que se arrastran desde hace siglos y deberían ser erradicados.

El debate actual del pensamiento de Fausto Reinaga es importante porque expresa un sentimiento dramático respecto a la Nación boliviana (Reinaga, 1975). El país tiene que vivir dentro de un orden moderno que viene del pasado, aunque al mismo tiempo tenemos que estar expuestos a una cultura cosmopolita que no es la nuestra: la globalización modernizante de cambios vertiginosos y absolutamente occidental, donde las grandes mayorías podrían estar enclaustradas fácilmente en el anonimato y la insignificancia.

La modernidad boliviana abrió el terreno para aceptar democráticamente las diferencias étnicas y la plena participación de otros actores sociales como los movimientos indígenas. Toda estructura de modernización implica un aditamento iluminista adicional: aceptar el disenso, las diferencias de explicación o nuevas visiones de la realidad

como el núcleo más positivo de la globalización y universalización del racionalismo crítico. Los libros de Fausto Reinaga y otros teóricos de la descolonización, podrían enmarcarse dentro de la tradición iluminista del racionalismo crítico como baluarte del pensamiento occidental, en el sentido de recuperar un aire escéptico y cuestionador de la Razón como fuente infalible para el progreso o como rasgo único de dominio, porque dicha Razón también es capaz de engendrar efectos sumamente atroces.

Desde este perfil, el mestizaje, las identidades étnicas particulares, así como la democracia pluricultural no deberían dar lugar a ningún tipo de odio o rencores políticos, sino a la reconciliación magnánima de orientación tolerante por medio de la reivindicación de una ciudadanía cosmopolita. Desde el nacimiento del movimiento katarista en 1973 hasta el nombramiento del aymara Víctor Hugo Cárdenas como Vicepresidente en 1993, pasando por la renovación del sistema político con múltiples alcaldes indígenas en el área rural y la victoria final de Evo Morales como presidente de Bolivia en 2005, la modernización boliviana no ha hecho sino consolidar el avance de cosmovisiones alternativas que se abrieron paso en medio del escenario democrático representativo.

Es en la época democrática (1982-2017), donde el nacimiento del Estado Plurinacional constituye un aliciente y un halo de esperanza para fortalecer un nuevo tipo de identidad nacional, el cual vaya dejando atrás los conflictos de la crisis de identidad pero planteando múltiples desafíos, sobre todo para la visión de futuro que las generaciones jóvenes en Bolivia presentan en el siglo XXI.

De cualquier manera, el nacionalismo como ímpetu estatal, la denostación de la Nación para destacar la multiculturalidad y la diversidad étnica, o la convivencia democrática de un mundo pluralista, se convierten en diferentes máscaras que buscan competir para interpelar a las masas en el camino hacia la toma del poder, lugar en el cual las élites y contra-élites regresarán, tarde o temprano, al desafío de conformar un Estado fuerte, movilizador y verticalista para su eficaz funcionamiento, tanto en medio de una economía estatizada, como ante la liberalización sin fronteras de la globalización mercantilista.

En el discurso y el imaginario de lo que se denomina Estado Plurinacional, existen dos pilares ideológicos. Por un lado está el discurso

que interpela con los códigos indianistas y la idea de descolonización de Bolivia. Por otro lado se encuentra el perfil autoritario desarrollista que repite las tendencias del viejo Estado nacional de la década de los años 50. Esto es lo que explica por qué el MAS y Evo Morales se resisten y resistieron a descentralizar el Estado o desarrollar la Nación desde las autonomías regional-departamentales en el periodo 2006-2016. A pesar de la aprobación de una Ley Marco de Autonomías, la descentralización profunda del aparato burocrático no es más que una ambición truncada, frente a las pretensiones de un proyecto hegemónico donde sea el Estado centralista el mecanismo de poder en el largo plazo.

Esto se halla unido a otras influencias latinoamericanas de larga tradición como el legado “nacionalista populista” que data de la época de Víctor Raúl Haya de la Torre, pues la exploración de una identidad nacional y la crítica tenaz del subdesarrollo o el colonialismo, tratan de encaramar un Estado lo suficientemente dominante como para proveer el desarrollo económico y hacer evolucionar a la sociedad de arriba hacia abajo. Las críticas, tanto técnicas desde el campo de la administración pública como desde la economía del gasto público, siempre han destacado la ambigüedad del MAS para materializar seriamente el proceso autonómico en el país.

Los actores sociales y políticos en Bolivia entrelazan los siguientes elementos: invención de idearios sobre “lo indio” como depositario del carácter nacional y originario para descolonizar una opresión de larga data. Esto se une al nacionalismo que asume diferentes máscaras, de las cuales la más notoria es un Estado enérgico y desarrollista. Pero hoy día, la globalización está generando una crisis estatal y de identidades colectivas, al sembrar la incertidumbre sobre el destino que les toca a las nuevas generaciones y al país en el siglo XXI bajo los cánones de un tipo de mestizaje que irrumpe como cosmopolitismo, es decir, como internacionalización y mezclas permanentes que destronan a las identidades étnicas particularistas. En un caso, o Bolivia fue derrotada por la globalización, o en otro momento, el país simplemente no es capaz de adaptarse al siglo XXI.

Por otra parte, Bolivia debe ser también uno de los países en todo el mundo donde se viola cualquier derecho de autor porque reina la piratería en la producción de discos, libros, películas e inclusive la mala copia de ideas, pues la impostura es lo que caracteriza al sistema educativo en las

escuelas y universidades. Esto contrasta fuertemente con Japón donde la innovación es una exigencia constante al interior de la industria, tecnología y aquello que significa el cultivo de la disciplina para ejecutar tareas con alta responsabilidad, aprendiendo de manera abierta y científica en medio de circunstancias altamente competitivas.

Si se tratara de comparar Bolivia con Japón, podríamos identificar que ambos países suponen que uno de los ejes fundamentales en el funcionamiento de sus sociedades descansa en la articulación entre aquello que conocemos como identidad cultural y desarrollo económico. Una combinación aparentemente mágica que explicaría la posibilidad de generar bienestar a gran escala. Puede ser pero, simultáneamente, la discusión sobre cómo la identidad impacta en los altos niveles de desarrollo está en permanente revisión. Para empezar, Bolivia atraviesa por una crisis de identidad colectiva, la cual no parece haberse amalgamado de manera positiva porque aún quedan muchos vacíos para alcanzar los estándares de desarrollo que posee Japón.

Toda *crisis de identidad* colectiva señala la erupción de dudas y cuestionamientos que aparecen cuando la idea de Nación boliviana es sometida a diversas críticas, sobre todo cuando se observa la insubordinación hacia el Estado que impulsan los movimientos indígenas, grupos de bajos niveles de ingreso o educación, y diversos sectores marginados. Una crisis de identidad tiene lugar en un momento de incertidumbre sobre cómo protegerse frente a los avatares del entorno social, económico y político, con el fin de buscar seguridades ideológico-psicológicas que hagan más soportable la convivencia de los grupos dominados, quienes se colocan siempre a la defensiva respecto a las clases más privilegiadas y atacan a la modernidad globalizada donde predomina una identificación con los patrones de consumo y la información de carácter multicultural.

En Bolivia, reclamar por una identidad aymara, quechua, guaraní, chipaya o la identidad de cualquier nación indígena como si fuera el signo de inigualable solidez para sobrevivir en la globalización, oculta la incapacidad para producir un real esfuerzo que encarne resultados sólidos en materia de desempeño económico, educación y desarrollo humano, en comparación con otros países. Japón se orienta por similar preocupación pero con una diferencia trascendental: su identidad socio-cultural no reclama el dominio

de un conjunto de grupos étnicos humillados por la colonización, sino todo lo contrario.

Japón fue una potencia imperial colonizadora que luchó por todos los medios para impedir que el catolicismo enturbiara su cultura budista. Sus patrones de conducta rinden culto al equilibrio entre la naturaleza humana, el medio ambiente y lo inevitable en la vida: el dominio de unos sobre otros, la muerte, la injusticia y la necesidad de respirar un aire donde pueda realizarse cualquier esfuerzo como si lo inevitable no existiera. El objetivo es salir adelante, crear e innovar en todo ámbito. Esto es lo que permitió engranar plenamente las influencias del shogunato (la época de la dictadura militar sometida al emperador japonés), la modernidad y los códigos de conducta que provenían del mundo occidental, en función de tomar lo mejor es éste y adaptarlo a una vida productiva hasta conseguir convertirse en una potencia económica mundial.

La muerte de la nación fue declarada por el mundo indígena. Las ideologías de desprecio al mestizaje, superpusieron al indianismo o al katarismo como fuentes de las grandes identidades indígenas, pero económicamente no sirvieron de mucho. El énfasis dogmático para reivindicar lo étnico-regional como un particularismo secante no condujo al bienestar. Japón enseña que la relación entre identidad y desarrollo implica que *lo propio* representa un esfuerzo de invención y exposición a la genuina articulación entre tolerancia cultural y occidentalismo técnico, con el ánimo de competir eficazmente en una economía globalizada.





# Conclusiones: América Latina frente a la Globalización

Las fuerzas de la globalización y todo el entramado de interconexiones en el sistema internacional, capturan a América Latina en una situación particular, difícil y llena de desafíos e incertidumbres. El realismo, así como el pluralismo, se expresan también en las decisiones de política exterior. Pero sobre todo destaca una agenda donde resaltan los problemas de la educación en un mundo globalizado, las relaciones que se desarrollan con los Estados Unidos, los balances de poder siempre cambiantes, las amenazas del crimen organizado, el narcotráfico y otros aspectos de fuerte influencia como la sexualidad y qué debemos entender en torno a los debates sobre la moral en el siglo XXI. Concluimos el libro, precisamente con un registro de las discusiones más candentes en Latinoamérica globalizada.

## **La educación: entre el conflicto, las incertidumbres y las reformas**

Las reformas educativas de América Latina en el siglo XXI se debaten entre el desgaste, la indiferencia y el no saber cómo profundizar sus logros más positivos. Ningún objeto cultural e ideológico es tan valorado y disputado actualmente como la educación. La ilusión de ser aceptado en escuelas de gran prestigio, o las esperanzas que cualquier padre de familia anima, tratando de ver a sus hijos convertidos en ciudadanos educados y profesionales exitosos, se asemeja mucho al sueño de varios países por construir distintos núcleos generadores de talentos, cuyas capacidades impacten positiva y directamente en el desarrollo.

Los economistas de la información consideran que el capital educativo en cualquier nación constituye una de las características principales que impulsan el crecimiento económico, tanto en los países ricos como en aquellos que se encuentran en vías de desarrollo. Las políticas educativas llegaron a transformarse en los aceleradores de cambio, además de ser un área de intervención muy proclive a reaccionar favorablemente

a los cambios tecnológicos del siglo XXI, pues el uso intensivo de recursos informáticos vía Internet, facilita una serie de procesos de aprendizaje, optimizando las aptitudes de estudiantes y maestros.

La educación es un baluarte estratégico que permite a todo tipo de clases sociales integrarse de la mejor manera en el competitivo mercado laboral, o en las estructuras culturales donde los productos educativos mostrarán resultados concretos como la publicación de libros, circulación de ideas, discusión en torno a prototipos que buscan los perfiles de una sociedad mejor e inclusive, los canales por donde las instituciones resuelven mejor sus conflictos, apostando por el cultivo de un ambiente democrático, pluralista, pacífico y respetuoso de las diversidades que promueven una sociedad más ambiciosa con sólidos estándares de modernización.

El problema central radica en que diferentes gobiernos consideran a la educación como un patrimonio subordinado a otros objetivos políticos; por ejemplo, colocar al sistema educativo bajo las directrices de los indicadores de ajuste macroeconómico con el objetivo de compatibilizar los gastos sociales y otro tipo de inversiones en materia productiva; sin embargo, en una época de revoluciones tecnológicas y sistemas globales de información, el capital educativo es un recurso para articular expectativas, diseñar planes de futuro, atenuar conflictos explosivos y colocar las bases que viabilicen el cambio progresivo en las instituciones y algunos procesos sociales.

Es imprescindible discutir por qué las reformas educativas presentan una serie de previsiones que necesitan programas nacionales, así como la concertación imaginativa con miradas regionales y locales, en función de construir una red de sistemas educacionales, hábiles para responder de la manera más eficiente e integradora a una concepción de calidad total. Nadie puede estar al margen de estos debates y es precisamente ahora, con la revolución científico-tecnológica, que las sociedades latinoamericanas deben analizar las perspectivas positivas, así como corregir sus insuficiencias.

Asimismo, se analiza de manera global cuáles podrían ser las alternativas para pensar un nuevo modelo pedagógico, los criterios operacionales y con qué ideas-fuerza podrían guiarse los maestros. Esto refuerza el planteamiento, con carácter hipotético, sobre cuáles son los requerimientos para desarrollar un modelo de calidad educativa,

caracterizado por patrones de cambio, gestión del talento y fomento de la creatividad pedagógica en las aulas.

Todo análisis para comprender la implantación de las reformas educativas entre 1990 y el siglo XXI, tiene que crear grandes bancos de datos que, en el futuro, se conviertan en un marco decisorio para generar proyectos y enriquecer las experiencias específicas por países, superando las ineficiencias de los sistemas educativos; es decir, atacando a las causas estructurales y no quedándose en la solución de problemas a corto plazo.

Las reformas educativas del siglo XXI en América Latina deben identificar a los maestros como gestores de talentos, capaces de amalgamar la tecnología de Internet en las aulas, la tolerancia ideológico-teórica y el estímulo de una conciencia de autolimitaciones para explotar lo mejor de los estudiantes, pero transmitiendo un sentido de humildad y mesura en sus comportamientos, experiencias y ánimos creativos para mirar el futuro. Un modelo de gestión de talentos requiere clarificar, urgentemente, cuatro escenarios de implementación:

1. La modificación de los contenidos mínimos en el currículo vigente. Deben diseñarse las matrices por materia, actualizando las posibilidades de aprendizaje competente en matemáticas, lenguaje, ciencias naturales, historia y áreas técnicas, ligando la educación intercultural bilingüe a propuestas para medir, evaluar y corregir a tiempo la calidad en la enseñanza.
2. El rediseño organizacional de los Servicios de Educación para brindar orientaciones globales en las escuelas, según sus requerimientos específicos y tomando en consideración el tipo de realidad social que circunda a los colegios. Las principales guías tendrán que plasmarse en materiales educativos para acompañar la reforma junto con los maestros.
3. La articulación de consensos entre los Ministerios de Educación, sindicatos de maestros y estructuras institucionales descentralizadas, debatiendo las reformas en las aulas y su aplicabilidad, según las condiciones específicas que imperan en distintas áreas geográficas y las necesidades sociales heterogéneas.
4. La construcción de un nuevo paradigma educativo predispuesto a la crítica, receptivo a los aportes científicos, y respetuoso de

la pluralidad de visiones, debe considerar los siguientes ejes de reflexión.

Una teoría educativa que no privilegie solamente la ciencia positivista, la racionalidad, objetividad y la búsqueda de una verdad única. Este perfil demanda acercar académicos, profesores, especialistas en políticas educativas y organizaciones sociales. El nuevo modelo pedagógico tiene que aceptar el uso de categorías interpretativas por parte de los docentes. Sus concepciones, esfuerzos y soluciones en la práctica constituyen conocimientos valiosos para enriquecer cualquier reforma educativa.

La teoría educativa del nuevo modelo pedagógico debe ser una construcción colectiva, pero diferenciando las distorsiones ideologizadas que reniegan del pluralismo, de aquellas que fomentan la tolerancia de conocimientos. En síntesis, se requiere un amplio compromiso democrático.

La nueva teoría educativa debe identificar cuáles son los aspectos del orden social y político en América Latina que frustran o impiden el logro de fines racionales. La transmisión de conocimientos también implica una enseñanza guiada por la racionalidad y el propósito de reducir los conflictos irracionales. Cualquier nuevo modelo educativo debe ser entendido como una práctica. Toda reforma educativa siempre estará determinada por aquello que se aplica en la práctica cotidiana nacional, regional o local.

Todo es perfectible desde el punto de vista artístico y científico, de tal manera que en muchas ocasiones no son tan importantes las equivocaciones, como la aparición de sugerencias para enmendar cualquier error. Una vez que imaginemos la implementación de las reformas en cada aula y colegio de la vida real, comprobaremos que nace la exigencia de una combinación entre el ejercicio del arte y los conocimientos técnicos que viabilizarán el logro de metas, junto con grandes cantidades de creatividad e imaginación.

El reto más difícil descansará en la transformación de las bases del conocimiento y el comportamiento en los alumnos, profesores, especialistas en educación y decisores de los Ministerios de Educación. Frente a estos desafíos, recomendamos que las reformas educativas observen con detenimiento lo siguiente:

- a) Dónde se encuentran las estructuras rígidas de razonamiento y transmisión de verdades absolutas en el proceso de enseñanza-aprendizaje, ya sea en las escuelas privadas o públicas.
- b) La implementación política y pedagógica de las reformas tendrá que descubrir si las estructuras rígidas del aprendizaje refuerzan actitudes conformistas en los estudiantes y padres de familia (la ley del menor esfuerzo).
- c) El éxito radicarán en abandonar todo tipo de respuestas fáciles e inmediatistas porque lo importante, no son las buenas calificaciones, o peor aún, aprobar las materias a como dé lugar; por lo tanto, uno de los primeros pasos es romper con los estilos memorísticos de enseñanza y aprendizaje, así como con las tendencias que privilegian un acomodo de los estudiantes a los contextos autoritarios de una escuela. Los maestros deben transmitir la idea de que nunca es mejor copiar textualmente que redactar un texto o resolver un problema, utilizando el pensamiento crítico y reflexivo. La innovación, esfuerzo genuino por mejorar y aportar al crecimiento de la personalidad de maestros y alumnos, tiene que convertirse en una fuente duradera para implementar las reformas.

En gran parte de la educación latinoamericana, por ejemplo en Bolivia, Perú, Guatemala, Nicaragua, El Salvador, Haití y Venezuela, abundan los agentes que obstaculizan o entorpecen el proceso creativo y la expresión de sus posibilidades. La aplicación de las reformas educativas en las aulas tiene que erradicar varios temores relacionados con el ejercicio de la creatividad; por ejemplo: vencer el temor al ridículo en las aulas y en el planteamiento de alternativas de aprendizaje. Los estudiantes prefieren huir de posiciones que por su originalidad o rareza provoquen la risa en los demás. Para evitar la burla o el menosprecio de los otros, sea o no con razón justificada, el estudiante prefiere seguir los caminos trillados, aun cuando estén conscientes de que es posible escoger nuevos rumbos.

Tolerar la incertidumbre como antídoto para reducir los conflictos y la resistencia de las actitudes más tradicionalistas. La tarea de creación siempre tiene un alto porcentaje de incertidumbre, así como la producción del conocimiento científico; de aquí que rehusarse a indagar en lo desconocido

y no tolerar la ansiedad que se genera, provoca serios obstáculos para cambiar las estructuras de enseñanza. El hecho de crear siempre implica un salto al vacío. En general, las estructuras educativas de América Latina están llenas de estudiantes y docentes conformistas que prefieren tomar el camino más seguro, conocido y cómodo, lo cual impide desarrollar un conjunto de capacidades más flexibles para aceptar el conflicto entre lo conocido y lo desconocido de aquellos problemas que se quiere resolver.

Temor a cometer errores o fracasar, lo cual solamente refuerza un prejuicio que desvaloriza la autoimagen de los profesores y alumnos. Este es un freno psicológico, tanto para los estudiantes como para los maestros porque evita, a toda costa, malograr una tarea comenzada o no alcanzar una meta previamente trazada; surge el miedo a no cumplir con las expectativas de los otros o de uno mismo. Esto conduce a aceptar sin cuestionar lo que los docentes o ciertas autoridades transmiten como información.

Falta de estimulación. A menudo, encontramos docentes rígidos y contextos educativos que limitan o castran procesos importantes de creatividad; el autoritarismo es un obstáculo que ocasiona profunda intolerancia al cambio y a lo desconocido. En las aulas se abusa del pensamiento dicotómico; es decir, la tendencia a dividirlo todo y a todos en grupos que se excluyen mutuamente, creando una polarización reduccionista de la realidad y de los aprendizajes, por ejemplo, los polos bueno-malo, correcto-incorrecto. Esta simplificación de la realidad es absurda y totalmente favorable a los prejuicios que reproducen la ignorancia, tanto en personas alfabetizadas y analfabetas.

Baja o ninguna autoestima. Es un tremendo bloqueador de la creatividad y los procesos de reforma en las aulas; esto quiere decir que el juicio valorativo realizado por los individuos acerca de sí mismos, es demoleador y auto-flagelante. Las personas con baja creatividad se perciben como dependientes, toman muy en cuenta los juicios ajenos, sufren en exceso por las valoraciones negativas de su labor y nunca están seguras de sus méritos.

Las presiones sociales también influyen negativamente. El desarrollo de la creatividad y un ambiente de libertades en la enseñanza y los aprendizajes se deterioran, cuando las estructuras educativas fomentan la conformidad con la conducta colectiva. En la mayoría de los

casos, el estudiante se convierte en un receptor pasivo, poco cuestionador de la información y de su entorno. Frente a esta situación, el estudiante está de acuerdo con la opinión colectiva, siendo susceptible de caer en la manipulación y entrando en serio desacuerdo con sus convicciones personales.

Hasta ahora, las reformas educativas en América Latina dejaron de lado la estructuración de programas que movilicen diversos recursos psicológicos relacionados con el comportamiento creativo. No se aprecian los elementos afectivos y motivacionales, orientados a liberar al estudiante de lo que pueden ser sus bloqueos para inspirar la creatividad, dándole seguridad en el desarrollo de sus propias posibilidades creadoras e incitándole a ampliarlas u optimizarlas. Tampoco se incorpora como factores importantes en los talleres de trabajo la importancia de lo interactivo, lo emocional y la capacidad de comunicación. Esto disminuye las capacidades del estudiante para su expresión individual, el manejo de estrategias y la utilización exitosa de recursos cognitivos.

Las reformas educativas necesitan asumir con determinación la calidad como filosofía en todo el proceso de transformación; es decir, la ejecución de un proceso de mejora continua (que no tiene fin) que satisfice las necesidades y expectativas razonables de una sociedad. Este mejoramiento exige el involucramiento responsable de todos quienes dirigen, participan y se benefician directa e indirectamente de este proceso.

El alcance de una educación con excelencia será la visión que rondará el empleo de una gestión con calidad en todo el proceso de transformación que requiere un país. Lograr el mejoramiento educativo para incrementar el nivel de aprendizaje, no sólo de los escolares, sino también de los universitarios y la sociedad latinoamericana en general, es un desafío diario que no es fácil porque depende de la formulación clara, actualización y perfeccionamiento de varios estándares educativos, pues éstos ofrecen una perspectiva realista de lo que debería hacerse y cuán bien debería hacerse. En el ámbito mundial, existen tres grandes tipos de estándares educativos que guardan estrecha relación entre sí:

- Estándares de contenido o curriculares. Éstos describen lo que los docentes debieran enseñar y lo que se espera que los estudiantes aprendan.

- Estándares de desempeño. Definen grados de dominio o niveles de logro escolar.
- Estándares de oportunidad para aprender o transferencia escolar. Disponibilidad de programas, personal, recursos financieros, tecnológicos e infraestructura.

La filosofía de calidad total en la construcción de un sistema educativo, orienta a las sociedades modernas a generar altos niveles de enseñanza y aprendizaje que satisfagan plenamente las necesidades y expectativas de una competitividad mundial. Bajo este panorama, un modelo educativo que genere estándares excelentes de aprendizaje en la sociedad debe considerar los siguientes factores:

- 1) Visión. Generar una concepción clara de lo que se cree que debería ser el futuro del sistema educativo de un país ante los ojos de sus habitantes, ante los ojos de países similares, y ante las sociedades mundialmente competitivas. Esto logrará conducir esfuerzos en una sola dirección.
- 2) Liderazgo. Incorporar la gestión del liderazgo como herramienta básica de unificación de compromisos y esfuerzos hacia la consecución de objetivos bien definidos. En tanto exista una guía que motive a las personas a creer en sí mismas y en el proyecto que desarrollan, se logrará llevar sus capacidades a límites inesperados. La implantación de cualquier modelo o reforma, requiere de la participación de verdaderos líderes que guíen y ayuden a sus seguidores o colaboradores a lograr objetivos, reduciendo las resistencias al cambio.
- 3) Gestión del talento. Las personas aumentan o disminuyen sus fortalezas y debilidades en cualquier organización, dependiendo de cómo se las trate. Si el capital más valioso del mundo es el capital intelectual, es imprescindible considerar procesos de gestión del talento humano al interior de un modelo de reforma educativa. Esto supone definir estándares que encaminen e indicadores que permitan evaluar el desempeño humano en dos esferas: a) profesorado, para diagnosticar y mejorar los procesos de enseñanza; b) alumnado, para diagnosticar y perfeccionar los procesos de aprendizaje. En el ámbito docente, se requiere monitorear cuán



motivados están, si cuentan o no con estimulaciones que ayuden a intensificar su desempeño, si esos motivadores son suficientes o no, si cuentan con programas de entrenamiento que ayuden a mejorar su desempeño laboral, si el ambiente laboral es armónico, si cuentan o no con evaluaciones de desempeño y si éstas son empleadas con retroalimentación para mejorar sus debilidades. En el ámbito de los alumnos, ¿cuál es su rendimiento académico?, si éste refleja lo que verdaderamente aprenden. ¿Aprenden tanto como deberían? ¿Cuán motivados están? ¿Qué los impulsa a mejorar su desempeño? ¿Éstos son suficientes? ¿En qué momento necesitan programas de ayuda adicional?, y si los ambientes de enseñanza son afectivos, desafiantes y retroalimentan sus resultados de aprendizaje.

- 4) Gestión curricular. Aquí es vital promover el diseño, elaboración, ejecución, evaluación y actualización de procesos apropiados para la implementación curricular en las aulas. Los programas curriculares amplios y desafiantes, aseguran el incremento de la calidad educativa, ya que el éxito es atribuible al esfuerzo y no a las aptitudes.
- 5) Gestión de los recursos materiales. Asegurar la administración eficiente de los recursos financieros, logísticos, tecnológicos e infraestructurales para garantizar el desarrollo educativo con calidad.
- 6) Alianzas estratégicas. Desarrollar prácticas de articulación con actores u organizaciones que contribuyan a mejorar la calidad de enseñanza-aprendizaje en los establecimientos. La interacción e intercambio de experiencias entre instituciones educativas favorece el aprendizaje profesional (compartir las mejores experiencias y prácticas de enseñanza, por ejemplo). Pueden definirse un cúmulo de prácticas que contribuyan al desarrollo académico, comunal o de colaboración con organismos locales, empresariales, etc.
- 7) Evaluación de resultados. Los procesos evaluativos ayudan a determinar en qué medida están siendo alcanzados los objetivos propuestos, respecto de los estándares o indicadores definidos para tal efecto.

En el mejoramiento educativo, es determinante abordar la evaluación de resultados como: a) una cultura orientada a conocer permanentemente la progresión y tendencia de los procesos de enseñanza y aprendizaje; b) una evaluación por competencias orientada hacia el análisis de desempeño de las personas en diferentes contextos, a la luz de sus conocimientos; c) un proceso de diálogo y concertación donde la población evaluada, docentes, alumnos y otros, podrán aportar contribuciones significativas a partir de análisis comparativos con otras instituciones, como referentes para reflexionar sobre los resultados obtenidos y así poder efectuar planes de mejoramiento; este es el corazón de toda retroalimentación.

La interacción social y los intensos debates rinden cuenta sobre la calidad educativa, ¿qué aprendimos y cómo podemos emplear todos nuestros conocimientos para resolver los problemas sociales más fundamentales? Estamos frente a las puertas de grandes innovaciones, porque de lo contrario sería muy triste abandonarnos nuevamente en la indiferencia, o peor todavía, sumergirnos en una cadena de mentiras para engañarnos a nosotros mismos, cuando en realidad es una obligación avanzar y remontar los obstáculos estructurales de la educación.

### **¿Es posible ir más allá de los balances de poder?**

Los procesos de globalización y la necesidad de comprender el conjunto anárquico de las relaciones internacionales, promueven una serie de reflexiones sobre dos aspectos: en primer lugar, la decadencia progresiva del liderazgo hegemónico de los Estados Unidos y de la misma Unión Europea, afectados profundamente por una crisis financiera y por la ausencia de soluciones duraderas que faciliten el funcionamiento de un orden global armonioso; en segundo lugar se tiene la emergencia de nuevas economías que están marcando el horizonte de nuevos balances de poder, como es el caso de Brasil, cuyas posibilidades políticas, económicas y militares lo estarían convirtiendo en la nueva fuerza hegemónica de América Latina.

Asimismo, el contexto internacional, tanto diplomático como económico, siempre tiende a estar caracterizado por una doble moral y las estrategias de lucha por los balances de poder que están llevando adelante las principales potencias como Estados Unidos, la Unión Europea, China,

India, Brasil y Rusia. En este caso, por balances de poder se entiende al conjunto de posturas y estrategias de política exterior de una nación o un conjunto de naciones para protegerse de una serie de amenazas en el entorno anárquico internacional. Las estrategias permiten conectar el aumento del poder estatal mediante la carrera armamentista, las redes de influencia económica, la dominación en los mercados globales y las alianzas entre países fuertes, junto al cálculo de beneficios que pueden ser aprovechados en función de previsiones hegemónicas y geopolíticas en diferentes regiones.

Tres hechos fundamentales deben motivar un análisis sobre cómo modificar la política exterior en tiempos de globalización, con el objetivo de fomentar nuevas estructuras de cooperación y solidaridad para enfrentar los problemas más importantes en la segunda década del siglo XXI. El primer aspecto se relaciona con la trágica evolución de Haití después del terremoto de principios de 2010. La impresionante devastación movilizó inmediatamente millones de dólares y compromisos para solucionar el sufrimiento indescriptible de miles de ciudadanos, así como para reconstruir un país que nunca estuvo en condiciones de generar estructuras estables y sostenibles en su desarrollo y la protección básica de los haitianos en materia de derechos políticos, económicos, sociales y humanos.

América Latina trató de ofrecer recursos y apoyo sistemático, aunque la lentitud de las acciones de intervención complicó la reconstrucción, subsistiendo una vez más la idea de considerar a Haití como un Estado fallido y, por lo tanto, irrelevante para el conjunto de mercados globales o prioridades de integración internacionales.

La cooperación internacional para el desarrollo fracasó casi por completo porque fue innecesariamente burocrática, ineficiente en la logística donde no fue posible privilegiar, antes que nada, las necesidades diarias de los damnificados, sino que rebrotaron las tradicionales previsiones institucionales en cuanto a metas definidas por las Naciones Unidas o la carrera de influyentes funcionarios, más preocupados por su éxito personal como héroes en momentos desastrosos.

Los problemas de la ONU y otros organismos de asistencia, revelaron que Haití se convirtió en un país donde prevalecieron el paternalismo y los intereses políticos de los Estados Unidos, que trataron de remodelar un país

deshecho, según las utopías occidentales de una democracia y economía liberal. Así, resultó imposible el ejercicio de la concertación en medio del desastre y los problemas se agravaron con la epidemia de cólera, el rechazo absoluto a la ONU y unas elecciones presidenciales realizadas en noviembre de 2010, donde las exigencias de simple participación consciente fueron sobrepasadas por el agobio para sobrevivir: comer y reducir la violencia urbana.

Los campamentos de Puerto Príncipe continúan inundados de miedo sobre el futuro, desconfianza hacia la cooperación internacional y rabia reprimida hacia el liderazgo de los Estados Unidos, que también está naufragando en su propia reconstrucción económica, pues el gobierno de Barak Obama no logró retomar el control para incrementar las fuentes de empleo en forma sostenida y modificar el caos de la desregulación financiera en Wall Street.

Los modelos socio-políticos de exportación como la economía de mercado y la democracia presidencial, que los Estados Unidos vinculan con un régimen de libertades benefactoras, dejaron de ser creíbles y en algunos casos resultan ser inclusive contraproducentes, sobre todo para Haití que, a pesar del dinero recaudado, sigue postrado en la inutilidad y desilusión. Esto está desmoronando la buena fe de los cooperantes para el desarrollo, quienes deben abandonar la doble moral de decir una cosa prometiendo maravillas y hacer otra, completamente distinta debido al excesivo poder de los intereses políticos y burocráticos que no vienen gratuitamente con los países que ayudan.

Los organismos de cooperación de Europa Occidental buscan imponer sus modos de hacer las cosas, sus formas de ser democráticos, eficientes y, ante todo, buscan dominar con un mismo molde político cuyos intereses expresan un balance de poder realista que despierta el escepticismo en torno a la solidaridad internacional y la cooperación pacífica e incondicional.

El segundo aspecto de problemas y anarquía internacional tiene que ver con la lógica del balance de poder desarrollado por China, India, Estados Unidos, la Unión Europea y Rusia en materia de control de armas nucleares. Ninguno de estos países hace algo definitivo para moderar los riesgos de una crisis y confrontación bélica, sobre todo cuando se analizan

los conflictos entre Corea del Norte y el Sur, Irán o las permanentes tensiones militares en Osetia.

Los peligros provenientes del contrabando de materiales nucleares, armamento y tecnología para la guerra, hicieron que las embajadas de China, Estados Unidos y Rusia, sometan toda política exterior a los intereses de defensa que ponen en vilo al conjunto de la humanidad. Las embajadas mezclan constantemente las tácticas geopolíticas, con las previsiones de no proliferación de armas nucleares, aunque al mismo tiempo intentan mantener un único fin: un balance de poder favorable y eficaz a sus intereses económicos en la globalización que segmenta el orden internacional con países de primera y de segunda.

La no proliferación tiene un trasfondo moral bien definido: abandonar el temor de un balance de poder, donde los intereses de cualquier Estado tengan que ser protegidos a partir de su fortaleza militar. El hecho de renunciar o limitar constantemente toda carrera armamentista, facilitaría un control más eficaz de los productos nucleares, además de fomentar el compromiso de las potencias como Estados Unidos, China, India o Rusia para respetar un sistema internacional más solidario.

La proliferación de intensas revueltas en Santiago de Chile, Atenas, Madrid, Nueva York, El Cairo o Trípoli y la completa insatisfacción de los jóvenes ante el desempleo, la falta de oportunidades de vida y una jerarquización internacional de economías exitosas y mercados emergentes, frente a un conjunto de Estados fallidos, demanda una nueva estructura universal de armonía, integración con solidaridad y promoción de la paz global.

Tanto China como Estados Unidos tienen que contribuir a la integración pacífica y negociada de Corea del Norte, a su desarrollo y a reducir la zozobra, controlando sus propios arsenales nucleares. La comprobación vergonzosa en cuanto a la inexistencia de armas de destrucción masiva en Irak, debió servir como lección para impulsar nuevas formas de negociación con Irán, reconociendo que la mayoría de los países árabes advierten el peso iraní como determinante, tanto para el éxito económico del mundo islámico, como para construir diferentes tendencias de integración político-religiosa en el Medio Oriente.

Una probable intervención militar en Irán para dismantelar su programa nuclear, rompería toda posibilidad que busca Estados Unidos para preservar su imagen como una potencia benevolente y liberal-democrática, de tal manera que su política exterior resultaría demasiado dura, con lo cual su poderío también seguiría decayendo.

Por otra parte, el respetable éxito económico alcanzado por China, la colocó por encima de Norteamérica y Europa; por lo tanto, ahora será fundamental un aporte chino al restablecimiento de los equilibrios en Corea del Norte y al aumento de iniciativas con mayor fraternidad internacional, en materia de comercio justo y compromisos para preservar el medio ambiente o los esfuerzos para combatir el calentamiento global. Al mismo tiempo, la represión y el autoritarismo del sistema político en China, totalmente antidemocrático, constituyen una hegemonía de viejo cuño, totalmente contradictoria con las perspectivas de apertura económica e integración globalizada.

El tercer ámbito para pensar un conjunto de cambios necesarios, tiene que ver con el surgimiento de nuevas estrategias de justicia socio-económica y un orbe internacional más pacífico. Aquí destacan con fuerza la erradicación de la pobreza y las Metas del Milenio. El África Subsahariana y varios países de América Latina como Bolivia, Haití, Nicaragua, Guatemala y El Salvador, no lograrán alcanzar algunas metas para reducir la mortalidad materna e infantil, o el establecimiento de armazones económicos cuyo objetivo sea mantener fuentes de empleo estables, ligadas al incremento de los niveles de ingreso dignos.

Luchar contra la pobreza muestra un sistema internacional donde también se manifestaron, de forma perversa, los balances de poder. No se puede condicionar el hecho de vencer la pobreza, a otras políticas o intereses estratégicos para dominar gobiernos. Específicamente, es un despropósito exigir que se destruya la economía de plantaciones de coca, a cambio de mercados para distintos productos de Bolivia, Perú y Colombia. Asimismo, no es aceptable desde ningún punto de vista soportar la invasión militar y el elevado número de víctimas civiles en Afganistán, por promesas relacionadas con la modernidad occidental y condiciones económicas de cooperación para el alivio a la pobreza.

Las tendencias de una probable explosión demográfica en el África e India para el año 2050, además de la reducción de fuentes de abastecimiento de agua, campos fértiles para la agricultura intensiva y las consecuencias negativas del cambio climático –cuyos efectos serán catastróficos en caso de no reducirse la cantidad de emisiones de gases con efecto invernadero– exigen que cualquier discusión sobre los balances de poder, intereses y privilegios de Estado, sea reorientada hacia un orden internacional más humanizado. La guerra contra el terrorismo, intervenciones militares desde una diplomacia preventiva y la preservación de concepciones neocolonialistas, son siempre demasiado violentas, costosas y autodestructivas.

El comienzo de una segunda década en el siglo XXI demanda transformar la racionalidad de doble moral y el predominio de estructuras hegemónicas represivas, en aquella visión orientada hacia el cultivo de una sociedad internacional, capaz de enfrentar su extinción por indiferencia, irresponsabilidad y por políticas exteriores que desprecian la solidaridad junto a la cooperación. El sistema internacional debe evolucionar más allá de las luchas entre hegemonías intransigentes que hasta el momento siguen reproduciendo Estados Unidos, China, India y Rusia.

### **El narcotráfico en América Latina y la legalización de las drogas**

Comprender cualquier fenómeno relacionado con la ilegalidad siempre encierra un concepto moral, que por sí mismo devora las estructuras más íntimas, no sólo de la debilidad humana, sino de las estructuras sociales que se reproducen en las instituciones públicas y privadas, de tal forma que el concepto ilegal abarca a un sinnúmero de flagelos ilícitos como el narcotráfico, la trata de personas, el tráfico de armas y el contrabando. En el fondo, también se trata de creer en que podemos deshacernos de todo tipo de crímenes y confiar, profundamente, en la capacidad humana para alcanzar nuevos rumbos de transformación ética e institucional.

El principal objetivo es analizar al narcotráfico como un modelo interconectado de mercados, bienes y servicios a disposición de las redes de venta de drogas ilícitas, cuyas consecuencias han pasado del carácter

personal del consumo en los drogadictos, al terreno institucional que ha perforado distintas legislaciones nacionales.

Hoy en día, el narcotráfico ha cobrado vigencia autónoma, es un negocio de millones de dólares y cuenta con el respaldo policial y militar, así como posee complejos apoyos estatales y privados en los más altos círculos. El narcotráfico sabe que es poderoso y, posiblemente, no podrá ser combatido, y menos erradicado, porque sus conexiones controlan los mercados financieros internacionales, llegando a convertirse en un termómetro económico que condiciona las configuraciones débiles de la economía latinoamericana, más aún si éstas dependen de un tipo de democracia que tiende a ser controlada por la denominada narcopolítica. Así destacan las siguientes metáforas para comprender el narcotráfico como problema fundamental en la globalización de América Latina.

Primera Metáfora. ¿Qué hace del narcotráfico un factor relevante para que las personas e instituciones lo salvaguarden? Sin duda alguna, el carácter económico por la gran cantidad de millones que mueve fácilmente; por lo tanto, nace una metáfora colectiva que quiere transformar al narcotráfico en una máquina de hacer mucho dinero para llegar a tener un poder omnímodo, porque por medio de este negocio se cree que uno obtendría el control de la lógica del mundo.

El crecimiento inusitado del narcotráfico sería incapaz de sobrevivir si no contara con quien lo fomente y demande. Según datos proporcionados por la Organización de Estados Americanos (OEA), se estima que entre el 60 y 65 % de la cocaína sudamericana es traficada en los Estados Unidos a través del Pacífico Oriental, por el corredor de América Central, las Islas del Caribe, República Dominicana, Puerto Rico y Haití, que actúan como centros de acopio y transbordo fundamentales.

El 80 % de este producto llega a los Estados Unidos a través de México (por vía marítima) que fácilmente rompe el control más estricto de la *Drug Enforcement Administration* (DEA), ¿por qué? Sencillamente porque tiene contactos políticos y militares de manera permanente. Las organizaciones criminales usan transportes sofisticados con una capacidad de carga entre 6.000 a 10.000 toneladas métricas de droga. Paradójicamente, las embarcaciones cuentan con alta tecnología proporcionada por los Estados más poderosos del mundo.



Los narcóticos se venden muy bien y, simultáneamente, fomentan la interconexión de armamento de última tecnología, venta de bienes suntuarios, estrategias financieras con gran conocimiento de los mercados y la banca internacional, así como el intercambio de información detallada sobre el funcionamiento corrupto de varias instituciones estatales.

La lógica de la interdicción del narcotráfico para extirparlo de las economías latinoamericanas, no se regula por el precio de la cocaína ni por la Guerra Contra las Drogas, sino por la protección desmedida del negocio pues el grueso de los capitales que se generan con los narco-vínculos, va a parar a la banca internacional y a los Estados que demandan los distintos tipos de drogas ilícitas.

La lucha contra el narcotráfico sataniza a los países productores y unilateraliza la responsabilidad de éstos. La realidad del siglo XXI muestra que la Guerra Contra las Drogas fue y es un fracaso, siendo imposible negar la responsabilidad de los países consumidores. En los Estados Unidos existen dos millones de adictos a la cocaína y la cultura del consumo ilegal se hizo normal para los grandes ejecutivos, los políticos, la industria del cine y las estrellas de fama mundial. Este tipo de vida que convierte al consumo de drogas en algo natural, difundió la metáfora del narcotráfico como la varita mágica que enaltece el acceso al poder, el dominio y la supuesta felicidad de dominar todo con la influencia de las drogas.

La extraordinaria expectativa que gira en torno al narcotráfico, hace ver al negocio como una fuente alternativa de acumulación de riquezas y donde la destrucción de los códigos éticos opera como el costo normal a ser pagado para reproducir la impunidad. La venta de drogas, para muchos, conduciría hacia el poder y es éste que promueve la constante reestructuración regional de las influyentes redes de narcotraficantes que se adaptan a todo contexto, conquistan varios mercados y manipulan la legalidad interviniendo en varias instituciones.

América Latina tampoco está libre del consumo de varias drogas duras. El primer reporte regional sobre esta problemática, advierte que aproximadamente la mitad de los consumidores de cocaína en el mundo viven en el continente americano. De ellos, el 70% se encuentra en América del Norte y el 27% en América del Sur, demostrando que son cantidades similares a las encontradas en Europa.

Las implicaciones políticas del combate al narcotráfico tienen raíces muy profundas y en el siglo XXI aún no es posible desbaratar la narco-política. El narcotráfico permitió dar un golpe de Estado en Bolivia en 1980 y el ex presidente de Colombia, Álvaro Uribe, estuvo relacionado con la protección de testigos claves que trabajaron por mucho tiempo con las redes de poderosos narcotraficantes.

¿Hasta dónde es viable, moral y jurídicamente, marcar las fronteras entre aquellas estrategias que buscan destruir el narcotráfico y las conductas políticas instrumentalistas que tratan de justificar cualquier decisión, por medio de razonamientos que obedecen únicamente a la lógica del poder? Al narcotráfico le gusta el poder pero también es éste quien debe combatir las consecuencias desastrosas de la Guerra Contra las Drogas y el crimen organizado a escala global.

Un caso muy doloroso es México donde Ciudad Juárez no pertenece al país sino a diferentes bandas de narcotraficantes colombianos y norteamericanos, transformándose en uno de los lugares más violentos del mundo. Por otra parte, Perú, Panamá, Colombia y Argentina gozan del apoyo de la DEA y de bases militares estadounidenses instaladas en la región que el Gobierno de Barack Obama –siguiendo a su antecesor George W. Bush– utiliza como recurso para combatir el terrorismo, el narcotráfico, e influir en los asuntos geopolíticos del Hemisferio Sur.

El poder económico del narcotráfico es capaz de penetrar las mismas murallas del Vaticano que, por primera vez, ha sido nombrado y publicado por el Departamento de Estado de los Estados Unidos como uno de los centros vulnerables para el lavado de dinero junto a otros 190 países. ¿Será que los grandes traficantes son capaces de comprar indulgencias a cambio de jugosas comisiones?

Segunda Metáfora. El sistema político en Latinoamérica, no sólo está sucumbiendo al poder del narcotráfico, sino que surge el peligro por el nacimiento de espacios de liderazgo y libre tránsito de drogas ilegales, mediante la financiación de campañas electorales y la construcción de diversas redes clientelares que definen el juego político. Esta metáfora señala que el narcotráfico tiene la audacia de aparecer como trampolín político, tan admirado y temido hasta el punto de no saber quién manipula a quién, si la política a las drogas o éstas a la política. ¿Es el fin que justifica

los medios, o el magnetismo del narcotráfico que llega a ser confundido con otra forma de promoción para diferentes tipos de liderazgo?

En América Latina persiste una situación donde los mismos políticos son quienes, simultáneamente, denuncian el intervencionismo estadounidense y la corrupción de los gobiernos que los han precedido, pero utilizando canales de financiamiento que probablemente provienen de los narco-dólares con el objetivo de lograr ser candidatos. Una vez en el poder, aplican políticas represivas y completamente ineficaces en la lucha contra las drogas, en medio de una red de imposiciones y amenazas, a través de lo que tiende a denominarse como diplomacia de permanente peligrosidad, ligada con aspectos oscuros de las políticas antinarcóticos.

Las relaciones entre las drogas y la actividad política no tendrían sustento sino se analizaran los regímenes jurídicos que tratan de controlar el narcotráfico. Las legislaciones latinoamericanas, con algunas variantes, reducen todo tipo de problemas y conflictos a la persecución de los delincuentes de segunda y tercera línea; es decir, se procesa e investiga a las estructuras que hacen de intermediarias en la venta a mediana escala; sin embargo, la interdicción de los grandes señores de la droga es una madeja burocrática pesada y en la cual queda siempre disimulado el control y sometimiento de las políticas antinarcóticos a un entramado de poder y dinero que tira por la borda un conjunto de regulaciones y previsiones institucionales de los sistemas democráticos.

La democracia está atada de manos cuando el narcotráfico es utilizado para afectar las estructuras políticas. Esta penosa realidad muestra que el mejor padre de las drogas es aquel que dice combatir las y, sin embargo, también las mima, protege y sacrifica miles de personas para mantenerlas vivas.

Tercera Metáfora. La satanización que se hace a los países productores de la hoja de coca y su vinculación con la cocaína no tiene un criterio veraz, porque la coca es vista como si fuera una mina de oro en manos de campesinos ignorantes que pertenecen a países irresponsables en el orbe internacional.

En este caso, la metáfora consideraría a los campesinos y pequeños empresarios de la coca como bacterias que infectan la sociedad mundial, lo cual es un sesgo que equipara a la producción de coca con el origen de la

enfermedad del narcotráfico. Sin embargo, las bacterias pueden ramificarse y no es sólo la coca el problema central, sino también la producción de marihuana –la droga ilegal más consumida en el continente americano– junto con el hachís, cocaína, crack, heroína, alucinógenos, inhalantes y barbitúricos de fácil acceso en las farmacias.

El precio de la cocaína compite en el mercado con las denominadas drogas químicas o sintéticas como el éxtasis con más de 760.000 consumidores y la metanfetamina conocida como cristal con más de 502.000 consumidores. En cambio, los consumidores de cocaína tienden a disminuir, encontrándose por debajo de los 2,4 millones. Otro factor determinante representa el aumento de medicamentos bajo prescripción médica que se caracteriza por el uso abusivo en los Estados Unidos.

Es de remarcar que el excedente en la producción de hoja de coca está destinado a la fabricación de cocaína, cuyas redes son mexicanas o colombianas en particular. Las producciones netas autónomas, controladas por los campesinos en Bolivia, Perú y Colombia, son muy pequeñas y son los grandes Carteles de la Droga quienes recolectan, almacenan, exportan y monopolizan las grandes ganancias en Estados Unidos y Europa. Según datos oficiales, se produce anualmente 116.800 toneladas de hoja de coca en el área andina, de las cuales 9.000 toneladas son para el consumo legal; el 80 % de la producción de droga sale de Perú.

De esto se desprenden múltiples implicaciones que no justifican el hecho de cuestionar únicamente a los países productores de coca. El gran negocio creció en el Siglo XXI porque la demanda de drogas se mantiene intacta y constituye el factor destacado en el estilo de vida postmoderno de Estados Unidos, Europa y Asia. En otras palabras, ahora más que nunca debe preocuparnos el consumo que se produce en los jóvenes, adultos y la sociedad en general.

El gobierno de Barack Obama continúa con la misma estrategia de una Guerra Contra las Drogas que ha fallado completamente en América Latina, al combinar un enfoque geopolítico y geoeconómico, junto con un marcado criterio unilateral que no significa, sino la militarización del combate al narcotráfico y la receta ideal para continuar con una carrera armamentista que se suma a la creación de empresas de seguridad privadas y otros servicios militares como la contratación de mercenarios que incursionaron en operaciones del Medio Oriente y Asia Central.

Según un informe del *New York Times*, existen cinco comandos denominados Equipo de Apoyo y Asesoramiento de Despliegue Extranjero (FAST) que fueron destinados hace seis años al combate del opio en Afganistán y, posteriormente, habían sido trasladados hacia el Hemisferio Occidental con operaciones en Centro América, Sud América y el Caribe. Así se despliega la Guerra Contra las Drogas como geo-estrategia de dominio continental.

La subregión Andina: Colombia, Perú y Bolivia se halla vulnerable a la aplicación de estas estrategias políticas y económicas en medio de un discurso que habla de la responsabilidad compartida. Esta visión es, en gran medida, cierta porque el negocio del narcotráfico no existiría ni se reproduciría sin el concurso de fondos y armas que provienen de una orientación global que vincula a países poderosos y países subordinados. Desde esta perspectiva, la lucha contra las drogas nunca tendrá éxito pues solamente es una excusa para esconder los intereses de una industria muy rentable.

La sociedad civil en América Latina ha dejado de creer en la redención que viene de la lucha contra el narcotráfico. ¿Cómo confiar y creer en un esquema que se tiñó de múltiples acciones y negocios encubiertos? El poder económico del narcotráfico siempre ha corrompido la condición moral del hombre y los ciudadanos parecen actuar con desdén identificando a los verdaderos traficantes que no están precisamente en las calles, ni al lado de los consumidores botados en los callejones, sino detrás de uniformes, lujosos autos y que cuando se sienten perseguidos cuentan con un grato alojamiento: el poder en altas esferas de influencia.

¿Hasta qué punto los derechos humanos y la defensa de los derechos individuales son un escenario intocable y un conjunto de argumentos sobre el derecho a elegir libremente, frente a otros derechos básicos de terceros, comprometidos con la moral y las buenas costumbres? Legalizar las drogas en la era de la globalización significa tomar en cuenta el fracaso de la Guerra Contra el Narcotráfico pero, al mismo tiempo, analizar cuidadosamente si la ciudadanía está ingresando peligrosamente en el caos y la destrucción de un orden social mínimo que probablemente esté rindiendo culto a nuevas formas de morir en el siglo XXI.

Las opiniones sobre la legalización de las drogas tienen varias aristas: económicas, éticas y médicas que terminan asumiendo un marco

legal vinculado con la regulación del mercado de las drogas ilegales. El objetivo final es reducir el número de muertes violentas provocadas por los Carteles de narcotraficantes que representa un 60% en los países que construyen los puentes del negocio hacia Europa y Estados Unidos.

La legalización también permitiría desfinanciar a los Carteles y haría que los Estados soberanos controlen en su propio dominio y orden legal, el tráfico y consumo de drogas. Esto quiere decir que los Estados pasarían a convertirse en las matronas de un nuevo sistema jurídico que regula la adicción de sus ciudadanos. Así se abre la discusión entre la legalización total frente a otras formas de legalización razonable: administrar las maneras de morir, controlar las dosis de marihuana, heroína, cocaína, establecer advertencias médicas, restricciones a la publicidad para comprar varios tipos de drogas, introducir limitaciones debido a la edad, clarificar las restricciones respecto a la cantidad de compra o los requisitos para el suministro de licencias especiales, etc. Legalizar las drogas exige que los Estados, la policía y los sistemas de salud sean sumamente eficientes y libres de corrupción o crisis institucionales.

El siglo XXI nos hace sentir como si estuviéramos ante la presencia de inminentes catástrofes apocalípticas, ante incertidumbres obsesionantes donde el misterio es el nuevo amo del universo o, en todo caso, parece que estuviéramos frente a la posibilidad de cambiar las cosas y subvertir el orden establecido porque toda normatividad tiende a evaporarse. Hoy en día, los convencionalismos más rígidos se encuentran en franca decadencia.

Dentro de los intentos por ver qué sucederá en el futuro mediano e inmediato, se encuentra la discusión sobre la legalización o penalización definitiva de las drogas duras, entre las cuales destaca la cocaína. ¿Es posible plantear su liberalización en América Latina, cuya agenda en materia de política exterior con Estados Unidos presenta en primera línea el tema del narcotráfico, la reducción de plantaciones de hoja de coca y la intervención directa en los asuntos políticos de nuestros países con el argumento de una guerra sin cuartel a las drogas?

De acuerdo con un informe de la Junta Internacional de Fiscalización de Estupefacientes (JIFE), organismo dependiente de la Organización de las Naciones Unidas (ONU), el consumo de cocaína en África Occidental y en el Este de Europa, así como el de heroína en tres cuartas partes del

continente asiático, se ha incrementado durante el periodo 1995-2011. Este aumento tal vez pueda explicarse debido al fracaso de los programas para el control de estupefacientes, o por un ambiente más proclive a la aceptación de la toxicomanía como un componente inevitable en la vida cotidiana del mundo postmoderno.

La Comisión Latinoamericana sobre Drogas y Democracia, encabezada por los presidentes, Juan Manuel Santos (Colombia), Fernando Henrique Cardoso (Brasil), César Gaviria (Colombia) y Ernesto Zedillo (México), afirma en el documento *Drogas y Democracia: Hacia un Cambio de Paradigma*, que “cuarenta años de inmensos esfuerzos no lograron reducir ni la producción ni el consumo de drogas ilícitas frente a la ineficacia y las consecuencias desastrosas de la Guerra Contra las Drogas. Se ha reconocido el fracaso de la estrategia prohibicionista y la urgencia de abrir un debate sobre políticas alternativas”.

Si los argumentos más razonables para legalizar las drogas triunfaran, esclareciendo a la opinión pública sobre los beneficios de vivir en una sociedad más liberal y tolerante, ¿cómo reaccionaríamos si supiéramos que las estadísticas de consumo de drogas duras en la gente joven se estuvieran triplicando? ¿Cuáles son los principales temores que se ocultan detrás de los discursos que pretenden legalizar o penalizar las drogas?

Entre los personajes más destacados que tienen sólidas razones para legalizar las drogas se encuentra el premio Nobel de Economía, Milton Friedman, para quien la consigna: prohibido prohibir constituye uno de los pilares centrales en una sociedad donde ninguna fuerza omnipotente u omnisciente -provenga ésta del Estado, las sectas religiosas o diferentes Iglesias, partidos políticos, o de organizaciones totales que absorben al individuo borrándole su libertad para elegir- pueda decir lo que uno deba o no deba hacer con su cuerpo, su voluntad, sus gustos, convicciones o planes personales.

En más de una ocasión para reflexionar sobre el tema, Friedman consideraba que un gobierno, o una política concreta, no puede exigir a los ciudadanos qué ingerir. Según esta visión, todos debemos tender a vivir en una sociedad libre donde cada uno sea responsable de sí mismo. Aquí el gobierno no sería el dueño de la voluntad y la racionalidad de los individuos. Si uno hiciera algo que le hace daño, nadie tendría el derecho a detenernos,



como no tienen derecho a decir que no se debe comer carne porque está comprobado que su consumo excesivo es dañino para la salud.

En Latinoamérica la producción de drogas se convierte en un escape a la pobreza para miles de desempleados y jóvenes ambiciosos que no tienen futuro en la economía formal. Milton Friedman estima la existencia de 10.000 muertes anuales en los Estados Unidos debido a la prohibición de las drogas. Si éstas pudieran legalizarse, desaparecería otro tipo de muertes colaterales provocadas por la violencia delincuencial y se podría corregir la ineficacia de los gobiernos en la prevención, uso y comercio de las drogas que, simultáneamente, encubren el tráfico de armas y la trata de personas.

Tales argumentos son bastante elocuentes y a estos se pliegan otros intelectuales como Fernando Savater en España, Salman Rushdie en Inglaterra, y el propio Nobel de Literatura, Gabriel García Márquez, quien a su vez añade otra razón, mucho más familiar para Latinoamérica. García Márquez expresa que la Guerra Contra las Drogas es uno de los diablos más útiles para ejercer el dominio de la política exterior estadounidense, donde la amenaza de intervención militar directa, como en el caso de Panamá en 1989, fue un recurso de violencia que cobró tantas vidas, siendo totalmente condenable pues ninguna democracia jamás debe aceptar esta amenaza latente y perversa para las sociedades latinoamericanas.

Los países consumidores sufren, por igual, las graves consecuencias de funesta Guerra Contra las Drogas. La prohibición hizo más atractivo y fructífero el negocio, fomentando la criminalidad y la corrupción a gran escala y en todos los niveles de la sociedad. En Suiza y Los Países Bajos se están poniendo en marcha programas de salud pública para drogadictos, a través de la administración regulada de cocaína y derivados. En el País Vasco, la legislación permite recetar metadona, sustituto de la heroína, para todo drogodependiente que se adscriba a un programa controlado por farmacólogos y médicos autorizados; en estos casos, el control del consumo de drogas duras está en manos de hospitales, clínicas y consultorios especializados.

Aquí se destaca el papel de los Estados Unidos, país que considera que el narcotráfico es un problema de seguridad nacional, pues el consumo excesivo de drogas duras en su población joven sube a ritmos exponenciales por lo que la drogadicción es una prioridad fundamental en su agenda de salud pública.



Los argumentos para condenar la legalización o suavizar la satanización en contra de la toxicomanía, se congelan en argumentos morales, policiales y militares que llaman la atención sobre las perversiones que practican los drogadictos, los países productores de cocaína, el desastre familiar y delincencial que generan pero, sobre todo, la amenaza a la paz social que el vicio de la drogadicción provoca porque supuestamente sería cultivado en gran escala por las clases sociales pobres, marginales, emigrantes y del bajo mundo.

Estos razonamientos tratan de convencernos que en toda sociedad existe una dualidad: la porción superior bien equilibrada, moralmente bien educada y trabajadora para que el futuro de jóvenes y niños no sea pervertido; mientras que la otra mitad inferior es desadaptada, perezosa que no merece su integración y solamente elige el camino más fácil de la evasión mediante el vicio de la droga, el alcohol, la criminalidad y la permanente marginalidad.

Frente a este panorama, la lucha contra las drogas y la negativa intransigente contra su legalización, se alimenta cada día más de un clima de opinión donde impera la dialéctica de la negación del (los) otro (s). Nunca se hace referencia al consumo de drogas en los estratos altos, y si así fuere, se indica que solamente es un grano de arena perdido en el mar de una sociedad pulcra a la cual todos estamos obligados a defender.

La penalización de las drogas tiene un doble movimiento: por una parte, se diferencia a los consumidores de drogas respecto a los demás, promoviendo el emblema del cuerpo sano en mente sana, y en seguida se desvaloriza a los drogadictos, situándolos jerárquicamente al lado del pecado, el error, la ignorancia y las atrocidades del vicio. En consecuencia, no deberían legalizarse las drogas porque se estaría impulsando el acabose del mundo.

Hoy día, muchos creen que el siglo XXI será una época donde reine la sociedad pos-moralista; es decir, una sociedad que repudia la retórica del deber austero, integral, maniqueo y, paralelamente, corona los derechos individuales a la autonomía, al deseo y la felicidad sin restricciones. Una sociedad que ha desterrado las prédicas extremistas, otorgando crédito a las normas indoloras de una vida ética individualista.

Esta perspectiva coincide con las tendencias a favor del liberalismo y las economías de mercado, donde la oferta y la demanda son el patrón para dirimir y solucionar los problemas cuantitativos de una sociedad que enaltece al individuo con capacidad para elegir y auto-realizarse en un mar abierto de posibilidades. Sin embargo, existen elementos cualitativos en la vida de toda sociedad para los cuales el mercado y la ley de la oferta y la demanda no tienen una última palabra. Aquí destacan las discusiones sobre la legalización de las drogas y la problemática ecológica.

Para algunos, si se dejara que las drogas sean sometidas al libre juego del comercio y a la liberalización absoluta, surgiría el problema entre ética y mercado, donde un exceso de permisividad puede llevar a borrar, en la práctica, los límites a la acción de los individuos, vulnerándose los derechos de terceros. Así, pueden surgir impresionantes campañas de marketing para el consumo de drogas, lo cual incrementaría el número de consumidores y la convicción de que, a la larga, todo intento por reprimir las pasiones, los gustos y las decisiones del individuo sean algo superfluo.

Tanto los que abogan por la legalización de las drogas, como los que quieren reprimirlas, ponen en el centro del debate el problema del miedo a perder el orden social frente a la amenaza del caos. El miedo a estar dando a las generaciones jóvenes la oportunidad de ponerse una pistola en la cabeza.

La discusión sobre la legalización de las drogas se mueve entre dos polos: por un lado, la necesidad de poner fin al desastre y fracaso ocasionado por la *Guerra Contra las Drogas*, y por el otro, el temor escondido y las incertidumbres de una posible anomia social, en caso que las fuerzas del mercado y la liberalización destruyan las demandas de certidumbre y de ética que reclaman vastos sectores de la sociedad.

¿Es posible legalizar las drogas? Sí es posible, incluso en América Latina a pesar de las amenazas estadounidenses y los problemas políticos que esto conllevaría; empero, detrás de las posturas más tolerantes y abiertas, el deseo de orden es muy fuerte porque el peligro de caos es verosímil. La gente siente, de manera latente, amenazado su sentido de orden; es decir, lo que hace entendible y soportable la vida en sociedad y su lugar en ella. Muchos están atemorizados por la pérdida de un mapa cognitivo que les permita estructurar espacial y temporalmente sus posibilidades. Cuando

todo parece posible, como la legalización de las drogas, el peligro del caos se convierte en algo amenazador. Así cunde el pánico en su doble faceta: parálisis de toda voluntad pero también fascinación por lo que va a venir.

La legalización de las drogas es uno de aquellos hilos del tejido social, a través del cual puede desencadenarse el miedo a perder el orden. Los pasos para legalizar la toxicomanía pueden ser señales de una sociedad más permisiva y predispuesta para el cambio; de todos modos, siempre habrá la duda sobre si esto amenazaría gran parte de nuestros miedos escondidos y de nuestra sed por el orden, de nuestras búsquedas de sentido donde el control, la regulación y la normatividad nos den una pauta de que no todo va a perderse en un abrir y cerrar de ojos, de que no todo puede ser completamente liberalizado o sometido a los vaivenes del mercado.

Si triunfa la legalización, estemos seguros de que será una alternativa normada. De cualquier manera, este problema exige también un amplio proceso de comunicación entre diferentes sectores de la sociedad, ya que es a través del diálogo con todos que determinamos el marco de lo posible; es decir, de qué sociedad queremos y podemos construir.

La prohibición, legalización o descriminalización tiene que ser consultada en diferentes referéndums a lo largo de América Latina, de lo contrario, el narcotráfico continuará estimulando una muerte dulce; es decir, un tipo de eutanasia extraña para los adictos junto con la delincuencia que genera otro conjunto de formas violentas de morir. No existe una receta eficaz para frenar el flagelo de la droga y mientras los Estados inviertan millonarias sumas en la Guerra Contra el Narcotráfico sin consultar sobre la legalización, solamente estarán postergando la eutanasia de los drogadictos y rindiendo diferentes cultos a la muerte.

### **Estados Unidos y Latinoamérica: una hiedra sin centro**

Las relaciones internacionales entre Estados Unidos y América Latina han sido siempre de tensión, indiferencia, resistencia, mutua crítica, cooperación, rechazo, resentimiento y admiración. No es posible olvidar nuestro pasado histórico pero tampoco es viable reescribir todos los perfiles de las influencias recíprocas que se han generado entre América Latina y el mundo estadounidense.

En su libro, *La Diplomacia*, Henry Kissinger, ex Secretario de Estado de 1973 a 1977, explicaba que la política exterior estadounidense fue –y todavía es– la combinación de dos actitudes contradictorias. La primera muestra que la mejor forma en que los Estados Unidos sirven a sus valores es perfeccionando la democracia dentro de su país y actuando como faro para el resto de la humanidad. La segunda, que los valores de su nación le imponen a los Estados Unidos la obligación de expandirlos por todo el mundo. Ambos puntos de vista se convirtieron prácticamente en dos escuelas: la de los Estados Unidos como ejemplo democrático y aquella escuela donde los Estados Unidos son un poderoso soldado en campaña que coloca el puntal de la democracia en los lugares donde ésta aún no existe o se encuentra en peligro de desaparición (Kissinger, 1994).

Más allá de considerar que ambas escuelas son solamente discursos estratégicos de un conjunto de lógicas más pragmáticas e imperiales, Kissinger creía que la historia diplomática estadounidense es, además, una experiencia de articulación entre utopías y acciones de intervención que deben enfrentar con mayor intensidad la diversificación y la multiplicidad compleja del escenario internacional.

Frente a este panorama, el problema de la soberanía estatal en América Latina y en otros países del mundo se presenta como un espejo de doble cara: por una parte, aparece la utopía de los Estados libres y con plena autodeterminación, capaces de irradiar internacionalmente el orgullo de una nacionalidad y una identidad irrepetibles. Por otro lado, cualquier país está forzado por las circunstancias a tener una imprescindible vinculación diplomática con los Estados Unidos, el país más fuerte del hemisferio, de quien se espera benevolencia, dádivas comerciales y cooperación militar para no atomizarse en un contexto histórico cada vez más internacionalizado y difícil, en el cual muchos países pueden fácilmente ser descartados o inclusive agredidos, sin la más mínima contemplación.

Es fundamental reflexionar sobre cómo los Estados Unidos han perdido terreno para vincularse con América Latina de una manera más productiva, pues simplemente reprodujeron una dinámica tradicional donde reina un exceso de desconfianza y donde se debilitó el multilateralismo, entendido como una búsqueda para aplicar principios democráticos y reflexiones sobre el institucionalismo en las relaciones internacionales.

Tanto Estados Unidos como América Latina necesitan aspirar a la creación de una sociedad de Estados, sin borrar las fuerzas legítimas y la soberanía de cada una de sus naciones pero fomentando un conjunto de pactos entre Estados considerados iguales, cuyo propósito final esté afincado en la cooperación que facilite el éxito del conjunto de Las Américas frente a Europa, Asia y África.

La agenda de la política exterior latinoamericana también se encuentra barnizada de una mezcla entre utopías y pragmatismo explícito. La ilusión utópica de mantener una soberanía incólume o tomar una decisión pragmática para someterse a los Estados Unidos, está sujeta al logro de buenos resultados. Este vaivén político sirve para explicar por qué es necesario reconstruir las relaciones diplomáticas con los Estados Unidos, a pesar de tantos conflictos como las relaciones comerciales siempre desiguales en los Tratados del Libre Comercio, o la reproducción del atraso económico y la pobreza, después de haber aplicado religiosamente los términos del Consenso de Washington en la década los años noventa.

Estados Unidos es un actor fundamental en Las Américas, gozando todavía de gran hegemonía, aunque sin otorgar mayores beneficios para América Latina. Por lo tanto, el objetivo de una nueva agenda exterior entre Estados Unidos y América Latina está muy claro: se precisa de dicha potencia para aprovechar futuras ventajas, así como es mejor lograr una buena predisposición en todo el continente para soportar el peso competitivo que viene de India, China y la Unión Europea. América Latina debe revertir el estigma del estancamiento y la identidad de una región que no puede superar la pobreza, tratando de mostrar al mundo que su democracia política es un valor susceptible de convivir con nuevos patrones de crecimiento económico y estabilidad realmente duraderos.

Estados Unidos está dejando de ser la vieja potencia intimidante y hegemónica que antes reclamaba. De hecho, la imagen estadounidense en el concierto mundial ha caído a su más baja expresión, sobre todo por el monumental espionaje internacional que impulsó en su guerra frenética contra el terrorismo islámico, los casos de tortura perpetrados por la CIA, y la violación de los derechos humanos junto al persistente racismo que terminaron por convertir a la democracia estadounidense en una parodia de mal gusto.

Asimismo, Estados Unidos es un ídolo caído y decepcionante porque su régimen democrático terminó siendo una plutocracia incapaz de transformarse más allá del racismo y la protección de las élites económicas más poderosas, especialmente después de la crisis financiera de 2008. Esta incapacidad hace que su política exterior deba reorientarse hacia un perfil tolerante que deje de lado cualquier prejuicio y renuncie a ser un supuesto ejemplo para el resto de Las Américas. Estados Unidos no es un ejemplo para nada. Por esta razón, su conducta internacional se tornó flexible y práctica con el fin de reestablecer las relaciones hacia Cuba y así conectarse con todas las soberanías estatales del continente, en un horizonte de igual a igual.

Es importante reimpulsar la confianza en el multilateralismo que refuerce la colaboración, confianza y recíprocos compromisos entre Estados Unidos y América Latina, lo cual debe otorgar a las partes involucradas los mismos derechos y obligaciones. En materia económica y visiones políticas de largo alcance, los pactos multilaterales tendrían que considerar, tanto los litigios o desventajas entre las partes involucradas, como la eventualidad de sus alteraciones, estructurando diferentes mecanismos para restablecer el orden, regular discrepancias y reinsertar la imagen de Las Américas como una potencia regional en el siglo XXI, capaz de enfrentar a otras potencias emergentes, especialmente China e India. Todo esto ayuda a aumentar la interdependencia y esperanzas mutuas entre los Estados Unidos y América Latina.

Situaciones lamentables como el golpe de Estado en Honduras en el año 2009, la crisis financiera internacional, los problemas políticos luego de la defenestración del presidente Fernando Lugo en Paraguay en 2012, y el retorno de posiciones de izquierda que cuestionan los patrones de desarrollo orientados hacia el mercado y las instrucciones de los organismos multilaterales de financiamiento, confirman una vez más la franca imposibilidad de pensar una nueva política exterior -y menos formular una política exenta de las directrices provenientes de los Estados Unidos- a partir del consenso interno en las sociedades civiles latinoamericanas.

La exclusión de los movimientos indígenas en Bolivia y Perú de las decisiones dentro del sistema democrático, la inseguridad ciudadana en las grandes metrópolis como el Distrito Federal de México, Buenos Aires, Rio

de Janeiro, los abusos del narcotráfico en Colombia y la gran insatisfacción con los magros resultados del Consenso de Washington en materia de ajuste estructural ligado al mercado internacional, expresan que las influencias de los Estados Unidos en América Latina generaron más daños que beneficios.

Los resultados negativos de las políticas recomendadas por el Consenso de Washington generaron una serie de conflictos en América Latina, afectando sobre todo el concepto de solidaridad entre las naciones. Cuando las políticas de mercado comenzaron a desprestigiarse, mostrando consecuencias contrarias a la democracia y al combate contra la pobreza, el multilateralismo desapareció y no pudo ser utilizado por los Estados Unidos como un instrumento para proteger una sociedad internacional en Las Américas porque rebrotó la inestabilidad económica, las amenazas a la paz con el narcotráfico y la inseguridad de todos los Estados que no sabían cómo reorientar los acuerdos políticos y económicos con los Estados Unidos, en función de recuperar las fuerzas como un bloque regional de manera solidaria, especialmente cuando se hablaba de erradicar la pobreza en toda América Latina.

Los viajes constantes de casi todos los presidentes latinoamericanos hacia Estados Unidos, muestran cómo los asuntos exteriores dependen de las decisiones tomadas por cúpulas partidarias, élites empresariales y el gusto o disgusto de los jefes de Estado. Las sociedades civiles latinoamericanas están totalmente al margen del diseño de la política exterior, pero soportan bajo sus hombros las consecuencias negativas del orden internacional. Toda explosión de conflicto interno, como levantamientos o cuestionamientos a las políticas gubernamentales, constituyen también señales de crítica hacia las decisiones en materia diplomática, sobre todo cuando éstas afectan el desempeño económico, perpetuando el estancamiento.

Reconstruir la agenda exterior entre los Estados Unidos y América Latina, implica la posibilidad de debatir y consultar con la sociedad civil cuál podría ser el curso de los futuros acuerdos en materia de participación del sector privado en el desarrollo, inversión extranjera directa, lucha contra el narcotráfico y control en los flujos de dinero de la cooperación internacional que, en teoría, buscan combatir a la pobreza.

La idea no es presentar la imagen de buena conducta ante los Estados Unidos, sino una cara democrática donde se fortalezcan los valores

de participación interna y se los exporte hacia una nueva estructura de equilibrios internacionales. El acercamiento y la confianza entre los Estados Unidos y América Latina requieren de otro enfoque concentrado en el consenso democrático y la consulta ciudadana para fortalecer la estabilidad interna, como un nuevo prerrequisito de legitimidad internacional.

Compartir previamente con la opinión pública la posibilidad de lograr una estrategia para negociar con los Estados Unidos, en función de proteger varias reformas estatales, las inversiones conseguidas y proyectar una imagen de democracia participativa en los asuntos internacionales, significa superar las viejas estrategias de política exterior, caracterizadas sobre todo por temores, suspicacia, soberbia y el desaire absoluto hacia las sociedades civiles nacionales.

Un nuevo acercamiento con los Estados Unidos no implica repetir las consignas sobre el imperialismo. Esto ya no tiene sentido histórico ni es eficaz, sino que ahora se trata de construir una actitud política que deje de desconfiar en la posibilidad de efectivizar el consenso interno con las sociedades civiles, respecto a las principales orientaciones en las relaciones con los Estados Unidos o las potencias de otros continentes.

Conseguir consenso interno para una política exterior soberana y realista, exige la articulación de tres factores. Primero, aceptar la transnacionalización de las sociedades civiles latinoamericanas, donde es vital incorporarse competitivamente a los sistemas de mercado mundiales. Segundo, asumir que en los sistemas democráticos de América Latina, todas las decisiones sobre los asuntos externos deben legitimarse, de modo que la política exterior enfrente los mismos procesos de consenso y diálogo que requieren las políticas públicas internas.

En tercer lugar está la continuidad democrática que estamos construyendo, a pesar de difíciles rupturas como las crisis de Honduras, Paraguay, Perú, Bolivia, Cuba y Venezuela, donde deben fortalecerse las instituciones y, por lo tanto, identificarse metas más allá de un período gubernamental. Esto es importante para la política exterior con los Estados Unidos. Por lo tanto, es fundamental encontrar alternativas que hagan de la continuidad en la política exterior una estrategia y no un objeto de escándalo o cálculo estratégico de las élites latinoamericanas, cuyo sentido común o ignorancia puede llevarlas al fracaso.



Si bien América Latina está en la esfera de dominación regional de los Estados Unidos, el contexto internacional es tan complejo que, al mismo tiempo, nos enfrentamos a la fragmentación y la multiplicidad. Por lo tanto, la metáfora de la hiedra es una forma de representar el molde de la multiplicidad y la fragmentación del sistema internacional: la ausencia de un solo esquema original, pues es imposible inventar la pólvora todo el tiempo en la era de la globalización del siglo XXI.

Los Estados Unidos, aun con su poderío militar y económico, se convierten en una parte y solamente en una posibilidad al trepar y deslizarse por la hiedra. Ésta se encuentra en una multiplicación incesante, donde no necesariamente existe un solo centro, sino que la expansión de la hiedra es una especie de nuevo significado en la política exterior donde deben abrirse múltiples puertas de manera continua e ilimitada, reinsertando la necesidad de aprovechar los beneficios del multilateralismo. Así crecen muchos elementos interconectados con significados múltiples.

Esto convertiría a las relaciones internacionales en un espacio de maniobras más difíciles y caóticas. El enorme crecimiento de los mercados y la información sobre la realidad, obligaría a la política exterior a dejar de entender las relaciones con los Estados Unidos como el trayecto único y definitorio para cualquier decisión, sea en materia de inversiones extranjeras, derechos humanos, protección del medio ambiente, desarrollo sostenible e interdicción y lucha contra el narcotráfico. Hay que abrir las perspectivas y abandonar la lógica de considerar a América Latina como una víctima inocente de los Estados Unidos.

En consecuencia, las acciones gubernamentales tienen que concertar internamente en cada uno de los países algunos puntos de la agenda exterior, así como imaginar una manera eficaz para encarar la hiedra; es decir, descubrir otras alternativas además del polo dominador estadounidense que es un eje poderoso en las redes internacionales pero, en el fondo, dejó de constituir el único eje central.

Una de las políticas que América Latina debe redefinir por completo, yendo más allá de las relaciones con los Estados Unidos, es la lucha contra los Carteles de la droga. Hasta ahora, el enfoque diplomático de Guerra Contra el Narcotráfico, solamente se convirtió en un juego publicitario que lo han aprovechado muy bien los medios masivos de comunicación. El show

del narcotráfico justifica la presencia militar de Estados Unidos en la región, sin contribuir en absoluto a detener el negocio ilícito; contrariamente, los medios de comunicación tienden a fomentar la visión única donde América Latina asume el papel de mártir débil, sin la capacidad para depurar su liderazgo internacional.

Debemos afirmar que los Estados Unidos, lamentablemente, carecen de voluntad política para combatir el flagelo del narcotráfico por vías no militares y violentas. Esto destruye constantemente el prestigio estadounidense ante diversos sectores de la opinión pública en América Latina. Tal desprestigio fue aprovechado por Brasil para impulsar su nuevo liderazgo regional, a partir de su fortaleza económica junto con la incursión de nuevos lazos diplomáticos provenientes de China, Rusia e incluso Irán – fruto de los acercamientos iniciados por Hugo Chávez en Venezuela y Evo Morales en Bolivia – que van penetrando en América Latina y mostrando la crisis hegemónica en la que se encuentra Estados Unidos.

Reinventar las relaciones entre América Latina y Estados Unidos, debe fomentar el multilateralismo, caracterizado por el respeto a la soberanía de los Estados. Los problemas relacionados con un desarrollo económico más equitativo en la región, el fortalecimiento de la seguridad internacional para destruir por completo al narcotráfico y al crimen organizado, tiene que hacernos repensar que el orden mundial exige mejorar las capacidades de gobernabilidad y certidumbre, a partir del impulso de relaciones multilaterales. En una perspectiva optimista, esto se puede entender como una oportunidad para la integración regional; es decir, la posibilidad de que América Latina y Estados Unidos construyan una sociedad internacional o comunidad de naciones, contribuyendo al funcionamiento más eficaz de la soberanía política entre Estados libres de pobreza, violencia y desconfianzas.

### **La moral en el siglo XXI**

Cuando los hombres se ven enfrentados a diferentes actos de violencia, dudas e intensos miedos sobre lo que les deparará el futuro, surge de inmediato la pregunta sobre cómo explicar racionalmente una serie de excesos, reivindicando lo que se denomina una conciencia moral e histórica. En el ámbito internacional, dicha conciencia se convirtió en un

objeto de reflexión para cuestionar situaciones específicas como los grandes genocidios y, sobre todo, las injusticias a lo largo de la historia donde un elevado costo humano no podría justificar de ninguna manera las tragedias de dos guerras mundiales en el siglo XX, ni mucho menos exculpar a varios regímenes políticos que llevan al extremo una razón de Estado donde la conciencia moral se ve desvanecida pues prevalece únicamente la búsqueda de una hegemonía política.

El abuso del poder, la dominación desbocada que sojuzga a los más débiles y la imposición ciega de una voluntad política defensora del dolor de miles de personas, replantean en qué condiciones se encuentra nuestra conciencia sobre el bien y el mal en el siglo XXI. Actualmente, las fuerzas del mercado, la cultura del consumo y las tendencias de la modernidad que se orientan hacia la búsqueda del placer inagotable, transmiten de manera permanente distintos mensajes donde fácilmente se modifican las fronteras que van de la maldad a la benevolencia y viceversa.

Por estas razones, debe analizarse la genealogía de la conciencia moral en un mundo complejo, aprovechando las ideas del filósofo alemán, Friedrich Nietzsche, quien apunta respuestas que hasta el día de hoy promueven el debate en torno a quién y cómo se determina lo bueno y lo malo en la conducta de los hombres.

La discusión se concentra en cómo establecer la verdad sobre la psicología de la moral, del cristianismo y las creencias religiosas que predominan en nuestra cultura occidental. Nietzsche consideraba al cristianismo como la fuente del resentimiento donde se transfiguran los valores en torno al bien y el mal, confrontando la moral de los más fuertes versus la moral de los más débiles.

Desde este punto de vista, el ideal del bien estaría identificado con la voluntad de los poderosos y su comportamiento en la sociedad. Sus aspiraciones, acciones, pulsiones de conquista y ejercicio pleno del poder demostrarían claramente la energía vital del bien, una especie de vocación que va elevándose sin restricciones por encima de los prejuicios calculados que pretenden destruir la voluntad creadora de poder.

Las tensiones entre el bien y el mal se expresan a lo largo del tiempo como una guerra interminable entre valores que se consideran supremos, en contra de aquellas ambiciones que podrían identificarse como los

factores que promueven el mal y el sufrimiento de los débiles. En la medida en que los sojuzgados se encontraban imposibilitados de enfrentar a los poderosos, recurrían al desarrollo de un espíritu alternativo, construido alrededor del resentimiento, generando los valores del anti-egoísmo, las bienaventuranzas y el sacrificio relacionado con el amor al prójimo que condena la conducta malvada de aquellos que ejercen el poder, utilizando mecanismos de defensa, asociándose y sancionando los valores de las masas donde se ensalza al bien, entendido como el rechazo a la voluntad de poder para asumir otro mundo donde la bondad, el dolor y la auto-negación de uno mismo se transforman en un conjunto de virtudes.

De esta manera, Nietzsche estudia la psicología de la conciencia que no es la voz de Dios en el hombre, sino todo lo contrario, es el instinto represivo de las tradiciones y la cultura que se imponen sobre el individuo. La voluntad de poder que llega a constituir al Superhombre es aquella energía humana vital capaz de enfrentar a las instituciones represoras y autoritarias de la sociedad, porque dicha voluntad está llena de ánimos fundacionales para impulsar en el hombre las fuerzas que liberen su espíritu de creación en diferentes dimensiones. En los poderosos, esta energía vital se manifestaría por medio de la violencia, la cacería sanguinaria y la destrucción de los más débiles que, en un momento de la historia, era considerada como algo normal (Peery, 2009).

Hoy en día, las tesis formuladas sobre la voluntad de poder, se manifiestan en un entorno internacional donde los países hegemónicos reproducen la desigualdad, imponiendo diferentes criterios de dominación que la globalización los transmite como si fueran situaciones imposibles de ser cambiadas. La fuerza de los más poderosos relativiza los valores del bien y del mal, mientras que la moralidad contemporánea aún se somete a las visiones de enfrentamiento que exige reflexionar cómo las instituciones y los Estados contemporáneos pueden evitar que la desigualdad se perpetúe, con el objetivo de beneficiarnos de un entorno internacional más equitativo y tendiente a las expresiones de paz mundial.

Los creyentes religiosos habrían inventado otro mundo como solución suplementaria a la moral defendida por los poderosos. Sin embargo, más allá del bien como ideal de perfección, se inventó la religión y una metafísica hostil a la sensualidad que desborda pasión, desenfreno y fuerza

conquistadora. Así apareció el ideal ascético como una figura sacerdotal pero decadente y nociva para el establecimiento del *Superhombre*: aquel héroe que personifica el dinamismo de la voluntad de poder.

La genealogía de la moral señala de qué manera el resentimiento de los más débiles se convierte muy sutilmente en la fuente de los valores del bien. Dicha fuente sería sólo la sed de venganza de los creyentes religiosos. El fin último consistiría en abandonar las cualidades naturales que existían en un principio histórico, época en la que el hombre fuerte constituía lo bueno, mientras que las peculiaridades del hombre simple representaban lo malo. La transvaloración fue la organización de la venganza para llamar malvado a lo bueno, al poderoso y lleno de vida. La bondad de la debilidad y la impotencia fue trasladada hacia una supuesta nobleza del hombre de estratos bajos, indigente y enfermo.

Estas ideas son un conjunto de posiciones anti-políticas expresadas por Nietzsche, las cuales también constituyen una crítica a la democracia, puesto que la moral religiosa se adheriría a una estrategia de defensa de los más débiles para resistir las agresiones de las élites con poder. Hoy, podríamos decir que la sociedad de masas y del consumo a escala global han destruido los sueños del Superhombre que imaginó Nietzsche.

La idea del resentimiento que defiende la moral del bien, emparentado con los de abajo y el espíritu de amor al prójimo que reclama una virtud al margen del personalismo y la audacia para satisfacer el interés propio, representa ahora un conformismo democrático, mientras pueda accederse a las mercancías de consumo, al voto universal y a la era de la confusión gracias a los medios de comunicación y la propaganda. La rebelión de los débiles tiene una expresión moderna en la defensa de los valores de igualdad y el logro de los servicios básicos, bienes de supervivencia y un conjunto de creencias religiosas que siempre cuestionan los privilegios de las élites y los más fuertes en las sociedades democráticas.

En este caso, la envidia funcionaría como una actitud estratégica de los débiles, cuyo fondo es un rencoroso deseo para arrancarle más derechos a los poderosos. La moral de los débiles busca el reconocimiento al mérito pero ligado a los valores como la bondad y el sentido de sacrificio para compartir.

El imperio de los celos arrastra a cualquier ser humano hacia la aceptación de la moral de los débiles, al extremo de provocar la insidia. Las clases bajas, y en general el conjunto de las masas, quisieran constantemente ser consideradas víctimas, despuntando la política de la envidia como una especie de rencor para usurpar a los poderosos aquello que las masas no pueden conseguir por su propio esfuerzo. El objetivo será lograr el fracaso de las élites, de los competidores y de aquellos individuos que van más allá de la conciencia moral. Según el enfoque nietzscheano, siempre seremos desiguales porque los valores respecto al bien y el mal refuerzan constantemente una distancia insalvable entre los seres humanos, entre los poderosos y los débiles.

Actualmente, no solamente es fundamental cuestionar todo tipo de represiones –abiertas o escondidas– tanto en las sociedades libres como en las totalitarias, sino también dejar de pensar que la vida es una especie de guerra latente o de competencias frenéticas por más dinero, prestigio, influencia, placeres, etc. Hoy, como en otras épocas, también es posible edificar un sentimiento válido alrededor de la solidaridad porque la vida humana no está hecha únicamente para someterse a las relaciones de poder. Una relectura de Nietzsche, de todas maneras, reactualiza varias dudas: ¿hasta dónde es posible abandonar la conciencia moral para privilegiar nuestra autonomía individual y plena autodeterminación? ¿Debemos aprender y enseñar en las escuelas un horizonte de valores para que los jóvenes desarrollen sus instintos más creativos pero, al mismo tiempo, más destructivos y agresivos?

¿Cómo la conciencia moral es capaz de exacerbar los sentimientos de culpa? Muchos seres humanos no aprecian los valores, ni tampoco tienen la capacidad para discernir qué es lo más conveniente. El sentimiento de culpa impulsado por diferentes religiones y especialmente defendido por el cristianismo, serviría para fundar una injusta auto-flagelación, tratando de hacer sentir culpables y pecaminosas a las mismas personas, rompiendo con las libertades para, finalmente, edificar controles, sanciones y penalidades que son, tanto la muerte de las democracias como de cualquier individualidad libre.

Repensar el debate nietzscheano en el siglo XXI, apunta a reflexionar que la transvaloración opera también por medio de la memoria

y el demoleedor sentimiento de culpa. “Al sentimiento de poder disponer del futuro, el hombre lo llama memoria”, afirma el filósofo alemán porque las lecciones aprendidas deben ser transmitidas desde la moral para ser siempre recordadas. Si bien el propósito es tratar de disciplinar a los seres humanos sometidos a las normas sociales, las lecciones aprendidas se transforman en dolor y castigo para dejarse vencer por las imposiciones y reglas de la sociedad, la autoridad y la fuerza de las mayorías en la democracia. Al mismo tiempo, el olvido es un dolor permanente que sólo favorece al auto-control y la auto-anulación del instinto vital de la voluntad de poder. El sentimiento de mala conciencia proviene del sentimiento de culpa que, en el fondo, se originó como si fuera una deuda. La deuda de los individuos hacia la sociedad y la deuda de los poderosos hacia los débiles.

La envidia junto con el sentimiento de mala conciencia, representarían una amenaza para la sociedad cuando se expanden como el veneno de los mediocres que solamente quieren satisfacer sus intereses personales. El único antídoto para rehacer los valores radicaría en el combate a cualquier forma de mala conciencia que se propaga en la colectividad, gracias a los prejuicios religiosos y las falsas lecciones de los sacerdotes, muchos de los cuales explotan la memoria como estrategia para intimidar y reproducir el sentido de culpabilidad.

La genealogía de la moral reintroduce una preocupación, en cierto modo, socrática, cuando Nietzsche afirma que “nosotros los que conocemos somos desconocidos para nosotros, nosotros mismos somos desconocidos para nosotros mismos”. La posibilidad de un conocimiento interior se conecta inmediatamente con toda escala de valores vigente en una sociedad determinada, es decir, con la carga histórica de aquello que se considera bueno o malo, y luego sirve para juzgar nuestras intenciones, estimular o limitar nuestras voluntades donde, finalmente, descansa aquel concepto que hemos construido sobre nosotros mismos como un destino bueno-malo, satisfactorio-insatisfactorio, feliz-infeliz. El conocimiento de la ruta interior que invita a pensar en las consecuencias de la conducta humana, debe convertirse en una profunda discusión sobre la moralidad del presente y la crítica implacable en torno a los mitos y temores transmitidos por el pasado.

Desde esta perspectiva, la racionalidad no existe, sino que se asume a la existencia humana como una comedia. Por lo tanto, al rastrear la genealogía de los conceptos sobre el bien y el mal, aparecen varios enredos, confusiones y distorsiones acerca de cuáles son las posibilidades que existen para el drama entre aprovechar todas nuestras pasiones y rendir culto a las fuerzas del espíritu libre y probarlo todo, frente a una autolimitación que restringe los instintos y cuyo objetivo es proteger el destino de nuestra alma. En realidad, la moral se presenta como el conjunto de significaciones que terminan transformándose en el eje de las religiones, y en la preocupación por encontrar un designio y aspiración espiritual que operan dentro de la consciencia humana.

Sin duda, estas visiones expresan una posición antidemocrática en Nietzsche que rechaza todo abuso de las masas porque éstas condenan cualquier acto de los más fuertes. Los efectos de este abuso manifiestan un escenario difuso que deforma los valores y el carácter de la energía vital. El valor no es la utilidad de las cosas, ni tampoco un adjetivo para identificar o calificar alguna acción humana, sino la distancia y el choque irreconciliable entre dos concepciones sobre la moral: aquella defendida por los fuertes que tratan de apropiarse de las cualidades del mundo, fomentando la creación y reproducción de la religión como un mecanismo para legitimar su posición privilegiada, y otra sustentada en la expresión de los débiles y estratos bajos de la sociedad.

Por último, debemos también relativizar aquellas ideas que piensan que el poder estaría identificado siempre con la salud floreciente y la constitución física fuerte, con lo desbordante, la guerra y la aventura. Lo contrario se manifiesta en la impotencia, lo espiritual y el resentimiento a lo largo de la historia universal. El problema no radica en alabar a los ricos de espíritu, sino en rechazar los impulsos de venganza de los débiles hacia los poderosos y criticar las tentaciones de superioridad que los poderosos quieren difundir para despreciar a los débiles.

Los valores deben ayudarnos a construir un mundo habitable. Nuestra vida moderna puede convertirse en un escenario sin hogar, en el que estamos suspendidos en comodidades materiales pero muchas veces no nos sentimos como en casa porque hace falta habitabilidad y un sentido de dirección ético.



El mundo tecnificado donde persiste la pobreza como fenómeno global, no tiene las condiciones de habitabilidad que debería reunir cuando millones se mueren de hambre y cuando la violencia es una forma de vida. Los valores tendrían que acondicionar el mundo haciéndolo habitable. La justicia, la libertad, la igualdad, la no discriminación o la belleza, hacen a nuestro mundo vivible y humano, hacen de él un mundo donde merece la pena vivir. Quien cree en los valores y vive lo que cree, lidera los cambios humanos con el compromiso de que no vale la pena marcharse de este mundo por indiferencia, pragmatismo y nihilismo.

Tenemos que acomodar de tal forma nuestras creencias a nuevos valores para hacer realmente posible la justicia universal, así como ser libres sin creernos héroes invencibles sino solamente seres éticos conscientes de ser perfectibles.

### **El debate homosexual como fenómeno internacional**

El mundo de la sexualidad es todavía una dimensión desconocida. Más allá del conjunto de placeres que puede contribuir a desarrollar, la sexualidad también expresa el carácter y personalidad de los individuos, ayudándolos a realizarse como personas en un entorno donde la fuerza de la identidad puede manifestarse por medio de ser hombre-mujer heterosexual, homosexual o transexual. Asimismo, los sentimientos se encuentran entabados y surge una especie de enemigo común: el conservadurismo, que está ligado a diferentes creencias religiosas. Se puede tener centros de atención para huérfanos, ancianos y otros necesitados pero algunas instituciones eclesiásticas jamás serán tolerantes con los homosexuales.

Hoy en día, es el estigma moral dogmático-religioso que rechaza otras formas de orientación sexual oponiéndose tenazmente a diversos tipos de unión civil homosexual. Por otro lado, el papel de los Medios de Comunicación Masiva (MCM) hacen un solo frente, no para informar o socializar mejor la educación sexual y los problemas de la sexualidad en el siglo XXI, sino para fomentar el sensacionalismo detrás de las noticias del mundo gay, reforzando por lo tanto el discurso de las iglesias puritanas cuyo objetivo es preservar las conductas tradicionalistas y evitar que prospere el matrimonio homosexual, considerado como algo patológico y

degenerado. Las democracias tienden a manipular y postergar diferentes leyes a favor de las minorías sexuales, dejándose llevar por el conjunto de ideas preconcebidas y temores transmitidos por la televisión y las influencias religiosas.

Debemos debatir abiertamente la unión civil entre parejas homosexuales y abordar esta temática con amplitud. Revisamos los avances y retrocesos presentes en la región y algunas contribuciones por países. En muchos casos, la discusión ha pasado de ser una defensa objetiva de los derechos civiles a una exposición teórica de posiciones religiosas que promueven la oposición por la oposición, tal como lo que sucede con la legalización del aborto; si bien está penalizado no evita, por poner un ejemplo, la práctica de más de 50 mil abortos por año en Bolivia, (cifras que la misma iglesia Católica maneja). Lo mismo sucede con la comunidad gay porque no se puede negar o condenar su existencia, sino afrontar una realidad para que cada país asuma sus propias perspectivas sobre las formas de unión gay junto con todas sus consecuencias y contenidos económicos, jurídicos, políticos y sociales.

La homosexualidad no constituye un problema, sino que se trata de una elección u opción por qué tipo de orientación sexual quieren los seres humanos. Todos los homosexuales representan personas con plenos derechos y obligaciones, siendo completamente injusto el hecho de exponerlos a diferentes prejuicios o a la discriminación. Hablar de homosexualismo permite romper una serie de esquemas cerrados neoconservadores que en muchas circunstancias enclaustran, persiguen y asesinan a personas con orientación sexual diferente a los patrones de mujer y hombre. La orientación sexual es una libre elección y, al mismo tiempo, una expresión más de la personalidad humana.

En la Grecia antigua estaba bien visto públicamente que un hombre joven sea compañero de otro mayor. En retribución se costeaban los estudios, el alimento y la vivienda del joven; sin embargo, las uniones clandestinas entre hombres y/o mujeres eran sancionadas con la muerte para los homosexuales y con la drástica exclusión de las lesbianas dentro de la comunidad griega.

Durante la Edad Media, el dogma religioso juzgaba, castigaba y mataba. El machismo moral de los fieles católicos se apoyó en la doctrina

del matrimonio solamente entre hombres y mujeres. Esta concepción hoy en día permanece en la psiquis de las personas y pasa de ser reflexiva en torno a la sexualidad humana para convertirse en inquisidora de los derechos humanos fundamentales, cerrando los ojos ante la eventualidad de reconocer una realidad que contradice las lecturas bíblicas tradicionales; sin embargo, los mismos estudiosos de la teología consideran que la Biblia no tendría razón para condenar, en sí misma, a la homosexualidad.

Moralistas y fundamentalistas del sector conservador de la iglesia Católica, tratan al homosexualismo como una desviación sexual y un pecado. De esta manera buscan impregnar las legislaciones de las naciones donde se censure y escarmiente a la homosexualidad. Estos intentos reproducen un conflicto innecesario puesto que el 17 de mayo de 1990, la Organización Mundial de Salud (OMS) excluyó a la homosexualidad del código internacional de enfermedades, junto con los grupos Lésbicos-Gay, Transexual y Bisexual (LGTB). Para el año 2005 esta fecha se convirtió en un momento que celebró la Primera Jornada Mundial Contra la Homofobia.

La actividad sexual con una persona del mismo sexo casi siempre fue reprimida y representó un objeto de humillación al ser juzgada como una enfermedad. El comportamiento homosexual, muchas veces se disfraza y es víctima de malas interpretaciones pero, desde una visión tolerante, la homosexualidad tiene que ser vista como un componente más de las distintas dimensiones de la sexualidad humana. En la cultura sexual del siglo XXI podemos diferenciar entre los comportamientos homosexuales, el deseo y la orientación homosexual que puede manifestarse, inclusive, en las personas heterosexuales.

Las relaciones homosexuales según las circunstancias (situacionales), podrían emerger de un momento a otro, aunque los comportamientos sean heterosexuales en el resto de sus vidas. El homosexualismo puede ser asumido inclusive por razones económicas o ajenas a la voluntad de los individuos. La sexualidad, como parte de la energía vital de cualquier ser humano, diversifica las orientaciones para mostrar que el comportamiento homosexual es algo inherente al desarrollo de las sociedades y la psicología humana.

La discusión involucra inevitablemente a la iglesia Católica como el sector más radical que se vale de los medios de comunicación para condenar

cualquier intento por legalizar el matrimonio o las uniones civiles entre parejas del mismo sexo. Las creencias religiosas enfrentan lo bueno contra lo malo; el pecado versus la santidad; lo moral contra lo inmoral, los dueños de la verdad contra los afeminados subversivos y lesbianas. Este tipo de polarización simplifica la realidad para congelar las argumentaciones en los intentos que, de alguna manera, quieren presionar a las personas para tomar una posición a favor o en contra del homosexualismo, una simplificación muy parecida a las campañas violentas de la Inquisición.

No se trata de tomar partido por una posición u otra, sino de dar un paso al frente para eliminar la discriminación del inconsciente colectivo y de la vida cotidiana. Actualmente, el homosexualismo goza, poco a poco, de una tolerancia cada vez más presente en la ciudadanía, sobre todo en las generaciones jóvenes. Las comunidades gay, por su parte, han logrado sobreponerse a todo tipo de condiciones adversas y han combatido con éxito el discurso eclesial por una razón simple: la misma iglesia, Fuerzas Armadas y diferentes instituciones de prestigio tienen entre sus filas a homosexuales. La cultura gay se manifiesta en la música, pintura, cine, bibliografía, gastronomía, moda y televisión.

El fundamentalismo dogmático castiga la orientación sexual fomentando una especulación morbosa que busca estigmatizar la unión carnal del sexo por el sexo, despreciando a la comunidad gay-lésbica y transexual, que bien puede aportar productiva y económicamente como cualquier otra persona. Las etiquetas morales de los machistas, lo único que han conseguido con su oposición virulenta hacia los homosexuales, es esconder en un closet algún defecto familiar, instigando el sufrimiento y disgregación filial.

Estos sectores radicales del sermón y la sotana, tampoco quieren discutir con más detalle la crisis de los matrimonios heterosexuales debido al incremento de divorcios, la infidelidad, el abandono de mujeres embarazadas, la prostitución, los abortos y el concubinato que es el pan de cada día en la postmodernidad. Sería risible echar la culpa a la comunidad gay por los problemas actuales de la sexualidad y el culto a los placeres sexuales.

América Latina está definiendo políticas importantes para resguardar los derechos civiles de los homosexuales. Las parejas del mismo

sexo pueden tranquilamente llevar adelante una unión civil y, en otros casos, alcanzar a convertirse en un matrimonio con el reconocimiento de derechos patrimoniales, la disposición de bienes, acciones y obligaciones, tal como los derechos de las parejas heterosexuales, incluyendo el seguro social y de reparto, junto a la protección económica en casos de divorcio. Las comunidades gay deben estar protegidas por la no discriminación.

Cada Estado, de acuerdo con su propia cultura, tiene que dar respuestas sociales y jurídicas que involucren al homosexualismo. La postergación de un debate a favor de los derechos pensados para las comunidades gay, implica cerrar los ojos frente a los hechos latentes y manifiestos en nuestras sociedades, pues con el consentimiento o no de la ley, las parejas homosexuales practican el concubinato. Respecto de la adopción de hijos, las discusiones deberán presentar un conjunto de aportes multidisciplinarios bio-psico-sociales, donde estén contempladas las características jurídicas de una adopción en los marcos de un matrimonio gay, pues no se sabe claramente cuáles serían las condiciones para otorgar adopciones (de darse el caso), limitaciones o prohibiciones.

Lo importante es legalizar o formalizar a estas parejas que ya conviven como lo hacen los heterosexuales. ¿Debemos continuar obviando una realidad definitivamente objetiva, o dejando que los homosexuales se extingan por sí solos al no poder reproducirse? ¿Cuál es la verdadera extensión del pecado: negar que ocurre el homosexualismo, o pensar que éste pueda manifestarse en cualquier momento y al interior de cualquier familia?

Es singular la contribución de algunas sociedades latinoamericanas como los casos de Brasil, México, Uruguay, Colombia o Argentina, países que han demostrado una mayor influencia de la comunidad gay en el comportamiento cultural, social, económico y sexual. En las calles de Estados Unidos o Europa se encuentran a personas del mismo sexo tomadas de la mano o besándose, sin que se afecte el morbo de los individuos. Las legislaciones en cada país latino han visto la necesidad mínima de debatir y proyectar el tema del homosexualismo y sus derechos, de tal manera que algunos legisladores sin ser homosexuales, están aportando substancialmente para mejorar las condiciones de igualdad, tolerancia y respeto hacia las comunidades gay.

Argentina fue uno de los primeros países en América Latina, y décimo en el mundo, que legalizó las uniones civiles para personas del mismo sexo en el año 2003. El 15 de julio de 2010, el Senado aprobó un dictamen de modificación de la Ley Civil de Matrimonio, permitiendo el matrimonio gay en condiciones de igualdad, incluso consintiendo la adopción en todo el país.

En Bolivia aún no está legalizada la unión de parejas del mismo sexo pero existe un significativo avance en la socialización de una legislación que contemple la inclusión de homosexuales en los espacios institucionales públicos y privados. En el año 2008, bajo el auspicio de Derechos Humanos, se difundió por radio y televisión la propaganda Bolivia libre de homofobia y de discriminación, inspirada en la nueva Constitución Política del Estado aprobada en 2009.

En Brasil, el año 2005, el Estado de Río Grande do Sul aprobó el matrimonio homosexual. En otros estados se busca aprobar la ley de unión civil, como en Bahía, Minas Gerais, Paraíba, Paraná, Pernambuco, Río de Janeiro y São Paulo.

En Chile, el activismo LGTB logró incluir proyectos sobre los Derechos Sexuales y Reproductivos, la Ley de matrimonio homosexual, Ley de Unión de Hecho, Ley de Unión Civil, de las cuales ninguna ha prosperado en el Parlamento, debido a la tremenda oposición de sectores conservadores.

Colombia planteó un proyecto de ley sobre el reconocimiento de los derechos patrimoniales a las parejas del mismo sexo, es decir, si uno de los miembros de la pareja homosexual fallece, los bienes y el capital conseguidos por socorro, trabajo y ayuda mutuos podrán ser heredados por su compañero permanente. La única condición para acceder a dicho beneficio es que la pareja lleve dos años de convivencia, exactamente igual a lo que sucede con las parejas heterosexuales.

El 4 de octubre del 2007, la Corte Constitucional de Colombia aprobó que las parejas del mismo sexo puedan afiliarse a su compañero o compañera al sistema público de salud, con sólo presentar una declaración notarial de unión marital de hecho y un mínimo dos años. Las parejas también pueden acceder a la pensión de sobreviviente pero no adoptar.

En Ecuador, las uniones de hecho entre dos personas, sin especificar su género, tienen los mismos derechos y obligaciones que cualquier matrimonio, lo que equivale al reconocimiento de las parejas homosexuales, con la única condición de convivencia y unión monógama por más de dos años, aunque la adopción no está permitida.

En Perú existe una ley para eliminar la discriminación por orientación sexual. Actualmente, la homosexualidad ha conquistado mucha aceptación; por ejemplo, los transexuales pueden cambiar de género legalmente y obtener su documento de identidad. Finalmente, Uruguay fue el primer país de América Latina en legalizar la unión civil de parejas homosexuales el 27 de diciembre del 2007, durante la presidencia de Tabaré Vázquez.

### **El crimen organizado**

Nuestra región está pagando el precio de los alquileres de los regímenes dictatoriales, pues es sorprendente el impacto de la cultura política autoritaria en la decadencia del orden social y el derrumbe de la justicia en los regímenes democráticos. Tal y como sucedió durante la época de los gobiernos militares, en América Latina es ya enorme la cantidad de muertos y desaparecidos debido al crimen organizado: pandillas juveniles que trafican con armas y emplean diversos métodos de extorsión y amedrentamiento; sicarios provenientes del narcotráfico que se convierten en peligrosos destructores de la seguridad ciudadana; y el regreso de nuevas formas de esclavitud con la trata de personas.

El crimen organizado mueve millones de dólares y está confundido con los capitales foráneos, cuyos orígenes conocidos por su fácil accesibilidad fueron penetrados de distintas maneras y en diferentes rubros por organizaciones del hampa. La política y las economías inestables de América Latina no pueden enfrentar de forma eficiente este fenómeno internacional y casi incontrolable.

La globalización de las organizaciones criminales, no sólo se dedica al tráfico de drogas, armas o seres humanos, sino que también logró introducirse en todos los sectores de la sociedad con la instauración de empresas fantasmas, e inclusive, legalmente constituidas que participan en licitaciones públicas.

Los métodos delincuenciales gozan de ventajas ilegales dentro del mercado, imponiendo su ley de sangre que cada año cobra miles de víctimas inocentes y encuentra en la política un escenario de conveniencia y satisfacción de intereses mutuos, permitiendo que la cultura mafiosa llegue a substituir al mismo Estado en muchas de sus funciones; por ejemplo, comprando algunos mandos de la policía, fuerzas armadas y tribunales de justicia. Las estructuras estatales en el continente están siendo corroídas por la anomia social disfrazada de bandas delictivas.

El crimen organizado está creciendo de manera vertiginosa y sus consecuencias probablemente van a ser irreparables. El relativo éxito de la democracia y el sistema de derechos, al mismo tiempo está siendo opacado por situaciones anómalas como el impacto de diversos negocios turbios vinculados con el terror indiscriminado, donde la sociedad civil se ve echada a su suerte pues empiezan a desaparecer el respeto por los derechos humanos. Así van disolviéndose los valores y la moralidad que deja de ser una pauta de conducta legítima para ser aplacada por la fuerza del crimen, el cual es elevado a un sitio de audacia, abundante riqueza y modelo a seguir por la factibilidad que representa el empleo de una serie de violaciones sistemáticas en contra de la ley y la seguridad ciudadana.

Las mafias, sobre todo la de mayor influencia amenazadora como el narcotráfico, poseen una estructura en red; es decir, representan un sistema de conexiones donde se vincula también el contrabando de armas, terrorismo, la trata de personas, el secuestro y la corrupción junto con el tráfico de influencias. Esta densa trama de intereses ha incorporado en sus actividades a la simbología social del prójimo, que no pasa por la solidaridad con los más pobres, ni por el hecho de representar el papel de Robin Hood, sino porque predomina el uso instrumental de las personas.

El resultado inmediato es la instrumentalización extrema de los lazos sociales donde únicamente se valora el placer desmedido y el acceso directo a la fortuna. Las bandas criminales convierten a los seres humanos en instrumentos absolutamente desechables. En realidad, existe una manipulación que tiene el objetivo de lograr dinero fácil proveniente de actividades ilícitas. El crimen organizado nunca constituirá un esfuerzo para ayudar a los pobres o una estrategia de sobrevivencia, ni tampoco una manera para redistribuir la riqueza en la sociedad, sino que simplemente



es una conducta egoísta, encaminada hacia la ruina de las instituciones y la constante desvalorización de la vida porque por encima del prójimo y el Estado se colocará siempre al dinero y al desenfreno.

Los capos de la mafia cuentan con diferentes formas de mano de obra más baratas y eficaces, valiéndose de la ausencia de mecanismos estatales que favorezcan a los grupos marginales, carentes de oportunidades. A esto se agregan las actitudes mediocres e inoperantes de los gobiernos y las políticas económicas que no pudieron construir las condiciones adecuadas para superar la pobreza y proteger a sus recursos humanos jóvenes en el corto, mediano y largo plazo.

Cuando funcionan las mafias, lo hacen utilizando estrategias empresariales que conocen el tipo de mercado donde van a actuar y contratan, no a profesionales, sino a personas sin ningún tipo de futuro que no tienen nada que perder. Sería ingenuo pensar que el crimen organizado trabaja ofreciendo oportunidades a técnicos y profesionales jóvenes. Todo lo contrario, es tan negativa su influencia que reclutan a quienes están dispuestos a matar, morir, ser humillados y socavar cualquier tipo de control, leyes o instituciones formales. El hampa, en sus diferentes formas de organización, es una verdadera escuela para el pillaje y para aquellos grupos que no tienen miedo a desaparecer dentro del sistema social.

Las organizaciones criminales están interesadas en los profesionales o en las personas con un alto nivel de educación, en la medida en que se pueden servir de ellos, específicamente si los profesionales pueden abrir contactos en las altas esferas del poder. La delincuencia también busca los privilegios que trae el hecho de estar arriba: dentro del Estado y como parte de las élites hegemónicas en una sociedad.

Por ejemplo, el comercio ilícito de cocaína adquiere mayor relevancia por el poder económico que genera. La lucha que enfrentan los países de América Latina a pesar de sus esfuerzos no se trasluce en un control efectivo. No se puede explicar cómo es posible que la tecnología y los servicios de espionaje altamente sofisticados de los Estados Unidos, sean capaces de rastrear a supuestos terroristas tomando el té (incluyendo filmaciones) y no puedan avizorar las avionetas y los camiones que surcan carreteras elegidas por los tratantes de seres humanos y las armas que salen desde el suelo americano, comercializándose a cambio de pasta base

de cocaína, todo en un ir y venir de expertos que plantean erradicar el narcotráfico. En síntesis, las bandas criminales están siendo protegidas y la sociedad civil democrática no sabe cómo actuar cuando la corrupción llega a los principales centros de poder político.

Por otra parte, el crimen organizado se encuentra completamente globalizado, pues es capaz de comunicarse telemáticamente, teniendo inclusive la posibilidad de proyectarse de un territorio a otro y de desarrollar mejores sinergias. Los mafiosos se mueven como mejor les parece sin respetar la soberanía de ningún Estado. De hecho, Colombia, México, Argentina, Bolivia, Venezuela, Guatemala y El Salvador representan los países más vulnerables, pues el hampa logró penetrar en la política nacional y local, en el mundo empresarial, los militares, la policía, los organismos de seguridad y el sistema judicial.

Tampoco debe pasarse por alto otro fenómeno en el que las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC) y otros grupos de resistencia armada, aparentemente de influencia socialista-comunista, han dejado de lado completamente las utopías de cambio social y justicia plena porque tienen enormes vínculos con las ventajas que brindan las armas, el dinero del narcotráfico y el crimen organizado, ofreciendo respaldo y protección para los negocios ilícitos pero millonarios. La delincuencia de cuello blanco también financia varias campañas electorales y accede a licitaciones públicas legales, con el fin de echar detergente a sus recursos mal habidos.

Las exitosas negociaciones de paz entre las FARC y el gobierno colombiano fueron un substancial avance. Sin embargo, el problema de la lucha armada marcó una ruta equivocada que fue desviada hacia la delincuencia con carácter internacional. Toda esperanza por alcanzar la paz, llena de alegría y deslumbra cualquier voluntad para mirarnos una vez más como seres humanos. Uno al lado de los otros, respetándonos y dándonos siempre una oportunidad para abrazarnos, saludarnos como amigos y pensar que podremos contar con alguien cuando así lo necesitemos. La paz es un aire fresco de tranquilidad que nos hace vivir plenamente y, por esto, los históricos acuerdos de paz firmados en Colombia el 26 de septiembre de 2016, no solamente pusieron fin a un largo camino sangriento que duró

cincuenta años, sino que hoy día obligan a pensar en lo inútil, demasiado costoso y nihilista que resulta ser la organización de grupos armados para tomar el poder.

Quizás lo más relevante para evaluar un acuerdo de paz sea el análisis de los alcances huecos que implica la lucha armada. ¿Cómo aprecian la paz aquellos que decían jugarse todo con el fin de transformar el mundo? Resulta irónico, casi absurdo, por no decir simplemente necio, escuchar los aplausos de varios ex militantes de la izquierda marxista revolucionaria que gritaban eufóricos para colocarse a favor de los acuerdos de paz, cuando en sus épocas universitarias y adolescentes, se embriagaban con las estrategias del foco guerrillero, obnubilados por la figura del Che que todavía cuelga como una insignia o marca registrada en sus oficinas, supuestamente para rendir culto a un héroe rebelde. El Che jamás habría apoyado la paz en Colombia. Es para morir de risa. Hoy día como ayer, aquellos que defendieron la lucha armada, jamás pensaron en el costo humano y vacío al que conducen los experimentos de un conflicto armado.

También están aquellos hombrecillos de convicciones débiles, mediocres o seguidores de ovejas. Si el viento soplaba hacia la izquierda y se podía ganar alguna ventajilla sin estar plenamente esclarecido sobre mayores esfuerzos, aplaudían también la propuesta de impulsar la revolución violenta, aunque se hubieran orinado de pánico en sus pantalones al ver un agota de su propia sangre. ¿Qué pueden decir con argumentos claros, ideas sensatas y conducta ética los revolucionarios de papel, a sus hijos en este siglo XXI sobre el papel de la lucha armada? Quizás junto a unas cervezas, buena comida, un cigarro y la tranquilidad del hogar, podrían expresar que “no vale la pena”. Todo fue sólo pose o impulsividad irresponsable pero con consecuencias nefastas.

Desde el entrenamiento militar, la disciplina corporal para aguantar una campaña militar, hasta la necesaria transformación de la conciencia que se anime a matar, asesinar e inmolarse por razones tácticas o ideológicas que liquiden al enemigo, el tipo de persona que enaltece la lucha armada es un ser subnormal. Declarar la guerra, sabiendo que todo engloba un sacrificio de dudosa recompensa espiritual o ética, es una decisión delincuencial. En algún momento, un conjunto de recompensas materiales atraieron al grupo

armado pero no satisficieron el aliciente inicial que, aparentemente, era el fundamento de la revolución: la transformación social, económica, cultural y política que otorgue una verdadera emancipación.

La guerra es un campo de batalla donde se vive o muere. ¿Realmente un ser humano que se precie de tal puede ver en las armas, la violencia y la sangre, una ventana hacia diferentes formas de liberación? De ninguna manera. Las armas son instrumentos de mal agüero cuando son utilizadas a tontas y a locas. Por lo tanto, la guerra o revolución armada es un asunto tenebroso y da miedo pensar que haya hombres y mujeres que puedan apoyarla sin reflexionar sobre el sufrimiento, la muerte, la extorsión, las heridas del alma, los lisiados, la venganza y, en fin, un abanico de sinsentidos que jamás justificarán el logro de resultados positivos.

La lucha armada degenerará siempre en delincuencia y traición de los principios o valores revolucionarios, puesto que el instinto de autodestrucción y supervivencia en cualquier empeño violento, hará que predomine la fiera. Las FARC financiaron su larga lucha insulsa con el narcotráfico, el secuestro, los crímenes de lesa humanidad que cometieron y, por último, se quedaron en la puerta del baño: no tomaron el poder porque sencillamente no podrían conducir un Estado donde se requiere una legitimidad popular que no descansa en las armas. Los acuerdos de paz enseñan que muchos revolucionarios pueden degenerar en actitudes delincuenciales que complican el panorama internacional, al reforzar las políticas de seguridad militar para defender la soberanía estatal.

En el mundo globalizado donde la sofisticación en las redes financieras llega a cualquier parte del mundo, destaca también una serie de estructuras para montar negocios ilícitos transnacionales. Las ganancias y el poder del crimen organizado son inmensas, tanto en los países industrializados como en desarrollo. Según las Naciones Unidas, los probables ingresos anuales de las organizaciones criminales transnacionales en el ámbito mundial, suman alrededor de mil millones de dólares, cifra equivalente al producto interno bruto (PIB) combinado de todos los países de bajos ingresos, con una población de 3 mil millones de habitantes. Las estimaciones incluyen las ganancias del tráfico de drogas, materiales nucleares y otros servicios controlados por la mafia como la prostitución y juegos de azar; sin embargo, lo que estas cifras no muestran adecuadamente

es la magnitud de las inversiones realizadas rutinariamente por el hampa en empresas comerciales legítimas, así como el control de los medios de producción en muchas áreas de la economía formal.

En Venezuela, las narco mafias habrían intentado utilizar al Banco Latino para lavar su dinero, junto con otros 19 bancos del país en 1994. En ese entonces, el sistema financiero era controlado por la familia de Pedro Tinoco, quien fue presidente del Banco Central de Venezuela bajo el gobierno del ex presidente Carlos Andrés Pérez y tuvo un destacado papel en el diseño del programa de ajuste estructural aplicado a partir de 1989; dicho programa proponía liberalizar al máximo todos los sectores de la economía, fomentar una amplia privatización de las empresas estatales y modernizar así Venezuela; sin embargo, los efectos de posibles vínculos entre el crimen organizado del narcotráfico y la política generaron nuevos tipos de patrimonialismo; es decir, emplearon el aparato estatal para la generación de ganancias ilícitas a costa de socavar la institucionalidad del sistema político.

Los cárteles de la droga dentro del crimen organizado a nivel global, crearon una relación simbiótica entre la economía y las estructuras políticas. Por lo tanto, en América latina como en el resto del mundo, la relación entre los criminales y la banca permitió que el hampa marcara un sutil golpe sobre algunas tendencias de la política macroeconómica pues muchas autoridades políticas estuvieron vinculadas con algunos cárteles de traficantes.

En otro contexto, se estima de manera conservadora que el sistema bancario dentro de los Estados Unidos permite lavar alrededor de 100 mil millones de dólares por año manejados por el crimen organizado; en algunos casos, se utilizaron inclusive los mayores bancos de Manhattan. Diferentes estudios destacan el papel de las grandes empresas de inversión de Nueva York y de los agentes de cambio de moneda y lingotes de oro relacionados con Wall Street, quienes también se interesan en el lavado de dinero de los cárteles. Estos hechos hacen pensar que el patrimonialismo que maneja las instituciones públicas para responder a los fines privados y al abuso de poder, llega incluso al centro de aquellos países donde por largo tiempo imperó la idea de una democracia sólida. No es así porque las mafias organizadas fueron carcomiendo todas las esquinas del sistema democrático, estimulando varios negocios turbios en un clima globalizado.

El Fondo Monetario Internacional (FMI) calcula en 5,5 mil millones de dólares los activos offshore de corporaciones e individuos sospechosos, una cifra equivalente a 25 por ciento del ingreso total mundial. Además, la riqueza mal habida de algunas élites del Tercer Mundo depositada en cuentas numeradas, probablemente llega a 600 mil millones de dólares. Un tercio de esa cantidad estaría colocada en Suiza.

El crimen organizado representa una amenaza para la seguridad regional en toda América Latina. No se puede dejar de tomar en cuenta el hecho de que los países pobres están promoviendo esfuerzos para combatir la delincuencia global, más allá de una serie de diferencias ideológicas. Es la unidad de políticas de seguridad internacional el único camino viable para desbaratar diferentes redes criminales.

Las medidas preventivas dentro de América Latina podrían permitir distanciarse de los habituales programas antiterroristas y antinarcóticos de los Estados Unidos que están acostumbrados a condicionar su colaboración para que predominen sus decisiones y visiones nacionalistas al margen de los intereses multilaterales de la región; sin embargo, el crimen es quien saca mejor provecho de esta política unilateral proveniente de la potencia del norte.

El problema surge cuando se constata que quienes ponen los muertos son los Estados del Sur, sobre todo si se observa la violencia fruto del tráfico con los inmigrantes que son obligados a transportar drogas, la corrupción rampante y la degradación moral del conjunto de la sociedad que enfrenta una completa anomia y el miedo.

La Unión de Naciones Suramericanas (UNASUR) ha tratado de encontrar algunas respuestas por medio de la movilización armada en todas las fronteras de sus países integrantes. Más allá de persistir algunas deficiencias, son valorables las visiones mancomunadas para luchar contra múltiples redes del crimen en la región.

Es fundamental entablar un diálogo constante con la Unión Europea, superando los posicionamientos de confrontación ideológica y política para derrotar verdaderamente a las mafias más poderosas. De otra manera continuarán una serie de guerras perdidas porque cada día que pasa, la multiplicación de los negocios y las influencias del crimen organizado son vertiginosas y contagian, como una epidemia, todas las

estructuras del Estado. En definitiva, el crimen transforma el corazón de la sociedad haciendo que el cinismo, junto con el acceso al dinero sucio, domine como una nueva simbología donde triunfa la ley de los más fuertes, los más corruptos y los más avezados.





# Bibliografía

- Adorno, T. W. (2003). *Can one live after Auschwitz? A philosophical reader*. Stanford: California University Press.
- Albaeco, G. a. (27 de April de 2017). *Anthropocene*. Obtenido de <http://www.anthropocene.info/>
- Almond, Gabriel y Bingham Powell. (1996). *Comparative Politics Today. A World View*. New York: Harper Collins College Publishers.
- Beckman, Peter; et. al. (1990). *The nuclear predicament: nuclear weapons in the Cold War & beyond*. New Jersey: Englewood Cliffs, Prentice-Hall.
- Bonete Perales, Enrique (coord.). (1998). *La política desde la ética. Historia de un dilema*. Barcelona: Proyecto A Ediciones.
- Braumoeller, B. (2012). *The great powers and the international system. Systemic theory in empirical perspective*. Cambridge: Cambridge Studies in International Relations.
- Bryan, Elizabeth et. al. (2008). *Global carbon markets : Are there opportunities for Sub-Saharan Africa?* Washington D.C.: International Food Policy Research Institute (IFPRI).
- Burt, E. (1994). *The English philosophers from Bacon to Mills*. New York: The Modern Library, Random House.
- Carr, E. (1969). *The twenty years crisis: 1919-1939*. New York: Harper Row Publishers.
- Centeno, M. Á. (2002). *Blood and debt. War and the nation-state in Latin America*. Pennsylvania: The Pennsylvania University Press.
- Charles, K. (. (1995). *Controversies in international relations theory: realism and the neoliberal challenge*. New York: St. Martin's Press.
- Cobden, R. (jueves de agosto de 2017). *Online library of liberty. A collection of scholarly works about individual liberty and free markets*. Obtenido de <http://oll.libertyfund.org/titles/cobden-the-political-writings-of-richard-cobden-vol-1>.
- Cohen, Marc J. et. al. (2008). *Impact of climate change and bioenergy on nutrition*. Washington D.C.: International Food Policy Research

- Institute (IFPRI); Food and Agricultural Organization of the United Nations (FAO).
- Covarrubias, I. (2012). *El drama de México. Sujeto, ley y democracia*. México: Benemérita Universidad Autónoma de Puebla.
- Dougherty, R., & Pfaltzgraff, J. (1997). *Contending Theories of International Relations*. New York: Longman.
- Easton, D. (1965). *A framework for political analysis*. New Jersey: Englewood Cliffs: Prentice-Hall.
- Easton, D. (1991). "Oral history of David Easton: an autobiographical sketch". En M. Jewell, *The development of a discipline: oral histories in political science*. Lexington, KY: University of Lexington Press.
- Goodman, J. (1965). "The concept of 'system' in international relations theory". *Background*, 257-268.
- Gunnell, J. G. (1983). "Political theory: the evolution of a subfield". En A. Finifter, *Political science: the state of the discipline* (págs. 3-45). Washington, DC: American Political Science Association.
- Gunnell, J. G. (2013). "The reconstitution of political theory: David Easton, behavioralism, and the long road to system". *Journal of the History of the Behavioral Sciences*, 190-210.
- Hanrieder, W. (1974). *The United States and Western Europe. Political, economic and strategic perspectives*. Cambridge, Mass.: Winthrop Publishers.
- Held, David, et. al. (2003). *The global transformations reader. An introduction to the globalization debate*. Cambridge: Polity Press.
- Hobbes, T. (1999). *Leviatán: la materia, forma y poder de un Estado eclesiástico y civil*. Madrid: Alianza Editorial.
- Hsiung, J. (1997). *Anarchy & Order: The interplay of politics and law in international relations*. Boulder: Lynne Rienner.
- Huntington, S. (1997). *El choque de civilizaciones y la reconfiguración del orden mundial*. Buenos Aires: Paidós.
- Isaak, A. (1985). *Scope and methods of political science*. Homewoods: The Dorsey Press.
- Jervis, R. (1976). *Perception and Misperception in International Politics*. New Jersey: Princeton University Press.
- Jervis, R. (1991). "The spiral of international insecurity". En M. Smith, &

- R. Little, *Perspectives on World Politics*. New York: Routledge.
- Kaplan, S. (1981). *Diplomacy of Power*. Washington, DC: Brookings Institution.
- Katzenstein, P., Keohane, R., & Krasner, S. (1999). *Exploration and contestation in the study of world politics*. Cambridge, MS: MIT Press.
- Keohane, R. (1993). "Theory of world politics. Structural realism and beyond". En R. O. Keohane, *Neorealism and its critics* (págs. 158-203). New York: Macmillan Publishing Company.
- Keohane, Robert O. and Nye Jr., Joseph S. (2001). *Power and interdependence*. New York: Pearson.
- Kissinger, H. (1994). *Diplomacy*. New York: Simon & Schuster.
- Krasner, S. (2000). *Sovereignty: organized hypocrisy*. New Jersey: Princeton University Press.
- Kuhn, T. (1970). *The structure of scientific revolutions*. Chicago: The University of Chicago Press.
- Legg, K., & Morrison, J. (1971). *Politics, and the International System: An Introduction*. New York: Harper and Row.
- Legg, K., & Morrison, J. (1971). *Politics, and the International System: An Introduction*. New York: Harper and Row.
- Lenin, V. (1974). *El imperialismo, fase superior del capitalismo*. Moscú: Editorial Progreso.
- López-Alves, F. (2000). *State formation and democracy in Latin America, 1810-1900*. Durham: Duke University Press.
- Luhmann, N. (1983). *Fin y racionalidad en los sistemas*. Madrid: Editora Nacional.
- Lukes, S. (1985). *El poder. Un enfoque radical*. México: Siglo XXI Editores.
- Lynn, N. B. (1983). "Self-portrait: profile of political scientists". En A. W. Finifter, *Political science: the state of the discipline*. Washington, DC: American Political Science Association.
- Mann, M. (1984). The Autonomous Power of the State: Its Origins, Mechanisms, and Results. *European Journal of Sociology*, 185-213.
- Mansbach, R. (2000). *The global puzzle. Issues and actors in world politics*. Boston: Houghton Mifflin Company.
- Maquiavelo, N. (1999). *El príncipe*. Madrid: Cátedra.
- Miller, M. et al. (2013). Critical research needs for successful food systems

- adaptation to climate change. *Journal of Agriculture, Food Systems, and Community*, 161-175.
- Morgenthau, H. (1993). *Politics among Nations. The Struggle for Power and Peace*. Boston: McGraw-Hill.
- Murray, R. (2013). *System, society and the world: exploring the English school of international relations*. Bristol: e-International Relations.
- Nietzsche, F. (2005). *La genealogía de la moral* (1887). Madrid: EDIMAT Libros.
- O'Donnell, G. (1993). On the State, Democratization and Some Conceptual Problems: A Latin American View with Glances at some Postcommunist Countries. *World Development*, 1355-1369.
- Payne, J. T. et al. (2004). Mitigating the effects of climate change on the water resources of the Columbia River basin. *Climatic Change*, 233-256.
- Peery, R. S. (2009). *Nietzsche for the 21st Century*. New York: Algora publishing.
- Peters, G.P. et.al. (2012). Rapid growth in CO2 emissions after the 2008–2009 global financial crisis. *Nature Climate Change*, 2–4.
- Pierce, D.W. et. al. (2008). Attribution of declining western U.S. snowpack to human effects. *Journal of Climate*, 6425–6444.
- Reinaga, F. (1975). *La revolución india*. La Paz: Edición del Partido Indio de Bolivia.
- Rosenau, J. (1993). “Thinking theory thoroughly”. En P. Viotti, & M. Kauppi, *International relations theory*. New York: Macmillan Publishing Company.
- Rost, J. (1991). *Leadership for the Twenty-First Century*. Connecticut: Praeger.
- Schlesinger Jr., A. (1991). *The disuniting of America*. New York: W.W. Norton Company.
- Schumpeter, J. (2015). *Capitalismo, socialismo y democracia*. Barcelona: Página indómita, 2 vol.
- Slaughter, A. M. (2011). “International relations, principal theories”. En W. R., *Max Planck encyclopedia of international law*. Oxford: Oxford University Press.
- Smith, M., Little, R., & Shackleton, M. (1985). *Perspectives on world politics*.

- London: The Open University Press.
- Soifer, Hillel, and Matthias vom Hau. (2008). Unpacking the Strength of the State: The Utility of State Infrastructure Power. *Studies in Comparative International Development*, 219-230.
- Stoessinger, J. (1986). *The might of nations: world politics in our time*. New York: Random House.
- Stoessinger, J. G. (1990). *Why Nations Go to War*. New York: Martin Press.
- Tell, E. (2007). "Niklas Luhmann: la compleja incertidumbre de un mundo secularizado". *Ciencia, Docencia y Tecnología*, 65-95.
- Tilly, C. (1993). *Coercion, capital and European States, A.D. 990-1992*. New York: Wiley-Blackwell.
- Torres Nafarrate, J. (2004). *Luhmann: la política como sistema*. México: Fondo de Cultura Económica, Universidad Iberoamericana.
- Tucídides. (1969). *Historia de la guerra del Peloponeso*. Madrid: Aguilar.
- Valenta, J., & Potter, W. (1984). *Soviet decision making for national security*. Boston: George Allen and Unwin.
- Villacañas, J. L. (1999). *La herencia de Maquiavelo. Modernidad y voluntad de poder*. Madrid: Fondo de Cultura Económica.
- Viotti, P., & Kauppi, M. (1993). *International relations theory*. New York: Macmillan Publishing Company.
- Waltz, K. (1959). *Man, the state and war: a theoretical analysis*. New York: Columbia University Press.
- Weber, M. (1989). *El político y el científico*. Madrid: Alianza Editorial.
- Windshuttle, K. (2000). *The killing of history*. San Francisco: Encounter Books.
- Yamin, Farhana and Depledge, Joanna. (2004). *The international climate change regime : a guide to rules, institutions and procedures*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Youn-Soo, S. (2007). *International relations & complex systems theory*. Korea: College of Humanities and Social Sciences, Honam University.

La presente edición se terminó de imprimir  
el mes de octubre 2017 en los talleres de  
Beltran Impresiones & Estrategias,  
Telf.: 2200959 - 77234162  
E-mail: grobeltran@hometown.com  
grobeltran@gmail.com